EL MISTERIO DE EDWIN DROOD

CHARLES DICKENS

ePUB

El misterio de Edwin Drood es la última novela de Charles Dickens, quedó inacabada en el momento su muerte y, por lo tanto, se desconoce la forma en que podría haber terminado. La novela lleva el nombre de Edwin Drood, pero sobre todo cuenta la historia de su tío, un profesor de música llamado John Jasper, que está enamorado de su alumna, Rosa Bud, pero ésta es la prometida de Drood. Para enredar aún más el entuerto, entran en escena un par de hermanos llegados de Ceilán, Helena y Neville Landless, que se sienten atraídos por los futuros esposos, hecho que rápidamente pasa a ser del dominio de la gente del pueblo. Entonces sucede lo que nadie espera. Edwin y Rosa rompen su compromiso, y el joven desaparece, sin dejar otro rastro que un reloj y prendedor de corbata abandonado en el lecho del río que cruza el pueblo.

eBooks con estilo

Charles Dickens

El misterio de Edwin Drood

ePUB v1.1

Crubiera 15.03.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *The mistery of Edwin Drood*
Charles Dickens, 1870.
Traducción: Dora de Alvear
Ilustraciones: S. L. Fildes
Diseño portada: Crubiera
Editor original: Crubiera (v1.1)
ePub base v2.1

PRÓLOGO

Pickwick fué una obra proyectada parcialmente por otros, pero completada finalmente por Dickens. Edwin Drood, su último libro, fué un libro proyectado por Dickens, pero completado finalmente por otros. Los papeles de Pickwick mostraron cuánto podía hacer Dickens con las sugestiones de otras personas; El misterio de Edwin Drood muestra qué poco pueden hacer otras personas con las sugestiones de Dickens.

Dickens fué destinado por el cielo para ser un gran melodramaturgo; tanto que hasta su fin literario fué melodramático. La interrupción de Edwin Drood de Dickens significó mucho más que la interrupción de una buena novela de un gran hombre. Parece más bien la última burla de algún elfo que al dejar el mundo quiso que quedara inconclusa esta historia, que es sólo una historia. La única de las novelas de Dickens que éste no concluyó era la única que realmente necesitaba una conclusión. Nunca tuvo más que un argumento totalmente bueno para contar, y ése sólo lo ha contado en el cielo. Esto es lo que separa el caso en cuestión de cualquier paralelo con novelistas interrumpidos en el acto de creación. Aquel gran novelista, por ejemplo, con quien Dickens es comparado constantemente, murió también en la mitad de Dennis Duval. Pero cualquiera puede ver en Dennis Duval las cualidades de las últimas obras de Thackeray, las crecientes divagaciones, la creciente poesía retrospectiva, que habían sido en parte el encanto y en parte el fracaso de Felipe y de Los Virginianos. Pero a Dickens le fué permitido morir en un momento dramático y dejar un misterio dramático. Cualquier discípulo de Thackeray podría haber completado el argumento de Dennis Duval, aunque, naturalmente, podría haber tenido dudas sobre si había algún argumento que completar. Pero Dickens, que había tenido demasiado poco argumento en las historias que tuvo que contar antes, tenía demasiado

argumento en la historia que nunca contó. Dickens muere en el acto de contar, no su décima novela, sino sus primeras noticias del crimen. Cae muerto en el acto de denunciar al asesino. Resumiendo, a Dickens le fué permitido llegar a un final literario tan extraño como su comienzo literario. Comenzó perfeccionando la antigua novela de viajes; terminó por inventar la nueva novela policial.

Es ante todo como novela policial que debemos considerar al Misterio de Edwin Drood. Esto no significa, naturalmente, que los detalles no sean a menudo admirables en su humor rápido y penetrante: decir eso del libro sería decir que Dickens no lo escribió. Nada más verdadero que el modo en que la ofuscada y embriagada dignidad de Durdles ilustra cierta amargura que hay en el fondo del aturdimiento de los pobres. Nada mejor que la manera en que la presuntuosa y alusiva conversación entre la señorita Twinkleton y la dueña de casa ilustra la enloquecedora preferencia de algunas mujeres para deslizarse sobre temas prohibidos. Hay todavía un ejemplo mejor que éstos de la típica penetración humorística de Dickens; y uno que no suele observarse a causa de su brevedad y de su insignificancia en la narración. Pero Dickens nunca hizo nada mejor que el breve relato de la cena del señor Grewgious, traída de la taberna por dos mozos: un “mozo permanente” y un “mozo volante”. El “mozo volante” trae la comida y el “mozo permanente” pelea con él. El “mozo volante” trae vasos y el “mozo permanente” los mira al trasluz. Finalmente se recordará que el “mozo permanente” abandona la habitación lanzando una mirada que dice a las claras: “Queda comprendido que todos los emolumentos son míos y que Cero es la recompensa de este esclavo.” Sin embargo, Dickens escribió el libro como novela policial; lo escribió como El misterio de Edwin Drood. Y, único tal vez entre los novelistas policiales, no vivió para destruir su misterio. De esta suerte, solamente en ésta, entre las novelas de Dickens, es necesario hablar del argumento y sólo del argumento. Al

hablar del argumento, es inmediatamente necesario hablar de las dos o tres explicaciones propuestas por críticos famosos.

La historia, tal como fué escrita por Dickens, puede ser leída aquí. Trata, como se verá, de la desaparición del joven arquitecto Edwin Drood, después de una fiesta nocturna realizada en casa de su tío Jack Jasper y destinada a celebrar su reconciliación con un enemigo pasajero, Neville Landless. Dickens adelantó bastante en su historia como para explicar o destruir el primero y más evidente de sus enigmas. Mucho antes de la terminación de la parte existente resulta obvio que Drood fué eliminado, no por su adversario manifiesto, Landless, sino por su tío, que le profesa un afecto casi penoso. Sin embargo, el que todos sepamos esto no debe cegarnos frente al hecho de que, considerado como el primer engaño en una novela policial, ha sido sumergido y ocultado al mismo tiempo con gran habilidad. Nada, por ejemplo, más inteligente, como rasgo de misterio artístico, que el hecho de que Jasper, el tío, conserve constantemente sus ojos fijos en la cara de Drood, con una ternura oscura y vigilante. Al principio, esto es referido de tal manera, que sólo lo tomamos como la indicación de algo mórbido en el afecto. Sólo después nos sorprende la idea aterradora de que no se trata de afecto mórbido, sino de antagonismo mórbido. Sólo es importante observar este primer misterio (que ya no lo es más) de la culpa de Jasper, porque muestra que Dickens se proponía y se sentía capaz de disfrazar todas sus baterías con verdadera estrategia y precaución artística. La manera de desenmascarar a Jasper marca la forma en que sería contado todo el cuento. Aquí no se trata de un Dickens que simplemente se entrega, como se entregó en Pickwick o en la Canción de Navidad. A veces uno querría que se entregara así, porque no hay mejor regalo.

Nadie nos dirá jamás cuál fué el misterio de Edwin Drood desde el punto de vista de Dickens, excepto quizás el mismo Dickens en el cielo, y es probable que entonces lo haya olvidado. Pero el misterio de Edwin Drood desde nuestro

punto de vista, del de sus críticos, y de aquellos que han intentado con cierto valor (después de su muerte) ser sus colaboradores, es simplemente éste: no hay duda de que Jasper o bien mató o creyó haber matado a Drood. Tenemos esta certeza por el hecho que es el punto central de una escena entre Jasper y Grewgious, el abogado de Drood, donde Jasper es abatido por el remordimiento al comprender que Drood ha sido muerto (desde su punto de vista) sin necesidad y sin provecho. La única pregunta es si el remordimiento de Jasper era tan inútil como su crimen. En otras palabras, el único problema es si, mientras seguramente pensaba que había matado a Drood, lo había matado realmente. Casi es innecesario decir que tal duda no hubiera surgido de la nada; caballeros como Jasper no gastan, por lo general, su remordimiento sino sobre crímenes exitosos. El origen de la duda sobre la verdadera muerte de Drood es éste: hacia el final de los capítulos existentes aparece de pronto, y con ostentoso aire de misterio, un personaje llamado Datchery. Parece tener el propósito de espiar a Jasper y de levantar algún cargo contra él. En todo caso, si no tiene este propósito en la historia, carece de todo propósito. Es un anciano caballero de energía juvenil, con el hábito de llevar su sombrero en la mano, aun al aire libre; lo que algunos han interpretado como si sintiera el desacostumbrado peso de una peluca. Hay una o dos personas en la historia que este personaje podría ser. Notablemente una, que parece destinada a ser algo, pero que luego no es definitivamente nada. Me refiero a Bazzard, el empleado del señor Grewgious, un individuo huraño, interesado en teatralerías, por quien se hace un alboroto innecesario. También está el mismo señor Grewgious, y hay también otra sugestión, tanto más sorprendente que tendré que ocuparme de ella después.

Por el momento, sin embargo, la cuestión es ésta: aquel celebrado escritor, el señor Proctor, inició la teoría de que Datchery era Drood en persona, que en verdad no había sido

asesinado. Adujo un sistema muy ingenioso que cubría todos los detalles, pero el argumento más fuerte era más bien de efecto artístico general. Este argumento ha sido resumido perfectamente por el señor Andrew Lang en una frase: "Si Edwin Drood está muerto, no hay mucho misterio sobre él." Esto es verdad. Dickens, al escribir de un modo tan deliberado, más aún, de un modo tan oscuro y deliberado, hubiera ocultado algún tiempo más la muerte de Drood y la culpa de Jasper, si el único misterio real hubiera sido la culpa de Jasper y la muerte de Drood. Por cierto, parece artísticamente más probable que hubiera un misterio posterior de Edwin Drood; no el misterio de que fué asesinado sino el misterio de que no lo fué. Es verdad que el señor Cumming Walters tiene una teoría de Datchery (a la que ya he aludido oscuramente), una teoría lo suficientemente absurda para ser el centro no sólo de cualquier novela, sino de cualquier arlequinada. Pero lo cierto es que hasta la teoría del señor Cumming Walters, aunque hace que el misterio sea más extraordinario, no es tampoco un argumento definitivo para justificar el título. No se debió llamarle el Misterio de Drood sino el Misterio de Datchery. Este es el argumento más sólido para Proctor; si la historia habla del regreso de Drood como Datchery, la historia cumple con el título estampado en la tapa. La objeción principal a la teoría de Proctor es la falta de razón adecuada para que Jasper no matara a su sobrino si quería hacerlo. Y parece todavía menos razonable que Drood no hiciera correr la alarma, si fué asesinado sin éxito. Los jóvenes arquitectos felices casi estrangulados por ancianos organistas, no suelen marcharse para regresar algún tiempo después con una peluca y un nombre falso. Parece superficial decir que resultaría tan extraño encontrar al criminal investigando el origen del crimen, como encontrar al cadáver dedicado a esa tarea. Dos de los críticos literarios más capaces de nuestro tiempo, el señor Andrew Lang y el señor William Archer, ambos persuadidos en forma general de la teoría de Proctor, se han

ocupado especialmente de este problema. Ambos han llegado a la misma conclusión sustancial, y sospecho que están en lo cierto. Sostienen que Jasper (sobre cuya manía por el opio se insiste mucho en el cuento) tuvo cierto ataque, o trance, u otro impedimento físico mientras cometía el crimen, dejándolo sin terminar. Además sostienen que había narcotizado a Drood, y que éste, al recuperarse del ataque, tenía dudas sobre quién había sido su agresor. Esto puede explicar, aunque de un modo un poco antojadizo su regreso a la ciudad como detective. Podía pensar que debía a su tío (a quien recordaba por última vez en una especie de visión criminal) el hacer una investigación independiente sobre si era culpable o no. Pudo decir, como Hamlet dijo de una visión igualmente aterradora: "Espero razones más precisas."

En justicia debe decirse que hay algo frágil en esta teoría; principalmente a este respecto: hay en Datchery una especie de jovialidad burlesca, no apropiada a un muchacho que debía estar en una agonía de duda por saber si su mejor amigo era o no su asesino. Sin embargo, hay muchas incongruencias como ésta en Dickens; y la explicación del señor Archer y el señor Lang es por lo menos una explicación. Tampoco creo que pueda darse otra explicación que aclare el título del libro: El misterio de Edwin Drood, si prácticamente comienza con su cadáver.

Si Drood realmente ha muerto, no puede uno dejar de sentir que el cuento debe concluir donde concluye, no por accidente sino por designio. El asesinato ha sido explicado. Jasper está listo para ser ahorcado, y cualquier otra persona en una novela decente debía estar lista para casarse. Todo otro agregado sería un desencanto. De todos modos, hay grados de desencanto. Algunas de las explicaciones sobre Datchery son bastante razonables, pero evidentemente débiles. Por ejemplo, Datchery puede ser Bazzard, pero esto no es muy apasionante; porque nada sabemos de Bazzard, y nos interesa aún menos. También puede ser Grewgious; pero hay algo inútil en un

personaje grotesco que simula ser otro personaje grotesco menos divertido que él. El señor Cumming Walters ha tenido la distinción de inventar una teoría que hace a la historia, por lo menos, interesante, aun sin ser exactamente la historia prometida en la portada del libro. El enemigo manifiesto de Drood, sobre quien recae primero la sospecha, el moreno y huraño Landless, tiene una hermana aún más morena y, salvo por su dignidad de reina, aún más huraña que él. Esta princesa bárbara está evidentemente destinada a enamorarse (de alguna manera sombría) de Crisparkle, el clerical y muscular cristiano que representa el elemento refrescante en las emociones del cuento. El señor Cumming Walters afirma seriamente que esta princesa bárbara se ha puesto una peluca y se ha disfrazado de Datchery. Presenta su argumento con mucho ingenio de detalles. Helena Landless tenía ciertamente un motivo: salvar a su hermano injustamente acusado, acusando justamente a Jasper. Ciertamente tenía algunas de las condiciones: en la primera parte de la historia se afirma detalladamente que cuando niña solía vestir ropas masculinas y correr las aventuras más extrañas. Puede haber algo en el argumento del señor Cumming Walters, de que la impertinencia de Datchery es la impertinencia consciente de una mujer fuerte en una situación tan rara. Ciertamente, hay la misma impertinencia en Porcia y en Rosalinda. Sin embargo, creo que hay una objeción final a la teoría; y es simplemente esto: que es cómica. Es un error imaginar que un gran maestro de lo grotesco será cómico exactamente donde no lo intenta. Y estoy seguro de que, si realmente Dickens hubiera querido que Helena se convirtiera en Datchery, la hubiera hecho desde el principio, de algún modo, más superficial, excéntrica y risible, por lo menos tan superficial y risible como Rosa. Tal como está, hay algo extrañamente torpe e increíble en la idea de una dama tan morena y tan majestuosa disfrazándose de viejo caballero fanfarrón de saco azul y pantalones grises. Tan absurdo sería imaginar a Edith Dombey disfrazándose de

Mayor Bagstock, o a la Rebeca de Ivanhoe disfrazándose de Isaac de York.

Claro que esta cuestión nunca se resolverá de manera precisa, porque no sólo se trata de un misterio, sino de un enigma. Porque en eso la novela policial difiere de cualquier otra novela. El novelista común quiere que sus lectores no se aparten del tema; el novelista policial quiere desviarlos continuamente del tema. En el primer caso, cada pincelada debe servir para hacer conocer sus propósitos al lector; en el segundo, la mayoría de las pinceladas oculta o hasta contradice ese propósito. Se entiende que uno debe ver y apreciar los menores gestos de un buen actor; pero no debe ver todos los gestos de un prestidigitador, si es un buen prestidigitador. Por consiguiente, en el examen crítico de trabajos como éste, se introduce un problema, una perplejidad adicional, que no se da en otros casos. Me refiero al problema de las trampas. Algunos de los detalles que elegimos como sugestivos, pueden haber sido puestos allí para engañar. Así, todo el conflicto entre un crítico con una teoría, como el señor Lang, y un crítico con otra teoría, como el señor Cumming Walters, se vuelve eterno y algo frívolo. El señor Walters dice que todas las claves del señor Lang son trampas; el señor Lang dice que todas las claves del señor Walters son trampas. El señor Walters puede decir que algunos pasajes parecen indicar que Helena era Datchery; el señor Lang puede responder que esos pasajes tenían por único propósito engañar a personas simples como el señor Walters. Análogamente, el señor Lang puede decir que el regreso de Drood ha sido pronosticado, y el señor Walters puede responder que fue pronosticado precisamente porque no iba a ocurrir. Este proceso de locura parece interminable. Cualquier cosa escrita por Dickens puede o no significar lo opuesto de lo que dice. Sobre este principio yo estaría decidido a declarar que todos los Datcherys sugeridos eran realmente trampas, solamente porque pueden ser sugeridos de manera natural. Yo me comprometería a

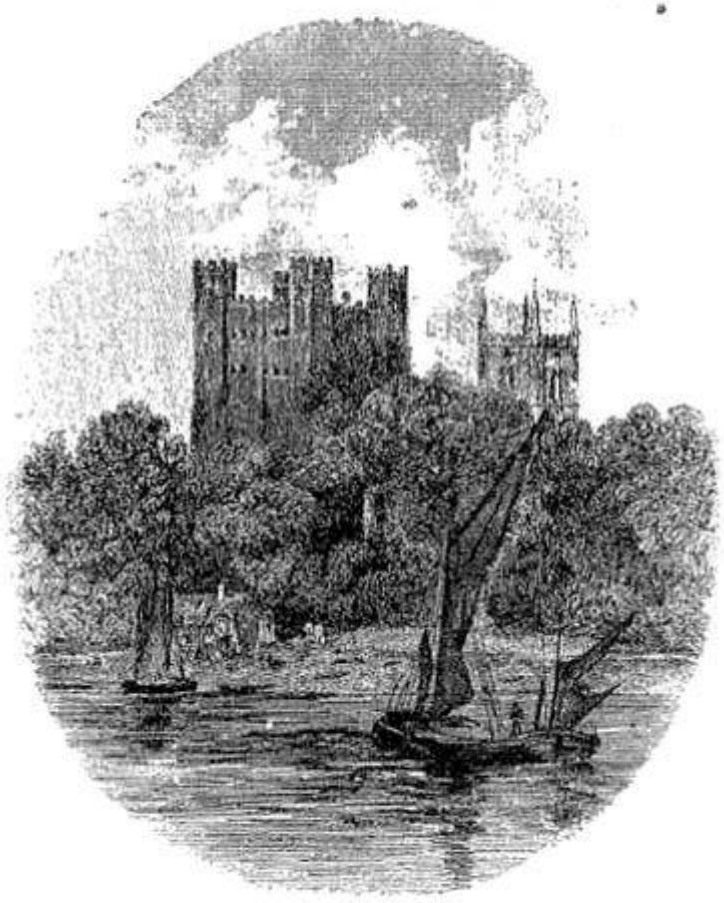
demostrar que el señor Datchery es realmente la señorita Twinkleton, que tiene cierto interés mercenario en guardar a Rosa Bud en su escuela. Esta sugestión no me parece mucho más ridícula que la teoría del señor Cumming Walters. Sin embargo, cualquiera de ellas debe ser verdadera. Dickens ha muerto, y una cantidad de espléndidas escenas y de aventuras sobrecogedoras han muerto con él. Aun si conseguimos la solución correcta, no sabremos que lo es. El Cuento pudo haber sido, y sin embargo no fué. Y creo que no hay pensamiento mejor calculado para hacer que se dude de la muerte misma, para sentir esa duda sublime que ha creado toda la religión: la duda que encontró increíble a la muerte. Edwin Drood puede o no haber muerto, pero seguramente Dickens no murió. Seguramente nuestro verdadero detective vive y aparecerá en los últimos días de la tierra. Porque un cuento cumplido puede dar la inmortalidad a un hombre, en el sentido superficial y literario; pero un cuento inconcluso sugiere otra inmortalidad, más necesaria y más extraña.

G. K. CHESTERTON

THE MYSTERY OF EDWIN DROOD.

BY

CHARLES DICKENS.



LONDON
CHAPMAN & HALL, LD.

CAPÍTULO I

AMANECER

¿La torre de una catedral inglesa? ¿Cómo puede encontrarse allí esa vieja catedral inglesa, esa torre familiar maciza, gris, cuadrada de la vetusta catedral? ¿Es posible que esté allí? En la perspectiva no se interpone ninguna flecha de hierro enmohecido. ¿Qué significa entonces esa aguja que aparece allí y quién la ha colocado? Acaso ha sido puesta por orden de un sultán con el fin de empalar en ella, uno a uno, a la horda de bandidos turcos. Debe de ser así, pues los címbalos se entrechocan y el sultán se dirige a palacio en larga comitiva. Diez mil cimitarras brillan al sol y tres veces diez mil bailarinas con movimientos armoniosos arrojan flores a su paso. En seguida, enjaezados con arreos de los más diversos y vistosos colores, conducidos por numerosos esclavos, pasan innumerables elefantes blancos. En la perspectiva, en último plano, se divisa la catedral en un lugar inverosímil, y en su horrenda aguja no aparece ningún hombre empalado. ¡Extraña flecha! ¿Es posible que esa aguja de la iglesia sea algo tan insignificante como la enmohecida varilla que se mantiene apenas suspendida de la vieja armazón de un dosel desprendido que cae atravesado? La vaga idea de semejante posibilidad provoca una carcajada somnolienta.

Estremeciéndose de pies a cabeza, el hombre que tan fantásticamente ha logrado coordinar sus vacilantes sentidos se incorpora al fin, y buscando apoyo para su cuerpo tembloroso, mira a su alrededor. La pieza en que se encuentra es de lo más estrecho y sórdido que se pueda imaginar. Las primeras luces del día, que llegan desde un mísero patio, se cuelan a través del andrajoso visillo. El hombre está vestido y echado transversalmente en una cama grande, inmunda, con el elástico vencido bajo su peso. Igualmente vestidos, y acostados en idéntica forma, yacen un chino, un lascar y una horrible mujer. Los dos primeros, duermen sumidos en un sueño letárgico; la última, sopla en una especie de pipa tratando de encenderla, y a medida que la sopla, haciéndole pantalla con su mano descarnada, va reavivándose un destello de luz rojiza, que en esa mañana sombría hace las veces de lámpara, iluminando parte de su rostro, que es lo único que el hombre alcanza a ver.

—¿Una más? —pregunta la mujer en áspero y quejumbroso cuchicheo—. Toma otra.

Los ojos del hombre la buscan, mientras se lleva una mano a la frente.

—Has fumado ya cinco, desde que llegaste a medianoche —prosigue la mujer, mientras se lamenta—. ¡Pobre de mí! ¡Mi cabeza anda mal! Después de ti vienen otros. ¡Ah, desgraciada de mí! El negocio marcha muy mal, muy mal! Hay pocos chinos en los muelles, más escasos aún son los lascares y no llega ningún barco en estos días. Aquí hay otra pipa preparada, queridito. ¿Verdad que eres bueno y recordarás lo difícil que está el mercado en este momento? ¡No menos de tres chelines y seis peniques por una medida! ¡Y no olvides que únicamente yo y Jack Chinaman, el del otro lado del patio —aunque no lo sabe hacer tan bien como yo—, tenemos el secreto de la mezcla! Y me vas a pagar según eso, ¿verdad, querido?

Mientras habla, va soplando la pipa y haciéndola arder, inhalando de vez en cuando gran parte de su contenido.

—¡Ay de mí! ¡Mis pulmones están débiles, mis pulmones están malos!… Ya está casi lista, querido. ¡Ah, pobre de mí! La mano me tiembla y se me puede caer. Lo vi despertar hace un momento y me dije: «Le voy a preparar otra pipa… Él me pagará bien…». ¡Mi pobre cabeza! Fabrico mis pipas con viejos frascos de tinta de a un penique. ¿Ves? Ésta es uno, y lo ajusto a la boquilla así… y saco la mezcla de esta medida con esta cucharita de asta… ¡Así es cómo se carga! ¡Ah, mis pobrecitos nervios! ¡Lo que me he emborrachado durante dieciséis

años antes de entregarme a esto! Pero es distinto; no hace daño y quita el hambre y la pena.

Le alcanza la pipa, ya medio vacía, y cae de bruces sobre la cama. Él se levanta tambaleando, vacilante, coloca la pipa sobre el mármol de la estufa, descorre la rotosa cortina y contempla con repugnancia a sus tres compañeros. Observa que la mujer está tan saturada de opio que ha llegado a parecerse al chino, pues el color y el aspecto de las mejillas, de los ojos y de las sienes son iguales en ambos. Pero el chino está en ese momento riñendo quizá con alguno de sus muchos dioses o demonios, porque se le oye gruñir furiosamente. El lascar ríe con estúpida expresión y babea. La dueña de casa está inmóvil.

—¿Qué visiones podrá tener? —se pregunta el hombre en el momento en que ella vuelve su cara hacia él. Permanece de pie y la contempla—. Sus sueños serán de numerosas carnicerías con créditos liberales… o bien el aumento de su horrible clientela en este inmundo camastro nuevamente enderezado y con el abandonado patio barrido y limpio…

El hombre se inclina, tratando de comprender sus balbuceos. ¡Ininteligibles!

Observando las violentas contracciones que convulsionan el rostro y agitan los miembros de la mujer, como rayos fugaces en un cielo oscuro, él se siente contagiado de tal modo, que para liberarse se tumba en un sillón próximo a la chimenea, que acaso está colocado allí para tal emergencia, y asiéndose fuertemente se va recuperando de tan detestable espíritu de imitación. Luego vuelve sobre sus pasos y asiendo al chino con ambas manos por el cuello, lo da vuelta violentamente en el lecho. El chino se prende de las manos agresoras, se resiste y protesta, jadeante. ¿Qué dice?… Una pausa expectante… ¡Ininteligible!

Lentamente va soltando su presa y frunciendo el ceño; presta oído atento a la jerga incoherente, se vuelve hacia el lascar y lo arroja al suelo. Al caer, éste adopta una actitud amenazadora, y con llameante mirada, castigándole con fuerza, saca un cuchillo imaginario. Se adivina que la mujer ha tenido la precaución de quitárselo, pues, sobresaltada, lo contiene reprochándole, y puede verse el puñal entre sus ropas cuando ambos caen, somnolientos, lado a lado del camastro.

Bastante parloteo y golpes ha habido entre ellos sin ningún objeto. Cualquier palabra que se oye claramente carece de sentido y de consecuencias. Por consiguiente, «ininteligible» es el nuevo comentario

del espectador, que, recobrando aplomo, mueve melancólicamente la cabeza. Arrojando una moneda de plata sobre la mesa, toma su sombrero, desciende a tientas la destartalada escalera, da los buenos días a un portero que encuentra acurrucado en su catre, en un socucho oscuro debajo de la escalera, y sale a la calle.

Esa misma tarde, la maciza y cuadrada torre gris de una vieja catedral aparece ante un fatigado viajero. Las campanas llaman a Vísperas, adonde él debe concurrir, a juzgar por su prisa en alcanzar el portal de la iglesia. Los niños del coro se están poniendo sus ajados roquetes apresuradamente, a tiempo que él llega a ponerse el suyo y unirse a la procesión que se encamina al oficio religioso. El sacristán cierra la puerta de hierro que separa el santuario del presbiterio, y cada uno de los integrantes del coro, ocupando su lugar, inclina el rostro y entona las palabras del salmo: «Cuando el hombre cruel y pecador…». Estas palabras se elevan y resuenan entre las aristas y vigas del templo con murmullo atronador.

CAPÍTULO II

UN DEAN Y SU CORRESPONDIENTE CAPÍTULO

Quien haya observado esos pájaros de costumbres suaves y clericales que se llaman cornejas, posiblemente ha de haber visto que al anochecer, cuando la bandada regresa formada en largas filas de negros monjes, dos de ellas, retomando el vuelo, se separan para ir a posarse más lejos, a departir, mientras se balancean suavemente, como dos jactanciosos políticos que prescindieran de los problemas del partido. Así también, cuando terminado el oficio sale el coro apresuradamente de la vieja catedral de torre cuadrada, el grupo se dispersa como las cornejas y dos más rezagados encaminan sus pasos hacia el claustro.

El día, como el año, toca a su fin. El sol poniente brilla aún, pero sin fuerza ya y enfría el ruinoso monasterio; la hiedra que trepa por la pared de la iglesia está casi desnuda y sus oscuras hojas rojas yacen marchitas por el suelo. Ha llovido esa tarde; un temblor invernal turba la superficie de los pequeños baches formados en las ranuras desiguales de las baldosas y hace verter lágrimas a los gigantescos olmos. Algunas de las hojas desprendidas, que yacen amontonadas, buscan cobijarse en tímido vuelo junto a la pequeña puerta abovedada de la catedral; los dos hombres, que salen en ese momento, las apartan de su paso; uno de ellos cierra la puerta con una enorme llave; el otro se aleja con un libro de música en la mano.

—Tope, ¿era ése el señor Jasper?

—Sí, señor Dean.

—Se ha quedado hasta tarde.

—Sí, señor Dean; me quedé con él porque «pescó» una descompostura.

—Diga «se sintió descompuesto», Tope, cuando se dirija al señor Dean —insinúa suavemente el más joven de los dos personajes parecidos a las cornejas.

Esta observación significaría: «Pueden usarse expresiones incorrectas hablando con laicos o con humildes clérigos, pero no cuando se habla con el Dean».

Tope, que era el pertiguero principal, encargado de acompañar a los turistas en sus visitas a la catedral, guarda un altivo silencio ante la observación.

—¿Cómo y dónde se sintió descompuesto el señor Jasper?, ya que, como observó el señor Crisparkle, es preferible decir: «Se sintió… se sintió…» —insiste el Dean.

—Se sintió… señor —dice Tope con deferencia—. Se sintió…

—¿Mal, Tope?…

—Bueno. El señor Jasper estaba «muy mucho» oprimido.

—Yo no diría «muy mucho», Tope —interrumpe de nuevo el señor Crisparkle, con el mismo tono anterior—; no es correcto.

—«Muy oprimido» sería preferible —confirma condescendiente el Dean, halagado por el indirecto homenaje.

—La respiración del señor Jasper era tan agitada —continúa Tope, haciendo un rodeo para no pisar en falso y controlando cuidadosamente su lenguaje— que le fue casi imposible cantar. Esa dificultad bien puede haber sido la causa de la indisposición que sufrió poco después. Se le nubló la vista.

Esta vez Tope fija sus ojos en el reverendo Crisparkle, desafiándolo a encontrar motivo de corrección.

—Una especie de vértigo y aturdimiento se apoderaron de él; nunca he visto cosa tan extraña, aunque él no parecía

conceder mayor importancia a su mal. Como quiera que sea, al cabo de un rato, y luego de beber un poco de agua, volvió en sí.

Tope repite estas palabras con igual énfasis, como diciendo: «Me he expresado bien y seguiré con el mismo éxito».

—¿Y cuando el señor Jasper regresó a su casa, estaba ya completamente restablecido? —pregunta el Dean.

—Sí, Reverencia, completamente restablecido. Me complace saber que ha encontrado su estufa bien encendida, porque ha refrescado después de la lluvia. Esta tarde, en el ambiente de la catedral, flotaba un vaho frío y húmedo que hacía tiritar al señor Jasper.

Los tres hombres tienen la mirada fija en una vetusta casa de piedra, situada al extremo del claustro y a la que se llega a través de una pérgola que sirve de pasaje. Tras de las rejas de las ventanas se ve brillar un vivo fuego, que torna más sombrío el tinte de la hiedra adherida a los muros. Cuando el reloj de la catedral da la hora, la brisa lleva el sordo rumor de sus vibraciones por sobre las torres, los sepulcros, los derruidos nichos y las estatuas mutiladas del viejo edificio.

—¿El sobrino del señor Jasper estaba con él? —pregunta el Dean.

—No, señor —contesta el pertiguero—, pero se le espera. Veo la sombra solitaria del señor Jasper entre ambas ventanas. Mire hacia aquel lado, por el cruce de la calle Real. En este momento corre las cortinas.

—Bueno, bueno —interrumpe el Dean en tono seco y un tanto impaciente, con el deseo de poner fin a una conversación demasiado prolongada—. Confío en que el señor Jasper no estará demasiado absorbido por el afecto que profesa a su sobrino. Por muy ponderables que sean nuestros afectos, no debemos dejarnos dominar tan absolutamente por ellos en este

mundo donde estamos de paso. Debemos refrenarlos y orientarlos. Pero la campana me recuerda la hora de la comida. Tal vez el señor Crisparkle querrá hacer una visita al señor Jasper antes de regresar a su casa.

—En efecto, señor; y le diré que el señor Dean ha tenido la bondad y el deseo de interesarse por su salud.

—Dígale también de mi parte que deseo saber cómo se encuentra.

Con la condescendencia propia de su elevado cargo y gesto de bondadosa protección, el Dean saluda quitándose su original sombrero y se dirige al comedor de la vieja casa de ladrillos rojos, donde reside con su esposa y su hija.

El señor Crisparkle, canónigo menor, rubio y sonrosado, tal vez por el constante hábito de zambullir la cabeza en las frescas aguas de las vertientes y manantiales cercanos; el señor Crisparkle, madrugador, músico, afecto al clasicismo, alegre, magnánimo, bonachón, comunicativo, jovial y complaciente, que hasta poco tiempo antes deambuló por sendas profanas como preceptor, debe su posición actual a la protección de un hombre que le está reconocido por la instrucción impartida a sus hijos. Antes de dirigirse a su casa a tomar té, el señor Crisparkle se encamina hacia la puerta de la vieja casa del chantre y entra.

—Me he enterado por Tope de que ha sufrido usted una indisposición, señor Jasper, y lo lamento —dice al entrar.

—¡Oh, no ha sido nada, nada!

—Parece usted un tanto deprimido.

—¿Lo parezco en verdad? No lo creo, y lo más importante es que me encuentro perfectamente. Me imagino que Tope ha exagerado; bien sabe usted que ésa es su costumbre: dar demasiada importancia a todo cuanto se relaciona con la catedral.

—¿Puedo decirle al Dean, pues vengo justamente a requerimiento suyo, que se encuentra usted completamente restablecido?

—Así es —responde Jasper con una ligera sonrisa—. Preséntele usted mis respetos y mi agradecimiento.

—Me complace saber que espera usted al joven Drood.

—Es verdad. De un momento a otro espero al querido muchacho.

—¡Ah! Su llegada le será más beneficiosa que la visita de un médico, ¿no es verdad, señor Jasper?

—Más beneficiosa que una docena de médicos, pues lo quiero entrañablemente y en cambio me disgustan los médicos y todo cuanto con ellos se relaciona.

El señor Jasper es un hombre moreno, de unos veintiséis años, de cabello oscuro, brilloso y abundante. Usa bigote, y su aspecto es pulcro, aunque aparenta más edad de la que tiene, como acontece con los hombres de su tipo; su voz es grave y bien timbrada. Es de elevada talla, bien parecido y un tanto melancólico.

Su habitación, algo sombría, debe de haber dejado huella en su espíritu. Está generalmente en la penumbra, y aun cuando el sol brilla, su luz raramente llega hasta el gran piano situado en un extremo de la sala, el atril rebosante de música, la biblioteca empotrada en la pared o el cuadro inconcluso que cuelga cerca de la chimenea y que representa a una hermosa jovencita en traje de colegiala. La pintura, que es simplemente un bosquejo, carece de positivo mérito artístico. Los rizados y sedosos cabellos castaños están recogidos por un lazo azul. El rostro infantil, en el que asoma un mohín impertinente, es de notable belleza, y el artista ha sabido descubrir ese deje de cómica presunción y reproducirlo con fino sentido humorístico, a modo de sutil reproche.

—Lo vamos a echar mucho de menos esta noche, Jasper, en las habituales veladas musicales de los miércoles. Pero, sin duda, usted se encontrará mejor en su casa. Buenas noches. ¡Que Dios lo bendiga!

Dime, dime, pastorcito, ¿has visto a mi Flora pasar por aquí? tararea melodiosamente el buen canónigo reverendo Séptimus Crisparkle mientras se dirige a la puerta y desciende las escaleras.

Se oyen saludos y expresiones de bienvenida al pie de la escalera entre el reverendo Séptimus y otra persona.

El señor Jasper escucha y se incorpora de súbito. Instantes después estrecha entre sus brazos al recién llegado, exclamando:

—¡Mi querido Edwin!

—¡Mi querido Jack! ¡Qué placer el verte!

—Deja el abrigo, muchacho, y siéntate en tu rincón favorito. ¿Tienes los pies húmedos? Quítate los zapatos.

—Estoy tan seco como un hueso, querido Jack. No me mimes tanto. Eres un gran muchacho, pero nada me molesta tanto como los mimos.

Confundido por esta advertencia, que reprime su entusiasta expansión, el señor Jasper no dice palabra y contempla al joven, que se despoja de su sombrero, guantes y abrigo. Su mirada vigilante, escudriñadora y plena de ansiedad, está sin embargo llena de devoción y afecto cada vez que la fija en el joven.

—Ahora estoy cómodo y ocuparé mi sitio —dice—. ¿Tienes algo que comer, Jack?

El señor Jasper abre la puerta que da a la habitación contigua, alegremente iluminada, donde una mujer joven acaba de preparar la mesa.

—¡Qué espectáculo agradable, mi viejo Jack! —exclama el joven batiendo alegremente las manos—. Mírame, Jack, y dime: ¿Qué festejamos hoy? ¿El cumpleaños de quién?

—No el tuyo, por cierto —responde el señor Jasper después de un momento de reflexión.

—¡Bien lo sé! ¡Es el cumpleaños de Pussy!

La mirada penetrante que cae sobre el joven alcanza con el mismo poder extraño al bosquejo colocado sobre la chimenea.

—¡De Pussy, Jack! Debemos beber a su salud. Ven, tío; conduce a tu sumiso y hambriento sobrino a cenar.

Así diciendo, el muchacho, que es apenas un adolescente, apoya una mano en el hombro de Jasper, quien, alegre y cordial, a su vez lo toma del brazo, y entran ambos al comedor.

—¡Ah, Señor! ¡He aquí a la señora Tope más encantadora que nunca! —exclama el joven.

—No se preocupe por mí, señor Edwin —replica la mujer del pertiguero—. Me sé cuidar muy bien sola.

—No lo creo. ¡Es demasiado hermosa! Déme un beso por ser el cumpleaños de Pussy.

—¡Le voy a dar Pussy, joven! ¡Si yo fuera Pussy!…, como usted la llama —dice sonrojándose la señora Tope al recibir el beso—. Su tío está demasiado embobado con usted. ¡Eso es lo que pasa! Lo tiene tan engreído, que usted cree que con sólo llamar a sus Pussys éstas vendrán corriendo por docenas.

—Usted olvida, señora Tope —interrumpe el señor Jasper, ocupando su sitio en la mesa con una festiva sonrisa—, y tú también, Ned, que «tío» y «sobrino» son dos palabras prohibidas aquí de común acuerdo. ¡Que el Señor sea alabado por el alimento que vamos a recibir!

—Dicho a la perfección. ¡Como por el propio Dean! —subraya Edwin Drood—. ¿Quieres trinchar, Jack? Yo no soy

capaz. Es éste un rito esencial en la comida.

La cena transcurre silenciosa. La conversación decae mientras hacen honor a la comida. Por fin se levanta el mantel y se trae a la mesa un plato de nueces y una botella de jerez.

—Dime, Jack, explícame —interrumpe atropelladamente el joven—, ¿crees que el hecho de que medie un parentesco entre nosotros pueda ser un obstáculo a nuestra amistad? Yo no lo creo.

—Los tíos, por lo general, Ned, son mucho mayores que sus sobrinos —es la respuesta—, cosa que instintivamente me produce disgusto.

—¡Bah! Como regla general, lo admito. ¿Qué importancia tiene una diferencia de media docena de años, si en las familias numerosas sucede a menudo que los tíos son menores que los sobrinos? ¡Válgame Dios! Bien quisiera yo que ése fuera nuestro caso.

—¿Por qué?

—Porque si así fuere, yo sabría dirigirte con acierto. Desvanecería las inquietudes que a pesar de tu juventud blanquean tus cabellos, y que serán causa de la prematura muerte de un joven viejo. ¡Cuidado, no bebas!

—¿Por qué no?

—¿Y lo preguntas? Es el día del cumpleaños de Pussy y aún no hemos brindado por ella. ¡Por Pussy, Jack! ¡Y que los cumpla por muchos y muy felices años!

Jasper, jovial y cariñoso, oprime la mano del muchacho como para transmitirle los sentimientos que embargan su mente y su corazón.

—¡Hip!… ¡Hip!… ¡Hip!…, gritemos hasta cien veces ¡Hurra!… ¡Hurra!… ¡Hurra!… Y ahora hablemos un poco de

Pussy. ¿Tienes dos cascanueces? Toma uno y dame el otro. ¡Crac! ¿Qué es de la vida de Pussy?

—¿En cuanto a su música? Perfecta.

—¡Qué terriblemente hábil eres, Jack! Pero yo bien comprendo… ¡Que Dios te bendiga! Dime… ¿ella siempre distraída, eh?

—Podría aprender cualquier cosa si quisiera.

—¡Si quisiera!… ¡Qué diablos! Pero si no quiere…

¡Crac! El señor Jasper parte una nuez.

—¿Qué tal está?

La mirada de Jasper, de concentrada expresión, se dirige una vez más al retrato.

—Tal como aparece en tu bosquejo.

—Me enorgullezco un poco de mi obra, en verdad —dice el joven, mirando complacido el cuadro. Y luego, cerrando un ojo y extendiendo la mano con el cascanueces, buscando un punto de mira para obtener una correcta perspectiva, agrega—: No está mal logrado, para haber sido hecho de memoria, aunque hubiera podido captar mejor su expresión, pues la he visto muy a menudo.

En el intervalo se escucha el continuo crac de los cascanueces.

—En realidad —prosigue después de un momento de silencio, hurgando entre las cáscaras para buscar trocitos de nuez—, encuentro esta expresión en Pussy cada vez que la veo. Si no la descubro al comenzar nuestra entrevista, es seguro que aparece en su rostro al dejarla. ¡Ah! Bien lo sabe usted, señorita desdeñosa —dice dirigiéndose al cuadro, mientras hace girar en su mano el cascanueces.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!… Parte las nueces con lentitud el señor Jasper.

¡Crac!… Furiosamente hace cascar otra nuez Edwin Drood. Los envuelve un prolongado silencio.

—¿Has perdido el habla, Jack?

—¿Y tú también, Ned?

—No. Es que te he dicho la verdad.

Jasper levanta las cejas interrogante.

—Oye, Jack. ¿No es deplorable sentirse imposibilitado de elegir libremente en materia tan delicada? Te lo digo con toda sinceridad. Si me fuera dado elegir, escogería a Pussy entre todas las jóvenes bonitas del mundo.

—Pero es que tú no tienes que elegir.

—Y eso es lo que lamento. ¿Tenían necesidad, mi difunto padre y el de Pussy, de decidir la unión de nuestros destinos desde pequeños? ¡Qué diablos! No creo faltar al respeto a su memoria al decir que esto es atentar contra la independencia del corazón.

—Bueno… bueno, muchacho, no te propases —dice el señor Jasper en tono suave, deseoso de calmar al joven.

—Bueno… bueno… —repite Ned—. Como el hecho no te atañe, lo tomas con tanta flema. Tu existencia no ha sido trazada de antemano, como los planos de un ingeniero. Tú no sufres la angustia de saberte forzado a elegir a una determinada mujer y ser, a tu vez, impuesto a ella. Puedes elegir con libertad. Tu vida es una fruta sazonada que sólo tienes que llevar a los labios.

—Continúa, Ned, no te detengas.

—¿He dicho algo que pueda haberte ofendido, Jack?

—¿Cómo podrías tú ofenderme?

—¡Por Dios, Jack! Pareces muy enfermo. Tienes la mirada turbia.

El señor Jasper, con una forzada sonrisa, hace con la mano un significativo movimiento para calmar las aprensiones del joven y ganar tiempo para recobrarse. Pasado un momento, dice con voz débil:

—He estado fumando opio para apaciguar un dolor, una verdadera agonía que por momentos se apodera de mí. El efecto de esta droga actúa sobre mis sentidos, envolviéndolos en una espesa nube. Tú ves cómo pasa; de aquí a poco desaparecerá por completo. No me mires, y así el efecto se irá más pronto.

Con mirada temerosa el joven obedece y fija sus ojos en las cenizas del hogar. El mayor de los dos hombres tampoco aparta del mismo punto la suya, que brilla con expresión casi feroz; mientras respira con dificultad, oprime los brazos del sillón donde está sentado, y gruesas gotas corren por su frente.

Su sobrino se acerca a él y le prodiga solícitos cuidados. Cuando el señor Jasper reacciona, posa una mano en el hombro del joven y con voz más serena que lo que expresan sus palabras, a las que imprime un tono irónico, le comenta:

—Se dice que en todas las casas mora un espectro escondido, pero tú, querido Ned, no habrías imaginado nunca que hubiera uno en la mía.

—¡Por mi vida, Jack, que lo he pensado también! Y hasta en la casa de Pussy… y en la mía… ¡si la tuviéramos!

—Me decías hace un instante, cuando te interrumpí muy a mi pesar, qué existencia apacible era la mía, sin ruido, sin agitación, sin los desasosiegos de los negocios, sin riesgos, sin mudanza, consagrado al arte y a los goces que éste me proporciona.

—En realidad, Jack, yo iba a decir algo parecido, pero tú, al hablar de ti mismo, necesariamente has omitido otras cosas que yo añadiría. Por ejemplo: hubiera puesto en primer plano la consideración respetuosa que inspira tu cargo de cantor —o

como quieras llamarle— de esta catedral; la reputación de que gozas por haber hecho maravillas en el coro; el derecho de elegir libremente la sociedad que frecuentas, manteniendo una completa independencia en este viejo y extraño lugar; tu don de enseñar. Si hasta Pussy, a quien disgusta el estudio, admite que no ha tenido mejor maestro que tú. Y luego, tus vinculaciones…

—Ya veo adonde quieres llegar, pero detesto todo eso.

—¿Que lo odias, Jack? —dice Edwin, desconcertado.

—Odio todo eso. El ambiente mezquino y tedioso que me rodea abruma mi alma. ¿Qué impresión te producen nuestros oficios religiosos?

—¡Maravillosos! ¡Celestiales!

—A menudo los encuentro diabólicos. Estoy harto de ellos. El eco de mi propia voz, repetido bajo las viejas arcadas, parece burlarse de mi diaria labor. Ninguno de los pobres monjes que han malbaratado su vida antes que yo en este triste lugar, puede haber sentido más hartazgo. Ellos podían, al menos, encontrar un lenitivo tallando en sus sitiales, como lo hicieron, figuras diabólicas. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Debo esculpirlos también fuera de mi corazón?

—¡Y yo que pensaba que habías encontrado el reposo de tu vida! —dice Edwin Drood, perplejo, posando compasivamente la mano en la rodilla de Jasper y mirándolo con angustia.

—Ya sé que pensabas así. Es la opinión de todo el mundo.

—Naturalmente —dice Edwin, reflexionando en voz alta —. Pussy es de la misma opinión.

—¿Cuándo te lo dijo?

—La última vez que estuve aquí, ¿recuerdas? Hace tres meses.

—¿En qué forma te lo expresó?

—Sólo me dijo que ahora era tu discípula y que habías nacido con esa vocación.

El más joven de los dos hombres echa una ojeada al cuadro. Esta mirada repercute en lo más íntimo del señor Jasper.

—De todos modos, querido Ned —resume Jasper, volviendo fugazmente a su jovial buen humor—, es necesario que me someta a esta profesión, lo cual significa reconocer de una manera tácita que es demasiado tarde para elegir otra. Y sea éste un secreto entre nosotros.

—Tu secreto será celosamente guardado, Jack.

—Te lo he confiado porque…

—Porque somos íntimos amigos, porque me quieres como yo te quiero a ti y nos profesamos mutua confianza. ¡Dame tus manos, Jack!

Contemplando fijamente a su sobrino mientras oprime sus manos, Jasper continúa:

—Ahora sabes, ¿no es así?, cómo un vulgar chantre, un pobre musicastro, aun confinado en este rincón, puede estar perturbado por una especie de ambición o inquietud veleidosa, aspiración insatisfecha, ¡llámala como quieras!

—Sí, querido Jack.

—¿No olvidarás esto que te digo?

—¡Jack! ¿Te parece posible que pueda olvidar lo que me has dicho con tanto sentimiento?

—Tómalo entonces como una advertencia. Edwin abandona las manos de Jack, y retrocediendo un poco considera la aplicación de estas palabras a su propio caso y dice con emocionado acento:

—Mucho me temo no ser más que un muchacho insubstancial y frívolo, que todavía no ha sentado la cabeza. No necesito decir que soy joven y que al correr de los años quizá me encuentre en tus mismas condiciones. No obstante, creo ser lo bastante sensible para apreciar profundamente tu abnegación al haber querido revelarme tus más íntimos sentimientos a modo de consejo para mi inexperiencia.

El rostro, la actitud de Jasper, es de rígida inmovilidad. Su respiración misma parece paralizada.

—No se me oculta, Jack, que esta confesión ha sido muy dolorosa para ti. Tu emoción ha sido intensa, y tu actitud insólita. Conozco el profundo afecto que me profesas, pero no estaba preparado para tan grande donación.

El señor Jasper se recupera entonces y, sin mediar transición entre dos estados de ánimo tan opuestos, hace con la mano un movimiento negativo y displicente.

—No —replica Ned—, no te retractes ahora, por favor. Te he escuchado a conciencia. No dudo de que ese estado enfermizo de tu mente, que acabas de describirme con tanta realidad, es hijo de un amargo sufrimiento, por cierto muy difícil de soportar. Por lo que a mí respecta, déjame explicarte en qué consiste la diferencia de mi posición. De aquí a unos cuantos meses, que no llegarán a un año, como tú lo sabes, Pussy abandonará el internado para convertirse en la señora de Drood. Luego, iré a ejercer mi profesión de ingeniero a Oriente, y ella irá conmigo. A pesar de algunas rencillas sin importancia, nacidas a consecuencia de la forzosa monotonía de nuestros amores, carentes de espontaneidad —ya que en ellos todo ha sido previsto de antemano—, no dudo de que nada se opondrá a un perfecto entendimiento entre nosotros y se acabarán estas pequeñas diferencias. En resumidas cuentas, Jack, será como dice la vieja canción que tarareaba hace un rato durante la cena, ¡y quién mejor que tú conoce las viejas canciones!: «Mi mujer bailará, yo cantaré y la vida correrá

alegremente». Nadie duda de que Pussy sea hermosa… Y cuando seas tan buena como hermosa, «pequeña señorita imprudente» —dice, apostrofando el retrato—, quemaré ese bosquejo y haré una obra de arte para tu maestro de música.

El señor Jasper, con el mentón apoyado en la mano y una bondadosa expresión en su semblante, ha seguido atentamente cada gesto y cada palabra de este discurso. Cuando Ned termina de hablar, Jasper permanece en la misma actitud, como bajo el influjo de una especie de fascinación por ese espíritu juvenil que le es tan querido, y dice con una serena sonrisa:

—Entonces, ¿no quieres hacer caso de mi advertencia?

—No, Jack.

—¿No quieres aceptarla?

—No, Jack. Y menos viniendo de ti. Yo no me considero en el peligro que dices, y además me disgusta oírte hablar en ese tono.

—¿Vamos a dar un paseo por el claustro?

—Con mucho gusto; pero permíteme una escapada para ir hasta la Casa de las Monjas a dejar un paquete de guantes para Pussy. Tantos pares de guantes como años cumple en el día de hoy. La idea tiene algo de poético, ¿no es cierto, Jack?

El señor Jasper murmura:

—Nada hay en la vida más dulce que el amor, Ned.

—He aquí el paquete, en el bolsillo de mi abrigo. Es necesario que lo lleve hoy mismo, si no, perdería todo su encanto poético. Ya sé que es contrario al reglamento visitar el convento de noche, pero como sólo se trata de dejar un paquete… Estoy pronto, Jack.

El señor Jasper abandona su actitud contemplativa y los dos hombres salen.

CAPÍTULO III

LA CASA DE LAS MONJAS

Por varias razones, que se pondrán en evidencia en el transcurso de este relato, daremos un nombre supuesto al pueblo donde se alza la vieja catedral: Cloisterham, por ejemplo. Es posible que los druidas lo hayan conocido bajo otra designación, y es seguro que haya llevado otra bajo los romanos; quizá otra bajo los sajones, y una más todavía bajo los normandos. Ninguna trascendencia tiene un nombre más o menos en el curso de los siglos, comprobado en las polvorientas crónicas.

La antigua ciudad, silenciosa y monótona, impregnada del olor a cueva que sube de las criptas de su catedral, es poco propicia para residencia de gentes mundanas. Abundan en ella vestigios de numerosas tumbas monásticas, donde los niños juegan inocentemente con el polvo de los huesos de abades y abadesas, y el labrador, que cultiva los antiguos campos, propiedad que fueron de canónigos y arzobispos, usa con ellos la misma cortesía que el ogro de los cuentos con sus visitantes: les muele los huesos para hacer pan.

Los habitantes de la somnolienta ciudad parecen creer, con extraña lógica, que todos los sucesos y mutaciones han acaecido ya en los pasados siglos y que ningún nuevo acontecimiento puede esperarse del porvenir. Curiosa deducción, cuyo lejano origen, allá en tiempos muy remotos, no es posible determinar.

Las calles de Cloisterham son tan silenciosas que el más leve sonido despierta un eco. En los días estivales, el viento del sur apenas agita las cortinas de las tiendas, y el caminante abrasado por el sol mira curioso en torno y aprieta el paso, deseando evadirse del opresivo ambiente; deseo, por otra parte, fácil de satisfacer, pues Cloisterham está trazado, puede decirse, sobre una calle única y estrecha, por la cual se entra al pueblo. Destácanse la vieja catedral y la sede policroma de los cuáqueros en medio de terrenos incultos y descuidados. El aspecto de este último edificio recuerda el sombrero de una cuáquera, olvidado en algún rincón de un oscuro aposento.

En resumen: Cloisterham es una ciudad de otro tiempo; habla por la ronca voz de sus campanas, de las cornejas que revolotean alrededor de la torre de su catedral y la voz, más ronca todavía, pero menos perceptible, de las cornejas humanas que se sientan en el coro.

Las casas y jardines, construidos con restos de viejos muros y piedras desprendidas de las capillas, conventos y monasterios, parecen, en su incongruente y abigarrada arquitectura, guardar estrecha relación con el espíritu confuso y enrevesado de sus habitantes.

Todo aquí pertenece al pasado. Hasta el único prestamista de Cloisterham, desde hace mucho tiempo, no realiza negocio alguno; se contenta con ofrecer inútilmente su vieja provisión de artículos que no fueron rescatados, entre los cuales figuran, como piezas valiosas, relojes inservibles y estropeados, pinzas de azúcar oxidadas de puro viejas, y un lote de pesados y sapientes volúmenes. En verdad, el único signo de vida de ese extraño pueblo es la exuberante vegetación de sus numerosos jardines. Hasta el ruinoso y destartalado teatro tiene su pequeño jardín, donde el demonio, cuando desaparece de la escena para hundirse en las regiones infernales, cae en medio de los durazneros de la estación.

En el centro de Cloisterham se levanta un venerable edificio de ladrillo rojo, actualmente llamado Casa de las Monjas, por haber sido, según la leyenda, un antiguo convento.

Sobre la hermosa reja que cierra el viejo patio, destácase una pulida placa de cobre con esta inscripción:

INTERNADO DE SEÑORITAS

Señorita Twinkleton

El tiempo ha ennegrecido la fachada de la vetusta residencia. La reluciente placa, brillante como una mirada, podría sugerir a la viva imaginación del turista la idea de un hermoso viejo decrépito que luciese un enorme monóculo.

Sin duda, las monjas que en otro tiempo la habitaron, generación más dócil y sometida, doblegaban humildemente la cabeza, evitando así tropezar con las vigas de los bajos techos de algunas de las celdas, o sentadas en el alféizar de las anchas ventanas pasaban las cuentas de su rosario con objeto de mortificarse, en lugar de usarlas para hacerse con ellas collares o pendientes.

Tal vez para acabar de extirparles del corazón la indestructible concupiscencia, se las tenía soterradas en los ángulos de los espesos muros, bajo los arcos sofocantes de tan siniestro edificio.

Podrían ser estos sucesos motivo de interés para los fantasmas que rondan la casa —si en verdad los hubiera—, pero no figuran en las

facturas semestrales del establecimiento, ni perjudican en absoluto la constante regularidad de las entradas, a veces extraordinarias, de la señorita Twinkleton. La encargada de la propaganda del internado, al presentar poéticamente sus ventajas a razón de tanto por trimestre, tampoco menciona en sus prospectos cuestiones de semejante índole.

Así como en ciertos casos de ebriedad o subconsciencia se perfilan dos estados psicológicos que se desenvuelven sin contraposición, como sucede al ebrio que esconde un reloj —y para saber después dónde lo ha ocultado necesita volver a su estado de ebriedad—, así también dos maneras de ser bien diferentes alternan en el carácter de la señorita Twinkleton.

Todas las noches, apenas las niñas se han entregado al sueño, perfecciona su tocado y surge una señorita Twinkleton de mirada brillante, vivaz e impetuosa, como nunca la sospecharon sus alumnas.

Todas las noches a la misma hora prosigue el tema de la víspera sobre los pequeños escándalos de Cloisterham, que ignora en absoluto durante el día, y agrega a ellos el recuerdo de una cierta temporada pasada en Tumbridge Wells (someramente designado por ella en este momento de su vida «Wells»), durante la cual un cumplido caballero, al que llamaba compasivamente «el alocado señor Porter», le ofreció su rendido corazón. De todos estos acontecimientos la señorita Twinkleton no conserva memoria alguna durante el desempeño de sus tareas, tal como podría ocurrirle a una columna de granito.

La señora Tisher, colaboradora de la señorita Twinkleton, sabe adaptarse perfectamente a las dos fases de la existencia de su compañera. Es una viuda respetable, de espaldas encorvadas y voz desfalleciente, que exhala continuos suspiros de su oprimido pecho. Está encargada del cuidado del guardarropa de las educandas, y no pierde oportunidad de informarlas sobre los mejores tiempos que conoció.

Bien puede ser ésta la razón de que la servidumbre crea, como un artículo de fe transmitido de unas a otras, que el difunto señor Tisher había sido peluquero.

La alumna preferida de la Casa de las Monjas es Rosa Bud, a la que llaman *Capullo*; es una joven maravillosamente bella, maravillosamente infantil y maravillosamente caprichosa. Se explica que la señorita Bud despierte en la imaginación de sus compañeras un interés tan vivo, dado lo romántico de su situación: todas saben que, por expreso mandato testamentario, su tutor está solemnemente comprometido a desposarla,

apenas llegue a su mayoría de edad, con un joven ya elegido para ser su esposo.

En el desempeño como directora del internado —primer aspecto de su existencia—, la señorita Twinkleton no deja de combatir las ideas novelescas que giran en torno al destino de Rosa; cuando la niña pasa a su lado, sacude la cabeza como reflexionando en su interior sobre la triste suerte de la pequeña víctima condenada al sacrificio. Este gesto de fingida compasión, semejante al otro que la induce al recuerdo del «alocado señor Porter», provoca en los corrillos de sus alumnas un comentario unánime: «¡Qué gran simuladora es esta vieja Twinkleton!».

Nunca se ve tan convulsionada la Casa de las Monjas como cuando este marido impuesto llega a visitar a la pequeña *Capullo*. Es opinión entre las educandas que el joven goza de un privilegio legal para tales visitas, y que si la señorita Twinkleton no las permitiera, sería instantáneamente trasladada a otro establecimiento. Así, pues, cuando el futuro esposo llama a la verja, muchas de ellas, bajo cualquier pretexto, corren a la ventana para atisbar al visitante; otras, en cambio, obligadas a permanecer dentro del aula en pleno ensayo, pierden el compás. Hasta en la clase de francés, dictada por la vicedirectora, reina el desorden, y la profesora recorre la sala como una botella de excelente vino en la mesa de un noble anfitrión del siglo pasado.

Esa tarde, poco después de la cena, se oye sonar la campanilla de la verja y se produce el consiguiente y acostumbrado revuelo.

—El señor Edwin Drood desea ver a la señorita Rosa —anuncia la portera encargada del locutorio. Con aire melancólico, resignada al sacrificio, la señorita Twinkleton dice:

—Puedes bajar, Rosa.

La señorita Bud sale seguida por centenares de ojos.

El señor Edwin Drood espera en la sala privada de la señorita Twinkleton, habitación elegante en la que sólo dos detalles recuerdan el ambiente escolar: un globo celeste y otro terráqueo. Han sido colocados ahí para demostrar a los padres o encargados de las pupilas que aun cuando la señorita Twinkleton termina sus tareas escolares y se retira a sus departamentos la sigue el cumplimiento del deber, que tan pronto la impulsa a recorrer la tierra como el Judío Errante, o a buscar su tesoro en los cielos, siempre animada del ardiente afán de procurarse más amplios conocimientos para transmitirlos a sus alumnas.

La nueva sirvienta no conoce al prometido de Rosa. En el momento en que desciende precipitadamente la escalera, como una persona tomada en falta, para ir a trabar conversación por la rendija de la puerta dejada abierta de propósito, surge una encantadora figura con la cabeza semioculta por un pequeño delantal de seda, a manera de velo, y se desliza por la sala.

—¡Oh, qué ridículo! —exclama la minúscula aparición, deteniéndose de golpe y dando un paso atrás—. ¡No, Eddy!…

—¿Qué significa este «no», Rosa?

—¡No te acerques más, por favor! ¡Es tan absurdo!

—¿Qué es absurdo, Rosa?

—Todo esto. Es ridículo ser una huérfana prometida en matrimonio; es ridículo que las compañeras y las sirvientas estén siempre en acecho, como ratones detrás del zócalo, y es ridículo que me visites aquí.

Mientras así dice, juguetea con el pulgar en el ángulo de la boca.

—No me haces un recibimiento muy afectuoso que digamos, Pussy.

—Bueno. Ya cambiaré dentro de un momento, Eddy; pero por ahora me resulta imposible. ¿Cómo te encuentras? —pregunta Pussy en tono seco.

—No me resuelvo a decirte que muy bien, Pussy, ya que es tan poco lo que veo de tu persona.

Esta segunda reprimenda descubre una fugaz expresión de enojo al levantarse el delantal, pero desaparece de inmediato.

—¡Oh, cómo te has cortado el cabello!

—¡Más me valiera cortarme la cabeza! —dice Edwin, alisando sus cabellos y mirándose de soslayo en el espejo mientras golpea furiosamente el suelo con el pie—. ¿Quieres que me vaya?

—No. Es mejor que no te vayas en seguida, Edwin. Mis compañeras se preguntarían extrañadas la razón de tu rápida partida.

—Una vez por todas, Rosa. ¿Quieres quitarte de encima ese ridículo trapo que cubre tu cabeza, y saludarme?

El delantal cae bruscamente de la cabeza de su dueña, que dice:

—¡Bienvenido, Edwin, ya está! ¡Estoy segura que es así como te gusto! Démonos la mano. ¡No! ¡No puedo besarte, porque tengo un

caramelo ácido en la boca!

—¿Sientes alegría al verme, Pussy?

—¡Oh, sí! ¡Encantadísima! Ven, siéntate aquí… ¡Señorita Twinkleton!

Entre las costumbres de la excelente señorita Twinkleton, se cuenta ésta de presentarse cada cinco minutos en la sala cuando Rosa recibe a su novio, o bien delegar la inspección en la señora Tisher, quien acude siempre bajo la excusa de recoger un objeto allí olvidado. En este momento la señorita Twinkleton entra con afectada naturalidad y exclama, llena de cortesía:

—¿Cómo está, señor Drood? Encantada de verlo… Discúlpeme… por favor… ¡Gracias!

—He recibido los guantes anoche, Eddy. Me gustaron muchísimo. ¡Son realmente preciosos!

—Bueno, menos mal —responde el novio, murmurando con displicencia—: Cualquier atención, por pequeña que sea, debe agradecerse. ¿Cómo has pasado el día de tu cumpleaños, Pussy?

—¡Maravillosamente! Todos me obsequiaron. Tuvimos fiesta y por la noche baile.

—¡Una fiesta y un baile! ¡Me parece que lo has pasado muy bien sin mí, Pussy!

—¡Ma-ra-vi-llo-sa-men-te! —repite espontánea Rosa, con indiscutible sinceridad.

—¡Ah! ¿Y en qué consistió el festín?

—Pasteles, naranjada, jaleas y camarones.

—¿Tenían compañeros de baile?

—Bailamos entre nosotras, naturalmente, señor. Pero algunas niñas simulaban ser sus propios hermanos. ¡Era tan divertido!

—¿A ninguna se le ocurrió fingir?…

—¿Que eras tú? ¡Oh, por cierto que sí! Fue lo primero que hicieron.

—Espero que se habrán desempeñado bien… —dice Edwin, con aire de duda.

—¡Oh! Requetebién. Y, por supuesto, yo no quise bailar contigo.

Edwin no alcanza a comprender el sentido exacto de esta frase, y le pide inocentemente que le explique el porqué de la negativa.

—¡Porque estaba tan cansada de ti! —responde Rosa; pero recobrándose, al observar la expresión de disgusto diseñada en el rostro del joven, dice con tono más suave:

—Querido Edwin. Te consta que tú también estás cansado y harto de mí.

—¿He dicho eso, Rosa?

—¡Decirlo! ¿Alguna vez lo dices? No. Solamente lo demuestras. ¡Oh! ¡Mi compañera hizo tan bien tu papel! —dice Rosa en una explosión de entusiasmo, recordando al personaje del falso prometido.

—Me parece que esa niña es bastante descarada —dice Edwin Drood—. Me alegro de que sea éste tu último cumpleaños en esta vieja casa, Pussy.

—¡Ah, sí!

Rosa junta sus manos, baja los ojos, suspira y mueve hacia uno y otro lado la cabeza.

—Pareces lamentarlo, Rosa.

—Sí. Lamento abandonar este querido y pobre lugar. Me parece que voy a extrañarlo cuando me vaya… ¡Soy tan joven!…

—¿No será mejor que nos detengamos en mitad del camino, Rosa?

Ella lo contempla con una mirada brillante y escrutadora. Después mueve la cabeza, suspira y baja nuevamente los ojos.

—Esto quiere decir, ¿no es verdad, Pussy?, que ambos estamos resignados a nuestro destino.

Ella hace un signo de afirmación, y pasado un breve silencio, dice con acento extraño:

—Tú bien sabes que debemos casarnos, Edwin; y casarnos aquí, o las pobres compañeras se sentirán defraudadas.

En este momento la fisonomía de Edwin refleja más compasión por ella y por sí mismo, que amor. Cambia de expresión y le pregunta:

—¿Te llevo a dar un paseo, querida Rosa? La querida Rosa no parece del todo convencida sobre este punto, pero de pronto su rostro se ilumina con una expresión cómicamente meditativa, y dice:

—¡Oh, sí, Eddy; salgamos a pasear! Y te voy a sugerir lo que podemos hacer. Tú fingirás estar comprometido con otra persona y yo simularé que no tengo novio, y así no nos pelearemos como otras veces.

—¿Tú crees que este procedimiento bastará para que no riñamos, Rosa?

—Estoy segura que sí. ¡Chist! Finge que miras por la ventana… ¡Viene la señora Tisher!

En efecto, la imponente matrona aparece con el mismo aire de sorpresa que había usado la señorita Twinkleton al iniciarse la entrevista, y circula por la sala con su traje de seda como un fantasma legendario de la viudez.

—Confío en que su salud sea muy buena, señor Drood, a juzgar por su buen semblante. Espero no molestarlos demasiado, pero he perdido un cortapapeles… ¡Oh!… Muchas gracias… Aquí está. —Y desaparece con el objeto.

—Otra cosa puedes hacer para complacerme, Eddy —dice *Capullo* —. En el momento de salir quisiera que te mantuvieras pegado a la pared.

—Si así lo deseas, Rosa… Pero… ¿Puedo preguntarte el motivo?

—Simplemente porque no quiero que te vean mis compañeras.

—¡Oh! ¡Qué día magnífico! ¿No quieres además que me esconda debajo de una sombrilla?

—No sea ridículo, señor. Lo que pasa es que usted no tiene los zapatos lustrados —dice ella, haciendo una mueca y encogiéndose de hombros.

—Puede que este detalle escape a la atención de esas señoritas, aunque me vean —observa Edwin, echando una mirada de descontento a sus zapatos.

—Nada escapa a la observación de ellas, señor; y ya sé lo que sucedería después. Más de una me diría, pues son muy francas, que nunca aceptarían a un novio que no se lustrara los zapatos. ¡Cuidado! Aquí llega la señorita Twinkleton. Le pediré permiso para salir.

Se escucha, en efecto, a la discreta dama, que finge conversar con una persona imaginaria y dice, a medida que se acerca:

—¡Ah, sin duda! ¿Está segura usted que no ha visto mi abotonador de nácar que estaba sobre la mesa de trabajo en mi aposento?

El permiso para efectuar el paseo es rápida y graciosamente concedido. De inmediato la joven pareja sale de la Casa de las Monjas, tomando todas las precauciones posibles para que no se descubra el estado lamentable de los zapatos de Edwin Drood; precauciones suficientes, esperemos, para asegurar la tranquilidad de la futura señora de Edwin Drood.

—¿Adónde vamos, Rosa?

—Quisiera ir a la bombonería.

—¿Adónde?

—Me gustan mucho los bombones turcos, señor. ¡Parece mentira! ¿Es posible que no comprenda? ¿Por qué le parece raro? ¡Todo un ingeniero y no conoce estos dulces!

—¿Y cómo iba a conocerlos, Rosa?

—Porque a mí me gustan mucho. ¡Ah! Me olvidaba del juego que habíamos convenido. No. No es necesario enterarlo de nada. No importa.

Melancólicamente el joven se deja llevar hasta la bombonería, donde Rosa hace su compra y le ofrece algunos dulces, que él rechaza un tanto desdeñoso. La niña se dispone a comer sus golosinas con todo entusiasmo, no sin antes quitarse los pequeños guantes rosados, llevándose de vez en cuando los deditos a los labios para chupar restos de azúcar.

—Ahora, pórtate como un buen muchacho y continúa el juego. ¿De modo que estás comprometido?

—Así es. Estoy comprometido.

—¿Es bonita tu novia?

—Encantadora.

—¿Alta?

—Muy, muy alta. (Rosa es muy pequeña.)

—Estoy segura de que es una desairada —dice tranquilamente.

—Perdona; en absoluto. Es lo que se llama una magnífica mujer, una espléndida mujer —dice Edwin, con aire de abierta contradicción.

—Sin duda tendrá la nariz grande —insiste ella en el mismo tono.

—No. No es muy grande —es la pronta respuesta. (La nariz de Rosa es pequeña.)

—Sí. Una larga nariz pálida… con una protuberancia roja en la punta… Conozco muy bien ese tipo de nariz —dice Rosa con suficiencia, mientras saborea sus dulces.

—Tú no conoces ese tipo de nariz, Rosa —dice un tanto acalorado —, porque no es como supones.

—¿No es una nariz pálida, Edwin?

—No —contesta Edwin, resuelto a no ceder.

—¿Una nariz roja, entonces? ¡Ah! No me gustan las narices rojas. Pero de todos modos, siempre le queda el recurso de empolvarla.

—Es que ella se resistiría a empolvarse —dice Edwin, más acalorado aún.

—¿No lo haría? ¡Qué estúpida debe ser! ¿Es para todo igualmente tonta?

—No. Para nada.

Después de una pausa, durante la cual Rosa no ha dejado de observarlo con un gesto de caprichosa malignidad, le dice:

—¿Y a esa criatura, tan sensible y razonable, le agrada la idea de ser llevada a Egipto?

—Sí. Demuestra un gran interés en el triunfo del arte de la ingeniería y muy especialmente cuando este arte transforme la vida del país.

—¡Santo cielo! —dice Rosa, encogiéndose de hombros con una risita de sorpresa.

—¿También a esto tienes que hacer una objeción? —dice Edwin, con un gesto altanero, mientras se inclina para mirar su carita de hada—, ¿te opones a que se interese por mis trabajos?

—¿Oponerme yo? ¡Pero, mi querido amigo! Yo pensaba que ella detestaría todo lo que fueran máquinas y esas cosas…

—Puedo contestar por ella y decirte que no es tan tonta para odiar —responde él con indignado énfasis—, pero no sabría contestarte su opinión sobre «esas cosas» porque realmente no comprendo lo que quieres significar con tales palabras.

—¿Pero es posible que no aborrezca a los árabes, los turcos y los nativos?

—Ciertamente que no —afirma él rotundo.

—Pero al menos aborrecerá a las pirámides… ¡Vamos, Eddy!

—¿Por qué ha de ser ella una pequeña… quiero decir: una gran tonta?

—¡Ah! Si la oyeras a la señorita Twinkleton —dice con gestos expresivos mientras saborea sus dulces—. ¡Cómo nos aburre con esos temas! ¡Ni te animarías a comentarlos! ¡Esas tumbas subterráneas, esas fastidiosas excavaciones… las Isis… los Ibis… las Cleopatras… y los Faraones…! ¿Quién se preocupa de todas estas tonterías? Y luego figura un tal Belzoni y otros más, a quienes hubo que sacarlos de las piernas medio ahogados por el polvo de las tumbas. Mis compañeras opinan que lo tenían bien merecido y se lamentan que hubieran quedado ilesos y desean que todos los que proyecten esas empresas acaben ahogados sin remedio.

Los dos jóvenes, ahora sin tomarse del brazo, vagan por los alrededores del viejo claustro; de vez en cuando se detienen y marcan una huella más profunda en el lecho de hojas muertas que cubre el suelo.

—Bueno —dice Eddy, después de un prolongado silencio—. Para no cambiar nuestras costumbres, puede decirse que no nos hemos entendido tampoco hoy.

Rosa contesta con altivez que le es perfectamente indiferente entenderse con él.

—¡Hermoso sentimiento el que expones, Rosa, considerando…!

—¿Considerando qué?

—Si te lo explico, te enojarás aún más.

—¡Que yo me enojaré! No eres muy generoso, Eddy, al decir eso…

—¿Que no soy generoso? ¡Me gusta la frase!

—Es que no me gusta tu modo de expresarte, y te lo digo con franqueza —dice Rosa, frunciendo el ceño.

—Y ahora, Rosa, dime, ¿quién ha pretendido desalentarme en mi profesión, en mi futuro destino?

—Me imagino que tu destino no será ir a enterrarte en las pirámides —interrumpe ella, arqueando ligeramente las cejas—; por lo menos, nunca me lo has dicho. Si lo piensas, ¿cómo es que nunca lo has mencionado? Yo no puedo adivinar tus planes y tus sentimientos.

—¡Vamos, querida! ¡Tú sabes lo que yo quiero dar a entender!

—Bueno, entonces. ¿Por qué empezaste tú a hablar de esa mujer gigantesca de nariz roja y enorme que ella empolvaría y empolvaría y empolvaría…? —exclama Rosa en un cómico desahogo de su arrebato.

—De una u otra manera, yo nunca tengo razón en las discusiones —dice Edwin suspirando resignado.

—¿Pero cómo es posible, señor, que usted pretenda tener razón, cuando siempre está equivocado? En cuanto a Belzoni, me imagino que habrá muerto. Estoy segura y así lo espero. ¿Y qué relación pueden tener sus piernas rotas contigo?

—Es casi la hora de regresar, Rosa. Y por cierto que nuestro paseo no ha sido muy agradable, que digamos. ¿No es verdad?

—¿Paseo agradable? Ha sido ingrato y odioso nuestro paseo, señor. Si consigo llegar a mi cuarto y me pongo a llorar a mares hasta el punto de no poder tomar mi clase de baile, usted será el responsable, señor. ¡No lo olvide!

—¡Seamos buenos amigos, Rosa!

—¡Ah! —exclama Rosa, rompiendo en sollozos—. ¡Bien quisiera yo que nos entendiéramos! Es justamente porque no somos buenos amigos, que no podemos vivir en paz. Soy muy joven todavía, Eddy, para tener esta vieja angustia arraigada en el corazón. ¡Y a veces me oprime tanto!… No te enfades. Sé que a ti te sucede la misma cosa. Mejor hubiera sido dejar que los acontecimientos siguieran su curso natural. Soy joven, pero juiciosa y razonable, y nunca me burlaría de ti. Seamos indulgentes el uno para el otro, y pongamos lo mejor de nosotros mismos para comprendernos.

Edwin, a punto de estallar por el reproche indirecto que se le dirige, se siente luego desarmado ante este rasgo de sensibilidad femenina, que le parece prematuro en una niña mimada, y se queda observándola lleno de curiosidad. Ella se enjuga las lágrimas con el pañuelo y solloza; pero se calma casi instantáneamente, ayudada tal vez por su inconstante

naturaleza, y ríe de sí misma que no ha sabido dominar tan ridícula emoción. Edwin la hace sentar en un banco, bajo los olmos.

—Querida Pussy; quisiera que nos explicáramos, sin rodeos. Yo no me considero hábil para nada fuera de mi profesión, y pensándolo bien, quizá ni para eso sea muy inteligente, pero me anima un buen propósito. Ahora dime tú, ¿no será que…? ¿No habría la posibilidad…? No sé cómo expresarme, pero quiero hacerlo antes de separarnos… ¿Algún otro joven?…

—¡Oh, no, Eddy! Es muy generoso de tu parte preguntar esto… ¡Pero no, no, no!

Se han ido aproximando a las ventanas de la catedral, y en ese momento les llegan los ecos sublimes del coro y las voces del órgano. Mientras escuchan extasiados, pasa por la mente del joven la confidencia recibida esa misma tarde y no puede menos de considerar en su interior el contraste entre estas melodías y el estado de espíritu de su tío.

—Me parece reconocer la voz de Jack —observa en voz baja.

—Llévame inmediatamente de regreso, por favor —suplica Rosa, apoyando apenas la mano en el brazo de su novio—. En seguida saldrán todos. Escapemos. ¡Qué hermosas armonías! Pero no nos detengamos a escucharlas.

Su impaciencia cesa tan pronto como han atravesado el claustro. Marchan ahora tomados del brazo siguiendo la calle Real en dirección a

la Casa de las Monjas.

Llegados a la verja, y luego de echar una ojeada a la calle desierta, Edwin inclina su rostro hacia el de *Capullo* para besarla. Ella se defiende, retornando a sus maneras infantiles.

—No, Edwin, no. Estoy demasiado pegajosa para que me beses. Pero dame tu mano y estamparé mi beso en ella.

Obedece, y al sentir el roce de los labios retiene la mano de su novia y se pone a contemplar su rosada palma.

—¿Qué es lo que ves en mi mano? —dice ella.

—¿Qué es lo que veo?

—Pero yo creía que ustedes, señores de Egipto, sabrían leer en la palma de la mano y ver toda clase de imágenes. ¿Lees un porvenir dichoso?

Un porvenir… un presente… ciertamente que ni uno ni otra lo vislumbran feliz. La verja se abre y se cierra. Y ambos se separan.

CAPÍTULO IV

EL SEÑOR SAPSEA

Si admitimos, siguiendo la corriente, que el asno es el prototipo de la estupidez satisfecha de sí misma —creencia más bien convencional que justa—, el perfecto asno de Cloisterham era el señor Thomas Sapsea, de profesión rematador.

El señor Sapsea se vestía como el Dean; muchas veces las gentes lo saludaban confundiéndolo con éste; hasta hubo quienes, alguna vez, lo llamaron «Ilustrísima» por haberlo supuesto un obispo llegado inesperadamente sin su familiar.

El señor Sapsea se sentía orgulloso de estos errores, como también de su voz y de su porte. Cuando efectuaba ventas en las ferias, desde su tribuna de rematador asumía el tono y el gesto propios de los eclesiásticos.

No era raro que al finalizar un remate acabara impartiendo la bendición al público allí reunido, con un aire tan solemne que bien pudiera causar envidia al Dean verdadero, hombre dignísimo sí, pero sencillo. El señor Sapsea tenía muchos admiradores y según la opinión general, sumada a la de aquellos que no conocían sus reales méritos, hacía honor a Cloisterham. Dos cualidades lo destacaban: era importante y fastidioso, y por su manera característica de andar y hablar agitando las manos con gravedad, daba la impresión de absolver a las personas a quienes se dirigía.

Más cerca de los sesenta que de los cincuenta años, su estómago prominente parecía crecer en sentido horizontal debajo del chaleco; pasaba por hombre acaudalado; no votaba sino en favor de los más respetables intereses y estaba íntimamente convencido de que sólo él había llegado a convertirse en un hombre.

¿Cómo era posible que un tal sujeto no hiciera honor a la sociedad de Cloisterham? La residencia del señor Sapsea

estaba ubicada en la calle Real, frente a la Casa de las Monjas. Databa más o menos de la misma época, pero a medida que se deterioraba, las sucesivas generaciones debieron admitir la ventaja del aire y de la luz sobre las fiebres y la peste, y fueron modernizándola con refecciones irregularmente ejecutadas.

En el friso, justamente sobre la puerta, ostentábase la imagen esculpida en madera del padre del señor Sapsea, ataviado con peluca y toga, como para realizar un remate. Todos habían admirado siempre la candidez de la idea y la realidad del trazado de la mano que empuñaba el martillo.

El señor Sapsea se encuentra en estos momentos sentado en el sombrío salón de la planta baja que da al patio posterior, a través del cual se alcanza a ver el jardín separado por la verja.

Tiene ante sí una botella de oporto sobre la mesa instalada junto al fuego; elemento, si se quiere, lujoso y prematuro, dada la estación incipiente, pero de todos modos agradable en esta fresca y destemplada tarde de otoño.

Entre los objetos que rodean al señor Sapsea, además de su retrato, hay algunos que son verdaderamente característicos: por ejemplo el reloj, al que da cuerda cada ocho días, y el barómetro. Y decimos característicos porque su dueño, a despecho de la opinión de todos sus semejantes, los considera infalibles al punto de negar las variantes atmosféricas, si no las registra su barómetro, e ignorar el proceso del tiempo, si no lo indica el reloj. Cerca también se encuentra una mesa escritorio. El señor Sapsea hojea un manuscrito, musitando su lectura con aire transcendente, y luego, midiendo a largos pasos la habitación, los pulgares en las sisas del chaleco, lo recita de memoria y con énfasis, pero tan quedo, que sólo la palabra «Ethelinda» se hace inteligible. En este momento la doméstica anuncia al señor Jasper.

—Hazlo entrar —responde Sapsea con suficiencia, y toma dos vasos de una bandeja que está sobre la mesa.

—Encantado de verlo, señor. Es para mí un honor recibirle por primera vez en mi casa—. De esta manera el señor Sapsea agasaja a su huésped.

—Es usted muy amable, pero el honor es mío.

—Usted dirá lo que le plazca, pero en verdad, yo le aseguro que la satisfacción es mía al recibirlo en mi humilde hogar. Y tenga en cuenta que esto no se lo digo a todo el mundo.

Una inefable majestad acompaña estas palabras del señor Sapsea, dejando adivinar su pensamiento que podría ser: «Tal vez piensa usted que su compañía difícilmente puede proporcionar satisfacción a un hombre como yo… y no obstante es así».

—Hace tiempo que deseaba conocerlo, señor Sapsea.

—Yo, en cambio, desde hace mucho conozco su reputación de hombre de fino gusto. Permítame llenar su vaso. Sírvase, señor —dice Sapsea, mientras llena el suyo.

«When the French come over,
May we meet them ai Dover!»
(Cuando lleguen los franceses
Ojalá los enfrentemos en Dover).

Éste brindis patriótico databa de los primeros años del señor Sapsea, pero para él, valía en toda circunstancia.

—No puede usted negar, señor —dice Jasper, mientras Sapsea alarga sus piernas satisfecho junto al fuego—, que es un hombre de mundo.

—Bueno… —es la respuesta de Sapsea, que sonríe entre dientes, lisonjeado—; me parece que conozco del mundo… algo más que lo suficiente…

—Su reputación sobre el particular, siempre me ha sorprendido e interesado mucho. Por eso deseaba conocerle. ¡Cloisterham es un lugar tan pequeño que enclaustrado en él,

yo nada sé del resto del mundo! ¡Oh, cómo me ahoga este encierro!

—Si yo no he viajado por países extranjeros… joven —comienza el señor Sapsea y se interrumpe—. Excúseme si le he llamado así, pero es usted tanto más joven que yo…

—Es natural.

—…si no he ido a países extranjeros, joven, los países extranjeros han venido hacia mí por el camino de los negocios, y yo me he aprovechado bien de ello.

Suponga usted que tengo que hacer un inventario o componer un catálogo y veo un reloj francés, que antes no he visto… Pues bien; al momento, pongo mi mano sobre él y me digo: ¡París! Si veo tazas y platos de fabricación china, que me son igualmente desconocidos, también los palpo y los contemplo mientras nombro: ¡Pekín, Nankín, Cantón!… Igual cosa me sucede con objetos japoneses o egipcios; lo mismo con las copas de bambú y de sándalo de la India. Todo lo acaricia mi mano. Últimamente he tenido artículos del polo Norte y me he dicho: He aquí una lanza fabricada por los esquimales y donada a algún viajero a cambio de una botella de aguardiente.

—¡Oh, qué manera tan original la suya de adquirir conocimientos y ponerse en contacto con las cosas y los hombres de otros países!

—Si le menciono todo esto, señor Jasper —continúa Sapsea con indescriptible deleite—, es porque, según mi opinión, no conviene jactarse de los méritos propios. Mejor es demostrar el esfuerzo que se aplica en adquirirlos.

—¡Qué interesante! Pero ¿recuerda? Debíamos conversar sobre su difunta esposa.

—Así es, señor Jasper —dice Sapsea, mientras llena una vez más los vasos y pone la botella a buen recaudo—. Antes de consultar su valiosa opinión sobre esta fruslería —continúa,

mientras toma en sus manos un pliego manuscrito—, puesto que no es sino una bagatela, no obstante haber requerido una cierta concentración de mi mente y mucha reflexión, debería describirle el carácter de la señora Sapsea, cuyo fallecimiento tuvo lugar hace más o menos unos nueve meses.

Jasper, que disimula un bostezo detrás de su vaso, lo deja sobre la mesa y se esfuerza para concentrarse en la conversación; pero no lo consigue sino imperfectamente y se ve obligado a esconder otro bostezo que le humedece los ojos.

—Hace alrededor de unos doce años —dice el señor Sapsea —, cuando mi espíritu alcanzó, no diré el grado de progreso intelectual a que ha llegado hoy, pero en ese momento en que reclamaba el contacto con otro espíritu para ser absorbido por él, me dediqué a buscar una compañera. Porque —como yo siempre digo— no es bueno que el hombre esté solo.

El señor Jasper parecía empeñado en grabar en su mente esta original idea.

—La señorita Brobity dirigía en aquella época, un internado, no diré que de la misma importancia que el de la Casa de las Monjas, que está frente a la mía, pero que en cierto modo podía hacerle competencia. Se decía que ella mostraba un gran interés en presenciar mis remates cuando éstos tenían lugar los días de fiesta o durante las vacaciones. Comentábase que ella admiraba mí estilo y llegó a compenetrarse de él hasta el punto de imitarlo en las clases que impartía a sus alumnas.

El señor Sapsea, posesionado del tema que trata con tan ampulosa elocuencia, simula llenar el vaso de su visitante, todavía colmado, y llena en verdad el suyo, que está vacío.

—Toda ella estaba profundamente poseída por un gran respeto hacia las cosas del espíritu. Su veneración por lo intelectual podía apreciarse cuando se lanzaba, más bien diría, cuando se precipitaba por el vasto campo del conocimiento del mundo. Al proponerle matrimonio, pude comprobar que me

honraba con un sentimiento de confusión y respeto que sólo le permitió articular estas dos palabras: «¡Vos, señor!». (Se refería a mí). Sus ojos, de un azul límpido, estaban fijos en los míos; sus manos, semitransparentes, cruzadas en su regazo; una intensa palidez cubrió su rostro aquilino. No obstante al estímulo de mis palabras, ella no añadió ninguna más. Por un contrato privado tomé posesión del internado, y desde aquel momento puede decirse que fuimos una sola persona, en tanto las circunstancias lo permitieron. Ella nunca pudo expresar su opinión sobre mí de un modo, a su parecer satisfactorio; quizá exageraba o era demasiado parcial; y ni en sus últimos momentos (murió a consecuencia de una atrofia hepática) logró terminar sus frases en mi presencia.

Durante todo este discurso, el señor Jasper ha entornado sus ojos a medida que la voz del rematador adquiere un tono grave. De improviso los abre y reaccionando murmura con la misma gravedad:

—¡A… —pero en su semi-inconsciencia alcanza a contener el: …mén!

—Desde entonces —dice el señor Sapsea, estirando cómodamente sus piernas ante el fuego y paladeando su vino —, he seguido siendo tal como usted me ve: un hombre abandonado a su solitario dolor. He desperdiciado mis conversaciones nocturnas sin más auditorio que el silencio que me rodeaba. No diré que me lo haya reprochado, pero es el caso que me he planteado más de una vez esta cuestión: ¿Qué hubiera sucedido si el marido de la señora Sapsea —es decir, yo mismo— hubiera estado a igual nivel intelectual que su esposa? ¿La pobre criatura no habrá mirado demasiado alto? ¿No habrá enfermado su hígado de resultas de esta desproporción?

—Muy bien puede haber sido así —dice el señor Jasper con aspecto deprimido.

—Desgraciadamente, sólo podemos imaginarlo —confirma Sapsea—. Así digo yo: «El hombre propone y Dios dispone». Este pensamiento puede ser expresado de mil maneras, pero he aquí cómo lo expreso yo.

El señor Jasper hace un gesto de aprobación.

—Y ahora, señor Jasper —continúa el rematador tomando el manuscrito—, el monumento destinado a la sepultura de la señora Sapsea está concluido. Déme usted su opinión, que solicito como la de un hombre de buen gusto, sobre la inscripción que he redactado (imagine usted cómo habrá sido de ardua y penosa mi tarea) para hacer grabar en su tumba. Tómela usted… ponga atención… lea simplemente el texto, pero cuide usted que su inteligencia penetre hasta aquilatar todo el hondo significado de la escritura.

El señor Jasper obedece y lee lo que sigue:

ETHELINDA,
Reverential Wife of
MR. THOMAS SAPSEA,
AUCTIONEER, VALUER, ESTATE AGENT, &C.,
OF THIS CITY.
Whose Knowledge of the World,
Though somewhat extensive,
Never brought him acquainted with
A SPIRIT
More capable of
LOOKING UP TO HIM.
STRANGER, PAUSE
And ask thyself the Question,
CANST THOU DO LIKEWISE?
If Not,
WITH A BLUSH RETIRE.

ETHELINDA,

Respetuosa esposa del

SEÑOR THOMAS SAPSEA

rematador, tasador y agente de ventas, etc.,

de esta ciudad.

Cuyo conocimiento del mundo,

con ser tan amplio,

no llegó a comunicarlo con

UN ESPÍRITU

tan elevado

como para comprenderlo.

¡FORASTERO, DETENTE!

y pregúntate:

¿PODRÍAS TÚ HACER COSA PARECIDA?

Si no es así,

RETÍRATE AVERGONZADO.

El señor Sapsea, de pie, de espaldas a la chimenea y frente a la puerta, sigue atentamente el efecto que esta lectura refleja en la fisonomía de un hombre de gusto. La puerta se abre en ese momento, y la sirvienta aparece anunciando al señor Durdles.

—Haga pasar a Durdles —dice.

—¡Admirable! —comenta Jasper devolviéndole el manuscrito.

—¿Lo aprueba usted, señor Jasper?

—Imposible no aprobarlo. Es asombroso… característico… ¡y completo!

El rematador inclina la cabeza con la actitud natural de un hombre a quien se le paga lo que se debe y extiende el consiguiente recibo. Luego invita a Durdles a tomar un vaso de vino para entrar en calor.

Durdles es un constructor especializado en la erección de tumbas y monumentos funerarios, los cuales parecen haberle estampado en el rostro su tétrico color. Es el hombre más conocido de Cloisterham y también el más libertino del lugar. Tiene fama de ser un excelente artesano, cosa que bien puede ser cierta. Pero, ¿cómo conocer su habilidad? No trabaja jamás y es un borracho perdido, en el concepto de todo el mundo. Durdles conoce mejor que nadie la cripta de la catedral, con un conocimiento perfecto que supera, según dicen algunos, al de los muertos allí sepultados; y se comenta que esta última familiaridad con el lugar proviene de su hábito de refugiarse en él, para ocultarse de la policía de Cloisterham o aguardar la disipación de su embriaguez. Tiene, por otra parte, libre acceso a la catedral, ya que es el encargado de las reparaciones en el edificio. Tan bien la conoce, que en las demoliciones de fragmentos de muros y contrafuertes ha visto muchas cosas curiosas. Con frecuencia, cuando se refiere a sí mismo, habla en tercera persona; y no se sabe si este hábito tiene origen en una cierta confusión sobre su propia identidad o si adopta este método instintivamente como se acostumbra en Cloisterham al referirse a gentes de notoria importancia. Por ejemplo, si hace alusión a un personaje enterrado hace mucho tiempo, suele decir en sus extrañas alucinaciones: «¡Durdles! Presta tu ayuda a este buen hombre». E inclinándose golpea el sarcófago con su pica.

El buen hombre le echa una ojeada y le pregunta:

—¿Es usted Durdles? Lo he estado esperando desde hace largo tiempo… —y luego se torna polvo.

Con su metro plegadizo en el bolsillo y el martillo en la mano, Durdles se lo pasa golpeando aquí y allá en todos los recovecos de la vieja catedral, hasta que se le oye decir: «Tope, he encontrado otro viejo…», y entonces Tope va a anunciar al Dean el nuevo descubrimiento.

Vestido de burda estameña, el cuello envuelto en un pañuelo amarillo con los extremos deshilachados, un viejo sombrero desteñido y los cordones de los zapatos siempre sueltos y sucios por la cal y el polvo de las tumbas, Durdles vive como un vagabundo holgazán, transportando consigo, envuelta en un paquete, su comida, que consume sentado en la primera lápida que encuentra a su alcance.

La comida de Durdles es tradicional en Cloisterham. La lleva consigo hasta en ocasiones bien conocidas por todos, cuando se le conduce ebrio como una cuba, al Palacio de Justicia, incapaz de valerse por sí mismo. Estas aventuras son raras, sin embargo, y ocurren a grandes intervalos. Es, por lo demás, un viejo solterón que habita en un agujero formado en una antigua casa nunca terminada, cuya construcción, al decir de las malas lenguas, fue iniciada con las piedras robadas a los muros de la ciudad. Se llega a ella por una especie de atajo, donde el visitante se hunde hasta los tobillos en los espesos escombros. Los restos de lápidas, urnas, trozos de mármol y columnas mutiladas de diversos estilos, hacen del conjunto un bosquecillo petrificado. Dos jornaleros tallan constantemente la piedra y otros dos, sentados uno frente al otro, se ocupan de aserrar los bloques sin darse reposo, en un movimiento tan mecánico y uniforme en sus asientos, que semejan dos simbólicas figuras del tiempo y de la muerte.

Apenas ha terminado Durdles su vaso de oporto, el señor Sapsea le confía el manuscrito, hijo de su inspiración. Durdles saca indiferente de su bolsillo el metro plegadizo y mide con cuidado las líneas del epitafio, manchando el pliego con restos de tiza y arena.

—¿Es para el monumento, no es así señor Sapsea?

—La inscripción, sí.

El señor Sapsea espía el efecto que causa su manuscrito en una mente vulgar.

—Este trabajo llevará letras de una octava de pulgada! —dice Durdles. Y volviéndose al otro visitante—: A sus órdenes, señor Jasper; espero que siga bien.

—¿Cómo está usted Durdles?

—Tengo un poco de «tumbatismo», señor Jasper; pero es natural que lo tenga.

—Usted querrá decir de reumatismo —interrumpe Sapsea con tono cortante, un tanto ofendido al observar la indiferencia con que ha sido acogida su composición.

—No, señor Sapsea. El «tumbatismo» es distinto del reumatismo. El señor Jasper sabe muy bien lo que Durdles quiere decir. Baje usted a las tumbas durante el día en una mañana de invierno, deambule por ellas todos los días de su vida, como dice el catecismo, comprenderá que Durdles dice bien.

—Son lugares horrendamente fríos —afirma el señor Jasper, con un estremecimiento.

—Y si le parece horrendamente frío a usted, que está en el coro caldeado por el aliento de los seres vivos que lo rodean, ¿cómo no ha de serlo para Durdles, que está siempre abajo, en la cripta, aspirando la humedad de la tierra y el hálito frío de los muertos?… Durdles espera que juzgue por usted mismo. Señor Sapsea: ¿este trabajo debe ser iniciado en seguida?

Con la ansiedad de un autor que espera impaciente la publicación de su obra, Sapsea responde:

—Naturalmente, Durdles.

—Entonces, sería mejor que me entregara la llave —dice Durdles.

—¿Para qué, hombre? ¡Si la inscripción no va dentro del monumento!

—Durdles sabe muy bien dónde se debe poner, señor Sapsea; nadie lo sabe mejor. Pregunte a cualquiera en Cloisterham si Durdles conoce su trabajo.

El señor Sapsea se levanta, saca una llave de un cajón, abre la caja de hierro empotrada en la pared, y toma de ella otra llave.

—Cuando Durdles da el último toque a una de sus obras, ya sea en el interior o en el exterior de una tumba, le gusta hacer una inspección general para asegurarse de que tal obra le hace honor —explica con aspereza. Durdles guarda su metro plegadizo en el bolsillo del pantalón, y desabrochando su americana, introduce ostensiblemente en un gran bolso que lleva sobre el pecho la llave que es, por cierto, de grandes dimensiones.

—La verdad, Durdles —exclama Jasper, observándolo divertido—, que usted tiene una infinidad de bolsillos.

—Y llevo mucho peso dentro de ellos también, señor Jasper. Mire usted —y le muestra dos enormes llaves.

—Alcánceme la del señor Sapsea. Debe de ser la más pesada de las tres.

—Encontrará usted que son «muy muchas» —dice Durdles —, pero todas pertenecen a bóvedas construidas por Durdles. Durdles las lleva siempre consigo, a pesar que no se usan muy a menudo.

—A propósito —dice Jasper, examinando indolentemente las llaves—, quería preguntarle desde hace varios días y siempre me olvidaba… ¿Sabe usted que algunos le llaman Stony?

—Todo Cloisterham me conoce como Durdles, señor Jasper.

—Ya lo sé, naturalmente. Pero los muchachos… algunas veces…

—¡Ah! ¡Si usted va a escuchar a esos demonios de muchachos! —interrumpe Durdles, con aspereza.

—Yo no me preocupo por ellos más que usted mismo; pero el otro día en el coro se promovió una cuestión sobre si Stony quería decir Tony… —dice Jasper, haciendo tintinear las llaves.

—Tenga cuidado de evitar los guardias, señor Jasper…

—O si Stony significa Stephen.

El señor Jasper continúa golpeando las llaves entre sí, modificando esta vez su sonido.

—De este modo no llegará usted a arrancar un acorde musical, señor Jasper —dice Durdles.

—O si este apodo deriva de su oficio. ¿Cuál es el verdadero significado?

El señor Jack Jasper sopesa las llaves en la palma de su mano, y abandonando su indolente actitud frente al fuego, las entrega a Durdles con su más franca y bondadosa sonrisa. Pero Stony Durdles está de un humor insufrible. Sus ideas son siempre un poco confusas y la conciencia de su propia dignidad está continuamente en acecho, cosa que lo hace susceptible de ofenderse fácilmente. Guarda las dos llaves en el bolsillo, retira el paquete de su comida, que ha colgado sobre el respaldo de una silla al entrar, le ata a un extremo la tercera llave para equilibrar su peso, recordando con esto a un avestruz que incluyera en su comida un trozo de hierro, y sale de la habitación sin dignarse siquiera contestar al señor Jasper.

Luego el señor Sapsea propone una partida de chaquete, que sazona con su interesante conversación, y prolongan agradablemente la velada con una cena fría compuesta de «roast-beef».

Si bien la sabiduría del señor Sapsea, por ser en su transmisión a los simples mortales más difusa que

epigramática, no había llegado aún a agotarse en el espacio de aquella velada, su visitante declaró que regresaría en otras ocasiones para aprovecharse de las preciosas enseñanzas que le eran ofrecidas tan generosamente.

El señor Sapsea le permitió entonces retirarse, a fin de darle la libertad indispensable para reflexionar sobre todo cuanto había acopiado en esta visita.

CAPÍTULO V

EL SEÑOR DURDLES Y SU AMIGO

En circunstancias en que el señor Jasper atraviesa el claustro de vuelta a su domicilio, se detiene bruscamente para contemplar a Stony Durdles, quien, sin soltar su paquete, se apoya en la reja de hierro que separa el cementerio de las arcadas del viejo claustro. A la luz de la luna, un repugnante muchacho vestido de andrajos arroja piedras a Durdles. Algunas dan en el blanco, y otras le silban en los oídos. En uno y otro caso, Durdles se muestra indiferente. En cambio, la horrible criatura, cada vez que acierta, emite un agudo silbido de triunfo de su boca desdentada, hecha ex profeso para tal expansión de entusiasmo; pero cuando la piedra no lo alcanza, chilla: «¡Fallé!». Y nuevamente trata de reparar su falta tomando mejor puntería.

—¿Qué haces a este hombre? —pregunta Jasper, surgiendo inesperadamente de las sombras a la plena luz de la luna.

—Estoy haciendo blanco.

—Dame las piedras que tienes en la mano.

—Sí. Se las voy a dar en la cabeza si viene a «agarrarme» —dice el muchacho soltándose. ¡Y le voy a reventar los ojos si se descuida!

—¡Eres un pequeño demonio! ¿Qué mal te ha hecho este hombre?

—No quiere volver a su casa.

—¿Y a ti qué te importa?

—Es que me da un penique por meterlo en su casa si lo pesco afuera tarde —dice el muchacho, y se pone a cantar y bailar como un pequeño salvaje, trastabillando al pisarse las hilachas de sus andrajos o las tiras con que ata sus zapatos

rotos. Luego se pone a cantar una pintoresca canción y, prolongando la última sílaba, arroja a Durdles un nuevo proyectil.

Widdy widdy wen!

I—ket—ches—Im—out—ar—ter—ten,

Widdy widdy wy!

Then—E—don't—go—then—I—shy—

Widdy Widdy Wake-cock warning!

Esta canción parece ser una señal convenida entre ambos para advertir a Durdles que debe ponerse a cubierto de la pedrada, si le es posible, o encaminarse directamente a su casa.

Jack Jasper, sintiéndose tan incapaz de convencer al muchacho razonablemente como de arrastrarlo a tirones, lo invita a seguirlo con un significativo movimiento de cabeza, y luego se dirigen hacia la verja, donde Stony Durdles permanece absorto en su meditación.

—¿Conoce usted a éste… a esta criatura? —pregunta Jasper, sin encontrar palabras con que definir al extraño ser.

—Es «Deputy» —dice Durdles, meneando la cabeza.

—¿Es éste… su nombre?

—¡Deputy! —afirma Durdles.

—Yo soy sirviente del Hotel de los Viajantes de dos peniques —dice el muchacho—. En el hospedaje nos llaman así a todos los sirvientes. Cuando todo el mundo ha regresado y los viajeros se acuestan, yo salgo a tomar el aire para conservar mi salud.

Luego, retrocediendo para tomar mejor puntería, se dispone a lanzar nuevas piedras cantando.

Widdy widdy wen!

I—ket—ches—Im—out—ar—ter—

—¡Quieta esa mano! —dice Jasper—. ¡Y no tires más piedras mientras yo esté al lado de este hombre, o te mato! ¡Vamos, Durdles! Déjeme que lo acompañe a su casa esta noche. ¿Quiere que le lleve su paquete?

—De ninguna manera —replica Durdles, acomodando su envoltorio.— Durdles estaba reflexionando cuando usted llegó, señor. Meditaba rodeado de sus obras como un autor popular. He aquí su cuñado…; —dice, señalando un sarcófago rodeado por una reja cuya lápida parece blanca y fría a la luz de la luna—. La señora Sapsea —indica mostrando el monumento de la devota esposa—, el difunto benefactor —y muestra una columna truncada que cubre los restos del insigne personaje—. He aquí al cobrador de impuestos —y señala con el dedo un vaso y una toalla colocados sobre lo que parece un pedazo de jabón—. En fin, ved allí al difunto pastelero, fabricante de «muffins», persona muy respetada —explica mostrando otra pieza funeraria—. Todos están tranquilos y seguros en los monumentos levantados por Durdles. En cuanto a aquellos pobres seres que han sido sencillamente sepultados bajo el césped y las zarzas, cuanto menos se hable de ellos, mejor. ¡Triste suerte la suya! ¡Tan prontamente olvidados!

—Este pequeño ente… este Deputy que está detrás de nosotros —dice Jasper, volviéndose—, ¿va a seguirnos continuamente?

Las relaciones que unen a Durdles y Deputy son de naturaleza extraña. Cuando Durdles mira hacia atrás volviendo la cabeza gravemente, quizá como consecuencia de la incertidumbre de sus ideas, Deputy hace un movimiento circular y se pone a la defensiva.

—¡Deputy! Tú no has dado primero el grito de advertencia convenido antes de comenzar a tirarme las piedras —dice Durdles, recordando súbitamente el reciente atentado.

—¡Mientes! ¡Lo hice! —dice Deputy, usando la única forma de negación que conoce.

—Es como un hermano, señor —observa Durdles nerviosamente, tratando de olvidar la imaginaria ofensa—. ¡Soy como un verdadero hermano para Pedro, el salvaje muchacho! He dado un objeto a su vida.

—¿Un objeto al que hace blanco? —sugiere el señor Jasper.

—Así es, señor —contesta Durdles muy satisfecho—, al cual él hace blanco. Lo tomé bajo mi protección y le asigné un trabajo. ¿Qué era él antes? ¡Un destructor! ¿En qué se ocupaba? ¡En destruir! ¿Qué ganaba con ello? Cortos períodos encerrado en la prisión de Cloisterham. No había persona, propiedad, ventana, caballo, perro, gato, pájaro, gallina, cerdo que no fuera apedreado por él para encontrar una finalidad en su vida. Esta finalidad se la he proporcionado yo, y ahora puede ganar honestamente su medio penique y ahorrar sus tres peniques por semana.

—Lo que me sorprende es que no tenga competidores…

—¡Tiene muchos, señor Jasper, pero los ahuyenta a pedradas! No sé qué se pensará de mi sistema —sigue Durdles volviendo a caer en sus confusas reflexiones—. Yo no sé bien cómo se lo puede calificar. ¿No sería algo así como una especie de plan de educación nacional?

—Yo diría que no…

—Y yo también —afirma Durdles—. Entonces no le demos nombre a mi idea.

—¡Todavía sigue detrás de nosotros! —repite Jasper, mirando sobre su hombro—. ¿Es que debe seguirnos siempre?

—No podemos evitar el pasar por el Albergue de los Viajeros de dos peniques, si tomamos por el camino más corto para llegar a casa. Y allí lo dejaremos.

Y así continúa su camino el extraño grupo.

Deputy marcha a la retaguardia y rompe el silencio de la noche con el silbido de las piedras que lanza contra paredes, postes, pilares y cuanto objeto inanimado halla en el solitario camino.

—¿Hay algo nuevo en la cripta, Durdles? —pregunta Jasper.

—Algo viejo, querrá decir —contesta Durdles con un gruñido—. No es lugar para encontrar novedades…

—He querido decir… si ha hecho usted algún nuevo descubrimiento.

—Sí. Hay un viejo personaje debajo del séptimo pilar, a la izquierda, cuando se desciende la derruida escalera de la que fue pequeña capilla subterránea. He descubierto, si se le puede llamar descubrimiento, que debe de ser uno de los más viejos bandidos con mitra. A juzgar por lo angosto de los pasajes practicados en los muros y por la estrechez de las puertas y escaleras, por las que transitaban estas gentes, sus mitras debían de resultarles terriblemente embarazosas, y si por casualidad se cruzaban dos de ellos, de seguro se chocaban con esas indumentarias.

Sin hacer hincapié sobre esta observación, que deja pasar por alto, Jasper observa a su compañero, cubierto de pies a cabeza de residuos de cal, yeso y arena, experimentando un cierto interés romántico por esa vida extraña.

—Es curiosa su vida, Durdles… —le dice.

Sin demostrar si interpreta estas palabras como una ofensa o un cumplido, Durdles contesta con un gruñido:

—La suya no lo es menos.

—Mi suerte está ya echada, y debo vivir como usted en este mezquino y destemplado rincón del mundo —responde el

señor Jasper—; pero existe un mayor misterio en sus relaciones con la vieja catedral que en las mías. Me tienta a veces el deseo de pedirle que me tome como a un discípulo o una especie de aprendiz libre, y me permita ir con usted a examinar esos ocultos y extraños rincones donde pasa su jornada.

Stony Durdles responde vagamente:

—Todo el mundo sabe dónde encontrar a Durdles cuando lo necesita.

Si ésta no era la estricta verdad, estaba por lo menos muy cerca de ella, en el sentido de que siempre era seguro encontrar a Durdles vagando por cualquier parte.

—Lo que más me llama la atención —dice Jasper, siguiendo sus pensamientos románticos— es la exactitud con que descubre usted el lugar donde está enterrado un cadáver… ¿Cómo se las arregla? ¿Le molesta su paquete? ¿Quiere que se lo lleve?

Durdles se detiene; retrocede algunos pasos, siendo observado atentamente por Deputy, que sigue todos sus movimientos en tanto que hace disimuladas piruetas. Durdles busca con su mirada un sitio aparente para depositar su paquete, y una vez libre de él, dice:

—Alcánceme el martillo y le enseñaré cómo se hace. Toe… Toe… ¿Escucha usted? Como usted da su nota antes de cantar, yo también busco la mía. Es mi manera de dar con el tono. Tomo mi martillo y golpeo.

Y así diciendo, percute sobre el pavimento, mientras Deputy hace sus cabriolas un poco más lejos, cuidando de no exponerse a los fragmentos de piedra que saltan bajo los golpes.

—Golpeo… golpeo… golpeo… está muy sólido… golpeo otra vez… ¡todavía sólido!… sigo golpeando… ¡hola! ¡hola!

golpeo con perseverancia. ¡Sólido! ¡Hueco! Sigo golpeando para estar más seguro de lo que oigo. ¡Sólido! ¡Hueco! ¡Aquí está el muerto todo destruido en su sarcófago de piedra, bajo la bóveda!

—¡Sorprendente!

—He llegado a hacer algo más —dice Durdles, sacando su metro plegadizo.

Con otra pirueta, Deputy se aproxima como si sospechara el descubrimiento de un escondido tesoro con el cual se enriquecería, añadiendo la grata perspectiva de condenar a la horca a los descubridores bajo su propio testimonio.

—Mi martillo ha destruido un muro hecho por mí. Dos y dos… son cuatro… y dos… son seis —dice Durdles, midiendo el pavimento—. Seis pies hacia el interior de esta pared está la señora Sapsea.

—¿Será la señora Sapsea realmente?

—Debe decirse: «Es la señora Sapsea». Durdles no habla de otra manera —y golpeando con su martillo, dice al cabo de un rato de inspección—: En este espacio de seis pies noto que ha quedado algo olvidado por los hombres de Durdles.

Jasper considera que semejante exactitud es un verdadero don.

—No me gusta oírle decir que es un don —replica Durdles —. Yo lo he adquirido con mi propio esfuerzo. Durdles ha alcanzado la ciencia que posee escudriñando la tierra en sus entrañas cuando era necesario. ¡Hola, Deputy!

—¡Cuidado! —contesta Deputy con un alarido, apartándose.

—¡Agarra este penique! —dice Durdles—. Y que no te vea más en toda la noche hasta que lleguemos al Albergue de los Viajeros de dos peniques.

—¡Entendido! —responde Deputy, atrapando su penique en el aire, como si con esa palabra misteriosa se confirmara entre ellos un tácito acuerdo.

No necesitan más que atravesar el patio que otrora perteneció al monasterio, con su viñedo, para llegar a una estrecha senda que costea una casa de madera, descalabrada, de dos pisos, conocida con el nombre de Albergue de los Viajeros de dos peniques. Una casa destartalada y carcomida como la moral de sus huéspedes. Conserva los vestigios de un pórtico enrejado y un cerco rústico que rodea al despojado jardín. Sin duda los viajeros que allí se hospedan les profesan un tierno afecto a esas ruinas vivientes; o bien les gusta con esos restos avivar el fuego que encienden por los caminos durante los días crudos, porque ni la amenaza ni la persuasión consiguen disuadirlos de su propósito de arrancar y llevarse consigo al partir fragmentos de la empalizada, como otros llevan de recuerdo unas nomeolvides. Es evidente que se ha querido dar la apariencia de hogar a este miserable caserón; cuelgan de sus ventanas los convencionales cortinajes rojos, cuyos andrajos transparentan la anémica luz de los candiles que mal iluminan el interior de aquel antro.

Durdles y Jasper se acercan, y el primer objeto que cae bajo sus miradas es una linterna de papel que, colgada bajo el marco de la puerta, pregona la finalidad de la casa.

Un grupo constituido por una media docena de muchachuelos horrorosos monta guardia cerca de la puerta. Se ignora si son huéspedes de dos peniques o parásitos de aquéllos. Lo cierto es que, como buitres atraídos por el hedor de carroña que Deputy despide, dejan caer una lluvia de piedras sobre ellos.

—¡Basta ya, pequeñas bestias! —grita Jasper con rabia—. ¡Y déjennos pasar!

Esta reprimenda es acogida con nuevos alaridos y pedradas de acuerdo con la conveniente costumbre establecida en las leyes que rigen nuestras comunas inglesas, según las cuales los cristianos pueden ser lapidados donde se encuentren, como si hubiéramos retrocedido a los tiempos de San Esteban. Durdles observa que estos pequeños salvajes deben de carecer de una finalidad en su vida, y guía al señor Jasper para atravesar el atajo. Al llegar a la esquina, Jasper, exasperado, detiene a su compañero y mira hacia atrás. Todo está en silencio. Pero casi en el mismo instante una nueva piedra pasa rozando su sombrero, y oye el grito lejano de «¡Cuidado! ¡Despierta, gallo!», seguido de un estridente grito que pretende imitar el canto de ese animal, advirtiéndole del peligro a que ha estado expuesto bajo los ataques de esa victoriosa artillería.

Jasper vuelve la esquina, poniéndose a cubierto de la pedrada, y acompaña a Durdles hasta su casa. Durdles pierde el equilibrio al tropezar con las piedras diseminadas por el patio, y poco le falta para dar de cabeza contra una de las tumbas en construcción que rodean su vivienda.

Jasper regresa a su casa por otro camino, penetra en ella sin ruido valiéndose de su llave, y encuentra en el hogar los restos del fuego encendido aún. Toma de un armario cerrado con llave una pipa de forma caprichosa y un recipiente que no contiene precisamente tabaco, y valiéndose de un pequeño instrumento lo carga con sumo cuidado; luego asciende una escalera de cortos peldaños que le conduce a dos habitaciones iluminadas también por el resplandor de la lumbre, una de las cuales es su dormitorio. En la otra duerme serena y apaciblemente su sobrino. Jasper, con su pipa no encendida aún en la mano, lo contempla durante un largo rato con detenida atención. Después, atenuando el rumor de sus pasos, entra en su propio dormitorio, enciende la pipa y se abisma en las visiones provocadas por el opio a medianoche.

CAPÍTULO VI

FILANTROPÍA EN CASA DEL CANÓNIGO MENOR

El reverendo Séptimus Crisparkle, llamado Séptimus porque los seis hermanitos Crisparkle que le precedieron murieron al nacer, como seis débiles lucecillas que se apagaran apenas encendidas; el reverendo Séptimus, apenas amanece quiebra con su cabeza la capa de hielo del estanque vecino a Cloisterham, para beneficio de su salud, y ahora activa su sistema circulatorio haciendo fintas de boxeo delante de un espejo, con suma habilidad y ciencia. El cristal devuelve la imagen de un hombre pleno de vigor saludable, que lanza sus golpes con admirable destreza, mostrando a través de sus limpios e impecables movimientos la frescura de su rostro, que transparenta inocencia y bondad de corazón.

No ha sonado aún la hora del desayuno cuando la madre de Crisparkle desciende la escalera aguardando que le sea servido. El reverendo Séptimus suspende momentáneamente su gimnasia para tomar entre sus enguantadas manos el hermoso rostro de la señora y besarlo. Este gesto es expresado con íntima ternura por el reverendo Séptimus, que luego reinicia un enérgico golpe de izquierda y otros de derecha con renovado vigor.

—Todas las mañanas me digo que algún día sucederá que… —dice la anciana observándolo.

—¿Qué es lo que sucederá, querida mamá?

—Que romperás el espejo o te romperás una arteria.

—Ni lo uno ni lo otro. ¡Dios no lo quiera, querida mamá! Mira qué viento corre…

Y el reverendo Séptimus, muy seriamente, pega nuevos golpes hasta «hacer besar la lona al contrincante», según la expresión técnica usada en los círculos científicos de los

devotos de este noble arte. Este movimiento fue tan ágil y liviano que apenas rozó las cintas verdes y granates del sombrero. Después de haber acordado generosamente gracia a la vencida, tirando sus guantes de boxeo dentro de un cajón, el canónigo simula mirar por la ventana con expresión contemplativa, hasta que en ese momento entra la sirvienta con el desayuno.

¡Qué placer hubiera sido para un observador, de haber estado allí presente, ver a la vieja señora de pie recitando en alta voz la bendición de la mesa, y a su hijo, todo un canónigo menor, escucharla con la cabeza baja! Tiene cuarenta y cinco años, y ahora oye esta misma oración recitada por los mismos labios con la misma devoción filial que experimentaba cuando niño. ¿Hay algo más hermoso que ver a una señora anciana con los ojos brillantes, el cuerpo esbelto y armonioso, el rostro jovial y sereno, vestida con los vivos colores del traje de una pastora de porcelana de China modelado adecuadamente a su talle? «¡Nada tan hermoso!», pensaba el canónigo menor frecuentemente cuando se sentaba todas las mañanas frente a su madre, viuda desde mucho tiempo. Tocante a ella, sus pensamientos podrían condensarse en dos palabras que se adueñaban de su mente en los íntimos coloquios con su hijo: «¡Mi Séptimus!».

Constituían una agradable pareja cuando se sentaban a merendar en la pequeña casita, conocida en Cloisterham con el nombre de «El Rincón del Canónigo Menor».

El Rincón del Canónigo Menor era una tranquila vivienda asentada a la sombra de la catedral y mecida por los acordes del órgano, el tañido de las campanas, el eco de los pasos de raros paseantes o el graznido de las cornejas, que la tornaban más tranquila aún, porque estos rumores eran más calmos, si cabe, que el silencio mismo.

En pasadas centurias, los hombres de armas habían llevado disipada vida en aquel mismo lugar; siervos oprimidos habían

soportado miserable existencia hasta la muerte, y monjes poderosos ejercido su dominio, unas veces bienhechor y otras maldito; pero todas estas figuras habían desaparecido una tras otra, afortunadamente. El mayor beneficio obtenido del tránsito de seres tan diversos por el Rincón del Canónigo era, sin duda, haber impregnado este ambiente de un profundo reposo, de una romántica serenidad de espíritu tan propensa a la piedad y mansedumbre; sentimientos emanados de aquellos dramas conmovedores y patéticas historias que sólo son un recuerdo. Paredes de ladrillo rojo en las que el tiempo ha uniformado su color, hiedras de raíces profundas y tenaces, ventanas enrejadas, habitaciones enmaderadas de roble con sus gruesas vigas sobresaliendo del techo, jardines de muros de piedra donde los árboles plantados por los monjes ofrecen sus frutos en sazón, eran todas las cosas que se le ofrecían a la mirada de la anciana señora Crisparkle y del reverendo Séptimus cuando se sentaban a la mesa del desayuno todas las mañanas.

—¿Qué dice mi querida madre —pregunta el joven canónigo, luego de haber dado prueba de un sano y vigoroso apetito—; qué dice de la carta recibida hoy?

La señora ha leído la carta, que ahora deposita sobre el mantel entregándosela a su hijo. Preciso es afirmar que la vieja señora está orgullosa de leer a simple vista, sin necesidad de recurrir a anteojos, y su hijo orgulloso también por la misma razón; como un homenaje de admiración hacia su madre, simula la necesidad de usarlos y toma en consecuencia un grueso par de anteojos, que no solamente le lastiman la nariz, sino que le impiden en absoluto leer la carta. Inútil añadir que su capacidad de visión es tan excelente como pueden serlo un microscopio y telescopio combinados.

—Es del señor Honeythunder, naturalmente —dice la señora cruzando los brazos.

—Naturalmente —dice su hijo, y se pone a leer la carta con evidente dificultad.

INSTITUTO DE FILANTROPÍA

Dirección: Londres, Miércoles

Querida señora:

«Le escribo en la…»

—¿En la qué? ¿En la qué? ¿En qué escribe?

—En su silla —dice la señora.

El reverendo Séptimus se quita los lentes para observar mejor la fisonomía de su madre, y exclama:

—¿Pero en qué puede escribir?

—¡Dios nos asista, Séptimus! —replica la señora—. ¿No lees acaso? ¡Dame de nuevo esa carta, querido hijo!

Feliz al poder desembarazarse de sus anteojos que lo hacen llorar continuamente, la obedece, murmurando que su vista está cada día peor con la lectura de tanto manuscrito.

«Le escribo —continúa leyendo su madre con exactitud— desde la silla, donde seguramente permaneceré durante varias horas».

Séptimus mira las sillas alineadas contra la pared, en actitud de muda protesta.

«Hemos tenido —continúa la señora, con marcado énfasis— una reunión de nuestro gran comité central de filántropos del distrito en nuestra sede arriba enunciada, y el deseo unánime expresado es el de que yo ocupe la presidencia…»

Séptimus respira con más libertad, y murmura:

—¡Ah! ¡Si es solamente para eso!… De acuerdo.

«Para que mi carta no pierda un día de correo, aprovecho la oportunidad de hacer un largo relato que fue leído denunciando a un hereje público…»

—Es una cosa bien extraordinaria —interrumpe el joven canónigo menor, dejando sus cubiertos en el plato y rascándose la oreja contrariado— que estos filántropos

siempre estén denunciando a alguien. Y es extraordinario también que vean brotar herejes por todas partes…

> «… denunciando a un hereje público —prosigue la dama—. Para quitar de mi mente la preocupación sobre nuestro pequeño asunto pendiente, he conversado con mis dos pupilos, Neville y Helena Landless, respecto de la deficiente educación que han recibido, y han aceptado el plan que les propuse, aunque es bien cierto que yo hubiera puesto todo mi empeño en convencerlos, cualquiera fuera su determinación».

—Otra cosa extraordinaria —observa el canónigo menor en el mismo tono anterior— es que estos filántropos sean tan dados a tomar a sus semejantes por el cuello y empujarlos a viva fuerza por la senda del bien. Perdone, madre, si mis interrupciones…

> «En consecuencia, querida señora, me hará el favor de suplicar a su hijo, el reverendo señor Séptimus que espere a Neville el martes próximo, en calidad de discípulo y pensionista. Ese mismo día Helena lo acompañará hasta Cloisterham, para ingresar a la Casa de las Monjas, establecimiento que me ha sido recomendado por usted y por su hijo. Le ruego, asimismo, quiera preparar en esa casa su recibimiento y su instalación. Las condiciones para ambas cosas se entiende que son las mismas ya convenidas entre nosotros en nuestra correspondencia, iniciada después de haber tenido el honor de ser presentado a usted en casa de su hermana en esta ciudad. Con mis respetos al reverendo señor Séptimus, le saluda su afectuosísimo hermano (en filantropía), Luke Honeythunder».

—Bueno, madre —dice Séptimus después de haberse restregado nuevamente la oreja—, debemos probar. Sin duda que tenemos sitio para un huésped, y dispongo de tiempo y vocación para consagrarlos a él. Debo confesarte que me siento muy feliz de que este pensionista no sea el mismo señor Honeythunder. Puede que esto sea una idea preconcebida… ¿no es verdad?…, puesto que no lo he visto nunca. ¿Es un hombre grande, madre?

—Puede decirse que es grande, querido —dice la señora, luego de una breve vacilación—; pero te aseguro que su voz es mucho más gruesa que él.

—¿Más gruesa que él?

—Más gruesa que cualquiera otra persona.

—¡Ah! —dice Séptimus, y termina de desayunar tranquilamente, como si el aroma del té chino se hubiera desvanecido y el jamón con huevos y tostadas hubiera perdido parte de su sabor.

La hermana de la señora Crisparkle, tan parecida a ella que como dos figuras de porcelana podrían servir de adorno a una gran chimenea, era la esposa de un clérigo que dirigía una corporación en la ciudad de Londres. El señor Honeythunder, en su carácter de profesor de filantropía, había conocido a la señora de Crisparkle la última vez que ésta se había encontrado con su hermana, después de una conferencia pública sobre filantropía, durante la cual habían atestado de dulces y confituras a un grupo de huérfanos de tierna edad.

Estos eran todos los antecedentes conocidos sobre los futuros pupilos que estaban al llegar.

—Estoy seguro de que vas a estar de acuerdo conmigo, madre —dice el joven canónigo después de meditar un momento— en procurar a estos jóvenes todo el bienestar posible. Éste no es un deseo completamente desinteresado, porque mal podríamos encontrarnos a gusto con ellos si ellos, a su vez, no se sintieran a gusto en nuestra compañía. El sobrino de Jasper se encuentra en la ciudad en estos momentos, y como la simpatía atrae la simpatía y la juventud, la juventud… Es un joven cordial y bondadoso, y le invitaremos a cenar con nuestros futuros huéspedes. Serán entonces tres. Pero como no podemos pensar en invitarlo sin hacerlo también con Jasper, serán cuatro los invitados. Agreguemos a la señorita Twinkleton y la linda novia de Edwin Drood, y ya tenemos seis. Estas seis personas y nosotros sumamos ocho. Ocho personas a cenar. ¿Sería demasiado trastorno para ti, madre?

—Si fueran nueve, sí —contesta la madre, visiblemente nerviosa.

—Querida mamá, te digo que seremos exactamente ocho.

—Es que es el número exacto que permiten las dimensiones de la mesa y del comedor.

Todo quedó entonces resuelto para la cena, y cuando el señor Crisparkle, acompañado de su madre, visitó a la señorita Twinkleton para preparar la internación de la señorita Helena Landless en la Casa de las Monjas, aprovecharon la oportunidad para invitar a las personas de esa casa, que aceptaron complacidas.

La señorita Twinkleton echó una ojeada a sus dos globos celeste y terrestre, como lamentando que no hubieran sido incluidos en la invitación, pero al fin se resignó a dejarlos.

Se despacharon instrucciones al filántropo para que dispusiera la partida del señor Neville y de la señorita Helena de manera que llegasen a tiempo de cenar; se intensificaron los preparativos en el Rincón del Canónigo, que estaba envuelto en el aromático perfume de la sopa que humeaba en la cocina.

En ese tiempo no corrían ferrocarriles por Cloisterham, y el señor Sapsea decía que no los habría jamás, afirmándolo como cosa absolutamente imposible. Y sin embargo, aunque parezca increíble, el tren expreso había pasado por Cloisterham precisamente en esos días, pero no considerándola de suficiente importancia para detenerse en ella, atravesaba silbando a toda máquina, dejando al pasar, como único mensaje, el polvo de la ruta, en un despectivo testimonio de su insignificancia.

La construcción de un desvío de la línea principal que pasara por Cloisterham, al no tener éxito, hubiera significado una ruina para la compañía; y si por el contrario no fracasaba, la ruina sería para la Iglesia y el Estado, aportando en uno y otro caso graves perjuicios para la constitución del país. Lo cierto es que todos estos proyectos no habían conseguido otra cosa que desorganizar el tránsito a Cloisterham, que había

debido abandonar la calle principal y llegaba a la ciudad por los enrevesados caminos de los corrales, en una de cuyas esquinas se había conservado durante muchos años un cartel que decía: «Cuidado con los perros».

A este apartado lugar concurrió el señor Crisparkle para esperar la llegada del chato y pesado autocar, cargado excesivamente de equipajes que lo asemejaban a un pequeño elefante llevando una torre desproporcionada a su tamaño.

Cuando el vehículo llega a la parada, el señor Crisparkle apenas puede distinguir el interior, oculto por la voluminosa figura de un personaje que con los brazos en jarras y las manos apoyadas en sus rodillas viene sentado al lado del conductor, oprimiéndolo en el reducido espacio del asiento que le concede, y torna el rostro de muy pronunciados rasgos para mirar a su alrededor.

—¿Es esto Cloisterham? —pregunta el pasajero con voz tenante.

—Sí, señor —responde el conductor, restregando su cuerpo dolorido por la opresión y entregando las riendas al mozo de cordel—; nunca he estado más contento de llegar.

—Diga entonces a su patrón que haga ensanchar el asiento —replica el pasajero—, pues está moralmente obligado, y debería estarlo legalmente, a fuerza de gruesas multas, a proporcionar a los viajeros toda la comodidad posible.

El conductor se pasea con aire preocupado, tanteando las partes doloridas de su cuerpo.

—¿Acaso he venido sentado encima de usted? —indaga el pasajero.

—Así es, señor —contesta el otro, evidentemente desagradado.

—Tome esta tarjeta, amigo mío.

—Me parece que no lo voy a privar de ella —contesta el auriga, mirándola sin interés y sin tomarla—. ¿Qué quiere usted que haga con ella?

—Hágase miembro de esa sociedad.

—¿Y qué ganaría con eso?

—¡Fraternidad! —le suelta el pasajero con voz de trueno.

—¡Muchas gracias! —dice el conductor intencionadamente mientras desciende—. Mi madre está muy satisfecha de mí, y yo también. ¡No necesito hermanos!

—¡Pero si tiene que tenerlos! —dice el grueso señor, descendiendo a su vez—. ¡Yo soy su hermano!

—¡Eh, eh! —vocifera el hombre, que empieza a perder los estribos—. ¡No vaya tan lejos! Cuando los gusanos salen de la tierra…

En este momento el señor Crisparkle interviene oportunamente y dice al hombre, con amistosa sonrisa:

—¡Vamos, Joe! ¡No pierdas el genio!

Joe, apaciguado, lleva la mano a su gorra, en tanto que el señor Crisparkle se acerca al pasajero con estas palabras:

—¿El señor Honeythunder?

—Ése es mi nombre, señor.

—El mío es Crisparkle.

—¿El reverendo señor Séptimus? Mucho gusto de verlo. Neville y Helena están todavía adentro. Como por el exceso de mis tareas me he sentido muy extenuado en éstos últimos días, pensé que me convenía respirar unas bocanadas de aire puro, acompañar yo mismo a los jóvenes y regresar esta noche. ¿De modo que usted es el reverendo Séptimus? —dice midiendo a su interlocutor con aire decepcionado, mientras hace girar sus

lentes agarrados por la cinta—. ¡Ah! Yo esperaba que fuese usted una persona más madura…

—Espero parecerle así, en efecto.

—¿Cómo?

—Es una simple ocurrencia que no merece siquiera mencionarse.

—¿Una ocurrencia? A mí no me hacen gracia las ocurrencias —comenta el señor Honeythunder, frunciendo el ceño—. Hacer chistes conmigo es perder el tiempo. ¿Dónde están? ¡Neville! ¡Helena! ¡Vengan aquí! Aquí está el señor Crisparkle, que ha venido a recibirles.

Un hermoso joven y una niña de peregrina belleza, muy parecidos entre sí, aparecen ante los ojos del señor Crisparkle. Ambos son morenos; la joven tiene cierto tipo de gitana, y en los dos se trasluce algo indómito y salvaje, mezclado, no obstante, con cierta cortedad y delicadeza. Ágiles y esbeltos en sus movimientos y de mirada viva y penetrante, que expresa a la vez dos fuerzas contrarias: la timidez y la audacia con algo del acecho felino de la fiera antes de caer sobre su presa.

Tal es la apreciación bosquejada en la mente del señor Crisparkle en los primeros minutos de su contacto con los jóvenes.

Invita al señor Honeythunder a cenar, no sin cierta inquietud, pensando en la preocupación que acarreará a la buena señora Crisparkle este añadido inesperado, y ofrece el brazo a Helena Landless. Tanto ella como su hermano, que marcha a su lado, se complacen en admirar las bellezas que les va señalando: la catedral y las ruinas del antiguo monasterio.

—Están tan asombrados —piensa el señor Crisparkle para sus adentros— como dos cautivos traídos de alguna salvaje región tropical.

El señor Honeythunder camina por el medio de la vereda, apartando a las gentes a su paso y explicando en alta voz un proyecto por él ideado para desembarazar al Reino Unido de todos los desocupados. Este plan consiste en encerrarlos en prisión y obligarlos, bajo pena de muerte, a consagrarse inmediatamente a la filantropía.

La señora Crisparkle necesitó también de una buena dosis de filantropía cuando vio llegar hasta su casa a esa enorme mole de carne que venía a sumarse al pequeño grupo de sus invitados. Este hombre enorme le hizo el efecto de un tumor que se produjera en el seno de la sociedad y que llevaba hasta el Rincón del Canónigo Menor algo de su fetidez. Si no en su totalidad, acercábase en parte a la verdad de la anécdota que cundía entre sus enemigos herejes, según la cual una de las manifestaciones de su apostolado consistía en esta frase, expresada con su voz tonante: «¡Malditas sean sus almas y sus cuerpos! ¡Venid aquí para ser bendecidos!».

Su filantropía olía a pólvora de cañón, de suerte que la diferencia entre ésta y la agresividad era escasa. Según su criterio, era necesario suprimir las fuerzas armadas, pero para llegar a esto se imponía antes un juicio militar a todo el Estado Mayor, que no había cumplido con su deber, y pasarlos por las armas. Había que abolir la guerra, pero declarándola antes encarnizadamente a aquellos que la fomentaban. Había que derogar la pena capital, pero antes borrar de la faz de la tierra a todos los legisladores y jueces que sostuvieran opinión contraria. Era menester establecer la concordia universal, pero para ello había que exterminar a cuantos no quisieran ponerla en práctica.

Finalmente, se imponía amar al prójimo como a sí mismo, después de un prolongado proceso de injurias y ofensas cercano al odio hasta inculcarle el amor fraternal. Sobre todo ninguna de estas iniciativas debía ser individual o privada, sino que debería presentarse el candidato a las oficinas del

Instituto de Filantropía, anotarse como miembro aspirante a filántropo, pagar la subscripción, retirar su tarjeta de socio, su cinta y su medalla, dedicarse a la predicación y repetir continuamente lo que decía el señor Honeythunder, lo que decían el tesorero y el protesorero, lo que decían el comité y el subcomité, y lo que decían el secretario y el prosecretario.

Todo lo cual, unánimemente declarado bajo firma y sello, podría concretarse así: los miembros del cuerpo filantrópico están obligados a mirar con indignación y desprecio mezclado de horror a cuantos no pertenezcan a él, y se comprometen a notificar todas las acusaciones posibles, sin considerarse por ello precisados a comprobar la veracidad de estas denuncias.

La comida en el Rincón fue un lamentable fracaso. El filántropo estropeó la simetría de la mesa: se sentó de manera tal que estorbó la circulación de los sirvientes alrededor de ella, y el señor Tope, que ayudaba a la mucama, se puso tan fuera de sí, que pasaba los platos y las fuentes por encima de su cabeza. Nadie podía cambiar palabra con su vecino, pues el filántropo se dirigía a todos a la vez, como si ninguno de los presentes existiera individualmente y sí formaran un solícito auditorio.

Había elegido al reverendo Séptimus como el auditor oficial de sus discursos, una especie de percha humana donde colgaba su birrete de orador, y caía frecuentemente en la exasperante manía, común a todos los de su género, de permitirse apostrofar a su oyente endilgándole el papel de indigno y débil adversario.

Decíale, por ejemplo, «…y ahora, señor, no sea necio y respóndame…», y continuaba en este tono, mientras el inocente canónigo no había despegado sus labios ni tenía la más remota intención de hacerlo. Y otras veces: «¡Ha visto, señor! ¿A qué triste situación queda usted reducido? No tiene usted escapatoria… Después de haber agotado todos los recursos del fraude y la mentira durante largos años, después

de haber ostentado una mezquina cobardía con audaz ensañamiento, tal como pocas veces se ha visto en este mundo, pretende ahora caer de rodillas ante el más miserable de los seres humanos y suplicar entre llantos y gemidos para obtener merced».

El desgraciado canónigo lo miraba con una mezcla de indignación e incertidumbre, mientras su excelente madre hacía heroicos esfuerzos para contener las lágrimas y el resto de los invitados se mantenía en un estado de lánguido abatimiento, semejante a una masa gelatinosa, insulsa e inconsistente.

El torrente de filantropía que se desbordó cuando empezaron los preparativos de la partida del señor Honeythunder hubiera sido más que suficiente para satisfacer a este ilustre personaje. Gracias a la activa diligencia del señor Tope, fue servido el café una hora antes de lo comúnmente establecido. El señor Crisparkle conservaba su reloj en la mano, temeroso de que el señor Honeythunder estuviera en retardo. Los cuatro jóvenes creyeron al unísono haber oído sonar los tres cuartos de hora en el reloj de la catedral cuando sólo había dado un cuarto. La señorita estimaba la distancia hasta la diligencia en veinticinco minutos, cuando, en realidad, sólo eran necesarios cinco minutos para recorrerla.

El señor Honeythunder fue despedido por el grupo de comensales con una afectuosa precipitación al alcanzarle su abrigo, y como fugitivos lo impulsaron hacia afuera a la luz de la luna, con la solícita premura de quien teme que un escuadrón de caballería le salga al paso para deshacerlo. El señor Crisparkle y su nuevo alumno, que lo acompañaron hasta el autocar, tuvieron tanto temor de que su huésped cogiera frío, que lo apremiaron a subir al vehículo y cerraron rápidamente la puerta tras él, dejándolo en seguro, con la perspectiva de una buena media hora de espera hasta la partida.

CAPÍTULO VII

MÁS DE UNA CONFIDENCIA

—Sé muy poco de este caballero, señor —dice Neville al canónigo menor, camino de regreso.

—¡Que conoce usted poco a su tutor! —repite el canónigo.

—Casi nada.

—¿Cómo llegó él…?

—¿A ser mi tutor? Le diré, señor. Usted sabrá, me imagino, que mi hermana y yo hemos llegado de Ceilán.

—Lo ignoraba.

—Me sorprende. Nosotros vivíamos con nuestro padrastro. Nuestra madre murió allí cuando éramos muy niños. Y, en verdad, nuestra existencia ha sido muy desgraciada, porque nuestra madre nombró a su esposo nuestro tutor; éste era un miserable avaro que nos mezquinaba hasta el alimento y las ropas. Cuando murió nos dejó a cargo de este hombre, por la sencilla razón de que eran amigos o existía alguna relación entre ellos, y porque el nombre de Honeythunder, que él había visto impreso constantemente, había llamado su atención.

—Esto sucedió recientemente, supongo…

—Hace muy poco, señor. Nuestro padrastro era, además de avaro, bruto y cruel. Ha hecho bien en morirse, y lo ha hecho muy a tiempo, porque si no, yo hubiera acabado por matarlo.

El señor Crisparkle se detiene bruscamente y mira a su alumno a la luz de la luna con verdadera consternación.

—¿Lo sorprendo, señor? —dice el joven modificando su tono, que es ahora dulce y sumiso.

—Sus palabras me impresionan desagradablemente, joven.

El joven inclina la cabeza, y sigue en silencio.

—Usted nunca ha visto golpear a su hermana como lo he visto yo más de una vez —dice—. ¡Y no he podido olvidarlo jamás!

—Nada, ¿entiende usted?, nada justifica las horribles palabras que acaba de pronunciar, ni siquiera las lágrimas vertidas por una adorada

hermana. —Su tono se hace más indulgente, a pesar suyo, a medida que sube su indignación al escuchar las razones del joven.

—Lamento haber usado esta expresión, señor, y sobre todo dirigiéndome a usted… Le ruego que la olvide. Pero permítame que le aclare un punto. Usted habló de las lágrimas de mi hermana. Ella se hubiera dejado cortar en pedazos antes que él la viera derramar una sola lágrima. El señor Crisparkle considera que no puede sorprenderse de lo que oye ni ponerlo en duda en absoluto. Puede ser que a usted le parezca extraño, señor, que a tan breve tiempo de conocerlo solicite su permiso para hacerle confidencias y pedirle que tenga la bondad de oír algunas palabras que quiero decir en mi defensa —dice el joven vacilando.

—¿Su defensa? Usted no tiene de qué defenderse, señor Neville.

—Pues yo creo que sí, señor; y podría hacerla si usted estuviera más familiarizado con mi carácter…

—Bueno, señor Neville —dice el canónigo—. ¿No sería mejor que usted me dejara conocerlo por mí mismo?

—Ya que es ése su deseo, señor —responde el joven con un brusco cambio en su actitud y demostrando descontento en su expresión—; ya que es su deseo refrenar mi impulso… debo someterme.

Algo había en el tono con que fueron pronunciadas estas pocas palabras que inquietó la conciencia de este hombre justo. Este contenido reproche le hizo comprender que, sin proponérselo, podría sofocar la expansión de un espíritu apenas formado, y tal vez entorpecer su potencialidad de dirigir al joven y perfeccionarlo en el futuro.

Habían llegado delante de la casa por cuyas ventanas se filtraba la luz del interior. El canónigo se detuvo.

—Volvamos sobre nuestros pasos, si le parece —dice—. Podemos pasear otro rato, señor Neville. De lo contrario no tendrá tiempo para acabar de contarme lo que desea. Usted se ha apresurado a pensar que yo quería reprimir su confianza. Por el contrario, lo invito a franquearse conmigo.

—Esa invitación, en realidad, la ha hecho usted sin darse cuenta, desde que he llegado. Y digo desde que he llegado, como si hiciera ya una semana que estoy aquí. La verdad es que vinimos con mi hermana dispuestos a regañar con usted, a hacerle frente y luego huir.

—¿De veras? —dice el señor Crisparkle, no encontrando otra cosa que decir.

—Se imagina, señor, que no conociéndolo con anterioridad…

—Ciertamente que no.

—Y como nunca hemos congeniado con las personas con quienes nos han puesto en contacto, teníamos el propósito preconcebido de no simpatizar con usted.

—¿De veras? —repite el señor Crisparkle.

—Pero le hemos tomado afecto, señor. Hemos notado una cabal diferencia entre su hogar, la acogida que nos han brindado, y todo lo que antes hemos encontrado en la vida. Esta circunstancia y la oportunidad de estar solo con usted… la calma apacible que nos rodea… después de la partida del señor Honeythunder, la ciudad de Cloisterham, tan grave y antigua, tan hermosa bajo la luz de la luna… todo este ambiente me impulsa a abrirle mi corazón.

—Comprendo todo esto muy bien, señor Neville, y es saludable para el alma abandonarse a estas influencias.

—Al descubrir mis propias imperfecciones señor, debo rogarle que no suponga que hablo también de mi hermana. Ella ha superado mejor que yo los inconvenientes de nuestra miserable vida. Está tan por encima de mí en sus condiciones, como la torre de esta catedral de las chimeneas que la rodean.

En su interior el señor Crisparkle no estaba tan seguro de esto último.

—He tenido que combatir, señor, desde mi más tierna infancia, un odio profundo y mortal. Este sentimiento me ha hecho reservado y vengativo. Siempre he sido dominado por la fuerza bruta, y he caído en consecuencia en la falsedad y el engaño como una reacción de mi debilidad. Se me han reducido hasta un límite inconcebible la educación, la libertad, el dinero, los vestidos, todas las cosas indispensables para la vida y se me ha privado de los halagos propios de la niñez y la adolescencia. Como resultado reconozco en mí una ausencia total de emociones, de recuerdos y de buenos instintos. Usted mismo puede observar que no encuentro tan siquiera la manera de expresar con un nombre adecuado las cualidades que me faltan. Y no

puedo menos que pensar que su obra conmigo será muy distinta de la que habrá realizado con otros jóvenes.

«Todo esto es sin duda real —piensa el señor Crisparkle—, pero también es desconsolador».

—Y para terminar, señor, he crecido en medio de seres de raza inferior, abyectos y serviles, y es lo más probable que de la continua convivencia con esa gente haya contraído parte de sus hábitos. Algunas veces… no sé… se me ocurre pensar que puedan correr por mis venas algunas gotas de sangre salvaje.

«Bien podrían probarlo las palabras que acabas de pronunciar —dice para sus adentros el señor Crisparkle».

—Una última palabra referente a mi hermana, señor. Somos gemelos. Y para honra suya, es necesario que usted sepa que en nuestra miserable vida, nada pudo avasallarla, mientras que yo más de una vez fui dominado por la cobardía y el espanto. Ella fue quien planeó y puso siempre en ejecución nuestras fugas. Nos escapamos cuatro veces en seis años, sin otro resultado que el de ser de nuevo capturados y cruelmente castigados. En estas oportunidades ella se vestía de muchacho y demostraba el valor y la audacia de un hombre. Creo que teníamos siete años la primera vez que huimos, y recuerdo que habiendo perdido yo el cortaplumas con el cual ella debía cortar sus cabellos, trató desesperadamente de arrancarlos o cortarlos con sus dientes. Nada más tengo que agregar, señor. Sólo que confío en que usted usará de paciencia y tolerancia conmigo.

—Puede estar seguro de ello, señor Neville —replica el canónigo menor—. Trato de predicar lo menos posible y no recompensaré sus confidencias con un sermón. Pero le advierto que considere muy seria y conscientemente que para poder hacerle algún bien, es menester contar con su propia colaboración. No podemos esperar un resultado eficaz si no se implora la ayuda del cielo.

—Trataré de cooperar con usted en todo lo posible, señor.

—Y yo, señor Neville, haré lo propio. ¡He aquí mi mano! ¡Que Dios bendiga nuestros propósitos!

Habían llegado delante de la puerta de la casa y un alegre murmullo de voces y risas se oía desde el interior.

—Vamos a dar otra vuelta antes de entrar —dice el señor Crisparkle —, pues deseo hacerle una pregunta. Cuando usted me explicó que había modificado su opinión a mi respecto, ¿habló sólo en su nombre o también en el de su hermana?

—En nombre de ambos, señor.

—Discúlpeme, señor Neville, pero me parece que no ha tenido usted oportunidad de hablar con su hermana desde que nos hemos conocido. El señor Honeythunder estuvo muy elocuente, y me atrevo a decir —sin ninguna mala intención— que monopolizó la conversación. ¿No ha respondido usted por su hermana con demasiada seguridad?

Neville sacude su cabeza con orgullosa sonrisa y dice:

—Usted no puede saber todavía, señor, el perfecto entendimiento que existe entre mi hermana y yo, aunque no cambiemos una palabra ni una mirada. No solamente siente tal como yo me he expresado, sino que sabe perfectamente que he aprovechado esta oportunidad para conversar con usted de ambos.

El señor Crisparkle mira al joven con cierta incredulidad, pero ve reflejado en su rostro tan firme y absoluta convicción en la verdad de lo que dice, que baja la cabeza en silencio y continúa así su camino, hasta llegar nuevamente a la puerta de su casa.

—Yo le pediría que diéramos una vuelta más, señor —dice el joven sonrojándose ligeramente—. En cuanto a la elocuencia del señor Honeythunder, si mal no recuerdo… dijo usted elocuencia…, ¿verdad? —añade el joven con aire malicioso.

—Sí… lo llamé elocuencia —dice el señor Crisparkle.

—… de no haber sido por la elocuencia del señor Honeythunder, tal vez no hubiera sido necesario dirigirle la siguiente pregunta: Este señor Edwin Drood. ¿es éste su nombre, no?

—Exacto —dice el señor Crisparkle—, D, R doble, O, D.

—¿Estudia o ha estudiado con usted, señor?

—Nunca, señor Neville. Viene aquí a visitar al señor Jasper, que es su pariente.

—La señorita *Capullo*, ¿es también su pariente?

El señor Crisparkle piensa con cierta suspicacia por qué el joven le dirige esta pregunta. Y luego le explica lo que sabe sobre la breve

historia del noviazgo entre Rosa Bud y Edwin.

—¡Ah! Ahora comprendo su aire de propietario…

Estas palabras son dichas como para sí mismo y no dirigidas al señor Crisparkle, tanto que éste se abstiene de comentarlas instintivamente, pues le parece tan indiscreto el hacerlo como aludir al párrafo de una carta leída por encima del hombro de la persona que la escribe. Un momento después entran en la casa. Al penetrar en la sala ven al señor Jasper sentado al piano acompañando a la señorita Rosa, que canta.

Como toca de memoria, y su joven acompañante es un poco aturdida y susceptible de cometer errores musicales, aquél sigue atentamente con la mirada la modulación del canto sobre los labios de la joven, y de vez en cuando le recuerda el tono perdido golpeando dulcemente la nota que ella debe dar. De pie, rodeando con su brazo el talle de la cantante, y observando atentamente el rostro del señor Jasper, está Helena, que cambia con su hermano una fugaz mirada de inteligencia, en la que el señor Crisparkle ve o cree ver reflejado ese entendimiento mutuo del que han estado hablando poco antes.

El señor Neville se ubica cerca del piano frente a la cantante, a la que observa con admiración; el señor Crisparkle toma asiento cerca de la chimenea, junto a la pastora de porcelana de China; Edwin Drood abre y cierra galantemente el abanico de la señorita Twinkleton en tanto que ella se extasía complacida, mostrando con orgullo de propietaria el talento de su alumna y Tope escucha con tanta atención, como la que pone en los oficios cotidianos de la catedral.

El canto continúa. Es una triste romanza de adiós y la voz joven y fresca que la canta, se hace tierna y lastimera. Jasper sigue siempre la canción en los hermosos labios de la niña, golpeando continuamente la misma nota sobre el teclado, como una advertencia murmurada en voz baja, cuando inesperadamente la voz de la joven empieza a temblar. De pronto estalla en sollozos, y cubriéndose el rostro con las manos, exclama entre lágrimas:

—¡Yo no puedo soportar más esto! ¡Tengo miedo! ¡Sácame de aquí!

Rápidamente, con la agilidad y energías propias de su carácter, Helena la toma en sus brazos y la conduce hasta el sofá; de rodillas, haciendo silencio con un dedo sobre sus labios, rechaza con un elocuente ademán a cuantos se acercan, diciendo:

—No es nada… ya pasó… no la hablen durante unos minutos y se repondrá en seguida.

Jasper separa sus manos del teclado, pero las deja suspendidas sobre él, como para reiniciar su acompañamiento; conserva perfecta calma y ni siquiera vuelve la cabeza cuando todos corren en auxilio de Rosa, comentando el suceso.

—Es que Pussy no está acostumbrada a tener auditorio. ¡Eso es todo! —dice Edwin Drood—. Cuando se pone nerviosa, no puede emitir la voz. Y además, Jack, tú eres un maestro tan exigente que mucho me temo la hayas asustado. ¡Nada me sorprendería!

—En efecto. ¡Nada me sorprendería! —repite Helena.

—¿Has oído Jack? También usted se hubiera asustado en tales circunstancias, ¿no es verdad, señorita Landless?

—En ninguna circunstancia me asustaría —responde con energía Helena.

Jasper abandona sus manos sobre el teclado, y volviendo la cabeza hacia Helena le agradece con la mirada lo que considera una reivindicación de su carácter; luego hace ligeras escalas en sordina rozando apenas las notas, en tanto que conducen a su pequeña discípula frente a una ventana abierta para respirar aire puro.

Cuando a fuerza de mimos y cuidados ha vuelto en sí, el sitio ocupado por su maestro está vacío.

—Jack se ha ido, Pussy —dice Edwin—. Y mucho me temo que haya partido disgustado por el papel de monstruo que ha representado al

asustarte tanto.

Rosa no responde palabra y continúa temblando como si hubiera estado expuesta a un frío intenso. La señorita Twinkleton interrumpe tomando la palabra para decir a la señora Crisparkle que ya es muy tarde para estar fuera de casa, y más para ellas que han tomado bajo su responsabilidad la delicada tarea de formar las futuras esposas y madres de Inglaterra. Las últimas palabras son pronunciadas en voz queda, como en tono confidencial. Después se eleva nuevamente la voz para añadir:

—… y somos nosotras las primeras que debemos dar el ejemplo y no dejar la impresión de que tenemos costumbres disipadas.

De inmediato se disponen a recoger sus chales y tapados, y los dos jóvenes se ofrecen para acompañar a las señoras. La distancia no es muy larga, y bien pronto la reja de entrada de la Casa de las Monjas se cierra tras ellas. Las pensionistas ya se han recogido y sólo la señora de Tisher vela esperando a la nueva alumna. La habitación destinada a Helena está al lado de la de Rosa, de modo que no son necesarios muchos preparativos ni explicaciones para instalar a la recién llegada, que es confiada a los cuidados de su nueva amiga durante la noche.

—¡Si supieras qué tranquila me siento ahora, querida! —dice Helena —. He estado temerosa durante todo el día esperando el momento de mi entrada a esta casa.

—Formamos un pequeño grupo —dice Rosa—, y todas somos buenas muchachas, al menos todas ellas lo son. Puedo garantizártelo.

—Y yo desde ya respondo por ti —contesta Helena, sonriendo, posando una cariñosa mirada de sus ojos renegridos en el bello rostro de su amiga—. ¿Tú quieres ser mi amiga, verdad?

—Así lo espero. Pero la idea de ser tu amiga me parece un tanto audaz…

—¿Por qué?

—¡Oh! ¡Yo soy tan poquita cosa y tú eres tan mujer y tan maravillosa! Parecería que tú tuvieras sobrada resolución y energía como para aplastarme… Me siento anonadada a tu lado y tan insignificante en tu presencia…

—Yo soy una criatura abandonada, mi querida, ignorante de todo, pero con la conciencia clara de que debe aprenderlo todo también…

Estoy profundamente avergonzada de mi ignorancia…

—¡Y sin embargo me reconoces todos esos méritos a mí! —dice Rosa.

—Pero, querida mía, ¿cómo podría ser de otro modo? ¡Hay en ti tanta fascinación!

—¡Vaya! ¿Te parece, realmente? —pregunta Rosa con su mohín infantil, medio en serio, medio en broma—. ¡Qué lástima entonces, que Don Eddy no piense lo mismo!

Es de suponer que la naturaleza de estas relaciones ya le había sido explicada a Helena en el Rincón del Canónigo.

—Pero… ¡Con seguridad debe amarte con todo su corazón! —dice Helena con tal sinceridad que bien puede transformarse en llameante indignación hacia Edwin Drood, si no fueran éstos sus verdaderos sentimientos.

—¡Eh! Yo supongo que me ama —dice Rosa con otro mohín—. Por cierto que no tengo el derecho de decir que no me quiere y si fuera así, es probable que yo tuviera mi buena parte de culpa. Puede ser también que yo no sea con él lo suficientemente afable ¡y en verdad no lo soy! ¡Pero todo es tan ridículo!

Los ojos negros de Helena parecen interrogar sobre el significado de estas últimas palabras.

—Sí —dice Rosa, como respondiendo a esa muda pregunta—. ¡Somos una pareja tan ridícula! Y para colmo siempre estamos discutiendo.

—¿Por qué?

—Porque los dos nos damos cuenta de lo ridículo de la situación.

Rosa da esta respuesta como lo más categórico del mundo. La mirada dominante de Helena se mantiene fija en el rostro de su compañera, y en un impulso de cariño le echa los brazos al cuello.

—Serás mi amiga, ¿no es verdad? Y me ayudarás en todo, ¿quieres?

—Lo haré con mucho gusto —responde Rosa con espontánea sinceridad, que llega hasta el corazón de su amiga—; lo seré tanto como le sea posible a una pobre criatura como yo ser amiga de una noble mujer como eres tú. Y dame también tu amistad, te suplico; yo misma

no me comprendo y tengo tanta necesidad de que alguien lo haga por mí…

Helena Landless la besa, y reteniendo sus manos en las suyas le dice:

—¿Quién es el señor Jasper?

—El tío de Eddy y mi profesor de música —dice Rosa volviendo la cabeza.

—¿Lo amas tú?

—¡Dios mío! —exclama Rosa, cubriéndose la cara con las manos y temblando bajo una sensación de asco y horror.

—¿Sabes que él te ama?

—¡Oh, no! ¡No! ¡No! —exclama Rosa cayendo de rodillas y prendiéndose de las ropas de su amiga—. ¡No digas semejante cosa! ¡Ese hombre me espanta! Su recuerdo ronda en torno mío como un horrible espectro. Tengo la sensación de que nunca estoy segura a su lado. Y a veces me parece que va a poder atravesar las paredes cuando lo nombro. —Y así diciendo mira con terror a su alrededor, como si realmente esperara verlo en la sombra a sus espaldas.

—Trata de referirme algo más sobre este asunto, querida.

—Sí. Lo haré, lo haré. ¡Te veo tan fuerte a mi lado! Pero quédate conmigo y acompáñame durante el resto de la noche.

—¡Criatura! Hablas como si te hubiera amenazado con algún propósito sombrío.

—Nunca me ha hablado en ese tono. Nunca.

—¿Qué es lo que ha hecho, entonces?

—Me ha esclavizado con sólo mirarme; me ha obligado a comprenderlo sin decir una palabra; me ha forzado a guardar silencio sin hacerme jamás una amenaza; cuando toco el piano, sus ojos están fijos en mis manos. Cuando canto no se apartan de mis labios. Cuando me reprende o golpea una nota, o escucha una canción o ejecuta un trozo cualquiera, siento que su voz pasa atravesando el sonido y murmurando que es un amante que me persigue y que me ordena guardar el secreto. Evito sus ojos, pero siento lo mismo la fuerza de su mirada. A veces, cuando su mirada se torna vidriosa —cosa que le sucede en algunas ocasiones, en las que parece vagar en un ensueño vaporoso que lo hace

más amenazador aún— él me impone su propio pensamiento, me obliga a sentir lo que él siente, a saber que está allí, sentado cerca de mí, más terrible que nunca.

—¿Qué significa esta imaginaria amenaza, hija, y en qué puede consistir?

—Lo ignoro. Nunca me he atrevido a pensar en ello; ni siquiera a preguntármelo.

—¿Y eso es todo lo que ha sucedido esta noche?

—Sí. Eso ha sido todo. Pero esta noche mientras él observaba tan de cerca mis labios durante mi canción, me he sentido no sólo aterrorizada, sino también avergonzada y profundamente ofendida. Es como si me hubiera besado. No pude aguantar más y sufrí ese desmayo. No debes decir esto a nadie. Eddy le profesa un gran afecto. Pero como tú dijiste esta noche que no le tendrías miedo en ninguna circunstancia, me has dado valor, a mí, que le tengo tanto temor, para confiarte mi secreto. ¡Quédate conmigo! ¡No me dejes! ¡Tengo demasiado miedo para quedarme sola!

Helena inclina su semblante moreno y radiante sobre el pecho de su amiga y sus rebeldes y oscuros cabellos caen como un velo protector cubriéndole el menudo cuerpo infantil. Un fulgurante destello asoma a sus ojos suavizado por la mirada de piedad y admiración que lo dirige.

A quienes interese este relato, recomiendo no olvidar este detalle.

CAPÍTULO VIII

RELUCEN LOS PUÑALES

Una vez que los dos jóvenes han acompañado a las tres mujeres hasta la Casa de las Monjas, cuando se cierra tras ellas la verja del patio, se quedan contemplando la placa de bronce, como si el viejo decrépito del monóculo, a quien se asemeja la destartalada fachada, los mirara con insolencia.

Míranse un instante uno al otro, contemplan luego la ancha calle iluminada por la luna y lentamente retoman el camino de regreso.

—¿Permanecerá aquí mucho tiempo, señor Drood? —le pregunta Neville.

—Ésta vez, no —es la indolente respuesta—. Regreso nuevamente a Londres mañana. Pero volveré de vez en cuando, hasta el próximo verano, y entonces me despediré de Cloisterham y de Inglaterra y confío en que será por mucho tiempo.

—¿Piensa ir usted al extranjero?

—Voy a sacudir un poco el sueño del Egipto —se digna contestar Edwin.

—¿Estudia usted?

—¿Estudiar? —repite Edwin Drood con cierta fruición—. No, ejerzo la ingeniería y estoy preparando algunos proyectos. Mi pequeño patrimonio fue colocado por mi padre en la casa a cuya firma pertenezco, y de la que fue socio mi padre también. Percibo sólo los intereses hasta mi mayoría de edad, época en que me será entregada mi modesta parte. Jack, a quien usted conoció en la comida, será hasta entonces mi tutor y mi garante.

—También le he oído hablar al señor Crisparkle de su otra buena fortuna.

—¿Qué quiere decir usted con mi «otra buena fortuna»?

Neville ha hecho esta observación con cierto recelo, y una mezcla de audacia y temeridad que le es característica. Edwin replica en forma brusca y sin ninguna afabilidad. Se detienen y cambian una mirada de desafío.

—Espero —dice Neville— que no tomará usted como una ofensa el hecho de que me haya referido inocentemente a su noviazgo.

—¡Caramba! —exclama Edwin agitadamente apretando el paso—. Todo el mundo en esta ciudad chismosa no habla de otra cosa. Me sorprende que no se haya abierto un restaurante con mi retrato por emblema y abajo esta inscripción: «A la cabeza del novio», y si no mi retrato, podía ser el de Pussy o bien el de los dos juntos.

—No soy responsable de que el señor Crisparkle me haya comentado este asunto sin ningún misterio… —empieza a decir Neville.

—No. Eso es cierto. No es usted responsable —reconoce Edwin Drood.

—No —refirma Neville—. Pero soy responsable de habérselo mencionado a usted. Si lo hice fue creyendo que usted estaría profundamente orgulloso de ello.

Es menester destacar el hecho de que este diálogo tiene como fuente secreta las más curiosas particularidades de la naturaleza humana. Neville Landless ha quedado hondamente impresionado por la hermosa *Capullo* y encuentra insoportable que Edwin Drood, a quien él considera tan inferior a ella, trate tan ligeramente su noviazgo. Edwin Drood, por su parte, que se siente fuertemente atraído por Helena, considera impertinente que su hermano —a quien encuentra tan inferior a ella—, opine sobre él y sus asuntos en forma de suyo insolente.

«De todos modos, es mejor responder a esta última observación» —dice para sus adentros Edwin Drood, y responde:

—Yo no sé, señor Neville —dice, adoptando la manera del señor Crisparkle— por qué las gentes tienen el hábito de hablar de continuo sobre aquello que más las enorgullece; ni sé tampoco por qué les gusta que los demás hablen de lo que para ellas es motivo de orgullo. Pero yo llevo una vida muy activa y laboriosa y lo que digo debo someterlo al juicio de ustedes, los eruditos, que todo lo conocen y lo saben.

Tanto el uno como el otro se han dejado llevar, poco a poco, por la cólera; Neville abiertamente, y Edwin disimulando su ira bajo la falsa apariencia de una fingida calma. Éste se pone a tararear un aire popular y se detiene pretendiendo admirar los efectos de la luz de la luna sobre el paisaje.

—No me parece cortés de su parte —dice Neville, interrumpiendo el silencio— tratar así a un forastero que no ha tenido sus privilegios y que viene aquí a esforzarse para recuperar el tiempo perdido. Pero una cosa es verdad, y es que yo no he sido educado en una «vida activa y laboriosa», como la suya, y mis ideas sobre urbanidad se han formado en medio de gentes semibárbaras.

—La mejor urbanidad, cualquiera sea el ambiente donde uno ha vivido, es no inmiscuirse en los asuntos ajenos. Si usted me da ese ejemplo, yo le prometo imitarlo.

—¿Sabe usted que se está permitiendo demasiadas atribuciones —es la airada réplica de Neville— y que en esa parte del mundo, de donde yo vengo, se le pediría cuenta de su impertinencia?

—¿Quién por ejemplo? —dice Edwin Drood, deteniéndose y midiendo a su contrincante con una despreciativa mirada.

Pero en este preciso momento una mano se posa inesperadamente sobre el hombro de Edwin, y el señor Jasper aparece entre los dos. Parecería que también él hubiera estado rondando por las cercanías de la Casa de las Monjas, y que hubiera seguido luego a los dos jóvenes costeando el camino oculto entre las sombras.

—¡Ned!… ¡Ned!… ¡Ned!… —dice—. ¡No quiero que esto vuelva a suceder! No me gusta nada… He alcanzado a escuchar palabras emitidas en alta voz. Recuerda muchacho que esta noche tu papel es el de anfitrión. Tú eres casi de este lugar y en cierto modo lo representas ante un forastero. El señor Neville es un forastero y tú debías cumplir con tus deberes de hospitalidad. Y ahora, señor Neville —dice apoyando su mano izquierda sobre el hombro del joven y marchando entre los dos — perdóneme si le ruego que domine sus impulsos. Veamos ahora: ¿A qué se debe este entredicho? ¡Pero, para qué preguntarlo! Si lo hacemos desaparecer, la pregunta huelga. Y así habremos llegado los tres a un perfecto acuerdo, ¿no es así?…

Después de un sugestivo silencio entre los dos jóvenes, que no parecen deseosos de volver a hablar, Edwin Drood es el primero en romperlo diciendo:

—Por lo que a mí toca, Jack, no hay restos de rencor en mí.

—Tampoco en mí —dice Neville, aunque en tono menos sincero y quizá no tan indiferente—. Pero si el señor Drood supiera todo lo que he

sufrido durante mi vida muy lejos de aquí, comprendería cómo las palabras de doble intención tienen también un doble filo para herirme.

—Sería mejor —dice Jasper en tono conciliador— que no le pongamos nombre al buen acuerdo a que hemos llegado. Es mejor que no digamos nada que tenga la apariencia de una recriminación o de una censura; sería poco generoso. Franca y lealmente, usted lo ve, Ned no conserva ninguna inquina en su corazón. Franca y lealmente, tampoco la tiene usted en el suyo, ¿no es verdad?

—Absolutamente, señor Jasper.

Sin embargo se advierte que su respuesta no es tan franca ni tan leal, o cuando menos, tan indiferente.

—Bueno. Se acabó. Mi casa está a algunos pasos de aquí; la cacerola está al fuego y el vino y los vasos sobre la mesa. Y yo vivo a un tiro de piedra de la casa del canónigo menor. Ned: tú partes mañana a primera hora. Llevemos con nosotros al señor Neville a tomar una copa de despedida.

—Con el mayor gusto, Jack.

—Y con mi mayor placer también —dice Neville, sintiendo que es lo menos que puede decir, pero pensando en su interior todo lo contrario, convencido de que ha perdido el dominio de sí.

La calma de Edwin Drood sólo ha conseguido exasperarlo. El señor Jasper, que continúa con ambas manos sobre los hombros de los dos jóvenes, se pone a canturrear el refrán de una canción sobre un brindis y los conduce a su departamento. La primera cosa que se presenta ante sus ojos, al encender la luz, es el retrato que está sobre la chimenea. En verdad que no es el objeto más indicado para afianzar el acuerdo entre ambos jóvenes. Más bien es un importuno recuerdo para renovar su disputa. Ambos lo contemplan a sabiendas, sin pronunciar palabra.

Jasper, que a juzgar por su conducta, no parece del todo satisfecho del relativo éxito obtenido por el altercado entre los dos jóvenes, atrae la atención de éstos sobre el retrato.

—Reconocerá usted la figura de este cuadro, señor Neville —dice, dirigiendo la luz de la lámpara para que dé de lleno sobre el cuadro.

—Sí, lo reconozco. Pero está lejos de ser halagador para el original.

—¡Oh! Es usted demasiado severo para juzgar al autor. Es obra de Ned, que me lo ha obsequiado.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, señor Drood! —dice Neville, con sincera intención de disculparse—. Si hubiera sabido que estaba en presencia del artista…

—¡Oh! ¡Es una caricatura! ¡Una simple caricatura! —interrumpe Edwin, ahogando un insolente bostezo—. Es un apunte que sólo ha querido captar ligeramente un gesto humorístico de Pussy. Un día de éstos le haré un retrato en serio, si se porta bien.

El aire de indolente protección e indiferencia con que fueron dichas estas palabras por Edwin, que se había echado sobre una silla con la cabeza hacia atrás apoyada en sus manos cruzadas bajo la nuca, tiene algo verdaderamente exasperante para el irritable e irritado Neville. Jasper observa a ambos jóvenes, sonríe para sí y les vuelve la espalda mientras mezcla en una jarra especies aromáticas con azúcar y vino caliente. Esta preparación parece requerirle sumo cuidado.

—Me imagino, señor Neville —dice Edwin, que ha captado fácilmente la mirada de indignada protesta reflejada en el rostro del joven Landless, tan claramente como podía verse el cuadro, el fuego o la lámpara— …me imagino que si usted tuviera que pintar a la dama de sus pensamientos…

—Yo no sé pintar —interrumpe rápidamente el joven.

—Es una lástima, aunque no sea culpa suya esta ignorancia. Si usted pudiera, seguramente lo intentaría… y haría, cualquiera fuera su grado de perfección física, una Juno, una Minerva, una Diana y una Venus. ¡Todas a la vez!

—Yo no tengo novia, así que no sabría decirlo.

—En cuanto a mí —dice Edwin, llevado de un exceso de vanidad jactanciosa—, si yo tuviera que pintar el retrato de la señorita Landless, formalmente, ¿me entiende?, con seriedad… ¡Usted vería lo que soy capaz de hacer!

—Contando siempre con que mi hermana quisiera posar para usted, me imagino. Y como no lo hará, mucha me temo que nunca veré lo que usted es capaz de hacer. Es una pérdida a la que desde ya estoy resignado.

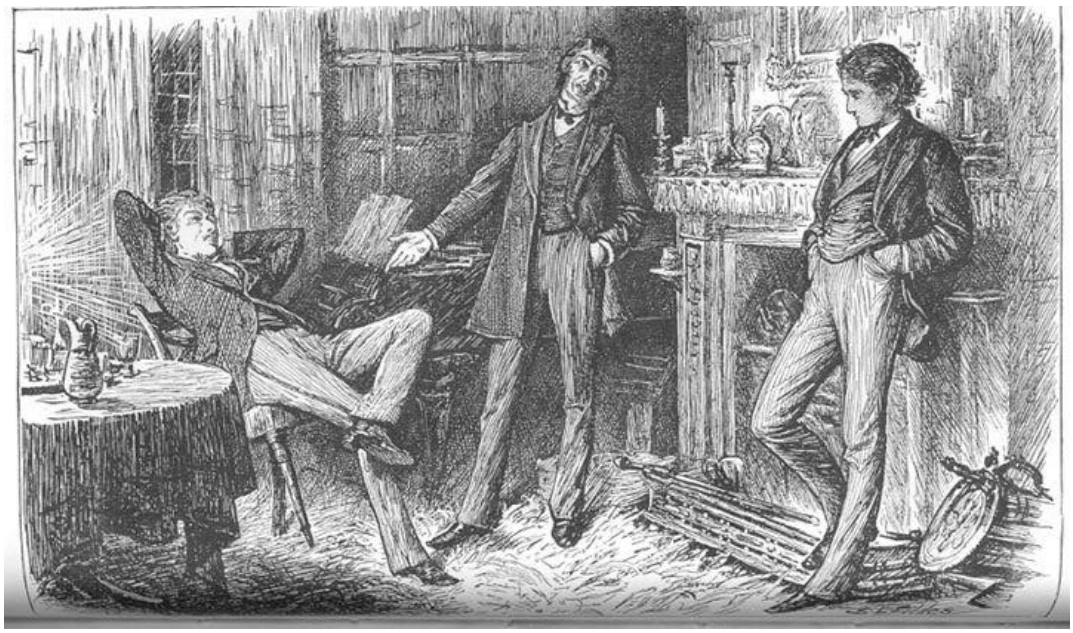
Jasper abandona su puesto junto al fuego, llena una copa para Neville y otra copa grande para Edwin; se las alcanza y llena una tercera para él, diciendo:

—Vamos, señor Neville. Tenemos que brindar por mi sobrino Ned. Como ya está con el pie en el estribo, metafóricamente hablando… tenemos que dedicarle nuestra copa de despedida. ¡Ned! ¡Querido compañero!… ¡A tu salud!

Jasper da el ejemplo vaciando casi completamente su copa y Neville lo imita. Agradeciendo a ambos profundamente, Edwin sigue el doble ejemplo y apura el contenido de la suya.

—¡Mírelo! —exclama Jasper, extendiendo la mano hacia Edwin y contemplándolo con admiración y ternura y una pizca de burla en su mirada—. ¡Vea cómo se complace en su indolencia! ¡El mundo está ante sus ojos para que elija su destino! ¡Una vida agitada y de trabajo, de emociones y cambios! ¡Una vida de hogar y de amor! ¡Mírelo!

Edwin Drood continúa en la misma posición, con sus manos entrelazadas detrás de la nuca y su rostro se ha coloreado visiblemente después de haber bebido. Otro tanto es de apreciar en la fisonomía de Neville Landless.



—¡Mire qué poca atención presta a todo esto! —continúa Jasper con el mismo tono burlón—. Diríase que considera indigno de él coger el fruto dorado que ha madurado en el árbol, expresamente para él. Y ahora… ¡Juzgue el contraste, señor Neville! ¡Usted y yo no tenemos la perspectiva de una vida activa y plena de interés, de una vida de viajes y distracciones, de hogar y de amor! ¡Usted y yo no tenemos otra esperanza —a menos que usted sea más afortunado que yo, cosa que no

es difícil— que la de arrastrar una existencia tediosa y monótona en esta triste ciudad!

—¡Por mi alma, Jack! —dice Edwin complacientemente— me veo casi obligado a excusarme de la vida agradable que acabas de describir. Pero tú sabes muy bien, lo mismo que yo sé, Jack, que esta vida puede no ser tan agradable como parece. ¿No es verdad, Pussy? —dice dirigiéndose al retrato y castañeteando los dedos—. Todavía no hemos llegado al final. ¿Verdad, Pussy? Tú sabes lo que quiero decir, Jack.

Su voz se enronquece poco a poco y sus palabras son apenas inteligibles.

Jasper, sereno y dueño de sí, mira a Neville como esperando una respuesta o algún comentario. Pero cuando Neville habla lo hace en forma dificultosa, semejante en un tono a Edwin.

—Hubiera sido más conveniente para el señor Drood haber conocido un poco las luchas de la vida —dice con tono agresivo.

—Diga usted, le ruego —replica Edwin, contentándose con volver sus ojos hacia el joven—. ¿Por qué hubiera sido más conveniente para el señor Drood haber conocido un poco las luchas de la vida?

—Veamos —dice Jasper, mostrándose interesado—, díganos por qué.

—Porque ellas le hubieran enseñado a comprender mejor —dice Neville— que la suerte no es, en ningún caso, el resultado de méritos personales.

El señor Jasper mira rápidamente a su sobrino para ver qué responde.

—¿Me permite preguntarle si usted ha conocido estas luchas de las que habla? —dice Edwin levantándose.

—Sí. Las he conocido.

—¿Y qué fruto ha sacado de ellas?

Los ojos de Jasper van del uno al otro durante toda la extensión del diálogo.

—Ya se lo he dicho una vez esta noche.

—Usted no me ha dicho nada semejante.

—Le he dicho que había hablado en un tono por demás impertinente.

—Y agregó algo más, si mal no recuerdo…

—En efecto. He dicho algo más.

—Repítalo, entonces.

—Dije que en aquella parte del mundo de donde yo vengo se le exigiría rendir cuenta de sus palabras.

—¿Allí solamente? —dice Edwin Drood con una sonrisa desdeñosa —. Creo que es un sitio muy lejano… ¡Sí! Ya comprendo. Esa parte del mundo está por suerte para mí a una considerable distancia.

—Digamos entonces que es aquí también —replica Neville enfurecido—. Diga que en cualquier sitio. Su vanidad es intolerable. Su engreimiento por demás inconcebible. Habla usted como si fuese un personaje original e importantísimo, cuando no es usted más que un charlatán pretencioso. No es usted más que un vulgar sujeto y un ordinario petulante.

—¡Bah! ¡Bah! —dice Edwin, igualmente furioso, pero más dueño de sí—. ¿Que puede usted saber? Usted será capaz de juzgar y reconocer a un sujeto vulgar y petulante, pero que pertenezca a una raza inferior… a la raza negra, por ejemplo… —y no dudo que tendrá en ello una larga y bien adquirida experiencia—… pero tratándose de hombres blancos… ¡No es usted quien para convertirse en juez!

Esta alusión insultante al color oscuro de su tez lleva al máximo el furor de Neville, que arroja el resto del contenido de su vaso al rostro de Edwin Drood y cuando se dispone a repetir este acto con el otro vaso que retiene en su mano, Jasper alcanza a contenerlo cogiéndole a tiempo por el brazo.

—¡Ned! ¡Mi querido amigo! —grita Jasper—. ¡Te suplico! ¡Te conjuro a que te retengas!

Se produce un tumulto entre los tres hombres, entre los vasos rotos y las sillas caídas.

—¡Señor Neville! ¡Qué vergüenza! ¡Déme ese vaso! —grita de nuevo Jasper—. ¡Abra su mano, señor! ¡Entréguemelo!

Pero Neville se desprende, hace una pequeña pausa y, dominado por la furia, tira violentamente el vaso, que aún mantiene en alto, contra la

reja de la chimenea, con tal fuerza que los trozos del cristal saltan hacia todos lados, y en seguida abandona la casa.

Cuando respira afuera el aire fresco de la noche, siente que todo gira a su alrededor, que todo le es extraño, con la sola conciencia de que está de pie, solo, la cabeza descubierta; siente que lo envuelve una niebla rojiza, y creyéndose atacado a cada instante, está pronto a defenderse si fuera necesario hasta la muerte. Pero nada acontece, y la luna lo baña con su luz como a un muerto. Oprime con sus manos la cabeza, y el corazón, que laten aceleradamente, y se aleja vacilante. En una especie de semi-inconsciencia le parece sentir que una puerta se cierra en pos de él, con su agudo chirrido de goznes como para defenderse de un animal peligroso. Luego se pregunta qué es lo que debe hacer. En ciertos momentos la desesperación hace presa en él y locas ideas de acercarse al borde del río lo acometen; pero cede al sereno encanto del paisaje, de la catedral y el cementerio iluminados por la luna, al recuerdo de su hermana y al deber que ya lo obliga con aquel excelente hombre que aquel mismo día ha sabido conquistar su confianza. Regresa entonces al Rincón del Canónigo y llama dulcemente a la puerta.

El señor Crisparkle tiene por costumbre ser el último en recogerse por la noche; en aquel momento, sentado al piano, estudia el trozo de música vocal que debe cantar al día siguiente. Cuando el viento del sur sopla en el Rincón del Canónigo Menor, en medio del silencio de la noche, no es en verdad más suave que el canto del señor Crisparkle en esta hora, cuidadoso de no turbar el descanso de la pastora de porcelana de China.

A los golpes de llamada en la puerta, acude él mismo para abrir, llevando una vela en la mano; pero la serena expresión de su rostro se oscurece y se pinta el asombro en sus facciones.

—¡Señor Neville! ¡Y en este desorden!… ¿Dónde ha estado usted?

—Con el señor Jasper y con su sobrino, señor.

—Entre usted…

El canónigo lo coge de un brazo con mano vigorosa, que hace honor a sus entrenamientos matutinos, y lo conduce a la biblioteca, cerrando la puerta.

—He comenzado mal, señor. He comenzado espantosamente mal.

—Eso sí que es verdad. Usted no está sereno, señor Neville.

—Mucho me temo que no lo esté, aunque podría asegurarle, en otro momento que le mereciera más confianza, que apenas he bebido. Yo mismo estoy sorprendido de la manera extraña y repentina en que me he mareado.

—Señor Neville… Señor Neville… —dice el canónigo con entristecida sonrisa—. ¡He oído tantas veces la misma excusa!

—Yo me siento mareado, es verdad, y puedo asegurarle sin faltar a la verdad que otro tanto le ha sucedido al sobrino del señor Jasper.

—Es muy probable —responde el señor Crisparkle secamente.

—Hemos reñido, señor. Me ha insultado de la manera más ofensiva. Y ha despertado en mi sangre el instinto salvaje del que ya le había hablado…

—Señor Neville —repite el canónigo con suavidad, pero con firmeza—, le exijo que cuando me dirija la palabra no lo haga con los puños cerrados. ¡Abra sus manos, por favor!

—Me estuvo azuzando, señor —contesta el joven obedeciendo instantáneamente—, más allá de mis fuerzas y hasta agotar mi paciencia. Yo no sé si su intención era preconcebida o no; pero sí sé que al final era sincero. Para abreviar, señor —dice sin poder contenerse—, me puso tan fuera de mí con el ensañamiento con que me atacó, que si hubiera podido lo hubiera deshecho…

—Ha vuelto usted a apretar los puños —es el comentario del señor Crisparkle.

—Discúlpeme, señor.

—Usted sabe dónde se encuentra su cuarto, pues se lo he enseñado antes de la comida, pero de todos modos lo voy a acompañar a él. Déme su brazo, así… despacio, por favor, porque todos están durmiendo.

Cogiéndolo con la mano por el codo, con la misma habilidad de que dio pruebas un momento antes para ofrecerle un punto de apoyo, y con una tranquilidad inaccesible, aun para un novicio, el señor Crisparkle conduce a su alumno al viejo dormitorio limpio y acogedor que había sido dispuesto para él. Apenas dentro, el joven se deja caer sobre una silla, apoya los codos sobre la mesa escritorio y hunde en sus manos la cabeza, abatido y avergonzado bajo el peso de sus faltas.

El comprensivo canónigo piensa retirarse sin decir una palabra, pero observando desde la puerta esa figura desesperada y muda, vuelve sobre

sus pasos y posando amistosamente la mano sobre su hombro le dice:

—Buenas noches.

Un sollozo fue la única respuesta de Neville. Otra hubiera sido quizá más expresiva o más sincera, pero ninguna como aquélla fue más conmovedora.

Un nuevo golpe dado en la puerta exterior atrae la atención del canónigo mientras baja las escaleras. Al abrir se encuentra en el umbral al señor Jasper, que tiene en la mano el sombrero de su alumno.

—Hemos sufrido un triste espectáculo con él —dice Jasper en voz baja.

—¿Tan triste como todo eso?

—Ha sido cruel… espantoso…

—No… No. No use usted palabras tan fuertes —dice el señor Crisparkle protestando.

—Es que podía haber dejado muerto a mis pies a mi querido sobrino. Si no sucedió, no será porque él quisiera evitarlo. Hay que dar gracias a Dios de que yo me encontraba allí y pude dominarlo con firmeza y seguridad; si no, lo hubiera partido en pedazos.

Esta frase recuerda al señor Crisparkle, subconscientemente, que son las mismas palabras usadas poco tiempo antes por el señor Neville.

—Habiendo visto lo que yo he visto, y oído lo que yo he oído esta noche —agrega Jasper, demostrando gran sinceridad—, no tendré paz en mi alma pensando que estos dos muchachos puedan encontrarse y no haya nadie que intervenga. El espectáculo fue horrible. Hay algo del tigre en la sangre de este muchacho.

«¡Ah! —piensa el señor Crisparkle—, es lo mismo que dijo de sí».

—Y usted, mi estimado señor —prosigue Jasper, cogiéndole una mano—, ¡ha aceptado esta carga fastidiosa, pesada y peligrosa!

—No tema por mí —responde el señor Crisparkle con serena sonrisa —. Yo no temo por mí personalmente.

—Tampoco me preocupa por mí —dice Jasper, con marcado énfasis en el último pronombre—. Porque no soy ni seré el objeto de su hostilidad. Pero usted podría serlo. Y mi querido sobrino lo ha sido hace un momento. ¡Buenas noches!

El señor Crisparkle entra en su casa sosteniendo en la mano ese sombrero, que tan insensiblemente ha adquirido el derecho de estar en la percha de su vestíbulo; lo cuelga y se dirige a su dormitorio, preocupado y pensativo.

CAPÍTULO IX

LOS PÁJAROS EN LA FLORESTA

No teniendo ningún pariente en el mundo, desde los siete años de edad, Rosa no había conocido más hogar que la Casa de las Monjas, ni otra madre que la señorita Twinkleton. El único recuerdo que conservaba de su madre era el de una pequeña y hermosa criatura que se le asemejaba mucho, y que no debía ser mucho mayor que ella cuando un día su padre la trajo a casa muerta entre sus brazos.

El fatal accidente había ocurrido en una excursión de vacaciones. En la memoria de Rosa habían quedado fijos con carácter indeleble los más nimios detalles de aquella escena: los pliegues y el color del vaporoso vestido de su madre, sus largos y mojados cabellos, a los cuales estaban adheridos aún los pétalos de marchitas flores, y su cuerpo inmóvil y de triste belleza tendido sobre la cama.

Recordaba también el desesperado dolor de su padre, que había muerto de pena en el primer aniversario de este triste acontecimiento. El noviazgo de Rosa había surgido como consecuencia de aquellos días dolorosos que habían estrechado la amistad de su padre con su viejo compañero de escuela Drood, que, como él, había quedado viudo en plena juventud. Pero el señor Drood también había emprendido el silencioso viaje donde termina nuestro peregrinar en la tierra, y los dos huérfanos se encontraron comprometidos a unir sus destinos en forma para ellos tan insospechada.

El sentimiento de compasión que había rodeado a la pequeña huérfana desde su ingreso en la Casa de las Monjas, se había consolidado cuando su juventud la mostró plena de encantos y atractivos. Su destino se había matizado en suaves y dorados tonos, pero Rosa debía su mayor fascinación a la irresistible gracia que la caracterizaba.

El deseo unánime de consolarla y halagarla había traído como resultado aquella manera de tratarla como a niña mimada, y este mismo deseo subsistía ahora cuando Rosa ya había dejado de ser una criatura. Disputábanse su intimidad las alumnas del internado, buscando la prioridad para hacerle tal o cual regalo o prestarle algún pequeño servicio; había quienes la llevaban consigo al seno de su familia en los días de vacaciones, o quienes le escribían con frecuencia cuando estaban separadas, deseando ansiosamente el día de volver a verla. Estas pequeñas rivalidades habían provocado más de un litigio en la Casa de las Monjas. Dichosas habrían sido las pobres monjas de pasados tiempos si éstas hubieran sido las únicas luchas que libraran amparadas por sus velos y sus rosarios.

Así había crecido Rosa, transformándose en esta agradable criatura aturdida, voluntariosa y simpática, sin embargo; mimada en el sentido de contar siempre con la tolerancia de los demás, pero no en el de ser capaz de pagar esta indulgencia con ingratitud. Por el contrario, llevaba en su corazón una fuente inextinguible de ternura, cuyas aguas habían refrescado y alegrado la Casa de las Monjas durante varios años, sin que nada las hubiese turbado. ¿Qué sucedería si estas aguas se agitaran? ¿Qué cambios irían a producirse en esta cabecita hueca y en este veleidoso corazón? ¿De qué modo el rumor de una riña que había tenido lugar a altas horas de la noche entre dos jóvenes, a la que habían seguido amenazas de muerte por parte del señor Neville al señor Edwin Drood, pudo llegar hasta el internado de la señorita Twinkleton antes de servirse el desayuno? Era algo imposible de explicar. ¿Había sido llevado por los pájaros en el aire de la mañana, o se había colado con el aire mismo cuando se abrieron las ventanas? ¿Amasaría el panadero con él su pan, o el lechero lo había mezclado con la leche, adulterándola? ¿O las sirvientas, al sacudir el polvo de los felpudos contra la puerta, habrían

trocado este polvo por el chisme que venía en la atmósfera desde la ciudad?

Lo cierto es que se desparramó por la Casa de las Monjas antes de que la señorita Twinkleton saliera de su habitación, antes aún de que le fuera comunicada la noticia por la señora Tisher mientras se vestía, o, para servirse de la frase que la misma señorita Twinkleton usaba al dirigirse a los padres y tutores de sus alumnas aficionados a ideas mitológicas, «antes de que ella se hubiera sacrificado a las Gracias».

El hermano de la señorita Landless había tirado una botella a la cabeza del señor Edwin Drood. El hermano de la señorita Landless había arrojado un cuchillo contra el señor Edwin Drood. La idea del cuchillo sugería inmediatamente la del tenedor: El hermano de la señorita Landless había tirado un tenedor a los ojos del señor Edwin Drood.

Como en el famoso caso de Peter Piper —acusado de haber cogido una olla de pimiento marinero— se quería ante todo probar la existencia de esta olla, de igual modo en el presente caso se consideraba imprescindible establecer si el hermano de la señorita Landless había arrojado una botella, un cuchillo o un tenedor… o una botella, un cuchillo y un tenedor.

Según la cocinera, las tres cosas habían sido lanzadas sucesivamente contra el señor Edwin Drood. Y se contaba que el hermano de la señorita Landless había manifestado su decidida admiración por la señorita Bud; que el señor Edwin Drood, entonces, había replicado que el hermano de la señorita Landless no tenía necesidad de admirar a la señorita Bud; que el hermano de la señorita Landless había entonces tomado el cuchillo, el tenedor, la botella y la jarra —la jarra había surgido inopinadamente entre los proyectiles— y había, con el todo, tratado de matar al señor Edwin Drood.

Apenas empezaron a correr esos rumores, la pobre Rosita se había tapado los oídos con los dedos, y metiéndose en un rincón había suplicado que no se le hablase más del asunto.

La señorita Landless había pedido permiso a la señorita Twinkleton para ir a ver a su hermano —dejando traslucir claramente que tomaría este permiso aunque no le fuera concedido— y había salido con la proyectada intención de entrevistarse con el señor Crisparkle para recoger la verdadera versión del hecho.

A su retorno —y después de haber sido previamente llamada en consulta por la señorita Twinkleton, celosa de analizar las noticias y asegurarse de que no había en ello nada inconveniente—, la señorita Landless comunicó a Rosa la verdad de lo sucedido. Con el rostro congestionado por el rubor, insiste Helena en la grosera provocación inferida a su hermano, atenuando por lo mismo la gravedad de la ofensa y explicándola como sobrevenida a raíz de otras palabras cambiadas entre ellos —palabras sin importancia alguna para Rosa, por cierto—, y se guarda muy bien de decir que aquellas injurias habían sido provocadas por la manera demasiado ligera con que su novio se ha expresado a su respecto. Por último, Helena se hace intérprete ante su nueva amiga de las palabras de su hermano, que le suplica su perdón. Y una vez aligerada de este compromiso, manifestado con fraternal afecto, pone fin a la entrevista.

A la señorita Twinkleton le toca la pacificación de los ánimos en la Casa de las Monjas, y para esto la dama efectúa una imponente entrada al sitio que los plebeyos llamarían el aula, pero que en el lenguaje patricio adoptado por las directoras de establecimientos de esta índole se llama «salón de estudio».

La señorita Twinkleton entra y dice:

—¡Señoritas!… (Todo el mundo se pone de pie).

La señora Tisher se coloca detrás de su superiora, como lista a representar la primera dama de honor que acompañaba a la histórica reina Elisabeth a Tilbury Fort.

La señorita Twinkleton continúa:

—*La Murmuración*, señoritas, ha sido representada por el bardo de Avón —no necesito pronunciar aquí el nombre del inmortal *Shakespeare*, llamado también el cisne de su río natal — por una probable alusión a la vieja superstición que asegura que esta ave de tan gracioso plumaje… (¡Señorita Jennings! ¿Quiere hacerme el favor de ponerse derecha?) cantaba deliciosamente antes de morir, aunque este hecho no está confirmado por ninguna autoridad ornitológica… *La Murmuración*, pues, ha sido representada por este bardo… ¡Hem!… ¡Hem!…, que pintó el célebre judío, como un engendro de numerosas lenguas… *La Murmuración*, en Cloisterham… (¡Señorita Ferdinand! ¿Quiere hacerme el honor de dedicarme su atención?)… No es una excepción el retrato hecho por el célebre pintor. Una pequeña rencilla acaecida la noche última, entre dos jóvenes caballeros a unos cien pasos de estos pacíficos muros… (¡Señorita Ferdinand! ¡Es usted incorregible! Tendrá a bien copiar esta noche en su lengua original las cuatro primeras fábulas de nuestro espiritual *La Fontaine*). Ha sido enormemente exagerada por la diosa de las cien voces, y ha cundido un sentimiento de alarma y de ansiedad; y este sentimiento tiene sus raíces en nuestra simpatía por una de nuestras alumnas que nuestro pensamiento no puede separar de uno de los gladiadores aparecidos en la arena que felizmente no ha sido teñida de sangre… (La actitud inconveniente de la señorita Reynolds que continúa apuñalando su cuello con un alfiler es tan insolente que es mejor no reparar en ella)…, nos hemos visto precisadas a descender desde la elevada posición de nuestros espíritus hasta tomar contacto con jóvenes señoritas para discutir esta cuestión improcedente… luego de habernos informado con exactitud por medio de personas respetables

que esa querella sólo ha sido «nada inconsistente», según la expresión del poeta… (del cual la señorita Giggles nos dará el nombre y la fecha de su nacimiento, en el término de media hora)…, debemos abandonar este tema. Nuestro deseo es que todas se concentren en sus provechosas tareas cotidianas.

El «tema», sin embargo, preocupa a las alumnas durante todo el día, al punto de que la señorita Ferdinand provoca un nuevo desorden aplicándose furtivamente unos bigotes de papel negro, y simulando arrojar durante la comida una jarra a la cabeza de la señorita Giggles, que toma su tenedor para defenderse.

Rosa no puede menos de pensar en esta desdichada disputa, con el desagradable agregado de estar mezclada en ella. Es, una vez más, la consecuencia de la falsa posición en que la ha colocado su noviazgo. Esta preocupación no la abandona cuando está junto a su prometido y menos aún fuera de su presencia. Aquel día, Rosa hubo de quedar a solas con sus pensamientos, privada del consuelo de conversar libremente con su nueva amiga. La pendencia entre Edwin Drood y su hermano provoca naturalmente la reserva de Helena, que evita manifiestamente un tema de conversación tan delicado como ingrato, aun para ella misma.

En este crítico momento se anuncia la presencia en la casa del tutor de Rosa, que viene a hacerle una visita. El señor Grewgious ha sido celosamente elegido para la misión que se le ha encomendado, pues es un hombre de integridad incorruptible, si bien carece en absoluto de cualidades exteriores apreciables. Es un individuo árido, de un rubio arenoso; da la impresión de que de haberlo triturado la rueda de un molino, no se hubiera sacado de él más que polvo. Sus cabellos son ralos y cortados casi al rape, con el color y la consistencia de la fibra del cáñamo; tienen más apariencia de peluca que de cabellera humana, aunque es muy improbable

suponer que nadie haya podido, voluntariamente, elegir una indumentaria de tan pésimo gusto.

La pequeña fisonomía del señor Grewgious está compuesta por unos pocos rasgos, rudos y netamente marcados. Ciertas grietas sobre su frente hacen pensar que la naturaleza dispuesta a darle un toque final de sensibilidad y refinamiento, hubiera arrojado bruscamente el cincel diciendo: «No vale la pena acabar de esculpir a este hombre. Dejémoslo ir como está».

Con el cuello demasiado largo y delgado, los tobillos demasiado nudosos y huesudos y una modalidad torpe y dudosa al andar; sumamente miope, hasta el punto de no poder apreciar por sí mismo el horrible contraste de sus medias blancas de algodón con su traje negro, su desgarbada figura produce, a pesar de todo, no se sabe por qué singular prerrogativa, una agradable impresión. El señor Grewgious se sorprende y se siente sumamente embarazoso por la compañía de la señorita Twinkleton en el santuario consagrado a su dignísima persona. El angustioso temor de ser sometido a un minucioso examen y salir mal parado de él, lo tiene penosamente oprimido en tal circunstancia.

—¿Cómo te encuentras, querida?… ¡Estoy tan contento de verte!… ¡Te has puesto muy hermosa! Permíteme que te ofrezca una silla…

La señorita Twinkleton se levanta de su escritorio y dice, con su cortesía de dama del gran mundo:

—¿Me permite usted retirarme?

—¡De ninguna manera, señora! Al menos por mí… Le ruego que no se retire.

—Debo pedirle permiso para retirarme —replica la señorita Twinkleton, subrayando las dos últimas palabras con encantadora afabilidad—. Pero si usted insiste tanto, permaneceré aquí. Si llevo mi escritorio junto al alféizar de la ventana, ¿no los molestaré, verdad?

—¡Oh, señora!, ¿molestarme?…

—Es usted muy amable. Rosa, querida mía. Estoy segura que no te será violenta mi presencia.

El señor Grewgious, que estaba con Rosa junto al fuego, repite:

—¿Cómo estás, querida? ¡Estoy encantado de verte!

Rosa se sienta y entonces él lo hace a su vez.

—Mis visitas —dice el señor Grewgious— son como las de los ángeles… No es que yo pretenda compararme con ellos…

—No, señor —dice Rosa.

—Claro. De ninguna manera —asegura el señor Grewgious—, yo sólo quería decir que mis visitas se producen con largos intervalos, que son escasas. Los ángeles están muy por encima de nosotros, bien lo sabemos.

La señorita Twinkleton, en tanto, los observa atentamente.

—Yo me refería, querida —dice el señor Grewgious, apoyando su mano en la de Rosa y dirigiéndose abiertamente a su pupila, receloso de que una errónea interpretación lo haga aparecer culpable de tomarse el increíble atrevimiento de llamar «querida», a la señorita Twinkleton—. Yo me refería a las otras jovencitas.

(La señorita Twinkleton reanuda su escritura levemente interrumpida).

El señor Grewgious, que sin duda está violento al constatar que sus expresiones no son perfectamente claras e inteligibles, se pone a frotar su cabeza desde la nuca hasta la frente, como si acabara de darse un chapuzón y quisiera enjugarla, movimiento inútil por otra parte, pero que le es familiar. A continuación saca del bolsillo de su chaleco un lápiz y una libreta, y volviendo las hojas de ésta, dice a Rosa:

—He redactado una especie de memorándum, porque tengo tan mala memoria que necesito generalmente ayudarme de este modo y también por mi dificultad para conversar.

—Con tu permiso, querida. Voy a consultarlo… «Con buena salud y contenta». Aquí está.

—¿Estás contenta y con buena salud, mi querida? Tienes por lo menos el aspecto de disfrutar ambas cosas.

—Así es, señor —responde Rosa.

—Y por esto —dice el señor Grewgious, volviendo su cabeza hacia el lado de la ventana e inclinándose— debemos expresar nuestro más efusivo agradecimiento, y me apresuro a saldar esta deuda por la ternura verdaderamente maternal y los solícitos y devotos cuidados recibidos de la distinguida dama que tengo el honor de tener ante mí.

Esta frase, iniciada y terminada con enormes dificultades y expresada con timidez y torpeza manifiesta, no llega a su destino, pues comprendiendo que las reglas de educación y cortesía le exigen permanecer al margen de la conversación, la señorita Twinkleton se pone a morder la punta de su lapicera y a contemplar el cielo raso, como si esperara inspiración de los ángeles del noveno coro celestial.

El señor Grewgious alisa nuevamente sus cabellos ya perfectamente asentados y consulta otra vez su libreta: «Contenta y con buena salud»… —dice, tachando la frase como asunto liquidado—. «Libras, chelines y peniques»; he aquí mi segunda anotación. Tema fastidioso para una joven, pero muy importante. ¡Toda la vida es una cuestión de libras, chelines y peniques! La muerte en cambio es… —Se interrumpe bruscamente al cruzar por su mente el pensamiento de la muerte de los padres de Rosa, y dice con afabilidad:

—No. La muerte no es cuestión de dinero.

La voz del señor Grewgious es tan áspera y seca como él mismo. A pesar de la limitada expresión de su fisonomía transparenta bondad. Y si la naturaleza hubiera querido acabar de esculpir este rostro, en aquel momento hubiera reflejado la ternura de su corazón. Pero si las arrugas de la frente del señor Grewgious no se borran y si su cara es inexpresiva… ¿Qué puede hacer el pobre hombre?

—«Libras, chelines y peniques…». ¿Te alcanza la mensualidad que percibes para tus gastos, hija mía?

Rosa no necesita nada. La mensualidad es abundante.

—¿No tienes deudas?

Rosa se echa a reír de sólo pensarlo. En su inexperiencia la pregunta le parece casi cómica.

El señor Grewgious concentra sobre ella toda la fuerza de su mirada de miope para asegurarse de si su pupila dice la verdad.

—¡Ah! —dice entonces a manera de comentario, lanzando una furtiva mirada a la señorita Twinkleton y tachando en su libreta «Libras, chelines, peniques»—. ¡Bien he dicho que he venido a visitar ángeles! ¡Es una gran verdad!

Rosa presiente cuál será el próximo artículo de su memorándum. Enrojece y alisa un falso pliegue de su vestido con mano torpe, mucho antes de que empiece a hablar el señor Grewgious.

—«Casamiento»… ¡Hem!…

El señor Grewgious repasa su cabeza desde la nuca a la frente, y vuelve a pasar la mano debajo de la nariz, sobre el mentón, hasta que acerca su silla a la de la joven y comienza a hablarle en tono bajo y confidencial.

—Abordamos ahora, mi querida Rosa, el delicado punto que me ha traído a hacerte esta fastidiosa visita. Si no fuera

por esto, y como sé que soy un hombre esencialmente pusilánime, no me hubieras tenido aquí. Soy el individuo menos indicado para inmiscuirme en una esfera en la que voy a disonar. En estos casos me siento como un oso paralizado por un calambre en medio de un cotillón.

Su desagradable figura se asemeja tanto al animal con el cual se compara, que Rosa no puede menos de sonreír sinceramente.

—Tú me ves exactamente como soy —dice el señor Grewgious con perfecta calma—, es justo. Volviendo a mi memorándum. El señor Drood ha venido aquí de tiempo en tiempo, como estaba estipulado. Tú misma me has mencionado estas visitas en tus cartas trimestrales. Tú lo quieres y él te quiere.

—Yo lo estimo mucho, señor —responde Rosa.

—Es lo que he dicho —contesta el tutor, para cuyos oídos la frase de la joven pronunciada con tímido énfasis, resulta demasiado sutil. Sólo deduce que aquel «lo estimo mucho», la dispensa de decir simplemente: lo quiero.

—Bien —dice—. ¿Mantienen ustedes correspondencia?

—Sí. Nos escribimos —dice Rosa, que hace una ligera mueca al recordar sus riñas epistolares.

—Es, en efecto, el significado que yo le doy a estas palabras: correspondencia. Bueno, mi querida. Todo va bien. El tiempo vuela. Para la próxima Navidad será necesario, como fórmula, comunicar a la dama ejemplar que está al lado de la ventana y a la que le debemos tantas atenciones, que tu partida tendrá lugar al expirar los primeros seis meses del año próximo. Tus vínculos con esta señora están muy lejos de ser simples relaciones pedagógicas, aunque en el fondo son asuntos de trabajo, y tú sabes… el trabajo… Por otra parte, yo soy un hombre esencialmente desgraciado y pusilánime y no quisiera adelantarme en nada. Si alguna persona, con cierta

autoridad, pudiera conducirte al altar en mi lugar, me sería muy agradable.

Con los ojos bajos, Rosa explica que seguramente se encontrará con facilidad alguien que reemplace al señor Grewgious, si fuera necesario.

—Bueno —dice el señor Grewgious—. He pensado en el caballero que es aquí profesor de baile. Haría muy buena figura. Será necesario saber avanzar y retroceder según indica el ceremonial en estas circunstancias, de acuerdo con el oficiante, contigo, con el novio y las personas del cortejo. Yo soy un hombre… privado en absoluto de donaire —repite el señor Grewgious, como si sintiese la imperiosa necesidad de probar lo que está diciendo—. Yo no haría más que desaciertos.

Rosa permanece inmóvil y silenciosa. Quizá su espíritu no puede señalar con precisión aquel momento de la ceremonia y queda abstraída en sus pensamientos.

—«Memorándum, testamento». He aquí, querida —dice el señor Grewgious consultando sus notas; tachada la palabra «casamiento». Y tomando un papel de su bolsillo continúa—: Aunque desde hace mucho tiempo estás enterada del contenido del testamento de tu padre, creo llegado el momento de poner en tus manos una copia certificada del mismo. Y como el señor Edwin lo conoce igualmente, he pensado depositar otra copia en manos del señor Jasper.

—¿Y por qué no en las de Eddy? ¿No se le puede mandar esta copia a él mismo?

—Sí. Claro. Y basta que tú lo desees. Yo mencionaba al señor Jasper porque es su tutor.

—Ése sería mi deseo, si usted no se opone —dice Rosa con franqueza—. Preferiría que de ningún modo interviniera el señor Jasper en nuestros asuntos.

—Es muy natural —dice el señor Grewgious— que tu futuro esposo sea dueño de sus actos. Bueno. Espero que aprobarás ahora lo que voy a decirte: Sucede que soy un hombre tan poco práctico que nada he aprendido en la vida por mi propia experiencia.

Rosa lo mira con cierta sorpresa.

—Quiero decir que nunca he tenido los problemas que afectan a la juventud. He sido el único hijo de padres de edad avanzada, y estoy por creer que he venido al mundo ya un poco viejo. No es mi intención tomar a la ligera el nombre que llevas y que pronto has de cambiar; sólo quería explicarte que cuando todas las criaturas han llegado a la edad florida, yo me he quedado como una corteza seca. Sí, como una corteza seca. Así he estado desde que comencé a tener conciencia de mi vida… En lo que se refiere a la segunda copia del testamento, se hará como tú lo deseas. Y en lo que concierne a tu herencia, creo que ya estás enterada. Se compone de una renta anual de doscientas cincuenta libras, de otras economías hechas sobre esta renta y de algunas otras cantidades que te han sido acreditadas. Todo ha sido debidamente administrado y constituye un capital que excede las setecientas libras. Puedo adelantarte sobre dicho capital la suma necesaria para los preparativos de tu boda. Bueno. Está todo dicho.

—¿Querría usted informarme —observa Rosa tomando la copia del testamento con gesto gracioso, pero sin abrirlo— si estoy en lo cierto al interpretar mi situación en la forma que voy a exponerle? Comprendo mucho mejor sus explicaciones que si las leyera en un expediente. Mi pobre padre y el de Edwin convinieron juntos, basados en la firme y leal amistad que se profesaban, que nosotros continuáramos esa amistad y estuviéramos siempre cerca el uno del otro…

—En efecto…

—… en nuestro mutuo interés y para asegurarnos una duradera felicidad…

—Justamente.

—…para que fuéramos el uno para el otro, lo que ellos han sido, y aún más…

—Exactamente.

—¿No existe alguna cláusula que estipule algún castigo en el caso de que…?

—¡Oh, no te preocupes! En el supuesto caso de que esto fuera motivo de sufrimiento para ti, o que pensaras diversamente; en el caso, en fin, de que no te casaras con el señor Edwin, no ha sido estipulada ninguna cláusula que perjudique a ninguno de los dos. Tú quedarías solamente bajo mi tutela hasta tu mayoría de edad. Ninguna otra cosa sucedería. Y ya éste es un buen castigo. ¿Verdad?

—¿Y Eddy?

—Eddy recogería su parte como socio de la firma, con todos los intereses atrasados acreditados, si los hubiere, al llegar también a su mayoría de edad. La misma cosa.

Con atenta expresión y las cejas fruncidas, Rosa muerde maquinalmente el extremo de la copia del testamento; luego baja la cabeza y fija los ojos en el suelo, que golpea ligeramente con el pie.

—En resumen —dice el señor Grewgious— este casamiento es un deseo, un proyecto amigablemente concebido y tiernamente expresado por parte de vuestros padres, con la esperanza de que un día se realizara, no cabe duda. Desde que eran unos niños se les ha infiltrado esta idea y esta idea prosperó. Pero las circunstancias pueden cambiar, y yo he venido aquí justamente, mi querida, en parte y principalmente, para cumplir con este deber hacia vosotros. Y debo decirte que dos jóvenes no deben unirse en matrimonio

—excepto en los casos de uniones de conveniencia, que son una cosa absurda y despreciable— sino por su propia y libre voluntad, cuando son llevados por la seguridad de un sentimiento mutuo; seguridad que puede ser o no cierta, esto es cuestión de suerte; pero convencidos de que van a ser felices. Es de suponer que si uno de vuestros padres viviera ahora y tuviera alguna duda sobre la realización de ese proyecto, sus ideas se modificarían por las circunstancias surgidas en el curso de los años, y no se creería obligado al cumplimiento de una vieja promesa. Si procediera de otro modo sería algo insostenible, irrazonable, ilógico y absurdo.

El señor Grewgious dice todo esto como si lo leyera en voz alta o como si repitiera una lección aprendida de memoria, en tanto que su rostro está, como de costumbre, desprovisto de toda expresión.

—Y ahora, mi querida —añade, después de haber tachado la palabra «testamento» con su lápiz—, yo he cumplido con un deber de conciencia, que es también una obligación en el caso presente. Mi libreta tiene aún escrita la palabra: «deseos». ¿Tienes alguno que me sea posible satisfacer?

Rosa niega con la cabeza, con una expresión casi dolorosa, con el gesto dudoso de una pobre criatura que tuviera gran necesidad de consejo.

—¿Tienes que darme algunas instrucciones respecto a tus asuntos?

—Yo… yo preferiría… si a usted le parece, que dispusiera de todo con Eddy —dice Rosa, estirando un pliegue de su vestido.

—Bueno… bueno… —responde el señor Grewgious— es justo que estén ustedes de acuerdo para todas las cosas. ¿Se espera pronto por aquí la visita del señor Edwin?

—Ha partido esta mañana. Volverá para Navidad.

—Muy bien. A su retorno entonces arreglarás todo con él. Luego me escribirás y yo satisfaré… ¡Oh! simplemente quiero decir… tendré que regularizar la situación… mis obligaciones con la señora que está junto a la ventana. En esa ocasión deberé remitirle una fuerte suma.

Después de haber tachado definitivamente la palabra «deseos», el señor Grewgious añade:

—Mi memorándum dice: «Despedida». Sí. Ahora mi querida, debo despedirme.

—¿Podría suplicarle —dice Rosa, una vez que él ha dejado su silla con uno de esos bruscos y torpes movimientos que le son característicos— podría suplicarle que fuese tan amable de venir a verme para Navidad, por si tuviera que comunicarle alguna cosa en particular?

—¡Pero sí! ¡Cómo no! —contesta el tutor visiblemente halagado por este pedido, si cabe usar este adjetivo tratándose de un hombre cuya fisonomía impasible no revela ninguna emoción—. Soy un hombre inútil para la vida social. No tengo otra obligación para las fiestas de Navidad que la de compartir un pavo asado con salsa de apio con el escribiente que la suerte ha puesto a mi servicio. Su padre tiene una granja y se lo envía para que me lo obsequie. Me sentiría muy orgulloso de venir a verte, si ése es tu deseo, mi querida. A causa de mi profesión de cobrador de impuestos, son tan pocas las personas que alguna vez manifiestan el deseo de verme, que tu pedido me complace sobremanera.

Para agradecerle su complacencia, Rosa apoya sus manos en los hombros del señor Grewgious y lo besa.

—¡Bendito sea Dios! —exclama el buen hombre—. ¡Gracias, mi querida! El honor que me haces sólo es comparable al placer que me causas. Señorita Twinkleton… señora. He tenido la más agradable conversación con mi pupila y sólo me resta librarlas de mi presencia.

—¡Señor! ¡Señor! No diga eso —replica la señorita Twinkleton con graciosa condescendencia—. No puedo permitirle expresarse de ese modo…

—Gracias, señora. He leído en los periódicos —dice el señor Grewgious tartamudeando un poco— que cuando un visitante distinguido (no es que yo sea uno de ellos, muy lejos de eso)… visita una escuela, se acostumbra… pide un día de asueto o cualquier otra merced. Como el día toca a su término en este establecimiento que usted tan dignamente dirige, las jóvenes no gozarían mucho, como es natural, con disponer libremente del resto de la jornada. Pero si alguna estuviese sujeta a penitencia… ¿Podría solicitar…?

—¡Ah! Señor Grewgious… señor Grewgious… —exclama la señorita Twinkleton amenazándolo candorosamente con su índice—. ¡Oh, estos caballeros!… ¡Estos caballeros!… No debería usted avergonzarse de su severidad con nosotras, pobres mujeres desconocidas, que estamos consagradas a la tarea de disciplinar a las de nuestro sexo y en vuestro propio interés… La señorita Ferdinand tiene por penitencia copiar las fábulas de *La Fontaine*. Ve a buscarla, querida Rosa, y dile que su castigo ha sido levantado por deferencia a la intervención de tu tutor, el señor Grewgious.

La señorita Twinkleton hizo luego una reverencia que terminó tres pasos más allá de su punto de partida. Y el señor Grewgious, considerando que es oportuno hacer una visita al señor Jasper, antes de partir de Cloisterham, se dirige a la casa situada a la entrada del caustro y asciende las escaleras.

La puerta está cerrada y en ella prendido un trozo de papel con la siguiente inscripción:

CATEDRAL

El señor Grewgious comprende que aquélla es la hora en que el señor Jasper ocupa su puesto en el coro. En consecuencia desciende las escaleras, atraviesa el claustro y se

detiene ante la gran puerta sur de la catedral, que está abierta de par en par como se acostumbra a hacerlo en las tardes apacibles para ventilar el santo edificio.

—¡Gran Dios! —exclama el señor Grewgious, asomándose al interior—. Creería uno vivir en tiempos pasados.

Los tiempos pasados exhalan un profundo y armonioso suspiro cuyo eco repercute desde las tumbas hasta los arcos y las bóvedas del templo; sombras tenebrosas se alargan en los rincones oscuros; la humedad rezuma en las piedras ligeramente aterciopeladas de musgo; los últimos rayos del sol, que atravesando las vidrieras ponen sobre las losas sus manchas coloreadas, comienzan a velarse con la caída de la tarde. Detrás de la reja del coro, sobre el estrado del gran órgano, se divisan algunas vestiduras blancas. Una débil voz se eleva en el aire y se apaga luego con monótono ritmo pareciendo, por momentos, que muere en un murmullo lejano. Afuera, las vastas campiñas, las tierras de labor, el río, las colinas y los valles se embellecen con los últimos rayos del sol agonizante; en el horizonte, las ventanas de los molinos y de las granjas resplandecen como láminas de oro.

En la catedral, por el contrario, todo se vuelve gris, sombrío y sepulcral, mientras la débil voz del oficiante continúa su monótona salmodia; de pronto el órgano y las potentes voces del coro la dominan y colman la nave. Nuevamente la voz desfallecida parece hacer un supremo esfuerzo para esparcirse y otra vez la pujante ola de armonías se eleva, llega hasta lo alto de las bóvedas, sube a lo largo de los viejos arcos y gana las alturas de la gran torre cuadrada… Cesa de pronto y todo queda calmo y silencioso.

El señor Grewgious ha llegado al pie de las gradas del coro en momentos en que los cantores salen.

—¿No hay ninguna mala noticia? —le interpela el señor Jasper, saliendo a su encuentro, con cierta agitación—. ¿Se le ha enviado a buscarme?

—En absoluto… en absoluto. He venido por mi propia voluntad. He ido a visitar a mi hermosa pupila y me disponía a retirarme.

—¿La ha encontrado usted alegre y con buena salud?

—¡Magnífica! En verdad, ¡magnífica! Yo he ido únicamente para explicarle lo que significa una boda dispuesta por sus difuntos padres.

—¿Y qué significa, en su opinión, esa boda?

El señor Grewgious observa la palidez extrema de los labios del señor Jasper mientras le hace esta pregunta y la atribuye al ambiente frío y húmedo de la catedral.

—He explicado a mi pupila que los deseos de sus padres no suponen necesariamente la exclusión absoluta de ciertas razones que pudieran existir para la ruptura del noviazgo. Y que esta ruptura puede producirse libremente en el caso de que una de las partes manifestara su falta de afecto o de buena voluntad para realizar el deseo de los testadores.

—¿Puedo preguntarle si le ha asistido alguna razón en particular para aleccionar así a su pupila?

El señor Grewgious contesta con sequedad y acritud.

—Ninguna otra razón que la de cumplir con mi deber. Y nada más. —Reflexionando, dice después—: ¡Vamos, señor Jasper! Estoy enterado del cariño que profesa usted a su sobrino y sé que le afecta particularmente todo cuanto a él se refiere. Le aseguro que mis palabras no implican la más mínima desconfianza ni la más ligera falta de consideración o de interés hacia su sobrino.

—No podría tampoco —replica el señor Jasper, tomando amigablemente el brazo del señor Grewgious—. Pero yo le rogaría que se expresara más generosamente a su respecto.

El señor Grewgious se quita el sombrero para secarse la cabeza, hace una inclinación de asentimiento y se cubre de nuevo.

—Yo apostaría —dice el señor Jasper, con una sonrisa en sus labios pálidos, que muerde mientras habla como para tratar de devolverles su color—, apostaría que Rosa no le ha insinuado el más leve deseo de romper relaciones con Ned.

—Y ganaría usted su apuesta, si la hiciera —replica el señor Grewgious—. Sin embargo, creo que debemos ser muy indulgentes con las pequeñas delicadezas de una niña que no tiene madre, por más que en estas cuestiones no soy nada competente. ¡Están tan fuera de mi alcance! Y usted, ¿qué piensa de todo esto?

—Pienso que no tenemos, que no puede existir, ninguna duda al respecto.

—Me siento feliz al oírle hablar de este modo —replica el señor Grewgious, que durante toda la conversación ha tratado con suma prudencia y habilidad el tema, recordando perfectamente lo que le ha dicho Rosa sobre el señor Jasper.

—Me ha parecido notar que la señorita Bud por una delicadeza instintiva desea que las disposiciones preliminares de la ceremonia se resuelvan entre ella y el señor Drood. ¿Comprende? Ya no necesita de nosotros.

El señor Jasper hace una mueca.

—¿Lo dice usted por mí?

—No —dice el señor Grewgious—. He dicho exactamente que ella no necesita de nosotros. Y por lo tanto, dejemos que los jóvenes se entiendan entre ellos, cuando regrese el señor

Edwin Drood para Navidad. Luego intervendremos nosotros, para dejar definitivamente arreglados sus asuntos.

—De modo —observa el señor Jasper— ¿que usted ha convenido con ella estar aquí para Navidad? En efecto, señor Grewgious, existe, como usted lo ha dicho muy bien, un sólido afecto entre mi sobrino y yo, que hace que me interese vivamente todo lo que atañe a este querido, afortunado y feliz muchacho más que lo que concierne a mí mismo. No obstante, es justo respetar el deseo de la joven. De modo que acepto sin objeciones su decisión. Queda entendido que para las fiestas de Navidad los novios harán por sí mismos los preparativos para el mes de mayo y resolverán definitivamente todo lo concerniente a su boda. Nos queda entonces la misión de rendir cuentas de nuestra tutela para el día de la mayoría de edad de Edwin Drood.

—Es así como yo lo entiendo —dice el señor Grewgious, estrechando la mano de Jasper para despedirse—. ¡Que Dios bendiga a los dos!

—¡Que Dios los salve! —exclama el señor Jasper.

—He dicho: ¡Que Dios los bendiga! —corrige el primero, volviendo bruscamente la cabeza.

—Yo he dicho ¡Que Dios los salve! —insiste el segundo —. ¿Encuentra usted alguna diferencia?

CAPÍTULO X

ALLANANDO EL CAMINO

Se dice con frecuencia que las mujeres tienen una curiosa aptitud para adivinar el carácter de los hombres; aptitud puramente congénita e instintiva, ya que prescinden en su juicio del paciente proceso de razonamiento, única garantía de un juicio justo. Por lo general, se pronuncian basadas en una excesiva confianza en ellas mismas, que las subleva al oír cualquier pequeña objeción de la parte contraria. Pero pocas veces se hace notar que esta facultad de adivinación, falible como lo son todas las facultades humanas, sea, en la mayoría de los casos, absolutamente incapaz de juzgarse a sí misma; y cuando una mujer ha opinado desfavorablemente, ya pueden demostrarle todos los genios del talento humano que su opinión está mal fundamentada. Su punto de vista será inquebrantable, inflexible en su determinación e incapaz de volver sobre su idea primitiva. Y he aquí que la sola posibilidad de una débil y remota contradicción, de una tímida refutación a los juicios femeninos, provoca, en nueve sobre diez ejemplares, un cierto ensañamiento que contamina a los testigos interesados; tanto se apasionan con sus errores estas hermosas adivinas.

—Querida madre —dice un día el canónigo menor, dirigiéndose a la anciana que teje sentada frente a él en su escritorio—. ¿No te parece que eres un poco severa con el señor Neville?

—A mí no me parece, Séptimus.

—¿Quieres que discutamos el asunto?

—No tengo ningún inconveniente. Creo, hijo mío, que mi espíritu está siempre abierto para discutir un tema.

Al decir esto se produce una ligera oscilación en la cofia de la anciana, como si añadiera, interiormente: «Quisiera saber si jamás me ha hecho cambiar de opinión una discusión».

—Bien, madre —dice este excelente hijo, siempre dispuesto a conciliario todo—. Nada mejor que una libre discusión.

—La verdad es que no creo que saquemos nada en limpio, querido hijo —dice la dama, evidentemente decidida a no hacer ninguna concesión.

—Bueno —dice el canónigo—. Yo decía que el señor Neville, colocado en tan lamentable situación, ha obrado bajo la influencia de una provocación.

—¡Y bajo la influencia del vino caliente! —añade la señora.

—Admita también la influencia del vino… considerando que los dos jóvenes se hayan excedido al beber.

—Y yo no lo creo.

—¿Y por qué no lo crees, mamá?

—Porque no lo creo. No obstante, queda abierta la discusión.

—¡Pero, querida madre! Yo no comprendo cómo vamos a poder discutir si no abandonas tu punto de vista.

—Culpa de ello, si te parece, al señor Neville; pero no a mí —dice la anciana con fastidio.

—¡Pero mamá! ¿Por qué siempre el señor Neville?

—Porque —dice la señora Crisparkle, volviendo a sus principios puritanos— ha regresado ebrio a la casa, desacreditando nuestro hogar, sin ningún respeto por la familia que lo acoge.

—El hecho no se puede negar, madre. Pero luego se ha mostrado tan arrepentido y tan desdichado… y lo está todavía.

—¡Sea! Pero si el señor Jasper, que es un hombre muy bien educado, no se hubiera acercado a mí por la mañana en la iglesia, antes de cambiarse para el servicio religioso, y me hubiera expresado su esperanza de que no estuviera muy alarmada y desvelada la noche anterior, yo no sabría nada de este deplorable incidente.

—Para serte franco, mamá, yo creo que no te hubiera dicho nada. No tenía todavía una idea clara del asunto. Estaba dispuesto a buscar al señor Jasper en la iglesia y decidir juntos si no era mejor para los dos guardar reserva con todo el mundo, cuando lo encontré conversando contigo. Ya era tarde.

—Demasiado tarde, en efecto. El señor Jasper estaba todavía conmovido y pálido por la escena que había presenciado en su casa durante la noche.

—Si he guardado reserva contigo, puedes estar segura de que ha sido por respeto a tu tranquilidad, por el propio interés de los dos

jóvenes y para poder cumplir mejor con mi deber, tal como yo lo entiendo.

La señora Crisparkle se levanta, atraviesa la habitación y besa a su hijo.

—No tienes para qué explicarlo, Séptimus. De eso estoy completamente segura.

—Sea como sea, el hecho es que este suceso es tema de conversaciones en toda la ciudad —dice el señor Crisparkle, rascándose la oreja, mientras su madre vuelve a sentarse y continúa tejiendo.

—Es por eso que yo anticipé mi mala opinión sobre el señor Neville y ahora lo repito, y lo que he dicho lo repito sin rodeos, espero que el señor Neville pueda cambiar y mejorarse, pero no lo creo.

Su cofia se agita nuevamente.

—Me aflige oírte hablar así, mamá…

—Yo misma estoy afligida de tener que hablar así, hijo mío —interrumpe la anciana, tejiendo con mano firme—; pero no puedo evitarlo.

—… ya que —prosigue el canónigo— es indiscutible que el señor Neville es trabajador y dispuesto, que progresa rápidamente y… creo poder decirlo… que me tiene mucho afecto.

—No hay ningún mérito en esto, querido hijo —dice la madre—. Y si el señor Neville así lo creyera, yo tendría aún peor opinión de él.

—¡Pero mamá! ¡Nunca ha dicho él nada parecido!

—Es posible —contesta la dama—, pero si no lo ha dicho, no encuentro, por lo mismo, nada de meritorio.

No hay asomo de impaciencia en la mirada que el canónigo dirige a su madre, que teje frente a él; se lee más bien en su fisonomía una expresión reflexiva y bondadosa, considerando, sin duda, que con aquella figura de porcelana es inútil discutir.

—Y además, Séptimus —insiste la anciana—, pregúntate qué sería de este joven si no fuera por su hermana. Tú sabes la influencia que ella ejerce sobre él. Tú conoces la inteligencia de esta niña y sabes que todo lo que su hermano aprende contigo lo estudia luego con ella. Concede a esta joven la parte de alabanzas que se merece y que tú das a ambos, y verás lo que resta para él.

Todas estas palabras sumergen al señor Crisparkle en un leve ensueño que lo lleva a pensar en diversas cosas. Piensa en las frecuentes conversaciones que ha oído entre los dos hermanos inclinados sobre un libro de estudio; en algunas brumosas mañanas, dedicadas a interesantes excursiones por los alrededores de Cloisterham; en los crepúsculos sombríos en que desafiando el viento, a la caída de la tarde, trepado en su observatorio favorito sobre algún viejo fragmento de las ruinas del monasterio, ha mirado pasar allí abajo, por la orilla del río, a los dos jóvenes. Los fuegos y las luces de la ciudad comienzan a reflejarse en el agua, lo que hace aún más desolado el paisaje. Medita también cómo ha surgido, poco a poco, en su ciencia la idea de que instruyendo a uno de los jóvenes, asume la responsabilidad de ambas almas, una de las cuales está en contacto con la suya y la otra se comunica a través de aquélla; de cómo ha adaptado, casi insensiblemente, su programa de estudios al temperamento e inteligencia de los dos hermanos. Reflexiona también en la noticia que le ha llegado de la Casa de las Monjas, de que Helena, a quien ha juzgado tan orgullosa y resuelta, se ha sometido a la influencia de Rosa, de la dulce prometida, como él la llama, y de cómo la joven aprende de su nueva amiga todo cuanto aquélla sabe. Sonríe de esta peregrina asociación entre dos criaturas que exteriormente parecen tan distintas. Se pregunta sobre todo cómo es posible que todas estas cosas, que han entrado en su vida desde hace sólo algunas semanas, lo hayan absorbido de este modo.

Como cada vez que el reverendo Séptimus se siente soñador, su buena madre piensa que necesita un refrigerio, la rozagante anciana se dirige también ahora a la alacena, de donde saca el refrigerio en la forma de un vaso de vino y de algunos bizcochos caseros. Es aquélla una alacena maravillosa, digna de Cloisterham y del Rincón del Canónigo. Está colgado de ella un retrato de *Haendel*, adornado con una larga peluca ondulada y mirando a los espectadores con aire de conocedor de todos los tesoros que encierra este precioso mueble. Diríase que el gran músico está destinado a combinar, en una armoniosa fuga, todas aquellas exquisiteces.

¡Y no es una vulgar alacena! Las puertas giran sobre sus goznes y se abren de un solo golpe, pero descubriendo su tesoro gradualmente. Tiene el armario en su parte media una cerradura voluminosa, justamente donde los dos paneles perpendiculares, uno ascendente y el otro descendente, se encuentran. El panel superior, al bajarse, deja ver la parte interior en un delicioso misterio y muestra anchos estantes

adornados con tarros de conservas, frascos de dulce, cajas de latas y especias, y esas vasijas azules y blancas de fabricación extranjera donde se conservan los dulces de tamarindo y de jengibre. Todos estos hermosos recipientes anuncian su contenido con una inscripción bien visible. Los grandes tarros están en su parte superior, barnizados de un bello y uniforme color oscuro, semejando una doble hilera de botones adornando un hermoso vestido.

En la parte más ancha de los recipientes, sobre fondo color amarillo, destácase la inscripción en gruesos caracteres anunciando que están llenos de nueces o de pepinos, de cebollas o coliflores. Los frascos de dulce están forrados con papel, cuyo diseño exterior, terminado con una hermosa caligrafía femenina, indica que alojan en su interior frambuesas, grosellas, damascos o ciruelas y gelatina de manzanas o duraznos. Pero luego cambia el meloso panorama; al panel inferior se sube y deja ver las naranjas al lado de una gran caja japonesa de azúcar para atemperar su acidez, si no están bien maduras. Bizcochos caseros son vecinos de un resto de postre de ciruelas y de una pila de «dedos de dama», vale decir, bizcocho de vainilla, delgados y afilados, destinados a ser embebidos en vino de postre y besarlos en seguida, como es de rigor con los dedos de las damas.

En el último estante, en un compartimento revestido de estaño, reposan los vinos finos y los licores. Este rincón exhala un dulce perfume, mezcla de limón, almendras y vainilla en rama, como si invisibles abejas, en incesante y monótono zumbido, hubieran depositado allí, durante largo tiempo, su olorosa miel. Esta alacena está impregnada de suavísimos olores hasta el fondo de sus profundos estantes, tanto que si a cualquiera se le ocurriese hundir en ellos la cabeza y los brazos hasta los hombros, hubiera salido saturado de melifluo perfume como un muñeco confitado.

El reverendo Séptimus se somete, como una verdadera víctima voluntaria, a ingerir un nauseabundo brebaje aderezado a base de yerbas medicinales que tienen también su compartimento en aquel glorioso armario, controlado como las demás secciones por la pequeña figura de porcelana de China. Aquellas maravillosas infusiones de genciana, de menta, alelí, salvia, perejil, tomillo, ruda, romero y diente de león, han debido dominar su valeroso estómago. ¡Con qué espantosas cataplasmas ha debido presionar su cara rubicunda cuando su madre lo suponía atacado de dolor de muelas! ¡Qué magníficos parches se había dejado

aplicar alegremente en la mejilla y sobre la frente, cuando la querida anciana lo convenció de que tal vez apuntaba un forúnculo!

En lo alto de la escalera está acondicionada toda esta botánica, en una pequeña cavidad, baja y estrecha, entre los muros blanqueados de cal. Allí están los paquetes de plantas secas suspendidas del techo o extendidas sobre planchas al lado de horrorosos frascos de mejunjes.

El reverendo Séptimus soporta todo esto con dulzura, como el cordero que marcha al sacrificio sin resistencia, no dejando adivinar siquiera que obedece para complacer a la anciana, y engulle tranquilamente cuanto se le presenta. Apenas sí se permite, como compensación, zambullir sus manos y su cabeza en las grandes escudillas que contienen hojas de rosa o de lavanda y salir de esas inmersiones con el espíritu tranquilo, confiado en la virtud de las aguas del río de Cloisterham, para retornar a aquella farmacia maternal en la que tiene tanta fe como la que podía haber puesto *Lady Macbeth* en las aguas del mar para lavar las manchas de sangre de sus manos.

Ahora toma su porción con su mejor buena voluntad, y reconfortado a satisfacción de su madre, se dispone a reanudar las tareas que le quedan por cumplir en el resto del día, pues el canónigo es estrictamente puntual para sus deberes, que terminan exactamente antes de Vísperas, al anochecer.

Como la catedral es horriblemente fría, el señor Crisparkle, al salir de ella, cubre a la carrera el espacio que media entre aquélla y su fragmento de ruinas favorito, a cuya cima llega escalándolo sin detenerse y casi sin respirar. Esta proeza es cumplida magistralmente, sin fatigarse, hasta que llega a la alta cumbre y se detiene para contemplar el río que corre a sus pies. El río de Cloisterham está tan cerca del mar, que a veces arrastra en su corriente restos de algas y plantas marinas, y aquel día la marea ha llevado mayor cantidad que de costumbre. La agitación de las aguas, las zambullidas de las chillonas gaviotas, el remolinear de las olas, el siniestro resplandor de la playa y los barcos que pasan con sus velas oscuras desmesuradamente hinchadas, presagian una tormenta. El canónigo medita en el contraste que ofrece este mar irritado y resonante con el Rincón del Canónigo, que es su tranquilo puerto.

Helena y Neville pasan en ese momento por la playa. El señor Crisparkle, que ha pensado en ellos durante casi todo el día, abandona su observatorio, deseoso de acercarse a conversar. El descenso, que para

otro hubiera sido difícil a la luz indecisa del crepúsculo, no lo es ciertamente para él, buen trepador adiestrado con el que hubiera sido difícil competir. Y por eso llega junto a los jóvenes en el término de tiempo que otro habría necesitado para hacer apenas la mitad del camino.

—Tendremos borrasca, señorita Helena. ¿No le parece que el lugar habitual de los paseos con su hermano está demasiado expuesto al frío en esta época del año? Cuando baje el sol, el viento vendrá del mar.

—Helena ni siquiera ha pensado en ello. Aquél es su paseo favorito; ama el retiro de aquel sitio.

—Bien retirado, en efecto —dice el señor Crisparkle, aprovechando la ocasión de pasear con los dos jóvenes—. No hay sitio mejor cuando se quiere conversar con alguien sin temor a ser interrumpido, como es mi deseo. Señor Neville, usted le habrá contado a su hermana… todo lo que conversamos días pasados.

—Todo, señor.

—Entonces su hermana sabe que yo le he pedido varias veces que presente sus excusas sobre este desgraciado incidente acaecido el día de su llegada —dice el señor Crisparkle mirando a la señorita Landless, que es quien responde:

—Sí señor.

—Yo califico este incidente como desdichado, señorita Helena —dice el canónigo—, porque ha dado lugar a comentarios llenos de animosidad contra su hermano. Se le considera aquí como un muchacho peligrosamente apasionado, incapaz de controlar sus transportes de cólera, y por esta razón se evita su contacto.

—No dudo que le haya sucedido esto a mi pobre hermano —dice Helena mirándolo con orgullosa compasión, y la profunda convicción de que han sido injustos con él—. Lo creo, puesto que usted lo dice; pero el hecho me ha sido confirmado por comentarios que me llegan todos los días indirectamente.

—Razonemos —replica el señor Crisparkle dulcemente, pero con firme convicción—. ¿Es suficiente condolerse de lo sucedido y no reparar el mal cometido? La estancia del señor Neville en Cloisterham es demasiado reciente, y no creo que sea tampoco muy prolongada para triunfar sobre estos prejuicios y para probar que ha sido mal

interpretado. Me parece más acertado obrar enérgica e inmediatamente y no esperar que el tiempo le haga justicia. Esto sería más correcto y más justo. Puesto que no hay duda que Neville se ha portado mal.

—Ha sido provocado —observa Helena.

—Él ha sido el agresor —replica el señor Crisparkle.

Continúan caminando en silencio, hasta que Helena dice al canónigo, con un tono en el que asoma un poco de reproche:

—¡Oh, señor Crisparkle! ¿Quisiera usted que Neville fuera a arrojarse a los pies del señor Drood o del señor Jasper, que lo está difamando todos los días? En el fondo de su corazón no puede usted abrigar semejante deseo. Lo que le aconseja, tal vez no lo haría usted en su lugar.

—Helena, he prometido al señor Crisparkle —dice Neville, dirigiendo una mirada de deferencia a su protector— que si yo pudiera hacer lo que me pide, lo haría de todo corazón, pero no puedo. Me repugna la hipocresía. De todos modos, olvidas, al decirle al señor Crisparkle que se ponga en mi lugar, que eso significa suponer que él hubiera podido obrar como yo.

—Le pido mil perdones, señor —dice Helena.

—Ustedes ven —observa el señor Crisparkle, aprovechando esta oportunidad, pero con la máxima moderación y delicadeza—, ustedes mismos admiten instintivamente que Neville no ha procedido bien. ¿Por qué pararse a mitad de camino y no querer confesar su error abiertamente?

—¿No existe, entonces, ninguna diferencia —pregunta Helena con un ligero temblor en la voz— entre la obediencia y el respeto a un espíritu generoso y la sumisión a un alma baja y mezquina?

Antes de que el canónigo hubiera encontrado un argumento para responder a esta bella distinción, Neville interviene:

—Ayúdame a justificarme ante el señor Crisparkle, Helena. Ayúdame a convencerlo de que yo no puedo ser el primero en hacer concesiones sin recurrir a la hipocresía y a la mentira. Tendría que cambiar de naturaleza para poder hacer esto. Y la mía no ha cambiado todavía. Yo tengo la sensación de haber recibido una afrenta, agravada por la decidida intención de ofenderme, y esto me ha irritado

sobremanera. La verdad lisa y llana es que me siento hoy tan indignado como el primer día.

—¡Neville! —dice el señor Crisparkle, amonestándolo seriamente —. ¡Todavía esa contracción de sus manos que sabe cuánto me desagrada!

—Lo lamento, señor. Pero ha sido involuntaria. He confesado que todavía estoy furioso.

—Y yo confieso —dice el señor Crisparkle— que esperaba algo más de usted esta tarde.

—Me disgusta malograr su esperanza, señor; pero sería mucho más condenable que le engañara, y con un grosero engaño, haciéndole creer que me ha convencido. El tiempo y la poderosa influencia de usted podrán obtener lo que pide a este discípulo tan rebelde, que usted bien conoce. Pero es necesario esperar que venceré, aunque tenga que librar rudos combates en mi espíritu. ¿No es verdad, Helena?

Helena, que sigue atentamente el efecto de las palabras de su hermano en la fisonomía del señor Crisparkle, responde a éste:

—¡Es la verdad!

Pasado un momento, hace una seña de asentimiento a la muda interrogación de su hermano, que continúa:

—Yo no he tenido todavía el valor de decirle, señor, con toda franqueza, algo que debía comunicarle la primera vez que hablamos de este asunto. No es fácil de explicar, y me ha contenido el temor de aparecer ridículo; temor que se ha apoderado fuertemente de mí hasta este momento, y si no hubiera sido por mi hermana, tampoco sería capaz de franquearme ahora con usted. Tengo una gran admiración por la señorita Bud. La admiro tanto, señor, que si no tuviera contra el señor Drood el resentimiento de una ofensa personal, lo mismo lo tendría viendo la indiferencia y el desdén con que se expresa hablando de su novia.

El señor Crisparkle, en el colmo de la sorpresa, mira a Helena como para buscar en su rostro la confirmación de lo que está oyendo; pero sólo encuentra una mirada suplicante que le pide ayuda para su hermano en su confesión.

—La joven de quien está hablando, como usted lo sabe muy bien, señor Neville —dice el señor Crisparkle gravemente—, debe contraer

matrimonio en breve plazo. Por lo tanto, su admiración, si es de la naturaleza que parece usted expresar, está lamentablemente fuera de lugar. Y, por otra parte, es inadmisible que usted quiera hacer el papel de paladín de esta joven respecto de su novio. Usted no los ha visto, además, más que una sola vez. Esta joven se ha hecho amiga de su hermana, y me asombra que, en el propio interés de su amiga, no haya tratado Helena de sofocar en usted esta loca y culpable fantasía.

—Ella lo ha procurado, señor; pero ha sido en vano. Llegue o no a ser su esposo, ese individuo es incapaz de experimentar los sentimientos que me inspira esa hermosa criatura; la trata como a una muñeca. Y no sólo digo que es incapaz de tener esos sentimientos, sino que es completamente indigno de ella. Yo digo que se la sacrifica al dejarla casarse con él. Confieso que la amo y que a él lo desprecio y lo odio.

Esto había sido dicho con una expresión tan violenta y el rostro encendido de indignación, que Helena se acercó a su hermano y le cogió del brazo, exclamando:

—¡Neville!… ¡Neville!…

Después de haberlos observado atentamente, reflexionando sobre el partido que debía tomar, el señor Crisparkle camina algunos pasos en silencio.

—¡Señor Neville! Estoy dolorosamente impresionado de verlo en estas condiciones —dice—. Su carácter es tan sombrío y tormentoso como la noche que se avecina. Las confidencias que usted me ha hecho las considero muy seriamente, y no voy a tomar a la ligera esas locuras que me ha dicho. Por el contrario, las examino formalmente y le voy a contestar en consecuencia. Esta enemistad entre el señor Drood y usted no debe persistir. Yo no puedo consentir que se prolongue conociendo su carácter y viviendo bajo el mismo techo. Cualesquiera que sean los prejuicios que tenga usted sobre el carácter de ese joven, yo sé que es sincero y bueno, y creo que le hago justicia. Y ahora le ruego que me escuche y tenga muy en cuenta lo que voy a decirle. Después de reflexionar considerando cuanto me ha dicho su hermana, estoy dispuesto a admitir que para hacer las paces con Edwin Drood es justo allanarle a usted al menos la mitad del camino. Le prometo que se le ayudará, y hasta las primeras tentativas de reconciliación serán iniciadas por Edwin Drood. Una vez aceptada esta condición, usted me dará su palabra de caballero de que la querella ha terminado en lo que a usted toca. Los sentimientos que pueda abrigar su corazón, en el momento en

que usted le estreche la mano, sólo serán conocidos por *aquel* que lee en todos los corazones. Nada provechoso sería para usted alimentar un secreto rencor. ¿Estamos de acuerdo? Hablemos ahora de lo que yo insisto en llamar su capricho. Supongo que el secreto que usted me ha confiado sólo será conocido por usted y su hermana. ¿No es así?

Es Helena quien responde en voz baja:

—Sólo lo sabemos nosotros tres.

—¿Y vuestra amiga no sospecha nada?

—No. Se lo aseguro.

—Yo le intimo, pues, a empeñar conmigo una promesa solemne, señor Neville. Que este secreto quedará entre nosotros, y que usted hará lo posible, y muy honradamente, por arrancarlo de su corazón. Yo no le diré a usted que pasará pronto, ni le diré que son fantasías del momento, ni que tales caprichos nacen y mueren en espíritus jóvenes y vehementes como el suyo, en todo momento. No quiero contradecirle si piensa usted que no hay amor que pueda compararse con el suyo… que vivirá mucho tiempo en su corazón y que tendrá usted que recurrir a medios extremos para vencerlo. Pero entiendo que es tan grave e importante la promesa que usted me va a hacer, que quiero que la haga sin reserva.

El joven trata de hablar dos o tres veces, pero las palabras mueren en sus labios.

—Lo dejo con su hermana ahora, pues creo que ya es tiempo de que la acompañe al internado —dice el señor Crisparkle—. Cuando vaya a mi habitación, me encontrará usted solo.

—Le ruego que no nos deje usted todavía —dice Helena con voz suplicante—. Concédanos un minuto aún.

—No le pediríamos un minuto más, señor, si usted hubiera sido menos paciente conmigo, si me hubiera demostrado menos interés, menos bondad y menos franqueza. ¡Oh! ¡No haber tenido un guía como usted en mi juventud!

—Es menester que lo escuches ahora, Neville —murmura Helena—, y que sigas sus consejos.

Hay en el tono con que es pronunciada esta frase un algo que corta la palabra del canónigo. De no ser así, sin duda hubiera protestado contra esta indiscreta exaltación de sus méritos, pero conténtase con llevarse un dedo a sus labios y luego mira a Neville.

—Decir que prometo con todo mi corazón cumplir la promesa que usted me ha requerido, y que al hacerla no guardo ningún sentimiento de rencor, ¡no es decir nada! —exclama el joven, fuertemente emocionado —. Yo imploro su perdón por haberme dejado arrebatar de nuevo por la cólera.

—No es a mí, Neville, a quien debe pedirlo. Usted conoce a *aquel* que tiene verdaderamente el don de perdonar. Es el más hermoso de los atributos de Dios. Señorita Helena: Usted y su hermano son gemelos. Los dos han venido al mundo con las mismas inclinaciones, y sus primeros años han transcurrido sufriendo las mismas penas. La superación que ha logrado usted misma, ¿no puede también operarla en Neville? Usted ve el escollo que se atraviesa en su camino. ¿Quién mejor que usted puede ayudarle a evitarlo?

—No. ¿Quién mejor que usted, señor? —replica Helena—. ¿Qué son comparadas con las suyas, mi influencia y mi sabiduría?

—Tiene usted la sabiduría del sentimiento —replica el canónigo—, que es la más excelente de todas las que se conocen sobre la tierra, no lo olvide. En lo que a la mía se refiere, más vale que no hablemos de ella. ¡Buenas noches!

Helena toma la mano que el señor Crisparkle le tiende, y, en un impulso de gratitud, reverentemente la lleva a sus labios.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le dice el canónigo—. ¡Que estoy más bien que pagado!

Alejándose para retornar a la catedral, ya en plena oscuridad, el canónigo medita en la mejor manera de cumplir la promesa que ha hecho. «Probablemente me pedirán que bendiga el matrimonio de Edwin Drood y la señorita Bud —se dice—. ¡Bien quisiera yo que ya estuviesen casados y lejos de aquí! Pero ocúpemenos de lo más urgente».

Lucha en su interior en la duda de escribir a Edwin Drood o hablar con el señor Jasper. La conciencia de saberse estimado por todo el personal de la catedral lo decide por esta última idea, y la vista de la casa de Jasper con luz en el interior lo determina finalmente. «Hay que machacar el hierro mientras está caliente» —se dice.

Jasper dormita en un sofá cerca del fuego. Una vez en lo alto de la escalera, y habiendo llamado ligeramente sin obtener respuesta, el señor Crisparkle coge el picaporte, que hace girar suavemente, y entra. Por largo tiempo el canónigo quedará bajo la impresión que el recuerdo del estado de Jasper le produjo aquella tarde, una especie de confusa alternativa entre el sueño y la vigilia.

Jasper da un brinco, gritando:

—¿Qué pasa?… ¿Quién lo ha cometido?…

—Soy yo, Jasper. Lamento haberlo molestado.

La fiebre que brilla en la mirada del chantre se extingue cuando reconoce a su visitante. Con un esfuerzo aparta una silla para permitirle acercarse al fuego.

—Estaba soñando, y estoy contento de que me haya despertado de una pesadilla causada por una comida indigesta, sin contar con que usted es siempre bienvenido a mi casa.

—Gracias. No estoy muy seguro —dice el señor Crisparkle, sentándose en una hamaca que le ofrece Jasper— de que el motivo que me trae hasta aquí sea tan bien acogido como yo mismo; pero yo soy un embajador de paz. En una palabra, Jasper: vengo a tratar de reconciliar a aquellos dos jóvenes.

Una expresión de perplejidad se pinta en el rostro de Jasper que desconcierta al canónigo.

—¿Cómo? —inquiere Jasper en voz baja y pausadamente, después de un silencio.

—Es por el asunto que le he mencionado. Yo vengo a pedirle a usted como un gran favor que interponga su influencia con su sobrino. Yo ya lo he hecho con el señor Neville. Trate de que Edwin le escriba unas pocas líneas, en las que diga que está dispuesto a estrechar la mano del señor Neville, como prueba de reconciliación. Conozco las buenas cualidades de su sobrino y la influencia que ejerce usted sobre él. Sin la menor intención de defender al señor Neville, debemos reconocer que ha sido despiadadamente provocado.

Jasper vuelve su cara perpleja hacia el fuego. El señor Crisparkle, que continúa observándolo, está más confundido que al entrar. La actitud extraña del chantre parece revelar una profunda meditación.

—Yo sé que, usted no está prevenido en favor del señor Neville…

El canónigo se dispone a continuar, pero Jasper lo interrumpe:

—Tiene usted razón. No lo estoy, en efecto.

—Indudablemente. Yo admito la deplorable violencia de su carácter, que espero que entre los dos, él y yo, conseguiremos vencer. He obtenido de este joven una promesa formal sobre su conducta futura hacia su sobrino, y si usted tiene la bondad de intervenir, estoy seguro de que él la tendrá también.

—Así lo creo. Usted es siempre el responsable y el garante. ¿Se siente usted capaz de responder por él confiadamente?

—Estoy seguro.

La confusión del canónigo desaparece como por encanto.

—Entonces usted alivia mi espíritu de un gran temor y de un grave peso —continúa Jasper—. Haré lo que usted me pide.

Encantado el señor Crisparkle del éxito tan rápido y completo de su misión, expresa su satisfacción en el más afable de los tonos.

—Haré lo que usted me pide —repite Jasper—. Únicamente porque tengo su garantía contra ciertos temores vagos y mal fundados… sin duda… pero… no sonría usted… ¿Lleva usted un diario?

—Una línea al día, no más.

—Una línea por día será suficiente para una vida tan desprovista de acontecimientos como la mía —dice Jasper, tomando un libro de un escritorio—, pero es mi diario, y lo es también de la vida de Ned. Vea

usted estas anotaciones, que sin duda le harán sonreír, y adivinará cuándo fueron escritas:

Después de media noche.

«Después de lo que acabo de presenciar, me invade el temor mortal de que exista alguna funesta consecuencia para mi querido muchacho; es una aprensión que no me puedo explicar, pero de la que tampoco me puedo defender. Todos mis esfuerzos son vanos, en este sentido. La pasión infernal de Neville Landless, su fuerza para el mal y su rabia salvaje me anonadan. Es tan fuerte le impresión que sufro, que he entrado dos veces a la habitación de mi querido niño para asegurarme de que dormía; tenía casi el temor de encontrarlo muerto y bañado en sangre».

—He aquí lo que he escrito a la mañana siguiente:

«Ned se ha levantado y ha partido con el corazón alegre y más despreocupado que nunca. No ha hecho más que sonreír cuando lo he prevenido, y me ha contestado que es muy capaz de defenderse solo del señor Neville Landless, si este joven furibundo quisiera atacarlo. Yo le he dicho que esto es posible, pero que él es tan malo como su adversario. Continuó tratando el asunto con toda ligereza, pero lo he acompañado lo más lejos posible y lo he dejado ir solo muy a mi pesar. Soy incapaz de sacudir estos sombríos presentimientos de desgracia, si pueden llamarse así impresiones apoyadas en hechos concretos…».

—Una y otra vez —dice Jasper, volviendo las hojas del libro antes de dejarlo sobre el escritorio— he vuelto a caer en estas negras reflexiones, como lo demuestran otras notas de mi diario. Pero tengo, ahora al menos, la seguridad que usted me da para animarme, y la transcribiré en mi libro como un antídoto contra el retorno de mis terrores.

—El antídoto será tal, yo espero —replica el señor Crisparkle—, que le hará echar sus notas al fuego. Yo debía ser el último en reprocharle nada esta tarde, cuando usted acaba de corresponder a mi deseo con tanta franqueza y prontitud; pero debo decirle, Jasper, que el cariño por su sobrino le ha hecho exagerar mucho las cosas.

—Puedo apelar a su propio testimonio —dice Jasper, encogiéndose de hombros— sobre el estado de mi espíritu aquella noche, antes de consignar mis impresiones en este diario. Y por eso ve usted el tono con que las he escrito. ¿Recuerda usted haber hecho alguna objeción a alguna palabra escapada durante la discusión y que le parezca demasiado fuerte? Mis palabras han sido en verdad mucho más fuertes que todas las que yo he puesto en mi diario.

—Bien. Bien… Pruebe el antídoto que le digo —replica el señor Crisparkle—, y puede ser que le reporte ideas más risueñas y felices. Mejor es que por ahora no hablemos más del asunto. Tengo que agradecerle su intervención por mi parte, y lo hago muy sinceramente.

—¡Ya verá usted! —dice Jasper mientras se estrechan la mano—. Su deseo no lo cumpliré a medias. Cuidaré de que Ned, si es el caso de ceder, lo haga totalmente.

Tres días después de esta conversación, Jasper fue a visitar al señor Crisparkle, portador de la siguiente carta:

Mi querido Jack:

Estoy conmovido del relato que me haces sobre tu conversación con el señor Crisparkle, que tanto respeto y estimo.

Me impongo el deber de declarar que en aquella ocasión me dejé llevar por mi ceguera, lo mismo que el señor Landless, y mi mayor deseo es que todo lo pasado sea olvidado por completo y que todo vuelva a ser como antes.

Escucha, mi buen amigo. Invita al señor Landless a cenar para la víspera de Navidad. Nos reuniremos solamente los tres, y estrecharemos nuestras manos.

Es un día de paz, y la intención debe ser también pacífica. Y no hablemos más del asunto.

Mi querido Jack, vuestro afectuosísimo,

EDWIN DROOD.

P. D. Mis respetos afectuosos a la señorita Pussy en la próxima lección de música.

—Entonces, ¿esperará usted en esa ocasión al señor Neville? —dice el señor Crisparkle.

—Cuento con su presencia —responde Jasper.

CAPÍTULO XI

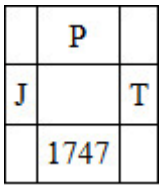
UN RETRATO Y UN ANILLO

Detrás del viejo suburbio de Holborn, en el mismo lugar donde ciertas casas adornadas de macizos aleros se mantienen todavía en pie, a pesar del peso de los siglos, mirando hacia el sitio donde pasaba el *Old Bourne*, existe un pequeño rincón formado por cuatro ángulos irregulares que se llama Staple Inn.

Es un refugio de aquellos a los cuales llega el transeúnte escapando al estrépito de las calles, y donde se experimenta, por el silencio allí reinante, la misma sensación que experimentaría quien se pusiera algodón en los oídos y se calzara fieltro. Algunos gorriones, cegados por el humo de las chimeneas de la ciudad, parlotean en los árboles, que aquellas mismas chimeneas han tornado grises. Se llaman unos a otros, imaginándose quizá que están en pleno campo, ya que pocos metros de césped y de caminos enarenados permiten esta dulce ilusión a su limitada inteligencia de pájaros. Este rincón casi campestre puede llamarse también jurídico, pues está habitado casi exclusivamente por gente de ley. En el centro se encuentra un pequeño patio iluminado en lo alto por una linterna. ¿Cuál es su finalidad? ¿A expensas de quién se mantiene? El autor de esta historia debe confesar que lo ignora en absoluto.

En aquella época Cloisterham sintió como una profunda ofensa la construcción de un ferrocarril en sus alrededores: eso significaba una amenaza para sus viejas legislaciones, que son el más genuino orgullo de los británicos; por eso, temerosos ante la más pequeña desconfianza de los extraños sobre la solidez de sus sagradas leyes, alardean de su grandeza y consistencia, indiferentes a los más graves acontecimientos del resto del mundo.

En estos días ningún edificio de grandes proporciones proyectaba su sombra sobre Staple Inn; el sol castigaba allí con sus ardorosos rayos, y el viento del sudoeste soplaba sin obstáculos. Pero en una cierta tarde de diciembre, alrededor de las seis, ni el viento ni el sol herían a Staple Inn. Todo el rincón estaba envuelto en una espesa bruma. Las velas de sebo esparcían su luz indefinida y nebulosa en las ventanas de las casas, especialmente en la emplazada en uno de los ángulos interiores de aquel patio, que ostentaba sobre su grosero portal esta misteriosa inscripción en blanco y negro:



En una de las dependencias de esta casa estaba sentado un personaje a quien nunca se le había ocurrido torturarse el cerebro queriendo descifrar el significado de la inscripción, como no fuera para preguntarse algunas veces, echándole una dudosa mirada, si aquello querría decir John Thomas o Joe Tyler.

Este personaje, que no era otro que el señor Grewgious, escribía instalado cerca del fuego. ¿Qué podría decirse contemplando al señor Grewgious si se conocieran las ambiciones y decepciones de su vida? Había hecho sus estudios para graduarse en leyes; luego los había abandonado para hacerse agente de negocios. Redactaba actas, hacía contratos; pero su profesión y él habían contraído, con el andar del tiempo, un enlace indiferente que podía en cualquier momento anularse por mutuo acuerdo, si es posible hablar de separación donde nunca ha habido unión.

En verdad esta profesión había salido al encuentro del señor Grewgious para unirse a él, que en cierto modo la había cortejado sin lograr conquistarla completamente; y cada cual tiraba ahora para su lado. Mientras tanto, le cayó un primero y

último negocio importante: cierto arbitraje arrastrado hasta su despacho por una racha feliz e inesperada. El señor Grewgious había hecho su trabajo a conciencia, con infatigable ardor por la causa de la justicia, conforme a las más estrictas normas del derecho, y había embolsado por ello una buena cantidad de escudos.

En la actualidad era cobrador de impuestos y administrador de dos ricos inmuebles; y repartía sus importantes honorarios con los abogados que ocupaban el piso inferior. El señor Grewgious había colmado su ambición y se había establecido a la sombra de la higuera y las marchitas viñas de P. J. T., plantadas en 1747. Numerosos libros; de cuentas, legajos de correspondencia y varias cajas-fuertes adornaban el gabinete del señor Grewgious. Podría decirse más bien que lo colmaban, tan consciente y preciso era el orden con que todo había sido dispuesto. El secreto temor de una muerte repentina, dejando un dato o una cifra errónea o incompleta, hubiera fulminado al señor Grewgious. Nadie tan exacto como él para cumplir lo que se le confiaba. Tenía la fidelidad en la sangre, como otros tienen la actividad o la alegría.

Su despacho no era lujoso. Hasta las comodidades eran limitadas en él. Sin embargo, la habitación era seca y caldeada por una buena chimenea. Lo que podría llamarse la vida privada del señor Grewgious, se reducía al calor de su estufa, al bienestar de su sillón y a los servicios de su vieja mesa plegadiza, que se colocaba delante del hogar al finalizar la tarea diaria y se retiraba por las mañanas a un rincón del cuarto, donde parecía un brillante escudo de caoba, apoyada en la alacena que siempre escondía alguna bebida grata al paladar.

La habitación contigua pertenecía al escribiente. El dormitorio del señor Grewgious estaba al otro lado de la

escalera, común a todos los habitantes de la casa, y al pie de ésta, el sótano repleto.

Durante trescientos días del año, por lo menos, el señor Grewgious atravesaba la calle para ir a comer al hotel Furnival, y luego la atravesaba nuevamente para disfrutar de sus simples y gratos placeres domésticos, hasta que se iniciaba el nuevo día de labor en la casa de P. J. T. 1747.

Este mediodía, pues, encontramos al señor Grewgious sentado a su escritorio, al lado del fuego, y a su escribiente trabajando a su lado.

El empleado es un hombre de unos treinta años, de cara pálida y abotagada, cabellos oscuros y ojos grandes y negros, de mirada opaca y desteñida; recuerda en conjunto a un pan mal cocido que necesitase otra vuelta de paleta en el horno. Es un ser misterioso que parece poseer un extraño dominio sobre el señor Grewgious. Muévese en la casa como un demonio familiar impuesto por no se sabe qué mágico encanto, porque es evidente que, de no tratarse de perjudicar sus intereses personales, el señor Grewgious se hubiera desembarazado de él hace mucho tiempo. Tétrico compañero de tareas que parece haber descansado en la isla de Java a la sombra de aquel árbol siniestro, que ha cobijado más falsedades que todo el resto del reino vegetal. A pesar de todo, el señor Grewgious lo trata con una inexplicable consideración:

—Y bien, Bazzard —pregunta al escribiente, levantando sus ojos del montón de papeles que se dispone a ordenar para el día siguiente—. ¿Qué nos ha traído el viento de esta noche, aparte de la niebla?

—Al señor Drood.

—¿Qué le sucede?

—Ha venido.

—Has debido anunciarlo.

—Es lo que estoy haciendo —dice Bazzard.

El visitante aparece, en efecto, en el umbral de la puerta.

—¡Ah! —exclama el señor Grewgious, echando una mirada a los candelabros que iluminan su escritorio—. Yo creía que usted sólo había dejado su nombre y se había ido. ¿Cómo está, señor Edwin? ¡Ah, Dios mío! Apenas puede usted respirar.

—Es a causa de la niebla —responde Edwin—. Me hace arder los ojos como pimienta de Cayena, y me ahogo.

—¿Es realmente tan dañina esta niebla? Hágame el favor… quítese la bufanda. Afortunadamente tengo buen fuego. El señor Bazzard se ha preocupado de que no me falte.

—No. Yo no he hecho nada de eso —dice el señor Bazzard, que se ha quedado al lado de la puerta.

—Entonces debo de haber sido yo, que me he cuidado de mí mismo sin darme cuenta —dice el señor Grewgious—. Le ruego… siéntese en el sillón… no… sí… le ruego a usted… Saliendo de una atmósfera semejante, un buen sillón es cosa que se impone…

Edwin se acomoda en el sillón, cerca de la chimenea. Se quita el abrigo y la bufanda blanqueados por la escarcha, que rápidamente se evapora al calor del fuego.

—¡Caramba! —dice Edwin riendo—. ¡Me siento tan bien aquí, que bien quisiera quedarme!

—¡Y bueno! —dice el señor Grewgious—. ¡Quédese! La niebla no se despejará hasta dentro de una o dos horas. Podemos hacernos traer la comida de enfrente. Lo mejor que puede usted hacer es tomar aquí su pimienta de Cayena en lugar en hacerlo afuera. Le ruego. ¡Quédese a comer!

—Es usted muy amable —dice Edwin, mirando a su alrededor, seducido sin duda por la invitación de una comida

algo bohemia.

—Nada de eso. Usted sí que es tan amable como para venir a visitar a un viejo y compartir su modesta olla. Invitaré —añade el señor Grewgious, bajando la voz y entornando los ojos como si hubiera tenido una feliz inspiración—, invitaré al señor Bazzard. Si no lo hiciera, podría mostrarse ofendido…

Bazzard aparece de nuevo.

—Vas a cenar con el señor Drood y conmigo, Bazzard.

—Si me lo ordena, naturalmente que lo haré, señor —dice el escribiente con aire sombrío.

—¡Qué hombre! —exclama el señor Grewgious—. Pero no es una orden, Bazzard, es una invitación.

—Gracias, señor —dice Bazzard—. En ese caso, encantado. O, a lo mejor, me es indiferente.

—Bien. Queda arreglado. Puede ser que no tenga usted que oponer objeción alguna si le ruego que atraviese la calle para pedir en el hotel Furnival que manden lo necesario para poner la mesa. Pediremos para comer lo más caliente y picante que se pueda conseguir; luego, el mejor plato del día: un trozo de carne. Alguna cosilla como lomo de ternera; tendremos en seguida pavo o ganso, o cualquier pieza de ese género que se pueda comer rellena o asada, que seguramente encontraremos en la lista. En una palabra, lo mejor que nos puedan enviar.

Estas amplias instrucciones son dictadas por el señor Grewgious en su tono habitual; parece leer un inventario o recitar una lección. Después de haber sacado la mesa redonda de su rincón, Bazzard sale a cumplir sus órdenes.

—Como usted habrá observado —dice el señor Grewgious discretamente— le he hecho al señor Bazzard estos encargos con suma delicadeza, porque comprendo que son más propios de un mucamo o de un proveedor…; de otro modo no le hubiera gustado.

—Este empleado parece tener mucha libertad de acción en su casa, señor —observa Edwin.

—¿Libertad de acción? —replica el señor Grewgious—. ¡Oh!, por cierto que no, querido amigo. ¡Pobre hombre! Se equivoca usted completamente. Si tiene libertad de acción, no será precisamente aquí.

«Yo me pregunto adónde querrá ir a parar» —piensa Edwin.

Pero no hace más que pensarlo, porque el señor Grewgious se la ha puesto delante, al otro lado de la chimenea, cruzando y anudando los cordones de su bata como disponiéndose a entablar conversación.

—Me imagino —dice—, sin pretender tener el don de profecía, que usted me ha hecho el honor de su visita para decirme que va a emprender viaje adonde yo sé que se le espera, y ofrecerse, por si acaso tuviere que encargarle alguna pequeña comisión para mi encantadora pupila; pudiera ser también que para apremiarme un poco sobre ciertas disposiciones… ¿No es así, señor Edwin?

—He venido a verlo antes de partir, señor, por una deferencia hacia usted.

—¡Una deferencia!… —dice el señor Grewgious—. ¡Ah, ah! ¡Está claro!… Y a su deferencia, ¿no se mezcla por casualidad alguna impaciencia?

—¿Impaciencia, señor?

El señor Grewgious se ha propuesto ser astuto, pero esta intención ya sabemos que no se trasluce en absoluto sobre su fisonomía. Se ha puesto muy cerca del fuego, cuyo calor es casi insoportable, como si hubiera querido quemar la quintaesencia de su sagacidad —materia dura que necesitaría un fuerte calor para ser consumida, como un metal irreductible —. Pero su astucia fracasa de golpe ante el rostro calmo y la

actitud impasible de su visitante. Queda, pues, solamente el efecto del fuego, y comienza a frotarse las partes que ha tenido expuestas al calor y que sin duda le escuecen.

—Yo acabo de regresar de allí —dice el señor Grewgious cruzando otra vez su bata—. Y a eso me refería cuando le decía a usted que se le esperaba en Cloisterham.

—Es verdad, señor. Sí. Sé que Pussy espera mi llegada.

—¿Tiene usted un gato allí?… —pregunta el señor Grewgious.

Edwin se sonroja un poco.

—Yo a Rosa la llamo Pussy —contesta.

—¡Ah! —dice el señor Grewgious alisando sus cabellos—. ¡Es muy gracioso!

Edwin observa fijamente el semblante de su interlocutor, espiando en él alguna recriminación por el empleo de este apodo para designar a la joven; pero de haber observado el cuadrante de un reloj, no lo hubiera encontrado más inmóvil.

—Es un apelativo amistoso —repite Edwin—. Un pequeño nombre…

—¡Hum!… —dice el señor Grewgious, haciendo con la cabeza un movimiento incomprensible, que fluctúa entre el vago asentimiento y la desaprobación formal, de tal modo que su visitante queda desconcertado.

—Le digo Pus… Rosa… —empieza Edwin, corrigiéndose.

—Pus… Rosa… —repite el señor Grewgious.

—Sí. Iba a decir de nuevo Pussy, pero he cambiado de idea. ¿Rosa le ha dicho a usted algo sobre los Landless?

—No —responde el señor Grewgious—. ¿Qué es Landless? ¿Un estado… una villa o una granja?

—No. Se trata de dos hermanos; una joven y un muchacho. Ella es pensionista en la Casa de las Monjas y se ha hecho muy amiga de P… Rosa.

—De Rosa —concluye el señor Grewgious, con su expresión impasible.

—Es una joven de notable belleza, y pensaba que podría habérsela descrito a usted o habérsela presentado.

—Ni una cosa ni otra —dice el señor Grewgious—. Pero he aquí a Bazzard.

Bazzard regresa, en efecto, acompañado de dos camareros; uno demasiado tieso y el otro movedizo al extremo. Los tres blanquean de escarcha, que hace chisporrotear el fuego. El camarero trae a cuestas todo lo necesario para el servicio de mesa. Pone el mantel con una destreza y rapidez sorprendentes, en tanto que su apático compañero, que no ha traído nada, lo reprende continuamente. El primero se pone a repasar las copas, mientras el otro lo contempla inmóvil. El uno vuela de un lado a otro de Holborn; entra con las sopas y vuela otra vez para traer el plato del día; y siempre así para traer el lomo de ternera y las aves, sin contar las idas y venidas para buscar multitud de objetos cuyo olvido le reprocha el otro continuamente. Pero por más habilidad y rapidez que despliega en su servicio, recibe constantes censuras de su colega, tanto porque trae su ropa ligeramente escarchada, como porque viene agitado y anhelante.

Terminada la comida, el camarero impasible quita el mantel, que cuelga de su brazo con gesto solemne, y después de echar una severa mirada, por no decir indignada, al otro que se afana secando y poniendo los vasos limpios sobre la mesa, dirige una mirada de despedida al señor Grewgious que parece decir: «Queda entendido entre nosotros que la propina me pertenece sólo a mí, y que este esclavo no tiene derecho a

nada». Y empujando hacia la puerta a su compañero, siempre inquieto, sale a su vez.

Esta escena es, en miniatura, la que se representa en los altos cargos del gobierno: los subalternos trabajan, y los superiores descansan; y sería una pintura edificante, digna de figurar en la Galería Nacional.

La niebla ha sido la razón de esta opípara cena, y es también ahora su condimento. Óyese afuera estornudar a los empleados, toser y sacudir sus zapatos sobre la grava. A cada instante, estremecidos por los escalofríos, hay que ordenarle al pobre camarero, que continúa revoloteando de un lado a otro, que cierre la puerta casi antes de abrirla, porque es bueno observar aquí, en forma de paréntesis, que las piernas de este joven, con los repetidos golpes que dan contra la puerta, demuestran hasta qué grado llega su delicadeza, ya que siempre aparecen precediéndolo algunos segundos, como la línea precede al pescador; y se demoran también después de haber desaparecido con las fuentes, como las piernas de *Macbeth* la siguen casi asqueadas cuando sale del escenario para asesinar a Duncan.

El anfitrión ha descendido a su bodega y escogido algunas botellas de un magnífico vino rubí y otras de hermoso color ámbar que han sido hechos con racimos madurados en un país que no conoce la niebla, para descansar después en la penumbra de la bodega. Aromáticos y efervescentes, luego de tan largo sueño, expelen por sí mismos los tapones como para facilitar el trabajo del sacacorchos, derramándose alegremente sobre el mantel antes de ser servidos, al igual que los prisioneros que se unen al grupo de sediciosos para romper las puertas de su prisión.

Si P. J. T. en 1747 o en cualquier época de su existencia hubiera podido gustar semejante néctar, habría resultado, sin género de duda, un grato compañero. Exteriormente, el señor Grewgious no parece sentir la influencia de esos vinos

generosos. Diríase al observarlo que, en lugar de beberlos, los hubiera derramado por el suelo o volcado sobre su enjuta figura como un baño refrescante. Ningún efecto se trasluce sobre su impasible fisonomía. Su acostumbrada modalidad no se ha alterado en lo más mínimo.

Con su rostro, que parece tallado en madera, observa a Edwin, y cuando al final de la comida lo invita a volver al sillón cerca del fuego —donde el joven se deja caer voluptuosamente, no sin hacer algunos cumplimientos— el señor Grewgious toma asiento cerca de la lumbre y se pasa las manos por la cara, examinando a su visitante a través de sus dedos ligeramente separados.

—¡Bazzard! —dice el señor Grewgious, volviéndose hacia el escribiente.

—¿Qué pasa, señor? —contesta Bazzard, que ha hecho honor a la comida y bebida, la mayor parte del tiempo en silencio.

—¡Brindo por ti, Bazzard! ¡Señor Edwin; por el éxito del señor Bazzard!

—¡Por el éxito del señor Bazzard! —dice Edwin, sin la menor muestra de entusiasmo, y añadiendo para sus adentros —: «¿Por qué éxito, me pregunto?…».

—Y puede —prosigue el señor Grewgious— …yo no tengo la libertad de ser explícito… puede… mi manera de expresarme es tan limitada que no sé cómo salir a flote… puede… sería menester tener imaginación y yo no la he tenido jamás. Es como una espina punzante el deseo que tengo en expresarme… ¡Puede ser que consiga sacármela!

El señor Bazzard, mira el fuego con una sonrisa desagradable y pasa una mano por sus cabellos desordenados, como si allí tuviera él clavada la dichosa espina; luego la hunde en los bolsillos de su chaleco y luego en los de su saco, como si no pudiera dar con ella.

La mirada de Edwin sigue todos estos movimientos como si esperara verla aparecer; pero la espina no se deja ver y Bazzard se contenta con decir:

—Ahora voy.

—Bueno —dice el señor Grewgious, dejando el vaso ruidosamente sobre la mesa y diciendo al oído de Edwin, mientras lleva la mano a su boca para disimular su frase:

—Ahora es necesario brindar por la salud de mi pupila. Pero he comenzado por Bazzard, porque de otro modo no le hubiera gustado.

Estas últimas palabras son acompañadas por un guiño que pretende ser misterioso, pero que ni siquiera llega a ser propiamente una guiñada, pues sus párpados no tienen ninguna agilidad. Edwin guiña sus ojos vivamente, a manera de respuesta, pero ignorando realmente la razón de todo aquello.

—Y ahora —dice el señor Grewgious— propongo un brindis por la bella y seductora señorita Rosa. ¡Bazzard! ¡A la bella y seductora señorita Rosa!

—Muy bien, señor —dice Bazzard—. Estoy en todo de acuerdo.

—Y yo lo mismo —dice Edwin.

—¡Que Dios me asista! —exclama el señor Grewgious, rompiendo el triste silencio que ha seguido naturalmente al brindis—. ¿Por qué estamos siempre dispuestos a callar después de haber cumplido con un pequeño rito social como éste, que, después de todo, no llega a despertar nuestras reflexiones ni a sugerir alguna meditación a nuestro espíritu? ¿Por qué nos callamos? ¡Quién pudiera decirlo! Yo soy un hombre esencialmente positivo y no obstante, me imagino —si es que puedo servirme de esta expresión no teniendo un átomo de imaginación— que yo sería capaz de pintar el estado de espíritu de un verdadero enamorado.

—Le escuchamos, señor —dice Bazzard—. Háganos ese retrato.

—El señor Edwin corregirá las partes defectuosas —dice el señor Grewgious— y con unos cuantos toques hábiles sabrá imprimir vida a mi cuadro. Yo no soy un hombre como los demás. Puedo decir sin reparos, hablando de mí mismo, que he nacido como un pedazo de leño y no conozco las amables simpatías ni las tiernas experiencias del amor. Pues bien, me aventuro sin embargo a suponer que el espíritu del verdadero enamorado está completamente absorbido por el objeto de su amor; debe adorar hasta su nombre, y esta palabra preciosa no puede oírla pronunciar ni repetirla sin emoción. Si el enamorado usa para designar a su novia algún diminutivo particular y mimoso, lo reserva para ella sola y no lo profiere delante de oídos vulgares. Un nombre que él tiene el privilegio de usar en la dulce intimidad de su amada, no lo hará conocer a los profanos. Ésta sería una prueba de frialdad e insensibilidad equivalente a una falta de fe en su amor. No es asunto para ligeras jactancias. Es maravilloso ver al señor Grewgious sentado, con su cuerpo tieso, las manos apoyadas en las rodillas y recitando su discurso con frases entrecortadas como un niño de asilo de caridad que, poseedor de una buena memoria, declamase su catecismo.

El señor Grewgious no traiciona ninguna emoción en relación con sus palabras, como no sea un leve estremecimiento en la punta de su nariz.

—Queda entendido que mi cuadro está supeditado a sus retoques, señor Edwin —continúa el señor Grewgious—; trata de presentar al verdadero enamorado siempre impaciente de encontrarse en presencia o cerca de su amada, importándole muy poco de otras compañías. Si yo dijera que la busca como el pájaro busca el calor de su nido, me sentiría ridículo, porque pretendería tomar aires de poeta, y yo no entiendo nada de poesía. He estado toda mi vida lejos de la poesía; entre ella y

yo hay más de diez mil leguas. Y además, ignoro por completo el lenguaje de los pájaros y sus costumbres, menos las de los gorriones de Staple Inn que hacen sus nidos en las cornisas, las goteras y los caños de las chimeneas. Estos refugios no han sido construidos para ellos por la mano benéfica de la naturaleza. Le ruego, entonces, desechar la idea del nido de los pájaros. Mi retrato se reduce a representar el verdadero enamorado como no pudiendo soportar la existencia lejos del objeto amado, viviendo una vida dividida y falsa. Si no expreso claramente lo que quiero decir, es porque no tengo facilidad de expresión y no puedo explicar lo que tengo en la mente, o bien que mi idea no es precisa y por esa razón no consigo transmitirla. Pero me satisface pensar que no estoy en este último caso.

Edwin enrojece y palidece a medida que avanza su huésped en su discurso. Permanece sentado, con la vista fija en el fuego, mordiéndose los labios por momentos.

—Las ideas especulativas de un hombre positivo y pusilánime como yo —prosigue el señor Grewgious, conservando la misma postura y hablando exactamente en el mismo tono anterior— son seguramente equivocadas sobre un tema tan universal como es el del amor. Pero me figuro, a pesar de todas las correcciones y objeciones del señor Edwin, que no puede existir frialdad, ni cansancio, ni duda, ni indiferencia, ni tibieza, ni confusión en el espíritu de un verdadero enamorado. Dígame usted, se lo ruego. ¿Ha sido más o menos exacta mi pintura?

Tan brusco en su conclusión, como lo ha sido en el exordio y en la exposición de sus ideas, Grewgious lanza esta interrogación a Edwin, y espera inmóvil su contestación en el momento en que se le hubiera imaginado a mitad apenas de su discurso.

—Yo diría, señor —tartamudea Edwin— ya que es a mí a quien propone usted esta cuestión…

—Sí —dice el señor Grewgious— me dirijo a usted como a una autoridad en la materia.

—Yo diría pues, señor —continúa Edwin confundido—, que el retrato esbozado por usted es, en tesis general, bastante exacto; pero debo observar que quizá haya estado usted un poco severo con el pobre enamorado…

—Es probable —reconoce el señor Grewgious— es probable… soy un hombre rudo por naturaleza.

—Puede el enamorado no demostrar todo lo que siente —dice Edwin— y acaso… quizás no pueda…

Aquí se detiene un largo rato sin acertar a encontrar el resto de su frase.

El señor Grewgious aumenta esta dificultad exclamando:

—¡Sí, ciertamente! ¡Él no puede demostrarlo!

A este punto los tres guardan profundo silencio. Conviene añadir que el mutismo de Bazzard es motivado por un profundo sueño.

—Y su responsabilidad no es menos grande —dice el señor Grewgious al fin, con los ojos siempre fijos en el fuego.

Edwin hace un signo de asentimiento.

—Que se asegure bien, pues —dice el señor Grewgious—, que no se juegue con otra persona ni con él mismo.

Edwin se muerde los labios otra vez y mira él también el fuego de la chimenea.

—No debe hacer su juguete de un corazón que es un tesoro. ¡Maldición sobre él si lo hiciera! ¡Que grabe bien esto en su corazón!

En aquella manera de hablar entrecortada, recitando sus frases como si fueran sentencias que recordaba al niño del asilo declamando el *Libro de los Proverbios*, hay algo de

romántico que contrasta en un hombre tan prosaico. Sacudiendo su índice delante de las brasas, cae de nuevo en profundo silencio. Pero no por mucho tiempo. Se mantiene erguido y tieso en su silla, y de vez en cuando golpea sus rodillas. Habríase dicho la imagen tallada en madera de un gnomo grotesco despertando de su sueño secular.

—Es necesario terminar esta botella, señor Edwin —dice —. Permítame que le sirva. Serviré también al señor Bazzard, aunque está dormido. De otro modo se disgustaría.

Sirve a ambos y se sirve él mismo; vacía su vaso y lo pone boca abajo sobre la mesa, como si acabase de atrapar una mariposilla.

—Y ahora, señor Edwin —prosigue, repasando sus manos y su boca con el pañuelo—, ocupémonos de un pequeño asunto… Yo le he enviado el otro día una copia certificada del testamento del padre de la señorita Rosa…, usted conoce su contenido. Yo se lo hubiera enviado al señor Jasper, pero la señorita Rosa me manifestó su deseo de que le fuera remitido directamente a usted.

—Sí, señor.

—Debiera usted haberme acusado recibo de él —dice el señor Grewgious—. Los negocios son negocios en todas partes. Y sin embargo, usted no lo ha hecho.

—Yo tenía la intención de decirle que lo había recibido cuando llegué esta tarde.

—No es ésta la manera más adecuada de acusarme recibo de un documento —replica el señor Grewgious—, pero dejemos esto. En ese documento usted ha debido notar algunas palabras de benevolencia referentes a una misión que me fue confiada verbalmente y que debo cumplir llegado el momento oportuno; elección esta última dejada a mi propia discreción.

—Sí, señor.

—Señor Edwin. Mientras miraba el fuego he pensado que no encontraré nunca mejor ocasión que la que se nos presenta esta noche para cumplir esta misión de confianza. Concédame toda su atención por espacio de medio minuto.

Y así diciendo, saca de su bolsillo un juego de llaves, elige una a la luz de las velas y luego, ayudado con la luz de un candelabro, se acerca a un escritorio, lo abre, hace funcionar el resorte de un cajoncillo secreto y saca de él un pequeño estuche de forma corriente con capacidad para un anillo. Con el estuche en la mano vuelve a ocupar su silla.

Cuando lo tiende al joven para enseñárselo, su mano tiembla.

—Señor Edwin; vea usted esta pequeña rosa formada con diamantes y rubíes, engarzados delicadamente en su montura de oro; es un anillo que ha pertenecido a la madre de la señorita Rosa. Ha sido quitado de la mano de la muerta en mi presencia, con tal transporte de dolor que confío en no tener jamás mis miradas un espectáculo semejante. Yo soy un hombre duro, muy duro, pero no demasiado, créame usted… Vea usted el brillante esplendor de estas piedras —prosigue mientras abre el estuche— y piense que unos ojos más brillantes aún las han contemplado a menudo. Esta joven mujer tenía un corazón valiente y dichoso; ese corazón y esos ojos no son ahora más que polvo confundido en el polvo después de varios años. Si yo tuviera un poco de imaginación, de la que, no es necesario que lo diga, carezco por entero, podría imaginarme que la permanente belleza de esta alhaja tiene algo de cruel. Y diciendo estas palabras, el señor Grewgious cierra el estuche.

—Ese anillo fue un regalo hecho por su esposo a la joven que murió ahogada al comenzar casi su feliz y hermosa existencia. Le fue entregado el día que se prometieron mutua fe. Él ha sido quien la retiró después de su mano inerte y él mismo el que la depositó en las mías cuando sintióse cercano a

la muerte. Esta alhaja me ha sido confiada con la intención de que cuando ustedes llegaran a la mayoría de edad, y persistiera el proyecto de alianza convenido, yo la entregara a usted para que a su vez la pusiera en la mano de su novia. En el caso de que esta deseada unión no llegara a realizarse, la alhaja quedará en mi poder.

El rostro del joven se muestra turbado y una cierta duda acompaña el movimiento de su mano, cuando el señor Grewgious le presenta el estuche mirándolo fijamente.

—Cuando coloque usted este anillo en el dedo de su prometida, piense bien que es el símbolo de la perpetua fidelidad, que usted le hará juramento a ella y a la memoria de los muertos. Debe usted ir al encuentro de su novia para terminar los últimos e irrevocables preparativos de su boda. Llévele entonces este anillo.

El joven toma el pequeño estuche.

—Si sobreviniese cualquier desacuerdo, por leve que fuere, entre vosotros…; ¡si tuviere usted la secreta conciencia de que va a dar este paso solemne sin una razón más poderosa que el hábito de considerarlo así, porque ha sido dispuesto de antemano, conjuro a usted en nombre de su prometida y por la memoria de los muertos, a que me devuelva ese anillo!

En este momento Bazzard se despierta por el rumor que él mismo hace al roncar. Como sucede habitualmente en estos casos, se pone a mirar en el vacío con el temor de que su aire distraído lo acuse de haber estado durmiendo, si mira a su patrón.

—¡Bazzard! —dice el señor Grewgious con tono rudo jamás usado.

—Lo escucho, señor —dice Bazzard—. No he dejado de escucharlo un momento.

—En cumplimiento de una misión que me ha sido confiada anteriormente, devuelvo al señor Edwin Drood una alhaja de diamantes y rubíes. ¿La ve usted?

Edwin saca de su bolsillo el estuche y lo abre.

—Esta bien —dice Bazzard—. Soy testigo de la transacción.

Evidentemente impaciente por el deseo de retirarse y de encontrarse solo, Edwin coge su abrigo y su bufanda, murmurando confusamente unas palabras respecto a una cita…

La niebla no se ha despejado, a juzgar por el aspecto del camarero movedizo, que entra una vez más en la casa con el pretexto de ofrecer el café, pero Edwin sale de todos modos. Bazzard le sigue. Y el señor Grewgious queda solo paseando a largos pasos por la estancia durante una larga hora. Parece esta noche abatido y excitado a ratos.

«Confío en que he obrado bien —se dice—. Su intervención era necesaria. Ha sido cruel separarme del anillo, pero tarde o temprano hubiera tenido que deshacerme de él».

Cierra el cajón secreto vacío, suspirando; echa llave a su escritorio y vuelve a ocupar su sitio acostumbrado en el hogar solitario.

«Su, anillo —prosigue— me recuerda a ella… Mi espíritu estaba suspendido de este objeto de una manera extraña, esta noche… es natural… lo he tenido tanto tiempo y lo he amado tanto… yo me pregunto…».

Su estado de ánimo es a ratos meditativo y a ratos inquieto; a pesar de los esfuerzos que hace para calmarse, después de una nueva caminata por la habitación, cuando regresa al lado del fuego, cae de nuevo en sus tristes reflexiones.

«Yo me pregunto por la milésima vez, por qué soy tan débil e insensato y qué puede significar todo esto ahora para

mí. Si me ha confiado su hermosa huerfanita es porque él sabía… ¡Dios mío! ¡Cómo se ha transformado al crecer en el vivo retrato de su madre!… Me pregunto si alguna vez ha llegado a sospechar que otro la adoraba, en silencio y sin esperanzas cuando conquistó su amor… y me pregunto si nunca habrá sabido quién era ese ser infortunado… me pregunto si podré dormir esta noche. De todos modos voy a aislarme del mundo en mi lecho y a tratar de conseguirlo».

El señor Grewgious atraviesa el umbral, se refugia en su dormitorio frío e impregnado de niebla y se dispone a meterse en cama.

Al pasar frente a un espejo manchado de humedad, observa su rostro, que ilumina de más cerca ayudado por la luz del candelabro que lleva en la mano y se contempla un momento. ¡Hermosa traza para pensar en el éxito de ocupar los pensamientos de una mujer! ¡Métete en la cama! ¡Pobre hombre!, y acaba de divagar. Y al decir esto apaga la luz, se envuelve entre las sábanas y después de suspirar nuevamente, se aísla del mundo.

Existen tantos secretos rincones románticos en el corazón de los hombres desgraciados, hasta de los más «pusilánimes y positivos», que el viejo P. J. T. mismo habrá divagado quizá allá por el año 1747 en otros tiempos, como el señor Grewgious lo hace ahora.

CAPÍTULO XII

UNA NOCHE CON DURDLES

Cuando el señor Sapsea no tiene mejor cosa que hacer durante la tarde, y encuentra que la contemplación de su inmensidad le resulta un poco monótona, no obstante la amplitud del tema, suele salir a tomar aire por el atrio de la catedral y sus alrededores. Le gusta pasear por el cementerio con el aire de un importante propietario, y alimentar en su espíritu el pensamiento de que debe ser magnánimo con la memoria de su amada huéspeda en aquel lugar: la señora Sapsea, de quien ha proclamado públicamente todas las virtudes.

Le gusta espiar cuando dos o tres personas se asoman para mirar el monumento por entre los barrotes de la reja y leen, seguramente, su famosa inscripción.

Si encuentra en su camino algún forastero que sale apresurado, queda moralmente convencido de que se aleja «con el rubor en la frente», tal como apostrofa la inscripción de su monumento. La importancia del señor Sapsea se ha acrecentado desde su nombramiento de alcalde de Cloisterham. «Si no fuera por los alcaldes no cabe duda, todo el edificio social trastabillaría». El señor Sapsea cree de cierto que él es el autor de esta sentencia.

Es verdad que muchos alcaldes han llegado a caballeros por haberse distinguido por sus arengas, aunque la mayor parte de ellos, como verdaderas máquinas mortíferas, hayan perforado con sus diatribas la desdichada gramática inglesa. El señor Sapsea puede distinguirse como cualquier otro por la calidad de sus discursos. ¡Tome usted su escudo, señor Sapsea; es usted de los que honran a la humanidad!

El señor Sapsea había cultivado la amistad del señor Jasper, desde aquella primera oportunidad en que ambos se habían regalado con el oporto, los epitafios, el chaquete, la carne y la ensalada. El señor Sapsea había sido recibido en casa del señor Jasper con encantadora hospitalidad. En esta ocasión Jasper se había sentado al piano y había cantado para el alcalde, acariciando sus oídos (esto va en tono figurado) el tiempo necesario para que el Sapsea guardase el recuerdo de aquel canto halagador.

Lo que más aprecia el señor Sapsea de aquel joven es su deseo siempre manifiesto de avalorar la sabiduría de personas de más

experiencia; y sobre todo lo que él llama su «buen fondo». Y la prueba evidente es que aquella tarde había cantado para el señor Sapsea, no una de esas canciones profanas que gustan a nuestros enemigos nacionales, sino el verdadero canto preferido de Jorge III, donde este gran rey invita a reducir a polvo todas las islas fuera de Inglaterra, todos los continentes, los istmos, los promontorios, etc., etc., y hasta barrer los mares.

En resumen, esta canción establece claramente que la Providencia ha cometido un error manifiesto al crear tan pequeña, una nación que tiene súbditos de corazón de roble, y dar por el contrario grandes extensiones de tierra a otros pueblos que no son sino plagas en el mundo. El señor Sapsea se pasea pues, lentamente en esta húmeda tarde, cerca del cementerio, con las manos en la espalda, buscando algún forastero que se retire «con el rubor en su frente». Se encuentra a la vuelta de un camino, con la santa presencia del Dean que conversa con el pertiguero y con el señor Jasper. El señor Sapsea presenta sus respetos al Dean, y su actitud súbitamente toma un aire tan eclesiástico como no lo ofrecen los arzobispos de York o de Canterbury, reunidos en pleno.

—Tiene usted la evidente intención de escribir un libro sobre nosotros, señor Jasper —dice el Dean—. ¡Escribir un libro sobre nosotros! Bueno. Somos viejos y debemos inspirar un buen libro. No estamos, sin embargo, tan bien documentados sobre nuestras posesiones como sobre nuestros años; puede usted consignar «esto» en su libro entre otras cosas, y llamará justamente la atención sobre nuestros errores.

Tope, esclavo de su deber, demuestra con un gesto que esta iniciación del tema le interesa sobremanera.

—No tengo ninguna intención, en realidad, señor, de hacerme autor o arqueólogo. Es pura fantasía. Pero en esta misma fantasía el señor Sapsea tiene más parte que yo.

—¿Cómo es esto, señor alcalde? —dice el Dean, devolviendo el saludo del magistrado—. Explíquenos, señor alcalde.

—Ignoro —observa el señor Sapsea mirando a su alrededor como buscando confirmación a una cosa de la que en efecto, no está muy bien informado—. Ignoro a propósito de qué se digna, el muy reverendo Dean, referirse a mí.

Dice esto el señor Sapsea mientras observa el tipo original que se aproxima.

—¡Durdles! —sugiere Tope.

—Así es —repite el Dean— ¡Durdles! ¡Durdles!

—La verdad es —dice el señor Jasper— que mi curiosidad respecto a este hombre ha tenido su principio estimulada por el señor Sapsea. El conocimiento que posee el señor Sapsea del género humano y la facultad que goza de penetrar cuanto puede existir de extraño y misterioso relacionado con este sujeto me han inducido a ocuparme más seriamente de este personaje que tengo la oportunidad de encontrar frecuentemente en mi camino. No se sorprendería usted tanto, señor Dean, si hubiera oído como yo la conversación que el señor Sapsea tuvo con él en su casa.

—¡Ah! —exclama el señor Sapsea, recogiendo la pelota en el aire con inefable complacencia y evidente ostentación—. ¡Sí, sí! ¿A esto alude el muy reverendo Dean? Sí. He tenido oportunidad de reunir en mi casa a Durdles y al señor Jasper. Considero a Durdles como un tipo muy especial.

—Un tipo especial, señor Sapsea, en el que usted con su hábil escalpelo ha penetrado a fondo —dice Jasper.

—No tanto, precisamente —replica el imponente rematador—. Yo he logrado un ligero ascendiente sobre él y he estudiado un poco su naturaleza íntima. El muy reverendo Dean, puede creer que en verdad conozco un poco el mundo.

Y dicho esto, el señor Sapsea retrocede un paso y contempla los botones de su chaqueta.

—Bueno —dice el Dean, mirando a su alrededor en busca de su imitador—. Espero que el señor alcalde tendrá a bien servirse de sus estudios y del conocimiento que ha adquirido de Durdles para exhortar a este buen hombre a tener cuidado de no romperle el cuello a nuestro digno y respetado maestro de música. No podríamos reparar semejante pérdida; la cabeza y la voz del señor Jasper son demasiado preciosas para nosotros.

De nuevo vivamente interesado, Tope se deja vencer por una explosión de risa convulsiva aunque respetuosa, que sabe reducir prontamente a un murmullo lleno de deferencia.

Tope parece dar a entender que no puede existir ninguna persona que no se tenga por muy honrada y feliz de desnucarse escuchando en compensación un tal cumplimiento surgido de tal fuente.

—Asumo la responsabilidad, señor —dice Sapsea con importancia —, de responder por el cuello del señor Jasper. Diré a Durdles que tenga el mayor cuidado; tomará muy en cuenta lo que le diga… ¿Pero cómo puede el señor Jasper encontrarse en peligro en estos momentos? —dice Sapsea, mirando a su alrededor con aire protector.

—Es a causa de una expedición a la luz de la luna que debo hacer en compañía de Durdles, entre las tumbas, las excavaciones, las torres y las ruinas —responde el señor Jasper—. ¿Recuerda usted que sugirió esta idea cuando nos encontramos los tres, diciendo que una excursión de este carácter era digna de tentar a un enamorado de lo pintoresco como yo?

—Sí. Ya me acuerdo —responde el rematador.

Y este solemne idiota creía que se recordaba, en efecto.

—Aprovechando su sugerencia —prosigue Jasper— he efectuado varios paseos durante el día en compañía de este hombre extraordinario, y hemos proyectado una exploración más amplia a la luz de la luna, para esta noche.

—He aquí a Durdles que llega —dice el Dean.

Durdles, que tiene en la mano el paquete que contiene su comida, avanza en efecto hacia ellos, con el sombrero echado sobre los ojos.

Al acercarse y distinguir al Dean, se descubre y se dispone a alejarse con su sombrero bajo el brazo, cuando el señor Sapsea lo detiene.

—Tenga mucho cuidado con mi amigo —le dice, como una orden terminante.

—¿Cuál de sus amigos ha muerto? —pregunta Durdles—. No he recibido ninguna orden de enterrar a ninguno de sus amigos.

—Yo hablo de mi amigo vivo aquí presente.

—¡Ah! ¿Él? ¡Bien puede cuidarse por sí mismo! ¿No es verdad, señor Jasper?

—Pero es que este cuidado le toca a usted igualmente. ¿Me entiende usted?

Sintiéndose mandar en este tono, Durdles le arroja de los pies a la cabeza una mirada dura e irritada.

—Con toda la sumisión y respeto que debo a su reverencia, el señor Dean, si usted se ocupa de sus asuntos, señor Sapsea, yo me ocuparé de los míos.

—Pierde usted el genio —replica el señor Sapsea, guiñando un ojo al Dean y al señor Jasper para llamarles la atención sobre su procedimiento conciliador usado con este pobre hombre—. Yo me preocupo de mis amigos y el señor Jasper es mi amigo. Usted también, por otra parte, es mi amigo.

—No se deje llevar usted por su eterna manía de alabarse siempre —replica Durdles con algo de advertencia en su severa mirada—. Veo que va creciendo y Durdles es quien se lo previene.

—Se deja llevar usted por su naturaleza —repite Sapsea, que enrojece, volviendo a hacer un guiño a los otros dos.

—Yo soy dueño de hacer lo que quiera —replica Durdles— y no me gusta que se tomen libertades conmigo.

El señor Sapsea guiña el ojo por tercera vez a las personas allí presentes, como si quisiera decir: «Estoy seguro de que ustedes convienen conmigo en que he arreglado este asunto en forma». Y seguidamente se aleja para cortar la conversación.

Entonces Durdles desea las buenas noches al Dean y añade, poniéndose el sombrero:

—Me encontrará usted en mi casa, como hemos convenido, señor Jasper, cuando me necesite. Ahora voy a lavarme.

Esta pretensión de entrar a su casa para lavarse era un inexplicable ultraje cometido por este hombre a la verdad de las cosas: su persona, su sombrero, sus zapatos y su ropa, cubiertos siempre de una capa uniforme de polvo y yeso, jamás dejaban adivinar el paso del cepillo. El encendedor de los faroles empieza a llenar de puntos luminosos el tranquilo atrio; sube y baja ágilmente su escalerilla, cumpliendo su trabajo con rapidez. La luz rasga la sagrada sombra en la que Cloisterham está envuelta desde hace siglos. La pequeña ciudad no conoce otra vida más agitada, y asombraría el que alguien pudiera concebirla de otro modo.

Y el Dean se dirigió a su casa para cenar, Tope a su té y el señor Jasper a su piano.

Allí, sin otra luz que la que esparcía el fuego del hogar, Jasper se sienta y canta con su bella voz, grave música sacra durante dos o tres horas, hasta que es noche cerrada.

En este momento sale la luna. Entonces, silenciosamente, Jasper cierra su piano, cambia su americana por una chaqueta y guarda en uno de sus bolsillos una cantimplora recubierta de mimbre, se pone un sombrero hongo de grandes alas, y siempre silenciosamente sale de su casa.

¿Por qué todas estas precauciones? No parece haber razón para ocultarse. ¿Piensa emprender alguna excursión extraña e inconfesable? Acercándose a la inconclusa morada de Durdles o más bien al agujero que éste ha practicado en el muro de la villa, y advirtiendo la luz en su interior, Jasper se aventura en medio de las lápidas, nichos y fragmentos de mármol que obstruyen el sendero y que la luna comienza a iluminar aquí y allá.

Los dos obreros lapidadores han dejado sus picas clavadas entre los bloques de piedra. Ahora, dos obreros fantasmas escapados de la danza de los muertos, podrían deslizarse con tétrica mueca hasta sus sitios y tallar, munidos de fantásticos buriles, las lápidas de los dos conciudadanos de Cloisterham destinados a morir primero.

Es poco probable que estos dos ciudadanos piensen en la muerte en este momento y están gozando sin duda de felicidad. Arduo sería predecir cuál de los dos morirá antes.

—¡Hola, Durdles! —dice Jasper.

La luz se pone en movimiento y Durdles aparece en la puerta. Había entrado en su casa para «lavarse»; suponemos que para ello se habrá servido de una botella y una jarra, pues ningún otro objeto se ve en la habitación que pueda ser empleado con ese fin; los ladrillos de los muros están desnudos; las vigas del techo no están siquiera recubiertas de yeso. Es aquél un triste lugar para recibir a un visitante.

—¿Está usted preparado?

—Estoy preparado, señor Jasper. Que los viejos aparezcan, si se atreven, mientras nos paseamos en medio de sus tumbas. Los espíritus materiales de Durdles están listos para recibirlos.

—¿Quiere usted decir espíritus animales o infernales?

—Unos y otros. Quiero significar que ambos —dice Durdles.

Jasper escucha sin sorprenderse esta jerga misteriosa.

Durdles toma una linterna colgada de un clavo; mete uno o dos fósforos en su bolsillo para encenderla si es necesario y salen ambos sin olvidar el paquete que contiene la comida.

Que Durdles habituado a rondar sin objeto entre las tumbas saliera silenciosamente de su casa para recomenzar sus andanzas favoritas, no tiene nada de extraordinario; pero que el maestro de coro concibiese esta idea fantástica y se uniese a Durdles para estudiar en su compañía los efectos de la luz de la luna, ya es otro asunto. Es, por lo tanto, una singular expedición.

—Tenga cuidado con ese montículo que está cerca de la puerta del patio, señor Jasper.

—Lo veo. ¿Qué es?

—Es cal.

Jasper se detiene y espera que se le reúna Durdles.

—¿Es esto lo que llama usted cal viva? —dice.

—Sí —dice Durdles—; lo bastante viva como para devorar las suelas de sus zapatos, y si se descuida usted, lo bastante viva como para

acabar con sus huesos.

Ambos se ponen en camino, pasando delante de las ventanas rojas del Albergue a dos peniques y atravesando a la claridad de la luna la viña de los monjes. Llegan después al Rincón del Canónigo Menor, casi por completo sumergido en la sombra. La luna, todavía baja, no alcanza a iluminarlo plenamente. El rumor de una puerta que se cierra llega hasta ellos y distinguen a dos hombres que salen de la casa.

Son el señor Crisparkle y Neville.

En el rostro de Jasper se dibuja una rápida y extraña sonrisa, mientras apoya su mano en el hombro de Durdles para advertirle que se detenga. Sabe que allí la oscuridad es profunda. Hay en aquel lugar un viejo muro, cuya altura alcanza al pecho de un hombre, último resto de la clausura de un viejo jardín que ahora forma un pequeño pasaje. Si Jasper y Durdles hubieran avanzado un paso más, estarían fuera del muro, pero al detenerse han quedado ocultos por él.

—El señor Crisparkle y su alumno sólo han salido para dar un paseo —murmura Jasper—. Pronto llegarán a la parte iluminada por la luna; quedémonos quietos donde ahora estamos. De otro modo nos retendrán o querrán unirse a nosotros. —Durdles hace una señal de asentimiento y se pone a roer algunos trozos de pan que saca de su alforja, mientras Jasper, apoyados sus brazos en el muro, y el mentón en la mano, espía a los paseantes.

Su mirada, sin embargo, no se detiene en el canónigo menor; está fija en Neville, que es el inconsciente punto de mira de dos ojos cargados de amenazas como una carabina amartillada.

La verdad es que el semblante de Jasper muestra en su expresión tal potencia destructiva que quizá el mismo Durdles la adivina en las tinieblas, pues detiene el movimiento de sus mandíbulas y se olvida de engullir el pedazo que sujeta entre los dientes.

Durante todo este tiempo, el señor Crisparkle y Neville van y vienen conversando tranquilamente. No se alcanza a distinguir netamente lo que conversan, pero Jasper ha escuchado su nombre pronunciado más de una vez.

«Estamos en el primer día de la semana —dice el señor Crisparkle— y el último será la víspera de Navidad».

«Puede estar usted seguro de mí, señor».

El eco había sido favorable llevando hasta el escondite el rumor de aquellas palabras, que luego se hicieron más confusas… Sin embargo, Jasper oyó la palabra «confianza»… pronunciada por el señor Crisparkle y aun este fragmento de respuesta, cuando los dos paseantes se acercaron: «Confianza no merecida aún, pero que lo será en breve, señor».

Cuando vuelven de nuevo sobre sus pasos, Jasper escucha todavía su nombre asociado a estas palabras del señor Crisparkle: «Recuerde que yo me he comprometido respondiendo por usted…».

Más tarde se detienen un instante y el señor Neville parece hablar con sincera animación. Cuando retoma de nuevo su camino, Jasper ve cómo el señor Crisparkle levanta sus ojos al cielo y lo muestra a su alumno. Y luego desaparecen en seguida de haber atravesado la parte iluminada por la luna en la extremidad opuesta del Rincón del Canónigo.

Apenas alejados, Jasper vuélvese hacia Durdles y estalla en una carcajada.

Éste, que conserva en la boca algún resto de comida, y que no ve por ninguna parte motivo para tanta hilaridad, mira fijamente al señor Jasper hasta que el músico se tapa la cara con la mano, para sofocar su extraño deseo de reír.

Entonces Durdles traga el resto de su comida de una sola vez, a riesgo de pescar una indigestión.

En estos rincones solitarios es raro sorprender un rumor o un movimiento cuando ha empezado a oscurecer. El tránsito por las calles y senderos, escaso durante el día, es nulo durante la noche.

Jasper y Durdles marchan paralelamente a la calle principal de la cual los separa la vieja catedral.

Esta calle es el cauce natural del movimiento comercial de Cloisterham; pero una especie de pavoroso silencio rodea, al caer el día, el viejo edificio, los claustros y el cementerio, y son muy pocas las personas que se atreven a afrontar este desierto.

Preguntad a los cien primeros ciudadanos de Cloisterham que encontréis al azar en vuestro camino al mediodía, si creen en aparecidos, y os contestarán que no; pero ofrecedles que durante la noche elijan entre atravesar el recinto del claustro o el pasaje de los mercados, y

noventa y nueve sobre cien preferirán hacer doble camino y tomar por la ruta más frecuentada.

Inútil buscar la causa de esta preferencia en alguna superstición local, respecto al recinto del claustro, si bien una dama misteriosa con un niño en brazos y una cuerda colgando alrededor de su cuello ha sido vista rondando por estos parajes por algunas personas tan impalpables como ella misma; pero es una repugnancia innata la que el polvo animado por el soplo de la vida siente hacia el polvo inanimado.

Y todos se hacen confusamente la siguiente reflexión: «Si los muertos pueden de algún modo hacerse visibles a los vivos, es muy probable que elijan estos lugares con tal propósito y ésta es suficiente razón para que yo, vivo, me aleje tan rápidamente como me sea posible».

Esto explica por qué, cuando Jasper y Durdles se detienen para mirar a su alrededor antes de descender a la cripta por una pequeña puerta lateral de la que el último lleva la llave, todo el espacio que se ofrece a sus miradas iluminado por la luna, esté completamente desierto.

La marea de la vida se detiene al llegar al portón de la casa, de Jasper. Su murmullo se escucha desde adentro, pero ninguna ola sobrepasa aquel límite señalado por la arcada debajo de la cual brilla la lámpara, que a través de las cortinas derrama su luz roja asemejando el edificio a un faro.

Los dos hombres entran, después de haber cerrado la puerta tras ellos, descienden una escalera en ruinas y llegan a la cripta. La linterna no es necesaria porque la luz de la luna, atravesando las ventanas desprovistas de vitrales, se refleja en el suelo.

Los enormes pilares que sostienen la bóveda proyectan espesas masas de sombra, entre las que se alargan líneas luminosas. Pasean por espacio de algún tiempo entre estos senderos iluminados, mientras Durdles discurre acerca de sus «viejos». Habla de abatir y excavar un muro bajo el cual supone que se encuentra una familia entera que fue lapidada y enterrada viva, y pone tal convicción en su relato, como podría hacerlo un íntimo amigo de esa familia.

El aire taciturno habitual de Durdles ha desaparecido en estos momentos, bajo la influencia de la cantimplora de mimbre del señor Jasper, que circula libremente, o mejor, cuyo contenido entra libremente

en la circulación del señor Durdles, mientras Jasper sólo se enjuaga la boca con el líquido y lo arroja en seguida.

Ahora van a subir a la gran torre. A medida que ascienden la escalera, Durdles se detiene para tomar aliento y de vez en cuando también, otro trago. Las gradas están envueltas en espesa sombra, pero más allá de la oscuridad alcanzan a ver los senderos luminosos que acaban de atravesar.

Durdles se sienta y Jasper lo imita. El olor de la cantimplora de mimbre, que no se sabe cómo ha pasado a poder de Durdles, indica claramente que ha sido destapada, pero esta comprobación no la ha hecho Jasper con sus ojos, pues la oscuridad es tan completa que no se distinguen uno al otro, y cuando se hablan, sus semblantes se vuelven sólo instintivamente.

—¡Es de buena calidad este licor, señor Jasper!

—¿De buena calidad? ¡Ya lo creo! Lo he comprado con la intención de adquirir ése precisamente y no otro.

—Ellos no aparecen, ¿ve usted señor Jasper? Los «viejos» no quieren mostrarse.

—Si los muertos se hicieran ver, Durdles, habría aún más confusión en este mundo.

—En efecto. Eso traería la confusión de todas las cosas —dice Durdles después de un momento de silencio consagrado a la reflexión.

La idea de los aparecidos no se había presentado todavía en su espíritu desde el punto de vista doméstico o cronológico.

—Pero, ¿cree usted que puedan existir fantasmas que no sean hombres ni mujeres?

—¿Qué podrían ser entonces? ¿Sombras de árboles, de arneses o de caballos?

—No. Porque hacen ruidos.

—¿Qué clase de ruidos, Durdles?

—Gritos.

—¿Cómo gritan?… «¡¡Sillas para componer!! ¡¡Sardinas frescas!!»…

—No. Gritos de dolor. Yo le voy a contar una cosa, señor Jasper; pero espere que Durdles ponga en orden la cantimplora.

Y quitando el tapón, lo ajusta nuevamente.

—Ahora ya está en orden. El año pasado en esta misma época, sólo algunos días más tarde, hice lo que ordinariamente se hace en estos días: festejé la fiesta de Navidad. Bueno. Los pilletes de la villa se encarnizaron conmigo. Por fin, pude escapar de ellos y vine a encerrame aquí. Durdles cayó en un profundo sueño. ¿Y sabe usted qué lo despertó? El fantasma de un grito. Un terrible alarido. Y ese grito fue seguido por el fantasma de un aullido. El aullido de un perro, un largo y triste aullido parecido al que emiten estos animales cuando ha muerto alguna persona. ¡Vea usted cómo pasó Durdles la víspera de Navidad!

—¿Qué quiere usted decir? —grita Jasper.

Su respuesta había sido brusca, casi violenta.

—Quiero decir que hice averiguaciones por todas partes, y comprobé que sólo los oídos de Durdles habían escuchado aquel grito y aquel aullido. Y por eso es que aseguro que uno y otro han de haber sido lanzados por fantasmas. ¿Por qué estos fantasmas se manifiestan a mí solamente? ¡Jamás lo he comprendido!

—¡Durdles! Yo pensaba que usted era otra clase de hombre —le dice Jasper con tono despectivo.

—También yo lo pienso —responde Durdles, con su calma habitual —. Y sin embargo fui elegido para estas pruebas.

Jasper se levanta bruscamente.

—¡Vamos! —dice—. Nos estamos helando aquí. Muéstreme el camino.

Durdles responde a esta invitación, aunque no está muy seguro sobre sus piernas. Abre la puerta en lo alto de la escalera, con la misma llave usada antes, y llegan al nivel de la gran nave por un pasadizo que costea el coro.

Aquí la luz de la luna es tan clara que los colores de los vitrales se reflejan en sus semblantes.

Durdles mantiene la puerta abierta y parece, sin saberlo él mismo, un fantasma saliendo de su tumba; está extremadamente pálido a pesar de la banda roja que le cruza la cara y el trazo amarillo que le corta la

frente. Pero soporta la escrutadora mirada de su compañero con una perfecta insensibilidad, aunque esta mirada es muy prolongada.

Jasper hurga en sus bolsillos buscando la llave que le ha sido confiada para abrir la reja de hierro al pie de la escalera que los conducirá a la gran torre.

—Esta llave y la cantimplora son ya una carga más que suficiente para usted —dice, entregando la llave a Durdles—. Déme su paquete. Yo soy más joven y tengo mejores pulmones.

Durdles duda un momento en la elección entre el paquete y la cantimplora, pero da la preferencia a esta última por serle más agradable compañía, y confía sus provisiones a su compañero de exploración.

Empiezan a subir la escalera de caracol de la vieja torre. Operación fatigosa porque es necesario dar vueltas y vueltas sin cesar, bajando la cabeza para evitar los golpes con las gradas superiores o con los salidizos de piedra, en torno de los cuales se enrosca la escalera.

Durdles ha encendido su linterna arrancando al muro, duro y frío, una chispa de este fuego misterioso que se esconde en todas las cosas, y guiados por su destello ascienden la escalera cubierta de polvo y telarañas. Esta ascensión los conduce a lugares extraños. A veces se encuentran en pequeñas galerías de bajas arcadas, desde donde pueden contemplar la nave iluminada por la luna.

Ayudado por su linterna Durdles muestra las cabezas de ángeles oscuros, que ornan las cornisas de la bóveda con aire de espiarlos en su marcha. Más arriba trepan escaleras más estrechas y empinadas; el aire de la noche sopla sobre sus cabezas congelándolos; el grito de alguna corneja espantada resuena seguido de un batir de alas, y una lluvia de paja y de polvo envuelve a los dos hombres.

Por fin, después de haber dejado la linterna sobre una grada, pues el viento sopla cada vez con más fuerza en aquella altura, llegan a la cima desde donde dominan la ciudad de Cloisterham.

Es hermosa la pequeña ciudad contemplada a la luz de la luna con sus monumentos en ruinas, sus santuarios de la muerte en la base de la torre y sus casas cubiertas de musgo, de techos de teja y muros de ladrillos rojos, destinados a morada de los vivos. Un poco más lejos serpentea el río hasta el límite del horizonte. Las olas próximas al mar se hinchan y se agitan.

¡Qué asombrosa expedición!

Moviéndose sin ruido y sin razón aparente para evitarlo, Jasper contempla la escena, sobre todo la parte envuelta en tranquila sombra que rodea la catedral.

Pero observa también a Durdles con no menos curiosidad, y éste, por momentos, tiene conciencia de las escrutadoras miradas que se fijan en él. Decimos «por momentos», porque hay momentos en que Durdles comienza a sentirse cada vez más pesado y somnoliento.

Como los aeronautas aligeran el peso de su lastre cuando quieren elevarse, así también Durdles continúa vaciando la cantimplora de mimbre a medida que sube. Puede decirse que duerme de pie, y el sueño le corta la palabra. Un ligero acceso de delirio se apodera asimismo de él; le parece que el suelo está muy distante y al nivel de la plataforma de la torre, sintiéndose capaz de prolongar su marcha en el espacio.

En estas condiciones comienzan el descenso. Y como los aeronautas aumentan su carga cuando quieren descender, así Durdles se suministra el líquido que aún contiene la cantimplora para bajar más fácilmente.

Llegan por fin a la reja de hierro, que vuelven a cerrar, no sin que Durdles haya trastabillado dos veces en su descenso. En la segunda caída se ha herido en una ceja. Al llegar a la cripta, Jasper piensa que saldrá de ella como ha entrado. Pero en el mismo sitio donde las líneas de luz se destacan entre los pilares, Durdles, que pronuncia inciertas palabras, tambalea y cae.

Helo aquí al pie de un pesado pilar, un poco más pesado apenas que él mismo, preguntando a su compañero con voz apagada si le permite cerrar los ojos un instante. No le pide exactamente cerrar los ojos, sino que le dice:

—Permita usted que Durdles guiñe un ojo por un rato.

—¡Sea! —replica Jasper—. No le dejaré a usted solo aquí… Duerma, que yo me pasearé entretanto.

Durdles se duerme inmediatamente, y sueña. ¿No fue más que un sueño?

Si se considera cuan vasta es la extensión del país de los sueños y qué variadas y maravillosas son sus imágenes, aquél no era de los más notables, como no fuera por la agitación y el parecido con la realidad.

Durdles sueña que está acostado allí… Es él, en efecto… Duerme y cuenta los pasos de su compañero que pasea.

Sueña que los pasos se pierden en la lejanía del tiempo y del espacio, y que algo lo toca y que alguna cosa cae de su mano.

Oye después un sonido prolongado; busca tanteando a su alrededor y vuelve a soñar que está solo largo tiempo y que los rayos de luz cambian de dirección a medida que la luna avanza, en su curso.

Luego se siente abatido, destrozado; sueña que está enfermo por el frío, y se despierta penosamente.

La luz de la luna ha cambiado efectivamente de dirección e ilumina a Jasper, que se pasea agitando las manos y golpeando el suelo con los pies.

—¡Hola! —grita Durdles, alarmado sin saber por qué.

—¿Se ha despertado usted al fin? —dice Jasper acercándose—. ¿Sabe usted que sus guiñadas de ojo han durado mucho tiempo?

—¿Mucho tiempo?… No…

—Le aseguro que sí.

—¿Qué hora es?

—Escuche… El reloj de la torre va a sonar. Da los cuatro cuartos de hora.

El gran reloj da la hora, y la vieja campana se estremece.

—¡Las dos! —exclama Durdles, levantándose con esfuerzo—. ¿Por qué no ha tratado usted de despertarme, señor Jasper?

—Lo he hecho, pero con tanto éxito como si hubiera sacudido a un muerto, a un miembro de esa familia encerrada en su rincón, de esos a que usted aludía.

—¿Me ha tocado usted?

—¿Que si lo he tocado? Sí, y lo he sacudido también.

Durdles recuerda que, efectivamente, alguien lo tocó mientras dormía. Mira el suelo y ve la llave de la puerta de la cripta cerca del sitio donde está acostado.

—La habré dejado caer, sin duda… —dice, recogiéndola.

—Bueno —dice Jasper sonriendo—. ¿Está usted listo? No se apure, se lo ruego.

—Espérese que arregle mi paquete, señor Jasper, y en seguida seré con usted…

Mientras compone el nudo de su paquete, advierte que Jasper continúa observándolo.

—¿Qué sospecha usted de mí, señor Jasper? —pregunta, con el gruñido propio de la embriaguez—. ¡Que los que sospechan de Durdles se expliquen!

—Yo no sospecho nada de usted, mi buen señor Durdles; pero sospecho que mi cantimplora ha sido llenada de un licor más fuerte de lo que suponíamos. Y además —añade Jasper, tomando la cantimplora y poniéndola boca abajo— sospecho que está vacía.

Durdles se digna sonreír ante esta broma, lo que no le impide dirigirse interiormente a sí mismo severos reproches sobre su afición a la bebida.

A duras penas consigue llegar hasta la puerta, que abre. Salen ambos, y Durdles cierra la puerta y mete la llave en el bolsillo.

—Muchísimas gracias por esta curiosa e interesante noche —dice Jasper dándole la mano—. ¿Podrá usted encontrar el camino para volver a su casa?

—Durdles lo está pensando —responde el aludido—. Si usted le hiciera a Durdles la ofensa de acompañarlo a su casa, Durdles no entraría en ella.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tono mucho más firme.

—¡Buenas noches, entonces!

—¡Buenas noches, señor Jasper!

Ambos emprenden el camino de regreso a sus respectivas casas, cuando de pronto un agudo silbido rasga el silencio de la noche y una voz se oye cantar en espantosa jerga.

Widdy widdy wen!

I—ket—ches—Im—out—ar—ter—ten.

Widdy widdy wy!

Then—E—don’t—go—then—I—shy—

Un instante después una lluvia de piedras golpea contra los muros de la catedral, y el antipático muchacho autor de la pedrea muéstrase a ellos bailando y haciendo cabriolas a la luz de la luna.

—¡Aja!… ¡Ese diablo de muchacho nos sigue espiando todavía! —exclama Jasper, dejándose arrebatar por una furia tan violenta que él mismo se asemeja al demonio que menciona—. ¡Derramaré la sangre de ese pequeño miserable! ¡No podré contenerme!

Sin esquivar la lluvia de piedras, muchas de las cuales lo golpean con fuerza, persigue a Deputy, lo toma del cuello y trata de arrastrarlo, pero es trabajo difícil lidiar con el muchacho, pues apenas éste se siente preso por el cuello, encoge las piernas, obligando a su perseguidor a mantenerlo suspendido en el aire. De su garganta se escapan gritos roncos y ahogados, y su cuerpo se agita retorciéndose como si experimentara ya los primeros síntomas de la estrangulación. Jasper lo suelta, e inmediatamente Deputy busca protección atrincherándose detrás de Durdles, y grita furiosamente a Jasper con los dientes apretados:

—¡Lo voy a dejar ciego! ¡Le voy a reventar los ojos a pedradas!

Y guareciéndose siempre detrás de Durdles, puesto en guardia para prevenir un nuevo ataque de Jasper, decidido a poner en práctica todas sus conocidas artimañas llegado el caso, le grita:

—¡Trate de alcanzarme ahora, si puede!

—No le haga ningún daño a esta criatura, señor Jasper —dice Durdles interponiéndose—. ¡Trate de reaccionar!

—¡Nos ha seguido continuamente toda la noche, desde que pasamos por aquí!

—¡Eso no es verdad! ¡Yo no los he seguido! —exclama Deputy, usando un tono casi amable, en contraste con su habitual aspereza.

—¡Y ha seguido rondando a nuestro alrededor desde entonces! —dice Jasper.

—¡Eso no es cierto!… Sólo acababa de salir para tomar un poco de aire, cuando los vi cerca de la catedral.

Y tarareando su eterna canción, y siempre cobijándose detrás de Durdles, le dice:

—¿Acaso es culpa mía?

—Acompáñelo a su casa —dice Jasper, conteniendo su furor y dirigiéndose al muchacho:

—¡Trata de que no ponga más mis ojos en ti! Después de hacer oír otro agudo silbido, como expresión de alivio, Deputy deja que Durdles se le adelante y empieza a perseguir a este respetable caballero a pedradas, siempre en dirección a su casa, como si fuera un obstinado toro salvaje.

Jasper se encamina a su domicilio, absorto en sus cavilaciones.

Como todo tiene su fin, también termina esta inexplicable expedición… por esta vez.

CAPÍTULO XIII

A CUAL MEJOR…

El establecimiento de la señorita Twinkleton entra en un sereno letargo. Se aproximan las vacaciones de Navidad, y lo que en otro tiempo, no hace mucho, la erudita señorita Twinkleton llamaba simple y prosaicamente «el semestre», de un tiempo a esta parte se nombra en forma más elegante y más conforme al estilo clásico: «curso». El curso, pues, expiraba al día siguiente. Desde hace algunos días un manifiesto relajamiento de la disciplina se ha deslizado en la Casa de las Monjas.

Las educandas improvisan comidas y pequeñas reuniones en los dormitorios. En una oportunidad han hecho circular una lengua ahumada cortada con tijeras y ensartada en un hierro de ondular; han distribuido también porciones de mermelada en improvisados platos fabricados con papel de «bigudines», y han bebido vino de prémula en un vasito que sirve como medida para tomar su poción tónica a la pequeña Ricketts, una jovencita de débil constitución.

La buena voluntad de las mucamas se conquista mediante pequeños obsequios: restos de cintas, zapatos de tacos gastados, pero todavía en buenas condiciones, sin mencionar las golosinas olvidadas intencionalmente en los dormitorios. En estas ocasiones lucen las niñas sus vestidos más vaporosos, y la audaz señorita Ferdinand ha sorprendido al auditorio con un «solo» ejecutado en un peine y una hoja de papel de seda, hasta que dos jovencitas traviesas la hacen callar sofocándola con una almohada.

Estas locuras no son, por cierto, los únicos signos que anuncian una desbandada próxima; se ven valijas y baúles en las habitaciones, y la cantidad de objetos diseminados por todas partes indica la actividad febril de los preparativos de viaje. Las sirvientas son obsequiadas con potes y cajas de crema y polvo a medio vaciar, horquillas y prendas que han quedado sin par.

Bajo inviolable secreto, hay intercambio de confidencias relacionadas con la juventud dorada de Inglaterra, cuyas visitas ellas esperan recibir tan pronto lleguen a sus hogares; una sola de las educandas, llamada Giggles, alardea de que la deja completamente indiferente el homenaje de los jóvenes, opinión que es ruidosamente protestada por sus compañeras.

Es un hábito tradicional entre las estudiantes, y lo consideran como un pacto de honor, pasar la última noche en vela, esperando la visita de los espectros que según la leyenda vagan por el viejo edificio. Este convenio, sin embargo, se rompe invariablemente, pues las jóvenes concilian el sueño muy pronto y se levantan con el alba.

La ceremonia final se realiza a las doce del día de la partida, cuando la señorita Twinkleton, secundada por la señora Tisher, recibe a las educandas en su departamento. Los globos terrestre y celeste están ya cubiertos con tela. Sobre la mesa, adornada para esa ocasión, se ven vasos de vino generoso, pasteles y tartas cortadas en trozos. La señorita Twinkleton dice entonces, dirigiéndose a ellas:

—¡Niñas! El correr de otro año nos hace llegar a esta época de fiestas, en que por primera vez nuevos sentimientos embargan y hacen latir vuestros…

Todos los años la señorita Twinkleton estaba a punto de agregar «pechos», pero todos los años se detenía en el momento de pronunciar esta palabra y la substituía por «corazones».

—…corazones… ¡Hem!… Vuestros corazones… Nuevamente la tarea de un año más nos obliga a hacer una pausa en nuestros estudios, que considero muy adelantados; y ahora, al igual que el marinero en su barca, el guerrero en su tienda, el cautivo en su celda y el viajero en sus peregrinaciones, vosotras también es natural que sintáis la nostalgia de vuestros hogares… Repitamos entonces en esta ocasión los primeros versos de la conmovedora tragedia de Addison. —Y los recita con voz compungida:

En un cielo gris
Se anuncia el alba
Del día esperado…

—Sin embargo —continúa—, no es así; desde el horizonte al cénit todo es de color de rosa, porque todo nos habla de nuestros parientes y amigos. ¡Ojalá los encontremos bien y puedan ellos comprobar que hemos progresado en la medida de sus deseos. ¡Señoritas! Sólo nos resta ahora, con el cariño que nos profesamos mutuamente, decirnos adiós. Que tengamos la dicha de volver a vernos… y cuando llegue ese momento reanudaremos nuestras tareas…

Aquí un sentimiento de profunda melancolía se posesionó del auditorio.

—Estos trabajos que… Estos trabajos… Recordemos siempre lo que dijo aquel general espartano, en términos demasiado conocidos para ser repetidos, en aquella batalla que es inútil nombrar…

Las mucamas del colegio, con sus uniformes de gala y guantes blancos, hacen circular las bandejas, y las jóvenes beben a pequeños sorbos y saborean los manjares.

Se oye el ruido de los carruajes, que ya se acercan a la verja; está próximo el momento de la separación.

La señorita Twinkleton, depositando un beso sobre la mejilla de cada niña, le confía una carta muy amable dirigida a su pariente más cercano, que lleva en uno de los ángulos estas palabras: «Con los mejores augurios de la señorita Twinkleton». Y entrega esta misiva como si no tuviera la más mínima conexión con el importe de la cuenta; más bien como una delicada y agradable sorpresa.

Rosa ha presenciado muchas escenas semejantes; y como no conoce más hogar que esa casa, casi está contenta de tener que permanecer en ella. Y esa idea la hace más feliz que en años anteriores, pues en esta ocasión su más reciente y querida amiga se quedará también. Y sin embargo en esta nueva amistad falta algo que ella echa mucho de menos. Helena Landless, que ha estado presente cuando las revelaciones de su hermano respecto a Rosa, y que se ha comprometido a guardar el silencio aconsejado por el señor Crisparkle, evita toda alusión al nombre de Edwin Drood.

¿Por qué actúa así? Esto es un misterio para Rosa y a la vez un contratiempo, porque la reserva de Helena le impide aliviar su corazón de todas sus dudas y vacilaciones. Le hubiera gustado tenerla por confidente, pero la actitud de su compañera le intimida y la constriñe a guardar silencio.

Obligada a reflexionar sola sobre las dificultades de su situación, Rosa se irrita, y cada día se pregunta con más impaciencia por qué Helena evita pronunciar el nombre de Edwin, con más razón ahora, después de estar enterada de que la armonía entre los dos jóvenes se restablecerá en cuanto llegue Edwin Drood…

Qué lindo cuadro podría pintarse con el grupo de esas hermosas niñas que abrazaban a Rosa bajo el viejo portal de la Casa de las Monjas, y ver a esa criatura llena de luz y de vida despedirlas agitando la mano (ajena a la presencia de los rostros esculpidos de las gárgolas,

que parecen observarla con astucia). Mientras tanto, van alejándose los carruajes. Rosa parece simbolizar la juventud quedándose en ese lugar frío y viejo para comunicarle un poco de calor, de vida y de alegría. La triste calle Real guarda el eco de todas esas voces que siguen oyéndose cada vez más lejanas: ¡Adiós, *Capullo*! ¡Adiós, querida amiga! Y la efigie del padre del señor Sapsea, que adorna la fachada de la casa situada enfrente del colegio, parece decir a los transeúntes: «Señores: ¡no quedamos tan desamparados! Congratulémonos con la presencia de esta figura encantadora que para dicha nuestra permanece aquí!». La silenciosa calle de Cloisterham se anima durante algunos momentos con la presencia de tan brillante y fresca juventud, para volver poco después a su calma habitual y a su vieja fisonomía.

Si la pequeña Rosa en su retiro espera la llegada de Edwin Drood con el corazón inquieto, Edwin, por su parte, no estaba más tranquilo. Con no menos firmeza en sus propósitos que la que animaba a la infantil belleza, proclamada por aclamación la reina del establecimiento de la señorita Twinkleton, él tenía una conciencia que el señor Grewgious había aguijoneado singularmente.

Las firmes convicciones de éste sobre el bien y el mal en una situación como la suya, no debían ser ni desdeñadas ni tomadas a broma: eran inmutables.

De no haber mediado la cena en Staple Inn, y a no ser por el anillo que guardaba, hubiera dejado llegar despreocupadamente el día de la boda, ya que el casamiento no le sugería ningún pensamiento serio y

confiaba en que todo se solucionaría sin dificultades. Pero colocado bruscamente por el señor Grewgious frente a la realidad y a su obligación de cumplir sinceramente con el pedido de los muertos y el deseo de los vivos, había comenzado a vacilar.

¿Debía darle el anillo a Rosa o devolvérselo al señor Grewgious?

Dispuesto a la acción, se sentía decidido a considerar los derechos de Rosa sobre él con menos egoísmo que antes; estaba mucho menos seguro de sí que en otro tiempo, en los días de fácil indolencia.

«Yo me dejaré guiar por lo que ella diga, y decidiré según lo que resulte de nuestra conversación». Tal es la conclusión a que llega mientras se encamina a la Casa de las Monjas.

«Cualquiera sea el resultado de nuestra conversación —piensa—, tendré muy presentes las palabras del señor Grewgious y me empeñaré en cumplir mi deber tanto con unos como con los otros».

Rosa estaba vestida para salir. Lo esperaba.

Es un día frío, pero brilla el sol, y la señorita Twinkleton ya ha autorizado comprensivamente un paseo al aire libre. Salen juntos antes de que sea necesario que la señorita Twinkleton o su secretaria confidencial, la señora Tisher, se sacrifiquen para cumplir con las conveniencias.

—Mi querido Eddy —dice Rosa cuando han doblado la esquina de la calle Real y llegan al silencioso paseo vecino a la catedral, junto al río —, tengo algo muy serio que decirte. Lo he pensado desde hace mucho tiempo, mucho tiempo…

—Yo también siento la necesidad de conversar seriamente contigo, mi querida Rosa. Y tengo la intención de ser leal y sincero.

—Gracias, Eddy. Y no te figuras que soy desconsiderada porque hable yo primero, ¿verdad? Ni tampoco juzgarás que lo hago sólo en mi propio interés porque me adelanto a tomar la palabra. Esto no sería generoso; y como te sé generoso a ti, quiero serlo tanto como tú. — Espero —dice él— no ser ya egoísta contigo, Rosa. No la llamaba ya Pussy. No debía ya hacerlo nunca más. —Y no es de temer —prosiguió Rosa— que discutamos. Porque, Eddy, tenemos tantas razones —añade, entrelazando sus manos sobre el brazo de él— para ser indulgentes el uno con el otro. —Lo seremos, Rosa.

—¡Qué buen muchacho eres, Eddy. Tengamos valor; a partir de hoy sólo nos unirá un profundo afecto fraternal.

—¿Nunca seremos marido y mujer? —¡Nunca!

Durante unos instantes ninguno de los dos habla, pero después de este momento de silencio, Eddy dice, haciendo un pequeño esfuerzo:

—Naturalmente, sé que ambos hemos pensado lo mismo, Rosa. Desde hace tiempo, en verdad, debo confesar honradamente que esta idea creo que no ha nacido primeramente en ti.

—Ni en ti tampoco —replica Rosa con acento sincero y conmovido —. Este pensamiento surgió naturalmente en los dos. Tú no estabas satisfecho con nuestro compromiso; tampoco me hacía a mí feliz. ¡Lo siento tanto! ¡Tanto! Y al decir estas palabras, Rosa se echa a llorar desconsoladamente.

—Yo estoy también profundamente apenado, hondamente afligido por ti!

—¡También lo estoy yo por ti, mi pobre amigo!

Este sentimiento de ternura y dulce indulgencia que los jóvenes se demuestran mutuamente, trae consigo como recompensa una suave serenidad que los realza en su respectiva posición. Ya no surge entre ellos ninguna aspereza, y sus relaciones, que habían dejado de ser forzadas, se están transformando en algo más elevado, afectuoso y verdadero.

—Si lo hubiéramos sabido ayer —dice Rosa, enjugándose los ojos —. Hace mucho que nos sentimos molestos con el noviazgo establecido entre nosotros sin nuestro consentimiento. Bien vemos hoy que lo mejor es dejarlo sin efecto; es muy natural que estemos apenados; es cierto que estamos tristes los dos, pero cuánto mejor es que lo estemos ahora y no…

—¿Cuándo, Rosa? ¿Qué quieres decir?

—Cuando fuera demasiado tarde, porque entonces sentiríamos una mutua y profunda irritación.

Después de otro momento de silencio, continúa Rosa, inocentemente:

—¿Y sabes? De haber sido así, no hubieras podido amarme, mientras que siempre podrás estimarme ahora, que no soy ya ni un

obstáculo ni un aburrimiento para ti. Yo también podré quererte siempre; tu hermana no te molestará más ni se complacerá en mortificarte. Muy a menudo acostumbré hacerlo cuando aún no era tu hermana; te ruego sepas disculparme.

—No toquemos ese punto, Rosa, o yo necesitaría más perdón que el que me gustaría imaginar.

—Evidentemente que no, Eddy. Eres demasiado severo contigo mismo, mi generoso amigo; sentémonos sobre estas ruinas, hermano, y déjame decirte hasta qué punto habíamos llegado. Creo saberlo, porque he reflexionado mucho desde la última vez que viniste. Yo no te gustaba, ¿no es cierto? Pensabas que era yo una pobre y linda criatura…

—Todos opinan así, Rosa.

—¿Lo dices en serio? —le pregunta ella, frunciendo el entrecejo como meditando, y agrega atropelladamente—: Bueno. Admitamos que sea así… Pero no me parece justo que tú opines sobre mí igual que todo el mundo. ¿No es así?

Como no llegaran a resolver el punto neurálgico, continuaron conversando sobre el tema.

—Sobre nuestro asunto —dice Rosa— sigo reflexionando; nos ha ocurrido lo siguiente: Tú me querías, te habías acostumbrado a mí y creciste con la idea de que debíamos casarnos. Tú aceptaste nuestra situación como algo inevitable, ¿no fue así? Pensabas que debía acontecer, y entonces… ¿para qué discutir o rebelarse?

Era una cosa extraña y nueva para Edwin Drood verse tan claramente reflejado en el espejo que la joven ponía ante él. Hasta entonces él siempre había hecho alarde de un aire protector en su superioridad, lleno de condescendencia desdeñosa, por la escasa lógica femenina que ella poseía. Pero ahora pensaba que el deseo de Rosa de recuperar su libertad había aguzado su inteligencia.

Indudablemente hubo algo radicalmente equivocado en las condiciones que los habían conducido a un compromiso para toda la vida.

—Todo lo que digo de ti vale también para mí, Eddy. Si no fuera así, no tendría la audacia de decirlo; la única diferencia que existe entre nosotros es que, poco a poco, yo he adquirido la costumbre de reflexionar sobre este asunto, en lugar de descartarlo. Mi vida no es

activa como la tuya, ¿comprendes?, ni tengo tantas cosas de que ocuparme. Entonces he pensado muchas veces en nuestro problema, y he derramado también muchas lágrimas, aunque éstas no por tu culpa, ¡pobre amigo mío!, cuando de improviso mi tutor llegó para prepararme a dejar la Casa de las Monjas. Yo traté de darle a entender que no estaba enteramente resuelta, pero vacilaba y no tenía valor de explicarme más claramente, y el señor Grewgious no supo comprenderme, pero es un hombre excelente. Me hizo ver con mucha bondad, pero también con tanta energía, las serias consideraciones que debíamos hacer ambos en nuestra posición, que entonces me decidí a hablarte la primera vez que nos encontráramos solos y en un estado de ánimo en el que pudiéramos conversar, sin amargura ni rencor, de un tema semejante. Si he parecido abordar el tema tan fácilmente hace unos instantes, explicándome con tanta franqueza, no creas que ello me ha resultado sencillo; todo lo contrario. Ha sido para mí bastante duro tener que afrontarlo, y me ha causado profunda pena.

El corazón de Rosa, que se encuentra profundamente oprimido, la hace estallar una vez más en sollozos. Edwin la toma entonces cariñosamente por el talle, y así continúan caminando por la orilla del río.

—Yo también he conversado con tu tutor, querida Rosa. Estuve con él antes de salir de Londres.

Mientras así dice tantea disimuladamente el anillo que guarda sobre el pecho; hace una pausa y piensa que es inútil que se lo mencione a Rosa, ya que debe devolverlo.

—Y esa conversación que tuviste con el señor Grewgious ¿es la que te ha hecho cavilar tanto? Si yo no te hubiera hablado con la sinceridad con que acabo de hacerlo, estoy segura que la iniciativa hubiera partido de ti. No me gusta pensar que la decisión a que hemos llegado es obra exclusivamente mía, aunque el resultado nos beneficie a los dos por igual.

—Sí, vine con esa idea. Pensaba plantearte la situación, pero nunca hubiera conseguido expresarme tan claramente como tú lo has hecho.

—¿No querrás decir, acaso, «tan fría y desconsideradamente», Eddy? Por favor, no me gustaría que pensaras de este modo.

—No, Rosa; he querido decir tan sensible y delicadamente; con tanta cordura y afecto.

—¡Eso es pensar como un verdadero hermano! —le dice Rosa, oprimiéndole la mano con entusiasmo—. Las pobres chicas van a estar profundamente desilusionadas —agrega, mientras en sus ojos aún brillan algunas lágrimas—. ¡Hace tanto tiempo que se preparan para el acontecimiento!

—Mucho más grande será la desilusión que sufrirá Jack cuando se entere —responde Edwin Drood, algo sobresaltado—. No se me había ocurrido pensar en Jack.

La fugaz y profunda mirada con que envuelve a Edwin cuando él pronuncia estas palabras, no puede ser recogida, aunque lo deseara, como no puede retornar al cielo la luz del relámpago que ha surcado una nube. Confundida entonces, baja la mirada y su respiración se hace más rápida.

—¿Dudas, acaso, de que éste no sea un rudo golpe para Jack, Rosa? —dice Edwin.

Rosa se limita a responder, evasiva y rápidamente:

—¿Y por qué voy a dudarlo? No había ni siquiera pensado en ello. Me parece que el señor Jasper era tan ajeno a este problema…

—¡Mi querida niña! ¿Puedes tú suponer que una persona tan ligada a otra (esta expresión es de la señora Tope y no mía) como Jack lo está conmigo, podría dejar de sentirse vivamente impresionado ante un cambio tan repentino y radical en mi vida? Digo repentino porque será una verdadera sorpresa para él cuando lo sepa.

Rosa inclina la cabeza dos o tres veces, y sus labios se entreabren como asintiendo, pero no puede emitir ningún sonido ni serenar su respiración.

—¿Cómo darle a Jack esta noticia? —murmura Edwin entre dientes. Si hubiera estado menos absorbido por sus pensamientos, habría advertido la extraña desazón de Rosa.

«No se me había ocurrido pensar en Jack —continúa diciendo—; sin embargo, hay que informarlo de esto antes que sea del dominio público. Comeré con él mañana y pasado, víspera de Navidad, pero no creo que sea necesario aguarle este día de fiesta. Él siempre se aflige tanto por todo lo que me atañe, y le da tanta importancia a simples bagatelas… Esta noticia lo abrumará, estoy seguro. ¿Cómo diablos comunicársela?».

—Tendría que informarlo otra persona.

—Querida Rosa, ¿en qué otra persona podríamos confiar que no fuera Jack?

—Mi tutor me ha prometido venir si yo le escribía pidiéndoselo. Le escribiré. ¿Te gustaría encargarlo de esta misión?

—¡Magnífica idea! —exclama Edwin—. Uno de los albaceas; nada más natural. Llega, va a visitar a Jack, lo informa de lo que hemos resuelto y lo pone al corriente de todo mucho mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros. El señor Grewgious ya se ha dirigido a ti con gran delicadeza de sentimientos; lo ha hecho conmigo del mismo modo, y estoy seguro de que expondrá el asunto a Jack en la forma más conveniente. Así es mejor. No es que yo sea un cobarde, Rosa; pero quiero hacerte una confidencia: Temo un poco a Jack…

—¡No! ¡No! Tú no puedes tenerle miedo… —dice Rosa, palideciendo y juntando nerviosamente las manos.

—Pero… hermana… ¡Rosa! ¿Qué ves de lo alto de la torre? —dice Edwin bromeando—. Mi querida niña…

—¡Me asustaste muchísimo!

—Ha sido sin ninguna intención, pero lo siento tanto como si lo hubiera hecho adrede. ¿Podías tú suponer por un momento, ante mi forma irreflexiva de hablar, que yo literalmente tenía miedo de ese querido amigo? Lo que yo quiero decirte es que él es propenso a unas ciertas crisis o ataques de nervios. Una vez lo vi en ese estado, y me temo que una gran sorpresa causada directamente por mí, a quien él tanto estima, le provoque un ataque semejante. He aquí un secreto que te confío con la mayor reserva. Esas raras indisposiciones que padece Jack, son una razón más para que sea tu tutor el que se encargue de darle la noticia. El señor Grewgious tiene tanta calma, es tan preciso, tan exacto, que hará comprender a Jack en un instante la situación nuestra, mientras que conmigo Jack se impresiona y exalta con facilidad; hasta podría decir, en forma casi femenina.

Rosa parece convencida, pero desde otro punto de vista. Pensando en la personalidad de éste, se siente protegida por la personalidad del señor Grewgious entre ella y Jack.

Instintivamente Edwin Drood palpa otra vez el anillo guardado en su pequeño estuche, pero se detiene ante esta reflexión: «Ahora estoy bien seguro de que se lo devolveré al señor Grewgious; entonces, ¿para qué hablarle de él a Rosa?».

Esta linda y simpática criatura parecía afligirse tanto por él ante la ruina de sus esperanzas y de su mutua felicidad, y sin embargo afrontaba sola y con gran entereza un mundo nuevo, donde tendría que tejer otras coronas de flores, ya que las de su interior destino estaban marchitas. ¿Para qué arriesgarse a herirla con la vista de una alhaja que le traería tan tristes recuerdos? ¿Para qué mostrarle lo que ya no era más que un símbolo de perdidas alegrías, de proyectos edificados sobre bases tan frágiles? En su misma belleza, ese anillo, como había hecho notar ese hombre tan singularmente original, era sátira de amores, esperanza y proyectos humanos siempre perecederos.

«Que permanezca el anillo oculto donde está» —murmura por lo bajo Edwin—. «Se lo devolveré a su tutor». Pensaba que el señor Grewgious lo reintegraría al cajoncito secreto de donde lo había sacado con tanto desgano, y que volvería a ocupar su sitio junto a las viejas cartas de amor y otros testimonios de antiguas promesas y esperanzas frustradas. Allí permanecería olvidado hasta el momento en que, recobrado su valor real, fuera algún día puesto en venta y quizá adquirido para un compromiso más afortunado.

«Que permanezca escondido donde está, sobre mi pecho, y no pensaré más en ello». Tales eran los pensamientos que asediaban la mente de Edwin. Estaba bien lejos de suponer entonces que ponía un remache más a la cadena que creía haber roto en ese momento.

Los dos jóvenes continuaron paseando por la ribera, conversando sobre sus proyectos, ahora diferentes. Eddy adelantaría la fecha de su partida de Inglaterra. Rosa quedaría donde estaba, por lo menos durante el tiempo que Helena Landless prolongara su estada en el colegio.

Prepararían con mucho tacto a las pobres compañeras para el desengaño que les esperaba. Como paso preliminar, la señorita Twinkleton debía recibir la confidencia de Rosa antes de la llegada del señor Grewgious. Todos debían comprender claramente que ella y Edwin Drood continuaba siendo los mejores amigos del mundo. Nunca había existido entre ellos un acuerdo más completo desde que eran novios.

Sin embargo, uno y otro ocultaban mutuamente dos aspiraciones distintas: Rosa esperaba, con la ayuda de su tutor, librarse en seguida de su maestro de música; en cuanto a Edwin, se hacía conjeturas sobre cómo podría llegar a conocer más íntimamente a la señorita Landless.

El día, frío pero luminoso, declina mientras caminan y siguen conversando. La vieja ciudad aparece ante ellos coloreada de rojo por los postreros rayos de sol que se hunden a lo lejos en el horizonte. El paseo llega a su fin. Las aguas murmurantes traen hasta sus pies algas marinas; se oye el graznido de las cornejas, que revolotean a su alrededor, poniendo manchas sombrías en el cielo, que ya se oscurece.

—Yo prepararé a Jack para mi próxima partida —dijo Edwin en voz baja—. Visitaré al tutor en cuanto llegue, y me alejaré antes de que tenga lugar la entrevista de ambos. Es mejor que para entonces yo no me encuentre aquí… ¿No piensas tú lo mismo?

—¡Sí! —responde ella.

—Tenemos la conciencia de haber procedido bien, Rosa.

—¡Sí, Edwin! —afirma ella nuevamente—. Nos consta que es mejor así. Y con el tiempo nos daremos cuenta e que no había otra solución.

No obstante, quedaba aún un resto de ternura en sus corazones; no podían dejar de recordar los días pasados, y este recuerdo aplazaba el momento de la separación. Cuando llegan al grupo de olmos, junto a la catedral, donde habían estado sentados la última vez, se detienen como por mutuo acuerdo y Rosa tiende su rostro hacia Edwin tan espontáneamente como nunca lo hiciera antes, en los tiempos ya idos, puesto que las semanas precedentes pertenecían definitivamente al pasado.

—¡Dios te proteja, querido Eddy! ¡Adiós!…

—¡Dios te bendiga, querida Rosa! ¡Adiós!…

Ambos se abrazan con efusión por última vez.

—Ahora, Edwin, te ruego que me lleves de regreso a casa y me dejes a solas conmigo misma.

—No te des vuelta, Rosa —le advierte él por lo bajo, mientras la toma del brazo, guiándola—. ¿No lo viste a Jack?

—¡No!… ¿Dónde?

—Bajo los árboles… Él nos ha visto cuando nos despedíamos. ¡Pobre muchacho!… Está lejos de imaginarse que la nuestra es una separación definitiva… Mucho me temo que sea un rudo golpe para él.

Ella apresura el paso hasta que llegan al pórtico del claustro. Una vez en la calle, le pregunta:

—¿Nos ha seguido?… Observa disimuladamente… ¿Está detrás de nosotros?

—No… Sí… Está… Acaba de trasponer la puerta. Este bueno y afectuoso amigo no quiere perdernos de vista. ¡Cuánto temo que se desilusione profundamente!

Ella tira entonces bruscamente de la manija de la vieja y ronca campana. Y el portón se abre en el acto. Antes de entrar, Rosa envuelve a Edwin en una última, larga e interrogativa mirada que parece decirle: «¡Oh!… ¿No comprendes?».

Y luego desaparece.

CAPÍTULO XIV

EN DONDE VUELVEN A ENCONTRARSE LOS TRES

Es víspera de Navidad en Cloisterham. Algunos rostros desconocidos se ven en las calles, mezclados con otros que parecen tener algo de familiares. Son gentes del lugar que regresan después de larga ausencia, ya convertidos en hombres y mujeres, y encuentran a su ciudad natal asombrosamente reducida en comparación del recuerdo que guardan de su infancia. Para algunos de ellos, las campanadas del reloj de la catedral y el graznido de las cornejas de lo alto de la torre son como voces familiares que retornan de la niñez. Otros, en las largas horas pasadas lejos, se han imaginado ver caer a su alrededor, en el otoño, las hojas de los viejos olmos linderos con el claustro. Entonces, al volver a los lugares familiares de su infancia, las borrosas impresiones de la niñez se aclaran. ¡Felices y apacibles recuerdos!

El invierno se presenta en muchas y variadas formas. Las bayas rojas brillan sobre el enrejado de las ventanas del Rincón del Canónigo; el señor y la señora Tope se ocupan en colocar delicadamente ramas de acebo en las esculturas y en los sitiales del coro, y lo hacen con el mismo cuidado con que adornarían el ojal de la levita del Dean o de los canónigos. ¡Cómo brillan los negocios, atestados de provisiones para las próximas fiestas! Nunca se vieron tantas pasas de Corinto, frutas confitadas, budines y dulces. Se nota en todas partes un insólito clima de alegría y esparcimiento. Indicio de ello es el gran manojo de muérdago colgado del dintel de la puerta de la pastelería, donde está expuesta una modesta torta de doce peniques, adornada con un arlequín, que se rifará a un chelín el número. Los preparativos de las fiestas populares están casi listos. Sólo durante la semana de Navidad son visibles para el público las figuras de cera, que tan profundamente impresionaron el serio espíritu del emperador de la China

cuando las vio. Se exhibirán en un viejo local, en lo alto de una callejuela, ocupado hasta hace poco por un hombre que alquilaba caballos y cuyo negocio había fracasado. Se ensaya una gran pantomima cómica, que se representará en el teatro, anunciada con carteles que lucen la imagen del «Signor Jacksonini», el payaso que dice: «¿Cómo le va mañana?». Humorismo módico, como lo ofrece la vida muchas veces. En suma, todo Cloisterham está en plena actividad, con excepción del colegio secundario y el internado de la señorita Twinkleton. Todos los alumnos del primer establecimiento han vuelto a sus hogares, llevando impreso en el corazón un platónico amor por algunas de las educandas de la señorita Twinkleton, sentimiento inspirado, pero ignorado por ellas. Sólo las sirvientas se dejan ver a veces en las ventanas de este último establecimiento. Hay que hacer notar, a este respecto, que estas empleadas se hacen más delicadas en materia de decoro cuando quedan como únicas encargadas de representar al bello sexo que cuando comparten dicha representación con las jóvenes estudiantes del internado.

Tres personas deben encontrarse esa noche en el portón de la casa vecina al claustro. ¿Cómo ocuparán su tiempo durante ese día?

Neville Landless, cuya naturaleza primitiva no es, sin embargo, insensible a los halagos de un día de fiesta, ha sido autorizado a suspender sus estudios ese día por el señor Crisparkle. Lee y escribe con aire concentrado en su tranquila y reducida habitación hasta las dos de la tarde. Luego despeja la mesa, pone en orden sus libros, rompe y quema borradores ya inútiles, hace una limpieza general de las cosas que se han acumulado desordenadamente, arregla todos sus cajones y sólo deja apuntes que pueda necesitar para sus clases.

Hecho esto, pasa revista a su guardarropa, de donde elige algunas prendas de uso diario, medias y zapatos adecuados para caminar, y pone todo en una mochila. Esta mochila es

nueva, y la ha adquirido en la calle Real el día anterior. También ha comprado en el mismo negocio un bastón de pesada empuñadura que tiene como contera una pica de hierro. Lo prueba, lo esgrime, lo sopesa en su mano y lo coloca junto a la mochila en el alféizar de la ventana. Entonces considera que los preparativos han llegado a su fin. Se viste para salir, y está a punto de hacerlo cuando se encuentra en el rellano de la escalera con el canónigo menor, cuyo dormitorio se halla ubicado en el mismo piso que el suyo; pensándolo mejor, regresa a buscar el bastón.

El señor Crisparkle, que se ha detenido en la escalera, advierte el bastón en la mano de Neville en cuanto éste reaparece. Él lo toma y le pregunta con una sonrisa:

—¿Con qué objeto ha elegido ese bastón?

—¡Oh! —responde Neville—. No me animaría a decir que soy perito en la materia. Lo he elegido por su peso.

—Es demasiado pesado, Neville; demasiado pesado.

—¿Y si fuera necesario apoyarse sobre él durante una larga marcha, señor?

—¿Apoyarse sobre él? —repite el señor Crisparkle, tomando la actitud de un caminante—. Pero si usted no lo hace; simplemente lo balancea en la mano.

—Me habituaré con la práctica, señor. Usted sabe bien que yo he vivido en un país donde no se hacen largos trayectos a pie.

—Eso es verdad —dice el señor Crisparkle—. Comience haciendo un breve aprendizaje, y llegaremos a caminar juntos hasta una veintena de millas. Es necesario que lo deje usted por ahora. ¿Volverá mucho antes de la comida?

—No lo creo, porque la cena se sirve muy temprano.

El señor Crisparkle se despide con un jovial asentimiento de cabeza, expresando, no sin intención, la confianza más absoluta y la tranquilidad más perfecta.

Neville se encamina a la Casa de las Monjas y ruega que se advierta a la señorita Helena que su hermano ha llegado como lo habían convenido. Espera junto a la verja, sin trasponer el umbral, fiel a la palabra que ha dado de no encontrarse con Rosa.

Su hermana, tan respetuosa como Neville en el cumplimiento del pacto, se le reúne en seguida; se saludan con afecto, y evitando prolongar su permanencia allí, se dirigen inmediatamente al campo.

—Yo no quisiera tocar ni arriesgarme en un tema que me ha sido vedado, Helena —dice Neville así que llegan a una discreta distancia—; pero es natural que comprendas que no puedo dejar de hablar nuevamente por un momento de lo que yo llamaría mi locura.

—¿No harías mejor evitándolo, Neville?… Tú sabes que no me es permitido escucharte.

—Pero puedes escuchar, querida, lo que he oído con aprobación del señor Crisparkle.

—Sí; hasta allí podría oírte.

—Bueno. Se trata de lo siguiente: No sólo estoy inquieto y me siento desdichado, sino que tengo la conciencia de que soy un motivo de inquietud y de molestia para los demás. ¿Acaso no me consta que si no fuera por mi ingrata presencia tú y… los otros invitados que participaron de nuestra primera velada, con excepción de nuestro simpático tutor, podrían comer mañana en el Rincón del Canónigo? En verdad, es probable que hubiera sido así. No cuesta adivinar que no tengo buen concepto ante la anciana señora, y no me resulta difícil comprender la fastidiosa carga que debo ser en su hospitalaria casa, especialmente en esta época del año. Debo permanecer

alejado de esa persona que tú sabes; hay razones poderosas para que evite todo contacto con cierta otra persona. La reputación desfavorable que se ha levantado a mi alrededor, previene contra mí a todas las demás. Expuse minuciosamente al señor Crisparkle mi estado de ánimo (tú conoces su abnegación y sus sentimientos generosos), y el punto en que más he insistido es la terrible lucha que sostengo conmigo mismo. Creo que un pequeño viaje, una corta ausencia, me permitirá afrontar más fácilmente esta lucha. Y como el tiempo se presenta bueno y estable, me dispongo a emprender este viaje con la intención de mantenerme aislado de todos y de mí mismo, según espero. Parto mañana.

—¿Para volver cuándo?

—Dentro de quince días.

—¿Irás solo?

—Aun cuando alguien se ofreciera a acompañarme, soportando mi estado de ánimo, no lo hubiera aceptado. Prefiero ir solo, mi querida Helena.

—¿Tú dices que el señor Crisparkle está completamente de acuerdo?

—Completamente de acuerdo. Creo que al principio pensó que era un proyecto desacertado y sólo podría producir pernicioso efecto en un espíritu absorbido por una idea fija. Pero el lunes a la noche estuvimos paseando a la luz de la luna, discutiendo sobre el tema, y le hice ver las cosas desde otro punto de vista. Le demostré que tenía necesidad de vencerme a mí mismo, y que una vez que haya pasado y esté bien lejos la reunión de esta noche, será mucho mejor que me encuentre en cualquier otro lugar menos en éste. Yo no podría evitar el encuentro con ciertas personas, paseándose juntas; sufriría mucho con ello, y no es ésta, por cierto, una manera de olvidar. Dentro de quince días, esos encuentros ya no podrán ocurrir. Él habrá partido, y cuando regrese otra vez, yo podría

volver a alejarme. Además, espero que me resulte beneficioso el cansancio saludable que me producirá la marcha. Tú sabes que el señor Crisparkle le da gran importancia al ejercicio físico; cree que gracias a ello conserva un espíritu sano en un cuerpo vigoroso; es demasiado ecuánime para aplicarme a mí una ley y usar otra para él. Estuvo de acuerdo conmigo cuando vio que era sincero en mis pensamientos. Es así como, con su consentimiento, parto mañana a una hora tan temprana que, cuando los buenos cristianos se encaminen a la iglesia, no sólo estaré fuera de la ciudad, sino que ni siquiera podré oír el sonido de las campanas.

Helena reflexiona sobre este proyecto y lo encuentra aceptable; si el señor Crisparkle lo aprueba, ella lo aprueba, ella no puede hacer menos; pero no lo hace sólo por esto, ya que desde un principio encuentra en su propio espíritu motivos para estar de acuerdo. Era una juiciosa decisión que demostraba el esfuerzo del joven por corregirse. Compadece a ese pobre muchacho que se aleja solo, en las fiestas de Navidad, pero comprende que es un deber animarlo y lo alienta.

—¿Me escribirás? —le pregunta.

—Sí —dice él, y promete escribirle cada dos días contándole sus aventuras.

—¿Has enviado ya tu equipaje?

—No, mi querida Helena. Es un viaje de peregrino, con alforja y báculo; mi alforja, o más bien, mi mochila está lista. No hay más que cerrarla, y aquí está mi bastón.

Se lo alcanza y ella entonces hace la misma observación que el canónigo, preguntando:

—¿De qué madera es? ¿Es de madera o de hierro?

Hasta este momento, Neville ha estado muy contento y es probable que la idea de haberle expuesto el proyecto a su

hermana, presentándolo bajo el aspecto más brillante, ha sobreexcitado su imaginación. Y es también posible, que después de haberlo hecho con éxito, sufra una pequeña depresión. Y cuando anochece y las luces de la ciudad comienzan a encenderse, se nota que el joven está profundamente abatido.

—Yo desearía no ir a la comida de esta noche, Helena.

—Querido Neville. ¿Vale la pena que te inquietes tanto pensando en ella? Considera lo pronto que terminará.

—¡Cómo va a pasar pronto! —repite él tristemente—. De todos modos, no me gusta esta comida.

—Es posible que se produzca algún momento desagradable —observa ella jovialmente—; pero te vuelvo a repetir, sólo será cosa de un instante. Debes estar seguro de ti.

—Yo quisiera estar tan seguro de todo lo demás como lo estoy de mí mismo —le responde Neville.

—En qué forma extraña te expresas, querido hermano! ¿Qué quieres decir?

—Helena: no quiero decir nada. Todo lo que te puedo asegurar es que no me gusta esta reunión. Siento como si hubiera en el aire una pesadez mortal… Ella, entonces, le hace observar las nubes cobrizas que se están acumulando a lo lejos, en el horizonte, y el fuerte viento que comienza a soplar. Neville guarda silencio, hasta que se despide de ella, en el portón de la Casa de las Monjas. Helena permanece junto a la verja observándolo mientras se aleja… Lo ve vacilar dos veces ante la puerta del claustro, como si le repugnara trasponer el umbral. En ese momento el reloj; de la catedral anuncia la hora.

Neville entonces gira sobre sus talones y entra precipitadamente. Y sube la escalera de la poterna.

Edwin Drood ha pasado un día solitario. Algo más fuerte y profundo de lo que él ha imaginado termina para siempre en su vida. Y en el silencio de su habitación llora con amargura. A pesar de que la imagen de la señorita Landless revolotea en su recuerdo, ocupa un lugar en su corazón la pequeña y bella criatura que ha sabido portarse en forma tan firme y sensata como jamás lo pudo suponer. Piensa en ella reprochándose su propio comportamiento; imagina lo que podrían haber sido el uno para el otro si, siendo él más sincero tiempo atrás, la hubiera apreciado en su justo valer; si en lugar de aceptar con indiferencia el destino impuesto, como una herencia natural, se hubiera dedicado a conocerla y estimarla mejor. Y sin embargo, a pesar de todo, no obstante el doloroso desgarramiento que siente en su corazón, la vanidad, un capricho de hombre joven, le hace tener presente ante sus ojos la bella imagen de la señorita Landless.

«¡Qué extraña fue la mirada que le lanzó Rosa en el momento de la separación! ¿Habría deseado con esa mirada hacerle sentir que veía más allá de la superficie de sus pensamientos, que penetraba hasta en los repliegues más íntimos de su ser? Era difícil adivinar, ya que la mirada fue sorprendida y escrutadora a la vez».

Reconoce que no obstante haber sido tan expresiva, él no ha llegado a interpretarla. Como sólo espera la llegada del señor Grewgious, y piensa partir en cuanto se hayan entrevistado, sale para despedirse de la vieja ciudad y de sus alrededores.

Recuerda los tiempos en que Rosa y él paseaban juntos cuando eran niños, imbuidos de la dignidad que les confería el compromiso que los ligaba mutuamente.

«¡Pobre criatura!» —piensa con tristeza llena de compasión.

Al advertir que su reloj se ha detenido, entra en una joyería para hacerlo andar y ponerlo en hora. El joyero se muestra locuaz y hace girar la conversación alrededor de una pulsera que ofrece con aparente indiferencia y aire desinteresado.

—Esta pulsera convendría especialmente —observa el comerciante— a una joven recién casada, sobre todo si su belleza es de un tipo menudo y delicado.

Pero como la alhaja no interesa al cliente, atrae su atención sobre un surtido de anillos para hombre.

—Aquí tiene usted un estilo de alianza que es un verdadero símbolo de castidad. Los caballeros gustan adquirirla cuando cambian de estado. Un anillo de aparente responsabilidad en el que se graba la fecha de la boda por dentro. La mayor parte de los señores los prefieren a cualquier otro recuerdo.

Edwin mira los anillos, tan fríamente como antes la pulsera, y le dice al vendedor que sólo usa un reloj de cadena heredado de su padre y un alfiler de corbata.

—Ya lo sé —replica el hombre—, porque el señor Jasper vino el otro día para hacer colocar un vidrio a su reloj y, para decirle la verdad, le confieso que le hice ver estas alhajas, haciéndole notar que, si quería hacer un regalo a cierto caballero pariente suyo, en ciertas circunstancias particulares… pero entonces él me contestó sonriendo, exactamente lo que usted acaba de responderme: que usted no usaba alhajas. Sin embargo, lo que es una costumbre en el momento, puede variar en el porvenir. He puesto su reloj en las dos y veinte, señor Edwin. Permítame que le recomiende que no lo deje sin cuerda.

Edwin toma su reloj, y sale pensando: «¡Ese viejo y querido Jack hasta ha notado que a mí no me gustan las alhajas! Y hasta advertiría si yo, al anudar mi corbata, le hiciera un pliegue más».

Sigue caminando sin rumbo, haciendo tiempo hasta la hora de comer. Le parece por momentos que la vieja catedral de Cloisterham le reprochara algo ese día, diciéndole: «¡Ya sabemos que a ti nunca se te volverá a ver!».

No está disgustado, pero sí profundamente triste; su indiferencia habitual ha desaparecido y observa con melancolía los viejos monumentos que va encontrando a su paso.

«Sí, pronto estaré lejos de aquí —se dice— y es probable que no vea nunca más a Cloisterham. ¡Pobre juventud la mía!…».

Al caer el día cruza por el viñedo de los monjes. Ha vagado durante una larga hora oyendo el tañido del carillón de la catedral. Oscurece antes que él advierta la presencia de una vieja mujer, acurrucada en un rincón, junto a un portillo. Éste se abre sobre un pasaje poco frecuentado durante la noche, y la anciana pudo muy bien haber estado allí desde el comienzo de su caminata, sin que él lo advirtiera. Edwin toma por el sendero y llega hasta el portillo. A la luz de un farol cercano, observa la apariencia repulsiva de la mujer: su mentón arrugado descansa sobre las manos, mientras los ojos, de pupilas inmóviles, miran a lo lejos, con la fijeza de los que no ven.

Siempre afable, pero inclinado esa noche a una cordialidad más expansiva, Edwin se ha detenido ya varias veces para dirigir su palabra bondadosa a los niños y a los ancianos que encuentra a su paso; ahora se inclina hacia la mujer diciéndole:

—¿Está usted enferma?

—No, mi buen señor —le responde ella con la mirada siempre fija y sin cambiar de actitud.

—¿Es usted ciega?

—No, mi buen señor.

—¿Carece de hogar? ¿Por qué permanece tanto tiempo inmóvil y expuesta al frío?

Con un lento y penoso esfuerzo la anciana consigue al fin cambiar la dirección de su mirada y posarla sobre él; entonces un espasmo la contrae y se agita convulsivamente. El se endereza, retrocede un paso y la observa con un sentimiento en el que se mezcla la sorpresa y el temor; le parece conocerla… «¡Dios mío! —se dice— así estuvo Jack aquella noche…».

La anciana murmura:

—¡Mis pulmones están débiles!… ¡Mis pulmones están muy enfermos!… ¡Soy una pobre desgraciada!… ¡Mi tos es espantosa y seca!

Y como para confirmar sus palabras, tose horriblemente.

—¿De dónde es usted?

—He llegado desde Londres, mi buen señor. La tos le desgarra nuevamente el pecho.

—¿Adónde se dirige?

—Regreso a Londres. Vine aquí buscando una aguja en un pajar, y no pude encontrarla. Escúcheme, mi buen señor… Déme tres chelines y seis peniques y no se asuste de mí. Regresaré a Londres y no causaré ninguna molestia. Estoy en un negocio… ¡Pobre desgraciada criatura! ¡Y los tiempos son tan difíciles! A pesar de ello encuentro la manera de ganarme la vida.

—¿Usted mastica opio? —le pregunta Edwin.

—Fumo algunas veces —le contesta ella, después de un nuevo acceso de tos—. Déme tres chelines y seis peniques y arreglaré muy bien mi asunto. Volveré a Londres. Si usted me da tres chelines y seis peniques, yo le voy a contar una cosa.

Edwin cuenta las monedas que tiene en el bolsillo y se las pone en la mano. Ella toma ávidamente el dinero, se pone de

pie y ríe en forma disonante.

—¡Que Dios te bendiga! ¡Escúchame, querido señor! ¿Cuál es tu nombre?

—Edwin.

—Edwin… Edwin… Edwin… —repite ella, arrastrando las palabras como una persona embotada por el sueño. Luego le pregunta de pronto—: ¿Tú sobrenombre no es Eddy?

—Me llaman algunas veces así —responde él, sonrojándose.

—¿No son tus enamoradas las que te llaman así? —pregunta ella, pensativa.

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿No tienes una novia en el fondo de tu corazón?

—Ninguna novia.

Después de repetirle nuevamente ¡Gracias, mi buen señor! ¡Dios te bendiga! —la mujer hace un movimiento como para alejarse, pero él la detiene diciéndole:

—Usted me dijo que me diría una cosa… ¿No cumple usted su promesa?

—La voy a cumplir… voy a cumplirla… y bueno… entonces… —murmura ella— agradece al cielo que tu nombre no sea Ned. Él la observa atentamente y le pregunta:

—¿Por qué?

—Porque es un mal nombre para llevar…

—¿Cómo un mal nombre?

—Un nombre amenazado… un nombre peligroso…

—Dice un proverbio que los hombres amenazados viven mucho tiempo —responde él con tono ligero.

—Entonces Ned, amenazado como está, en cualquier lugar en que se encuentre, mientras yo estoy aquí conversando contigo, mi buen señor, Ned vivirá toda una eternidad.

La vieja se ha inclinado hacia él, para decirle estas palabras al. oído, agitando al mismo tiempo un dedo ante sus ojos; pronta ya a alejarse le repite una vez más:

—¡Que Dios te bendiga! ¡Gracias!

Y se dirige al Albergue de los Viajeros.

Este episodio no es por cierto lo más apropiado para fin de un día tedioso. Solo, en un lugar desierto en medio de ruinas y vestigios de tiempos pesados, Edwin pudo muy bien sentir un escalofrío.

Apura el paso para llegar a las calles mejor iluminadas, y mientras camina, toma la resolución de no decir nada esa noche y contarle la aventura a Jack al día siguiente: a la única persona que lo llamaba Ned. ¡Qué extraña coincidencia! Es natural que viera en todo esto sólo una rara coincidencia que tal vez al día siguiente ni siquiera recordaría.

Sin embargo, este incidente lo preocupa más que otros que aparentemente son más importantes. Camina todavía una o dos millas más, haciendo tiempo hasta la hora de cenar; atraviesa el puente y llega hasta la orilla del río.

«¿Será una alucinación?». El viento que se levanta, las aguas que gimen, parecen traerle las palabras de la extraña mujer; y cree oír el eco de esa voz hasta en el tañido de las campanas de la catedral. Se encuentra sumamente turbado cuando pasa bajo el dintel de la puerta del claustro.

Y él también asciende la escalera de la poterna.

Jasper ha pasado un día mucho más agradable y alegre que sus dos invitados. No teniendo que dar lección de música por el feriado, es dueño de todo su tiempo, salvo las horas de los oficios de la catedral. Durante la mañana ha visitado los

negocios para encargar los manjares y golosinas preferidos por su sobrino.

—Como Edwin estará tan poco tiempo conmigo —les dice a los vendedores— deseo tratarlo lo mejor posible.

Una vez terminados sus preparativos de anfitrión, ha visitado al señor Sapsea, y al mismo tiempo le ha anunciado que su querido Ned y el belicoso mequetrefe que vive con el señor Crisparkle, cenarán en su casa esa noche, para poner fin al entredicho existente.

El señor Sapsea no se siente bien dispuesto hacia el irascible jovenzuelo. Observa que el carácter de Neville no tiene nada de inglés, y cuando el señor Sapsea declara que algo no tiene nada de inglés, es cosa verdaderamente grave.

El señor Jasper parece afligirse profundamente al oír hablar de esa manera al señor Sapsea. Le responde que sabe muy bien que nunca habla sin pesar sus palabras y que, gracias a su sutileza espiritual, siempre tiene razón en sus juicios. El señor Sapsea inclina la cabeza con complacencia, como aprobando la opinión que acaba de expresar Jasper.

El maestro de coro está en vena ese día. En los patéticos salmos que dirige a Dios preparando su corazón para que permanezca fiel a la ley divina, casi sorprende a sus compañeros por el vigor melodioso de su voz. Nunca ha cantado una música sagrada tan difícil con la habilidad con que entona los salmos ese día. Su temperamento nervioso lo hace precipitarse ordinariamente mientras canta los versículos, pero esta vez guarda irreprochablemente el compás; estas bellas modulaciones son quizá debidas a la gran serenidad de su espíritu.

El señor Jasper dedica un constante cuidado a sus cuerdas vocales, siempre un poco delicadas. Por eso usa siempre bajo la sobrepelliz y en sus ropas de diario una ancha bufanda negra de un resistente tejido de seda, que acostumbra llevar

flojamente anudada en torno a su cuello. Pero su mesura y serenidad son tan notables ese día, que el señor Crisparkle le comenta al salir de Vísperas:

—Debo agradecerle, Jasper, el placer que he experimentado hoy al oírle. ¡Fue maravilloso! ¡Magnífico!

No hubiera podido llegar a expresarse así de no estar en excelentes condiciones de salud.

—Estoy, en efecto, admirablemente bien.

—La medida exacta —dice el canónigo, haciendo un suave movimiento con la mano— una seguridad absoluta. Nada de forzado, ni una nota falsa, el tono preciso y en todo se advirtió el dominio total de una persona perfectamente dueña de sí.

—Gracias… gracias… Espero que haya sido así, pero puede que me cumplimente usted demasiado.

—Se diría, Jasper, que usted ha estado probando un nuevo remedio contra las indisposiciones que lo aquejan a veces.

—Ha acertado usted: he probado un nuevo remedio.

—¡Bravo! Continúe con él, ¡valiente muchacho! —dice el señor Crisparkle palmeándole amistosamente el hombro—, continúe con él.

—Tengo esa intención.

—Lo felicito —agrega el señor Crisparkle, en el momento que salen de la catedral— lo felicito en todo sentido.

—Le agradezco una vez más; lo acompañaré hasta la esquina, si no lo molesto. Tengo mucho tiempo disponible antes de que lleguen mis invitados, y después decirle algunas palabras que creo le resultarán agradables.

—¿De qué se trata?

—Bueno. Estuvimos hablando el otro día sobre mis rachas de pesimismo.

El rostro del señor Crisparkle se ensombrece y mueve la cabeza con aire compasivo.

—Yo le dije —continúa Jasper— que sus consejos serían un antídoto para ese pesimismo, y usted me respondió que esperaba que yo arrojara al fuego ciertas páginas en las que alimentaba ese estado de ánimo.

—Y lo espero todavía, Jasper.

—¡Y tiene toda la razón del mundo!… Estoy dispuesto a quemar mi diario al terminar el mes de diciembre.

—¿Por qué? ¿Ya se siente mejor?

La expresión del señor Crisparkle se anima a medida que Jasper dice:

—Usted acertó. Me doy cuenta ahora de que estaba descentrado, me había vuelto triste y belicoso; tenía la mente oscurecida. Usted me dijo que yo exageraba y era muy cierto…

El rostro del señor Crisparkle se ilumina y se serena cada vez más.

—… no lo advertí bien entonces, porque no estaba en mi estado normal; pero ahora que mi salud está mejor, reconozco que di excesiva importancia a un hecho sin trascendencia.

—Me hace mucho bien —exclama el canónigo— oírle hablar así.

—Un hombre que lleva una existencia monótona —continua Jasper—, cuyos nervios y estómago no funcionan bien, se obsesiona con una idea hasta perder las justas proporciones; ése es mi caso con aquel asunto en cuestión. Entonces quemaré las pruebas de mi locura cuando el libro esté lleno y comenzaré un nuevo volumen con un razonamiento más claro e imparcial.

—Me dice usted mucho más de lo que yo esperaba —dice el señor Crisparkle, dándole un apretón de manos, al detenerse junto a los escalones de la puerta de su casa.

—¿Qué menos podrían hacer? —responde Jasper—. ¿Cómo podría suponer una persona como usted que mantiene siempre el espíritu y el cuerpo tan puros como el cristal, que alguien como yo tratara de imitarlo. ¡Yo! que soy en cambio una mala yerba, enlodada, solitaria y abatida, pero que no obstante todo esto, y debido a sus consejos, estoy reaccionando de este embotamiento… Si no tiene inconveniente, quisiera averiguar si Neville todavía está en su casa. Si todavía no ha salido, podríamos hacer el trayecto juntos.

—Creo —dice el canónigo, mientras introduce la llave en la cerradura— que salió hace largo rato. Por lo menos, falta de casa desde temprano y no es probable que haya regresado; pero, sin embargo, voy a informarme. ¿No quiere usted entrar un momento?

—Mis invitados me esperan —dice Jasper con una sonrisa.

El canónigo desaparece y vuelve después de un momento. Como él lo supuso, Neville no ha regresado.

—Recuerdo ahora —agrega el señor Crisparkle— que tenía la intención de ir directamente a su casa.

—¡Lindo proceder para un anfitrión! ¡Mi huésped habrá llegado antes que yo! Apuesto que encontraré a mis dos invitados abrazándose.

—Yo apuesto, o mejor dicho apostaría, si tuviera esa costumbre, que sus convidados pasarán una velada muy agradable.

Jasper hace un signo con la cabeza, sonriendo, y le desea las buenas noches.

Vuelve hasta la puerta de la catedral y continúa en dirección a la puerta del claustro. Tararea a media voz con mucho sentimiento, mientras camina. Parecería que esa noche le fuera imposible dar una nota falsa, que nada podría alterar la regularidad de su ritmo.

Llegado ante la arcada de su casa, se detiene un instante bajo el alero, se quita la gran bufanda negra y la coloca sobre el brazo. Durante ese breve espacio de tiempo, el rostro de Jasper se contrae y toma una expresión muy severa; luego, en seguida, su frente se despeja de nuevo y continúa el camino canturreando.

Y él también asciende la escalera de la poterna.

Los reflejos rojizos de una alegre luz brillan toda la noche en la ventana de la casa emplazada como un faro en Cloisterham, al margen del bullicio de la ciudad. El ruido de pasos y el murmullo de voces humanas, franquean por momentos las puertas del claustro y penetran en el recinto solitario. No se oye otra cosa, salvo las violentas ráfagas de aire. El viento, en efecto, sopla con violencia.

Los lindes de la catedral nunca han estado bien iluminados, pero esa noche los golpes de viento han extinguido varios faroles; algunos destruidos, con los vidrios despegados, caen con estrépito al patio del claustro. Se hace entonces una oscuridad musitada. El polvo se levanta en remolinos; el viento hace volar restos de nidos de cornejas, construidos en lo alto de la torre.

Los árboles se sacuden y crujen; las tinieblas, densas hasta parecer palpables, giran locamente en torno, como queriendo arrancarlos de raíz; mientras que una y otra vez, un crujido al que sigue una precipitada caída, anuncia que una rama grande ha sido tronchada por la tormenta.

Pocas veces se ha visto en una noche de invierno soplar el viento con tal violencia: las chimeneas son arrancadas, las

tejas ruedan por el pavimento y las gentes sorprendidas en la calle se abrazan a los postes y se adosan a los huecos de las paredes. Las ráfagas, lejos de disminuir, aumentan y se hacen cada vez más violentas hasta medianoche. Por las calles desoladas, pasa tronando la tormenta, golpea ruidosamente las aldabas y arranca los postigos, como para advertir a los habitantes que huyan antes de que se desplomen los techos sobre sus cabezas.

Lo único que permanece firme y estable es la luz roja que brilla en la casa de la puerta del claustro. El viento gime constantemente durante todo el resto de la noche.

A la madrugada, cuando los primeros resplandores del día hacen palidecer las estrellas, comienza a apaciguarse el viento, aunque todavía sopla con intervalos en violentas rachas. Se hubiera dicho que son los últimos estertores de un monstruo herido de muerte que sucumbe…

El día se aclara. Se puede ver entonces que las agujas del reloj de la catedral están quebradas; los adornos de plomo del tejado, violentamente desprendidos, han sido arrojados en los lindes de la catedral, y hasta algunas pesadas piedras; se han desplazado de la cima de la alta torre.

A pesar de ser la mañana de Navidad, es necesario enviar algunos obreros para reparar los daños causados por la tormenta. Conducidos por Durdles, esos obreros suben a la torre, mientras el señor y la señora Tope y un grupo de curiosos se aprietan en los alrededores del Rincón del Canónigo Menor.

De pronto, las gentes se apartan ante la presencia del señor Jasper; todas las miradas que están fijas en lo alto del edificio se posan ahora sorprendidas sobre él, por la pregunta que hace al señor Crisparkle, apoyado en el alféizar de su ventana.

—¿Dónde está mi sobrino?

—Yo no lo he visto, señor Jasper.

—Salió anoche para dar una vuelta por la orilla del río, con Neville, y no ha regresado aún. ¿Quiere llamar al señor Neville, por favor?

—Éste ha salido esta mañana muy temprano —responde el canónigo.

—¿Que esta mañana ha salido muy temprano?… ¡Déjeme entrar!

A nadie interesa ya lo que ocurre en lo alto de la torre. Todas las miradas se vuelven al señor Jasper, pálido, a medio vestir, respirando con dificultad, apoyado dificultosamente sobre la verja de la casa del canónigo…

CAPÍTULO XV

ACUSADO

Neville Landless ha partido tan temprano, y a tan buen paso, que cuando las campanas de Cloisterham comienzan a repicar para el oficio de la mañana, él ya se encuentra a una distancia de ocho millas; y como tiene apetito, pues sólo ha comido un pedazo de pan en el momento de salir, se detiene en la primera posada que encuentra al borde del camino, para desayunarse.

Los clientes en busca de alimentos —a no ser que fueran huéspedes de cascos y cuernos, para los cuales abundan las artesas de agua y de heno— eran tan raros en la posada del «Carro Entoldado», que Neville hubo de esperar un largo rato hasta conseguir que el «carro» entrara en la huella y aparecieran el té, las tostadas y el tocino.

Mientras tanto, Neville se encuentra descansando en el recibidor; se pregunta cuánto tiempo transcurrirá hasta que los húmedos leños, encendidos en su obsequio, comiencen a dar un poco de calor, del que seguramente podrá disfrutar con más suerte el próximo viajero.

El «Carro Entoldado», situado en la cima de un cerro, está todavía cubierto de escarcha; el piso, junto a la entrada, está pisoteado y encharcado por los cascos de las bestias y los pies de los hombres, en una mezcolanza de barro y paja. Allí, donde sobre el mostrador la posadera refunfuñando castiga a un niño mojado —que lleva un piececito cubierto con un escarpín rojo y el otro desnudo—, donde, en un estante puesto al descuido sobre un mantel grasiento y un cuchillo mohoso, yace varado un queso en su molde semejante a una canoa y en otro recipiente, de parecida forma, como lamentando su naufragio, un pan blanco y pálido deja caer sus migas como si fueran lágrimas; donde la ropa a medio lavar y secar se encontraba tirada por todos los rincones; allí las bebidas eran servidas en cubos y todo tenía sugestión y ritmo de artesas, era difícil qu6 se pudiera cumplir con la promesa que rezaba el emblema de la posada del «Carro Entoldado»: de prestar esmerada atención y cumplido cuidado al hombre y a la bestia. A pesar de ello, el hombre, en este caso, no era exigente, se sirve lo que le dan y sigue su camino, después de haber tomado un descanso mucho más largo del que le es necesario.

Se detiene luego a un cuarto de milla de la posada, vacilante entre seguir la ruta o un sendero entre dos setos, que costea el flanco de una colina. Se decide por este último y lo asciende con un poco de fatiga, porque la pendiente es brusca y el camino estrecho y de profundas huellas que lo hacen más difícil. Su marcha se hace más dificultosa, cuando advierte que lo siguen… Como siente que los pasos se aproximan, y son más ligeros que los suyos, se detiene sobre una de las laderas para dar paso. Entonces los hombres que caminan tras él hacen algo raro. Sólo cuatro de ellos pasan adelante; los otros moderan el paso y se detienen como vacilando en seguirlo, cuando éste reanuda la marcha; el resto del grupo, media docena de personas, más o menos, vuelven sobre sus pasos y se alejan rápidamente.

Neville mira a los cuatro hombres que se le han adelantado, luego a los que quedan detrás, y todos le sostienen la mirada; él reanuda su marcha y los que van delante lo imitan, volviendo sin cesar la cabeza.

Cuando desde el estrecho sendero desembocan todos por la pendiente de la colina, mantienen el mismo orden, observa, él que todos sus movimientos son seguidos e imitados. No hay duda que estos individuos lo vigilan. Se detiene como para hacer una última prueba y todos se detienen.

—¿Por qué me siguen de este modo? —pregunta a todo el grupo—. ¿Son ustedes una gavilla de ladrones?

—No le contesten —dice uno de la partida, a quien Neville no puede identificar—. ¡Manténgase tranquilo, señor!

—¿Que me mantenga tranquilo? —repite Neville—. ¿Quién ha dicho eso?

Nadie responde.

—¡Buen consejo! Cualquiera sea el bribón que lo haya dado —continúa colérico— no pienso dejarme atrapar por estos cuatro sujetos que me preceden y estos otros cuatro que me siguen. ¡Quiero pasar! ¿Entienden?

Cuando Neville se detiene, ellos también lo hacen.

—Si ocho hombres, o cuatro, o dos, atacan a uno —prosigue el joven cada vez más indignado—, el que está solo no tiene otra alternativa que defenderse como pueda de sus adversarios. Y… ¡por Dios que lo haré si me obstruyen por más tiempo el camino!

Levantando en alto su pesado bastón, se abalanza sobre los hombros que están a su frente. Uno de ellos, el más fuerte, le rodea diestramente el cuerpo con el brazo y ambos ruedan por tierra, no antes de que el pesado bastón caiga con fuerza una vez más.

—¡Déjenlo hacer! —grita aquel hombre a los otros con voz ahogada, mientras luchan juntos sobre el pasto—. ¡Combate leal! En comparación a mí tiene la complexión de una niña y además lleva un peso sobre la espalda. ¡Déjenlo! Yo me encargaré de él.

Ruedan uno sobre el otro dando y recibiendo golpes que les ensangrientan las caras. Después el hombre retira su rodilla del pecho de Neville y se incorpora diciendo:

—¡Vamos! Tómenlo del brazo dos de ustedes.

Lo hacen así inmediatamente.

—En cuanto a ser nosotros una banda de forajidos, señor Landless —dice el hombre, enjugándose la sangre que le baña el rostro— sabrá usted algo al respecto antes de mediodía. De no provocarnos usted, no lo hubiéramos agredido. Vamos a llevarlo hasta el camino real, donde encontrará ayuda contra los forajidos si la necesita… ¡Que alguno de ustedes le enjugue la cara y vea si tiene alguna otra herida!

En cuanto le secan la cara, Neville reconoce en el que habla a Joe, el conductor del autocar de Cloisterham, al que había visto una sola vez el día de su llegada.

—Lo que le recomiendo, por el momento, es que no hable, señor Landless. Encontrará usted un amigo que lo aguarda en la carretera. Éste se adelantó a nosotros por; otro lugar, cuando nos separamos en dos grupos; y es mucho mejor para usted que no diga nada hasta que se tope con él. ¡Que alguien recoja el bastón, y vamos andando!

Neville, muy perplejo, mira con asombro en torno de sí y no dice palabra. Avanza como en un sueño, caminando entre los dos hombres que lo conducen sosteniéndolo.

Llegado al camino real, se encuentra ante un pequeño grupo, entre los que se cuentan los sujetos que poco antes se habían separado de sus perseguidores, destacándose la figura del señor Jasper y del canónigo Crisparkle. Por deferencia al señor Crisparkle, los individuos que conducen a Neville lo dejan en libertad.

—¿Qué significa todo esto, señor? ¿Qué es lo que sucede? ¡Siento como si hubiera perdido la razón!… —exclama Neville, mientras se estrecha el círculo que lo rodea.

—¿Dónde está mi sobrino? —pregunta en tono severo el señor Jasper.

—¿Que dónde está su sobrino? —repite Neville—. ¿Por qué me dirige usted a mí esa pregunta?

—Le pregunto a usted —dice insidiosamente Jasper —porque usted es la última persona en cuya compañía se le ha visto esta noche y no se le encuentra…

—¿Que no se le encuentra? —grita el joven, estupefacto.

—Calma… calma —aconseja el señor Crisparkle—. Permítanme señores… Neville; está usted muy perturbado… ¡Serénense! Es muy importante que pongan en orden sus pensamientos. ¡Presten atención!

—¡Trataré de hacerlo, señor; pero estoy como loco!

—¿Usted abandonó anoche la casa del señor Jasper en compañía de Edwin Drood?

—Sí…

—¿A qué hora?

—¿Era… hacia media noche?… —pregunta Neville, pasándose la mano por su confusa cabeza, como para recordar y apelando a Jasper.

—Exacto —dice el canónigo menor—. Es la hora que me ha indicado el señor Jasper. ¿Fueron ustedes juntos hasta el río?

—Precisamente. Fuimos para ver los estragos que causaba el viento.

—¿Qué hicieron de inmediato? ¿Cuánto tiempo permanecieron en ese lugar?

—Alrededor de diez minutos. No creo que fueran más. Después caminamos juntos hasta su casa, y se despidió de mí en la puerta.

—¿Mencionó que tenía la intención de regresar junto al río?

—No.

Los circunstantes se miran unos a otros y todos observan al señor Crisparkle a quien Jasper, que hasta ese momento ha estado pendiente de Neville, dice en voz baja, pero clara y suspicaz:

—¿Qué son esas manchas que tiene en la ropa?

Todos los ojos se fijan en las manchas de sangre que Neville tiene sobre su ropa.

—Y observen; las mismas manchas de sangre se encuentran en el bastón —dice Jasper, tomando el bastón de la mano del hombre que lo lleva—. Me consta que este bastón le pertenece y lo llevaba anoche. ¿Qué significa esto?

—¡En el nombre de Dios! ¿Qué significa todo esto, Neville? —insta el señor Crispártele.

—Ese hombre y yo —dice el joven, señalando a su reciente contrincante— hemos luchado hace un momento por la posesión del bastón, y usted podrá ver en él las mismas marcas que yo tengo. ¿Qué podía yo suponer al verme asediado por estos sujetos? ¿Cómo iba a imaginar la verdadera razón de su conducta, cuando se negaban hasta a dirigirme la palabra?

Los hombres en cuestión, admiten que les había parecido más prudente guardar silencio sobre la pelea que en efecto tuvo lugar. No obstante, los mismos hombres que presenciaron la lucha miran sombríamente las manchas de sangre que el viento frío secara en las ropas de Neville.

—Debemos volver a la ciudad, Neville —dice el señor Crisparkle—; me imagino que estará usted deseoso de justificarse.

—Así es, señor.

—Landless caminará a mi lado —dice el canónigo menor, mirando en torno—. ¡Venga, Neville!

Inician así la marcha de regreso; y los otros, con excepción de uno de ellos, los siguen a prudente distancia. Jasper camina al otro lado del joven, y durante todo, el trayecto mantiene la misma posición. Guarda silencio, en tanto que el señor Crisparkle vuelve a insistir en sus primeras preguntas, a las que Neville da las mismas respuestas, mientras ambos aventuran conjeturas explicativas del caso.

Nada puede romper el obstinado silencio de Jasper, aunque el canónigo lo ha invitado varias veces a terciar en la conversación, sin conseguir, a pesar de todo, alterar la indescifrable expresión de su rostro. Cuando llegan a Cloisterham, el señor Crisparkle sugiere la idea de encaminarse directamente a casa del alcalde.

Jasper aprueba inclinando la cabeza con gesto severo; pero no pronuncia una palabra hasta el momento en que se encuentran en el gabinete del señor Sapsea.

Informado el alcalde por el señor Crisparkle de las circunstancias por las cuales desean hacer una exposición del asunto, el señor Jasper rompe el silencio para declarar que él tiene la más absoluta confianza —humanamente hablando— en la sagacidad del señor Sapsea; que no existía ninguna razón plausible para que su sobrino se alejara tan súbitamente, a menos que el señor Sapsea intuyera alguna, que, en este caso, él aceptaría. Agrega que no ve ninguna probabilidad de que Edwin regresara otra vez junto al río y que se hubiera ahogado por accidente, siempre que esto le pareciera posible al señor Sapsea, en cuyo caso lamentaría tener distinta opinión. Según él, no deseaba abandonarse a horribles presunciones, a menos que, a juicio del señor Sapsea, semejante sospecha debiera dirigirse al último compañero de su sobrino antes de su desaparición, considerando que los dos jóvenes estaban anteriormente en malos términos.

El maestro de coro agrega también qe la disposición de su espíritu, turbado por dudas y sacudido por el choque de funestas aprensiones, no podía tener, naturalmente, la misma juiciosa serenidad que el ánimo del señor Sapsea.

Sapsea expresa la opinión de que el asunto se presenta bajo un aspecto bastante sombrío. En resumen —y sus ojos se fijan en el rostro de Neville—: el joven tiene un tipo muy distinto al inglés. Y a partir de este momento, el señor Sapsea se pierde en un laberinto de desatinos por demás embrollados y en extremo absurdos, aun para ser expresados por un alcalde. El señor Sapsea, mientras discurre hace este brillante descubrimiento: «Que tomar la vida de un semejante, es disponer de algo que no nos pertenece». Confiesa que también vacilaba sobre un punto: si expediría o no una orden de encarcelamiento contra Neville, que inspiraba bajo esas circunstancias tan graves sospechas.

Puede que hubiera llevado las cosas hasta ese extremo, sin las protestas indignadas del canónigo, que interviene en favor del joven que habita en su casa, y promete encargarse de conducirlo y acompañarlo personalmente a cualquier lugar adonde se le citara.

Entonces el señor Jasper se pone de pie y dice que él comprende muy bien al señor alcalde; que este magistrado se propone hacer dragar el río y explorar minuciosamente sus márgenes; enviar los detalles de la

desaparición de Edwin a las ciudades de los alrededores y a Londres; hacer redactar carteles y edictos distribuyéndolos profusamente, en los cuales se suplicará a Edwin Drood, si razones desconocidas lo habían inducido a abandonar la casa y la compañía de su tío, tuviera piedad de este pariente que lo amaba tanto y le hiciera saber de algún modo que aún estaba vivo.

El señor Sapsea afirmó que era lo correcto, que Jasper lo comprendía a la perfección y que eso era precisamente lo que deseaba expresar… aunque no se le oyó decir una palabra.

Las disposiciones sugeridas por Jasper fueron tomadas en seguida.

Sería difícil determinar cuál de los dos estaba más perturbado por el horror y la sorpresa: si Neville Landless o Jack Jasper.

La situación de Jasper lo obligaba a ser activo, mientras que la de Neville lo forzaba a la pasividad; pero ambos parecían deshechos y anonadados.

Con los primeros albores del día siguiente, los obreros comenzaron a dragar el río, y otros hombres, de los cuales la mayor parte ofrecían voluntariamente sus servicios, exploraban las márgenes. Durante todo el día continuaron la búsqueda en el río, con barcas y ganchos, dragas y redes sobre las márgenes cenagosas, con grandes manojos de cohetes, hachas, azadas y cuerdas; los perros buscaban el rastro. Por la noche el río apareció cubierto de linternas y de luces. Los recodos bañados por la marea ascendente estaban llenos de observadores, atentos al ruido del agua, tratando de cerciorarse si no arrastraba algún cuerpo extraño.

Los diques cercanos al mar fueron registrados también con ayuda de luces. Llegó la aurora de un nuevo día, y no se pudo hallar el menor rastro de Edwin Drood. Durante toda esta segunda jornada, la búsqueda continuó por entre los juncos de la ribera. Jasper no escatimaba esfuerzos, trabajando a la par de los demás, y en ese día tampoco se encontraron ni vestigios del desaparecido. Dejando organizado el turno de observadores para esa noche, para que con ojos vigilantes acecharan el más leve cambio de la marea, regresó a su casa extenuado… desaliñado… las ropas manchadas de barro seco y hecha jirones. Acababa de dejarse caer sobre su sillón, cuando el señor Grewgious se presentó ante él.

—Esta es una noticia muy extraña —dice el señor Grewgious.

—¡No solamente extraña, sino espantosa!

Jasper apenas si puede levantar los párpados, pesados por el cansancio, y mientras se deja caer rendido a un costado del sofá, los vuelve a entornar. El señor Grewgious se pasa la mano por el rostro y el cabello, según su costumbre, y se queda contemplando meditativamente el fuego.

—¿Cómo está su pupila? —pregunta Jasper, con voz fatigada y opaca.

—¡Pobre pequeña! Se puede imaginar usted en qué condiciones se halla.

—¿Ha visto usted a su hermana? —inquiere el músico, en el mismo tono.

—¿A la hermana de quién?

La sequedad de esta pregunta a modo de respuesta, la manera lenta y fría con que el señor Grewgious, quitando la mirada del fuego, la posa sobre el rostro de Jasper, hubiera tenido en otro tiempo el don de exasperarlo. Pero en el anonadamiento en que está, sólo atina a decir lo siguiente:

—Del joven sospechoso…

—¿Sospecha usted de él, verdaderamente? —le pregunta el señor Grewgious.

—No sé qué pensar… no tengo una idea fija ni formada…

—Ni yo tampoco —dice el señor Grewgious—, pero como usted dice: «joven sospechoso», yo pensé que usted ya tendría su opinión hecha. Acabo en este mismo momento de separarme de la señorita Landless.

—¿Cómo se encuentra ella?

—Ella refuta todas las opiniones desfavorables para él; tiene una confianza sin límites en su hermano.

—¡Pobre muchacha!…

—No obstante —prosigue el señor Grewgious—, no es para hablarle de ella para lo que he venido, sino para hablarle de mi pupila. Tengo algo que comunicarle que lo sorprenderá. Al menos para mí, fue una gran sorpresa.

Jasper, suspirando, se mueve penosamente en su asiento.

—¿Quiere usted que deje para mañana lo que tengo que comunicarle?… Reflexione, porque lo que voy a contarle es de tal naturaleza que lo asombrará muchísimo.

Una viva expresión de interés y curiosidad asoma a los ojos de Jasper. Mientras observa al señor Grewgious, se enjuga la frente y mira al fuego con los labios contraídos

—¿De qué se trata? —pregunta, incorporándose en su asiento.

—Es seguro —dice Grewgious, con lentitud provocativa, como si estuviera hablando a solas— que pude haberlo sabido antes… Rosa me anticipó algo al respecto, pero soy un hombre tan simple, tan ingenuo, que nunca me hubiera imaginado eso; veía todo como convenido sin discusión.

—¿Pero de qué se trata? —vuelve a preguntar Jasper.

Abriendo y cerrando las manos, como si las calentara junto al fuego, el señor Grewgious lo observa sin desviar por eso la mirada, y acaba por decidirse a contestar.

—Esa joven pareja… el joven desaparecido y Rosa, mi pupila, que desde hace tanto tiempo estaban de novios y que parecían, desde hace tanto, haber aceptado el compromiso que los unía, en la víspera de la boda…

El señor Grewgious ve ante sí un rostro pálido, azorado, con los labios blancos y temblorosos y las manos cubiertas de barro, oprimir una frente ceñuda…

—… esa joven pareja —continúa éste— ha llegado gradualmente a descubrir, reflexionando cada uno por su cuenta, me imagino, que se encontrarían mucho mejor y más felices en el presente y en el porvenir, viviendo como buenos amigos o, más bien, como verdaderos hermanos en lugar de como marido y mujer.

El señor Grewgious observa el rostro que tiene ante sí, cubierto de gruesas gotas de sudor.

—Los dos seres que forman esta joven pareja —continúa diciendo— han tomado, al final, la sensata resolución de participarse mutuamente su descubrimiento, franca, razonable y tiernamente. Se dieron cita con esa intención, y después de cambiar algunas generosas e inocentes palabras, se pusieron de acuerdo para romper el vínculo que existía entre ellos, y eso definitivamente y para siempre.

El señor Grewgious pudo notar que una especie de fantasma se levantaba del sillón.

—Uno de estos dos jóvenes —agrega él—, su sobrino, señor Jasper, temía que la ternura de su afecto fuera cruelmente probada por la desilusión que sufriría usted, al conocer un cambio tan rudo en su existencia, y había resuelto diferir por algunos días esta explicación. Él me encargó la misión de revelárselo cuando ya estuviera lejos. Aquí estoy; yo le hablo y él ha partido.

El señor Grewgious vio el espectro echar la cabeza hacia atrás y girar sobre sí mismo.

—Ahora le he dicho todo lo que tenía que decirle, con la salvedad que los dos jóvenes se separaron con firmeza, no sin antes derramar muchísimas lágrimas, la misma noche que usted los sorprendió juntos por última vez.

Se oyó un grito terrible…

Grewgious no vio ya al fantasma ni de pie ni sentado, sino un montón de ropa enlodada y hecha jirones que yacía en el suelo.

Sin cambiar en nada sus maneras habituales, abrió y cerró las manos como si las calentara junto al fuego… y miró pensativamente el suelo.

CAPÍTULO XVI

SACRIFICADO

Al volver en sí, Jasper se encuentra atendido con solicitud por los esposos Tope, llamados por el señor Grewgious con ese objeto. Éste mantiene su aspecto impasible, semejante a una esfinge tallada en piedra. Sentado en el mismo lugar, continúa en la misma tiesa postura, con las manos sobre las rodillas, observando al enfermo, que va recobrándose poco a poco.

—¡Ya!… ¡Está usted reaccionando muy bien, señor! —le dice la melindrosa señora Toce con tono compasivo—. Eran tales su cansancio y agotamiento, que no es de sorprenderse que haya perdido el sentido.

—Un hombre —opina el señor Grewgious, como repitiendo una lección— no puede privarse del sueño, sentir su espíritu cruelmente atormentado y el cuerpo rendido por la fatiga, sin quedar exhausto.

—Mucho me temo haberles alarmado —se disculpa Jasper, con voz muy débil, mientras le ayudan a sentarse en un sillón.

—No se preocupe… Gracias —responde amablemente Grewgious.

—¡Es usted demasiado considerado!

—No se preocupe… ¡Gracias! —vuelve a decir Grewgious.

—Ahora, señor —le dice la señora Tope—, debe usted beber un poco de vino y probar la jalea que le ofrecí a mediodía y que no quiso aceptar; yo le advertí lo que le sucedería cuando se negó también a tomar el desayuno; le traeré además un poco de pollo asado, que he debido poner y sacar del horno por lo menos veinte veces. Todo estará listo dentro de cinco minutos, y espero que este amable señor tendrá a bien acompañarle.

El amable señor responde con una especie de bufido, que puede interpretarse tanto afirmativa como negativamente, y cuya expresión la señora Tope hubiera desaprobado si no fuera que está concentrada en poner la mesa.

—¿Quiere usted acompañarme y probar algo? —pregunta Jasper, una vez sentado a la mesa.

—No se preocupe… Gracias. ¡No podría probar bocado! —responde Grewgious.

Jasper come y bebe voraz y ávidamente. La rapidez con que lo hace, unida a la manifiesta indiferencia de su paladar por el sabor de la comida, da la impresión de que sólo busca reparar sus fuerzas. Entretanto, el señor Grewgious lo observa en silencio: su rostro carece de toda expresión; imperturbable en su rudeza, parece pensar: «¿Qué puedo decir?… ¿Qué palabra adecuada encontrar en semejante situación?… ¡Ninguna!».

—¿Sabe usted —dice Jasper, apartando el plato y el vaso, después de guardar un corto silencio—, sabe usted que he encontrado un poco de consuelo en lo que usted acaba de decirme y que me ha sorprendido tanto?

—¿De veras? —interroga el señor Grewgious, mientras piensa interiormente, sin repetir la siguiente frase: «¡Por cierto que no se lo agradezco!».

—Repuesto de la conmoción que acabo de sufrir al saber la desaparición de mi querido pupilo, me llega una noticia que desmorona todos los castillos en el aire que yo había forjado sobre su porvenir, pero al mismo tiempo concibo la esperanza de poder encontrarlo…, y esto me proporciona un poco de consuelo.

—Me alegra mucho —dice secamente el señor Grewgious.

—Le diré algo, señor Grewgious, y si me engaño, adviértalo y abrevie así mi sufrimiento. ¿No existiría la

posibilidad de que Edwin, encontrándose en esta nueva situación, libre y sin ataduras sentimentales, y considerando lo ingratas que resultan las explicaciones en estas circunstancias, hubiese decidido huir para evitarlas?

—Podría suceder —contesta el señor Grewgious, reflexionando.

—Cosas así han ocurrido. He leído casos en los que una persona, antes de arrostrar una semana de incertidumbre y tener que explicar su actitud a preguntones ociosos e impertinentes, se ha alejado por mucho tiempo, sin dar señales de vida.

—Cosas así han sucedido —repite el señor Grewgious, reflexionando todavía.

—Cuando yo no sospechaba ni podía imaginar nada parecido —prosigue Jasper, aferrado a esta nueva pista—; cuando yo ignoraba que el muchacho desaparecido me ocultaba algo y sobre un hecho tan trascendental, mi espíritu abatido se encontraba en la obscuridad más desamparada. Cuando yo suponía, estando su novia aquí, que la boda era inminente, ¿cómo iba a concebir siquiera la posibilidad de que por propia decisión abandonara este lugar en condiciones tan inexplicables, tan crueles y arbitrarias? Pero ahora que usted me ha enterado de lo ocurrido, ¿no le parece que hay una pequeña hendidura por donde nos llega un poco de luz? Suponiendo que Edwin partiera; por su propia voluntad, la desaparición ¿no sería más explicable? El hecho de haber roto su compromiso con Rosa es en sí mismo una razón poderosa que justificaría su actitud. También es verdad que no por eso su misteriosa desaparición es más consoladora para mí; pero la libra de toda posible crueldad.

El señor Grewgious asiente mecánicamente.

—En cuanto a lo que a mí concierne —continúa Jasper, siguiendo la nueva pista con ardor y lleno de esperanza—, él

sabía que usted vendría, que había aceptado la misión de informarme. Si al cumplirla consiguió usted despertar en mí un nuevo orden de ideas, antes muy confusas, es lógico que Edwin haya previsto las consecuencias de esa información, es muy probable que haya sido así…; pero suponiendo que no existiera esa razón…, ¿quién soy yo, después de todo? Jack Jasper, profesor de música…, del que muy bien se puede prescindir.

El señor Grewgious, una vez más, no puede menos que asentir.

—Yo he tenido sospechas, horribles sospechas… —dice Jasper—, pero con lo que usted me ha revelado, por más abrumadora que sea la verdad, el pensar que ese querido muchacho me ocultaba un secreto, pues sabía cuánto significaba él para mí, enciende una nueva esperanza en mi espíritu, y usted, lejos de apagarla, la acrecienta al admitir su sola desaparición. Me inclino a pensar —termina diciendo— que es muy posible que se encuentre seguro y con salud.

En ese momento entra el señor Crisparkle; los saluda y toma asiento junto a ellos. Jasper dice entonces, dirigiéndose al recién llegado:

—Estaba diciéndole al señor Grewgious que empiezo a creer que mi sobrino ha desaparecido por su propia voluntad y que se encuentra bien.

—¿Qué lo ha hecho cambiar de idea? ¿Por qué piensa usted así? —le pregunta el canónigo.

Jasper entonces repite los mismos razonamientos que acaba de exponer. Así no le parezcan muy convincentes, el espíritu del buen señor Crisparkle los acepta gustoso, puesto que con ello queda libre de sospecha su pobre pupilo. También él asigna mucha importancia al hecho de que la desaparición de Edwin coincidiera con un cambio tan brusco en su vida, y

le parece que los hechos se presentan bajo un aspecto nuevo y más favorable.

—Yo declaré ante el señor Sapsea, cuando nos presentamos en la alcaldía —dice Jasper— que no hubo disputa ni desacuerdo entre los dos jóvenes la noche de su última entrevista en mi casa; muy distinto, por cierto, al encuentro anterior, que, como todos sabemos, estuvo muy lejos de ser amistoso. La última noche que pasaron conmigo fue tranquila y cordial, a pesar de que mi muchacho no estaba en su humor acostumbrado, pues lo noté abatido. Insisto en esta impresión, puesto que ahora sabemos que había un motivo particular para su abatimiento: el mismo quizá que pudo llevarlo a refugiarse lejos de mí.

—¡Quiera Dios que sea así! —exclama el canónigo.

—¡Quiera Dios que sea así! —repite el eco de Jasper—. Usted sabe, y el señor Grewgious no puede ignorarlo, que yo concebí contra el joven Landless una gran aversión, provocada por la violencia de su conducta en aquel desdichado primer encuentro. Usted sabe que fui a verlo muy alarmado por la impetuosidad de ese muchacho; que tenía un oscuro presentimiento y que hasta lo anoté en mi diario, pasajes que leí a usted. Yo desearía que el señor Grewgious estuviera al corriente de todos los pormenores de este asunto; él no debe, por una omisión de mi parte, ignorar algunos aspectos que pueden ser importantes. Yo quisiera que fuera lo suficientemente benévolo para comprenderme, y repito que la noticia que me ha comunicado ha sido provechosa para mi espíritu, no obstante la idea preconcebida que me había indispuesto contra el joven Landless.

Este gesto de lealtad deja confundido al canónigo, que se reprocha a sí mismo no haber procedido con igual franqueza; lamenta haber silenciado dos puntos: el rapto de cólera de Neville contra Edwin Drood y los celos que la conducta del joven hacia su rival hacen presumir. Está convencido de la

inocencia de Neville y persuadido de que su pupilo nada tiene que ver con la desconcertante desaparición de Drood; desdichadamente, muchos pequeños sucesos se suman contra el acusado, y el canónigo teme aumentar su importancia si habla.

Siempre ha sido profundamente sincero; pero en esos momentos su espíritu se encuentra agitado y perplejo. Duda en dar a conocer las dos razones que ha callado voluntariamente, y teme aumentar con esa actitud la confusión y las sospechas que pesan sobre el pobre joven.

En todo caso, tiene un ejemplo ante sí que lo invita a imitarlo. No duda, pues, por más tiempo, y se dirige especialmente al señor Grewgious como a la persona más investida de autoridad, a causa de haber sido elegido intermediario entre los dos jóvenes para una revelación tan importante.

A las primeras palabras del canónigo, el señor Grewgious, cuyo aspecto es grave y tieso habitualmente, se yergue más severo todavía.

Crisparkle, entonces, somete al sentimiento de justicia del señor Jasper los hechos por él conocidos; después expresa su confianza en la inocencia de Neville, al cual espera ver de un momento a otro libre de toda sospecha. Confía en el joven, no obstante reconocer en él un temperamento díscolo e irritable, exacerbado en esos momentos por la actitud del sobrino de Jasper para con Rosa, a quien Neville admiraba apasionadamente.

La saludable reacción que se advierte en Jasper muda de pronto ante esta inesperada revelación. Se torna más pálido; pero insiste en su intención de continuar aferrado a la esperanza proporcionada por el señor Grewgious, ya que no se encuentra ningún rastro del joven, ni indicio del que pudiera inferirse la acción de una mano criminal. Defendería, mientras

le fuera posible, la idea de que Edwin se hubiera ocultado deliberadamente.

Y así se explica por qué el señor Crisparkle, al salir de esta reunión que tanto ha inquietado su espíritu, y hallándose tan preocupado por la suerte del joven que retiene en su propia casa como prisionero, realiza esa noche aquel paseo memorable que lo lleva hasta las esclusas de Cloisterham.

Ha hecho con frecuencia este paseo, y puede decirse que sus pasos toman naturalmente esa dirección. La preocupación de su espíritu es tan honda, que nol presta atención a los lugares por donde atraviesa, y no advierte que se encuentra junto a la esclusa hasta que oye el ruido del agua al caer.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?» —es el primer pensamiento que lo asalta al detenerse—. «¿Por qué he venido a este lugar?» —torna a preguntarse.

Escucha silenciosamente el rumor del agua, que resuena en sus oídos como el pasaje muy conocido de una lectura familiar; nombres humanos en una etérea lengua y sílabas aisladas llegan a él tan claramente, que con un gesto maquinal las aparta con la mano como si fueran tangibles.

Las estrellas brillan en el cielo. La esclusa se encuentra a dos millas más arriba del lugar donde estuvieron los jóvenes observando la tormenta.

Ningún rastreo se ha hecho aún en ese sitio, porque la corriente es tan fuerte y rápida que los lugares donde sería más probable encontrar un cadáver —sí un accidente fatal ocurriera — se encuentran, por el flujo y reflujo de la marea, entre este mismo punto y el mar.

El agua pasa por encima de la esclusa con su fragor habitual en esa noche fría y estrellada.

De pronto el canónigo tiene la extraña sensación de que algo de insólito hay en el aspecto de ese lugar. Se dice a sí

mismo:

«Si hay algo… ¿qué es?… ¿Cuál de mis sentidos es el que percibe esta sensación confusa?». Presta atención, pero sólo oye el rumor del agua al pasar por encima de la esclusa. Sabe muy bien que la duda que tortura su espíritu basta para confundirlo y transmitir al paisaje cierta sensación de embrujamiento. Sólo ha tenido una especie de alucinación… Aguza su penetrante mirada de águila, y acercándose más a la esclusa escudriña los postes y las vigas, que le son tan familiares. No ve nada anormal. A pesar de todo, se promete volver por la mañana siguiente bien temprano.

El pensamiento de la esclusa absorbe su agitado e interrumpido sueño durante toda la noche, y regresa al amanecer. Es una mañana fría, y los campos están cubiertos de escarcha. Idéntico aspecto tiene aquel lugar, que ofrece la máxima visibilidad hasta en sus más mínimos detalles. Continúa observándolo por algunos instantes, y ya se dispone a abandonarlo y apartar su mirada, cuando ésta es atraída súbitamente por un punto… Descansa su vista en el lejano horizonte, y la vuelve fijamente hacia aquel lugar. Ya no puede apartar su atención de aquel pequeño punto que lo fascina. Comienza a quitarse el saco, pues se le ocurre que en aquel rincón de la esclusa algo reluce inmóvil y brillante por el reflejo de las aguas.

Asegúrase antes de que su vista no lo engaña, y despojándose de sus vestidos se deja caer en las aguas y nada hasta el sitio que lo atrae. Escalando entonces los postes, retira un reloj unido a su cadena de oro de entre las grietas de las maderas. Este reloj tiene grabadas en la tapa las iniciales E. D.

Lo lleva hasta la orilla, y nada de nuevo hasta la esclusa, escalándola para zambullirse otra vez. Conoce palmo a palmo el lugar donde está sumergiéndose una y otra vez, hasta que el frío intenso de las aguas se le hace intolerable. Su esperanza es, sin duda, encontrar el cuerpo del joven desaparecido, pero

sólo halla un alfiler de corbata prendido entre el barro y las algas del fondo de la esclusa.

Con estos dos elementos se dirige a Cloisterham, y llevando consigo a Neville Landless, va derechamente a la alcaldía. Se llama al señor Jasper, que reconoce el reloj y el alfiler. Neville es detenido. Las más calumniosas, perversas y salvajes acusaciones se ensañan contra él. Dícese que es de una naturaleza tan vengativa y violenta que, de no mediar la influencia de su pobre hermana, que no lo pierde de vista, hubiera caído cada día bajo una nueva acusación criminal. Antes de venir a Inglaterra había hecho azotar a los nativos nómadas dispersos en África, Asia, las Indias Holandesas y el polo Norte, a quienes en Cloisterham los suponían, vagamente, ser todos negros. Los imaginaban, sin embargo, de grandes virtudes y llamándose a sí mismo en primera persona: «mí»; y a los demás: «patroncita» o «patronato»; o leyendo artículos intrincados en un inglés chapurreado, aunque conociéndolos perfectamente en su pura lengua materna.

Había hecho Neville casi morir de pena a la buena señora Crisparkle, y jurado «que haría descender hasta la tumba sus blancos cabellos».

Estas originales expresiones pertenecían al señor Sapsea.

Había repetido muchas veces que atentaría contra la vida del señor Crisparkle, y otros decían que contra la vida de todos sus semejantes, quedando él como único sobreviviente en esta tierra. Sin embargo, le había conducido desde Londres a Cloisterham un eminente filántropo. ¿Y por qué?

Los más eminentes y caritativos hombres pueden tener miedo alguna vez. Éste había preferido exponer la vida del canónigo antes que la suya propia.

Tan groseras y fantásticas calumnias no podían herir mortalmente la sensibilidad de Neville, pero debía afrontar también tiros más certeros y precisos. Se decía que había

amenazado al joven desaparecido y, según lo expresado por su fiel amigo y preceptor, que tanto hacía por su bien, había alimentado en su pecho, sin embargo, una amarga animosidad, creada y avivada por él mismo, contra el predestinado muchacho.

Se había armado de un arma ofensiva en esa noche fatal, y partido de mañana temprano, después de disponer sus preparativos de marcha. Se habían encontrado sobre sus ropas rastros de sangre, que podían tener su origen en la causa por él indicada y también en otros motivos. El registro practicado en su dormitorio por orden judicial ponía en evidencia que había quemado todos sus papeles y ordenado cuanto le perteneciera la tarde misma que había precedido a la ejecución del crimen. El reloj encontrado en la esclusa fue reconocido por el joyero como el mismo que había revisado para el señor Edwin Drood a las dos horas y veinte minutos de esa misma tarde. Según la misma opinión del joyero, el reloj había consumido totalmente su cuerda, sin que hubieran vuelto a dársela nuevamente. Esto justificaba la hipótesis, bastante favorable, de que este reloj le había sido quitado a Edwin poco después de haber abandonado la casa del señor Jasper, a medianoche, en compañía de Neville, y que había sido arrojado al lugar donde fue descubierto, luego de haber sido conservado durante algunas horas en algún otro sitio.

¿Por qué había sido arrojado allí? Si Edwin había sido asesinado y hábilmente desfigurado; si el crimen permaneciera oculto para que el asesino pudiera confiar en la imposibilidad de comprobar su identidad, era preciso, sin embargo, eliminar los objetos que la víctima llevaba encima. El asesino debió pensar, por consiguiente, en hacer desaparecer los más conocidos y más fácilmente identificables, es decir, el reloj y el alfiler de corbata.

En cuanto a las ocasiones que podría haber encontrado para arrojarlos al río, si las sospechas recaían sobre él, eran

fáciles de explicar, ya que había sido visto por muchas personas vagando solo por esos lugares de la ciudad con aire siniestro y ausente.

En cuanto a la elección del lugar donde fueron arrojados, poca trascendencia le había dado, ya que era preferible que se hallaran en cualquier parte antes que sobre sí mismo.

Tocante al propósito de reconciliación que se buscó al concertar la entrevista entre ambos jóvenes, poco beneficio redundó en favor del joven Landless, puesto que ese deseo no había partido de él, sino del señor Crisparkle, a cuyo vehemente ruego debió rendirse el acusado. ¡Y quién sabe con qué repugnancia y mala disposición de espíritu había accedido Neville a esas instancias al aceptarlas!

Cuanto más se examinaba la situación, más comprometida aparecía en todos sus puntos. La idea primeramente admitida de que el joven se hubiese ocultado por su propia voluntad, se debilitaba ahora ante la deposición de la joven de quien se había separado recientemente. Ella había declarado expresamente, al ser interrogada, lo que positivamente se había convenido entre ellos: «Debían esperar la llegada del tutor, señor Grewgious; y sin embargo Edwin había desaparecido antes de dicho arribo. La probabilidad de estas sospechas, tan expresamente formuladas, fue causa suficiente para la detención de Neville, y por todas partes se activó la búsqueda del cadáver».

Jasper trabajaba ardorosamente día y noche, pero la búsqueda resultó infructuosa. Y no pudiéndose comprobar por ningún indicio acusador la muerte del desaparecido joven, fue necesario poner en libertad al supuesto asesino.

La consecuencia de esta medida fue acertadamente prevista por el señor Crisparkle. Neville dejó la ciudad; los habitantes lo eludían, y era evidente que trataban de desembarazarse de su presencia. Y esto no era todo. La

delicada figura de porcelana de China estaba atrozmente atormentada. Temía por su hijo, y es imposible describir su estado de excitación ante la idea de tener bajo su mismo techo un huésped semejante.

Por otra parte, la autoridad a la que el canónigo debía oficialmente recurrir en esta circunstancia, había decidido el problema.

—Señor Crisparkle —le había dicho el Dean—, la justicia humana puede equivocarse; pero es necesario obrar según sus dictados. El tiempo en que se refugiaba uno en un santuario, ya ha pasado. Ese joven no puede gozar del derecho de asilo entre nosotros.

—¿Quiere usted decirme que este joven debe dejar mi casa, señor?

—Señor Crisparkle —contestó el prudente Dean—: Lejos de mí la pretensión de ejercer ninguna autoridad en su casa. Yo conversos simplemente con usted sobre la penosa necesidad en que usted se encuentra de privar a este joven de las grandes ventajas que hubiera gozado al escuchar sus enseñanzas y consejos.

—Es verdaderamente lamentable, señor —murmuró Crisparkle.

—Muy lamentable —confirmó el Dean.

—Pero si eso es necesario… —balbuceaba el señor Crisparkle.

—Desgraciadamente… usted mismo lo reconoce.

El señor Crisparkle bajó la frente.

—Es duro prejuzgar la posición de este joven, pero comprendo que…

—Precisamente… perfectamente… como lo dice usted, señor Crisparkle… —interrumpió el Dean, moviendo la

cabeza suavemente—. No existe otra alternativa. No cabe duda alguna. Su buen sentido se lo ha demostrado claramente.

—A pesar de todo, yo estoy íntimamente convencido de su perfecta inocencia, señor…

—Bueno… bueno… —dijo el Dean en tono más confidencial, mirando a su alrededor—. Yo no quisiera ser terminante en este juicio. No quisiera afirmar en absoluto. Sobradas sospechas pesan sobre él… No quisiera pronunciarme afirmativamente.

El señor Crisparkle asintió.

—No nos conviene en manera alguna declararnos partidarios de este joven. No debemos tomar esa actitud. Como miembros del clero, debemos conservar nuestros corazones cálidos y nuestras cabezas frías. Nos está encomendado juiciosamente mantenernos en el justo medio…

—Espero, señor, que no tendrá usted que oponer alguna objeción a la declaración que yo he hecho vivamente en público. Estoy convencido de que el señor Drood reaparecerá, si es que recibimos otra nueva sorpresa; confío en que otros acontecimientos iluminarán las tinieblas de este tenebroso asunto.

—Nada de eso… Además, como usted sabe, yo no creo… —respondió el Dean con énfasis, recalcando estas palabras—, yo no creo haber hecho esa declaración tan vivamente como usted. Yo he comprobado todo, sí. Pero no me he expresado vivamente, no. Señor Crisparkle: conservemos en todo momento nuestros corazones cálidos y nuestras mentes frías. Somos miembros del clero. Nada debemos hacer viva o calurosamente.

Y fue así cómo el Rincón del Canónigo no vio más a Neville Landless.

Se fue adonde quiso o adonde pudo, con una mancha deshonrosa en su nombre y en su fama. Entretanto, Jack Jasper retornó a su puesto en el coro. Estaba decaído y sus ojos enrojecidos. Sus esperanzas lo habían abandonado. Había cambiado, su humor era irritable y le asaltaban de continuo negros presentimientos.

Uno o dos días después de los acontecimientos relatados, al despojarse de su bata, sacó del bolsillo su diario, y con una expresiva mirada, pero sin pronunciar palabra, lo tendió al señor Crisparkle para que leyera el siguiente pasaje:

> «Mi querido niño ha sido asesinado. El hallazgo de su reloj y de su alfiler de corbata me afirman en esta convicción. Durante esa noche fatal le han quitado esas alhajas, por temor de que sirvieran para comprobar su identidad. Todas las erróneas esperanzas que yo había concebido sobre su ruptura con aquella que debía ser su esposa las arrojo a los vientos; se desvanecen ante este fatal descubrimiento. Juro, y quiero consignar este juramento en estas páginas, que no discutiré este misterio con nadie antes de tener en mis manos el indicio que me servirá para desentrañarlo. Nunca abandonaré mi silencio y mis investigaciones. Algún día haré recaer la responsabilidad de este crimen sobre el asesino de mi pobre muchacho. Yo me consagro a su exterminación».

CAPÍTULO XVII

FILANTROPÍA PROFESIONAL Y NO PROFESIONAL

Han transcurrido seis meses. El señor Crisparkle, sentado en la sala de espera vecina a la oficina del directorio del Instituto de Filantropía, en Londres, espera que le sea concedida una audiencia por el señor Honeythunder. En los tiempos de estudiante, y cuando aprendía deportes, el señor Crisparkle había conocido algunos profesores del noble arte del boxeo y tomado parte en dos o tres concursos. De este modo ha tenido oportunidad de observar la. conformación frenológica de los profesores de filantropía, y la encuentra de un asombroso parecido con la de los pugilistas. En el desarrollo de los órganos que indican la propensión a abalanzarse sobre sus semejantes, los filántropos resultan francamente favorecidos.

El señor Crisparkle ve algunos profesores que entran y salen con ese aire agresivo característico del púgil listo a medirse para dar una lección a un novicio.

El canónigo evoca sus antiguas reuniones pugilísticas. Sólo en tres aspectos se diferencian estos profesores de los otros. Primero, los filántropos están mal entrenados, demasiado abundantes en carnes y con un exceso de tejido adiposo; segundo, los filántropos no tienen el buen humor de los pugilistas y usan de peor lenguaje; tercero, se impone una revisión de su código de combate, porque los filántropos se permiten, no solamente acorralar a su contrincante contra las cuerdas, sino exasperarlo al grado máximo y golpearlo y pisotearlo una vez caído, en cualquier sitio y de cualquier modo, sin otorgarle gracia. Bajo este último aspecto, los profesores del noble arte del boxeo son mucho más generosos que los profesores de filantropía.

El señor Crisparkle está de tal modo absorbido en sus reflexiones sobre estas semejanzas y desemejanzas, y es tal la

atención que dispensa a todos aquellos que van y vienen, al parecer en misión opositora de quitar y nunca conceder nada a nadie, que por poco no advierte cuando lo llaman.

Cuando por fin responde, es introducido en el despacho del señor Honeythunder por un filántropo de miserable aspecto, mal vestido y mal pagado, que sin duda hubiera tenido mejor suerte sirviendo en la casa de un declarado enemigo de la humanidad.

—Señor —dice el señor Honeythunder con estruendosa voz, como un maestro de escuela que diera una orden a un escolar del que estuviera descontento—, siéntese usted…

El señor Crisparkle toma asiento.

El señor Honeythunder asienta su firma sobre los últimos ejemplares de varios miles de circulares, en las que conmina a sus destinatarios a la ayuda de un cierto número de familias indigentes, bajo la amenaza, si no se hacen filántropos de inmediato, de que el diablo se los lleve.

Otro filántropo andrajoso y asalariado, muy desinteresado, de creer en su sinceridad, junta las circulares en un canasto y sale con ellas.

—Y bien, señor Crisparkle —dice el señor Honeythunder, haciendo girar su sillón hacia el canónigo una vez que quedan solos.

Formando un cuadrado con sus brazos y apoyando las manos en sus rodillas, el filántropo frunce el ceño, como si dijera: «Muy pronto me libraré de usted».

—Y bien, señor Crisparkle —repite—, tenemos diferentes puntos de vista para juzgar de la santidad de la vida humana.

—¿De veras? —responde el canónigo menor.

—Así es, señor.

—¿Puedo preguntarle, señor, cuáles son sus puntos de vista al respecto?

—Yo pienso que la vida humana es una cosa sagrada, señor.

—¿Puedo preguntarle —dice el canónigo con el tono antes usado— cuáles supone usted que son mis puntos de vista al respecto?

—¡Caramba, señor! —responde el filántropo, encuadrando más aún sus brazos y mirando al canónigo hoscamente—. Usted debe saberlo mejor que nadie.

—Admitamos que sea así. Pero usted empezó por decir que teníamos diferentes puntos de vista. En consecuencia, si no lo hubiera dicho usted, debe de haber supuesto cuáles pueden ser los míos en este asunto. Le ruego nuevamente me indique cuáles son, a su juicio, mis puntos de vista.

—He aquí un hombre, un hombre joven —dice el señor Honeythunder, como si el hecho de ser joven empeorara la situación y le fuera más fácil aceptar la pérdida de un hombre maduro— «barrido de la faz de la tierra a raíz de un acto de violencia». ¿Cómo califica usted este acto?.

—Un asesinato.

—¿Y cómo llama usted al que comete este acto?

—Asesino.

—Me complace oírle admitir estas dos definiciones —responde el señor Honeythunder con tono ofensivo—; debo reconocer cándidamente que no esperaba tanto de usted.

Esta frase fue dirigida al señor Crisparkle con toda hostilidad.

—¿Quiere tener la bondad de explicarme qué se propone usted al dirigirme tan incalificables expresiones?

—Yo no ocupo este lugar, señor —responde el filántropo, elevando la voz hasta parecer un rugido—, para que me amenacen.

—Como soy su único interlocutor, nadie mejor que yo puede saberlo —responde con dulzura el canónigo menor—. Pero, estoy interrumpiendo su disertación.

—¡Asesinato! —prosigue el señor Honeythunder con exaltada afectación, los brazos cruzados, afirmando con la cabeza cada una de sus frases, silabeadas con fuerza y gesto teatral—. ¡Es derramamiento de sangre!… ¡Abel! ¡Caín!… Yo no hago alianza con Caín. Rechazo con un estremecimiento de horror la mano que se me tiende ensangrentada.

Los miembros de la cofradía, en una reunión pública, hubieran saltado de sus sillas y aplaudido frenéticamente al escuchar este comienzo oratorio; pero el señor Crisparkle cruza simplemente sus piernas y dice con suavidad:

—No me permito interrumpir su disertación, ahora que ha empezado usted.

—El mandamiento dice: «¡No matarás! ¡No matarás!» —prosigue el señor Honeythunder, haciendo espectaculares pausas y como atribuyendo al señor Crisparkle el deseo de contestar: «Usted puede cometer un pequeño asesinato y luego desaparecer».

—Y también dice: «No levantarás falso testimonio» —observa el señor Crisparkle.

—¡Basta! —vocifera el señor Honeythunder, con tan solemne severidad que hubiera hecho vibrar la sala en una reunión pública—. ¡Basta!… Habiendo llegado mis pupilos a una edad que me exime de toda responsabilidad, sólo puedo pensar en ella con un estremecimiento de horror. He aquí los honorarios que usted ha convenido recibir por su educación. He aquí el estado del balance a su favor, que usted ha aceptado recibir y que recibirá usted en buena hora. Y permítame

decirle, señor, que deseo que esté usted mejor empleado, como hombre y como canónigo menor —dice el filántropo con afirmativos movimientos de cabeza—. ¡Mejor empleado!… ¡Mejor empleado! ¡Me-jor-em-ple-a-do!

El señor Crisparkle se pone de pie, algo excitado, pero dueño de sí.

—Señor Honeythunder —dice, tomando los papeles a que el filántropo hace referencia—. Que yo esté mejor o peor empleado, es una cuestión de gusto y de opinión. Usted pensará, seguramente, que mi tiempo estaría mejor aprovechado si yo me hiciera miembro de su sociedad.

—Es verdad, señor —dice el señor Honeythunder en forma amenazante—. Hubiera sido muy conveniente para usted que lo hubiera hecho hace mucho tiempo.

—Yo pienso diversamente.

—Hubiera creído que una persona de su profesión estaría mejor consagrándose al descubrimiento del culpable, en lugar de delegar ese deber en un laico.

—Es que yo considero esta cuestión desde otro punto de vista. Mi profesión me impone el deber de consagrarme a los que se encuentran desolados y oprimidos. De todos modos, como estoy perfectamente seguro de que no entra en los deberes de mi estado hacer profesiones de fe, no diré ni adelantaré ningún juicio respecto a ese asunto. Pero tengo la obligación moral, ante el señor Neville, ante su hermana y ante mí mismo, de decirle a usted que sé perfectamente en qué condiciones de espíritu y de corazón se encontraba el señor Neville en aquellas circunstancias. Sin pretender en lo más mínimo adornar o disimular lo que hay de deplorable en su carácter, que es menester corregir, tengo la certidumbre de que la versión dada por él de sus movimientos en esa noche fatal, es la verdadera. Es por esta razón que aún le presto mi apoyo y mi amistad. Y mientras se mantenga en mi espíritu esta

certeza, no lo abandonaré. Y si alguna consideración, humana o mundana, consiguiera quebrar mi resolución, estaría avergonzado de mí mismo y de mi bajeza. Sepa usted bien que la buena opinión del mundo entero conquistada al obrar así, no bastaría para compensarme de la pérdida de mi propia estimación.

¡Noble y valiente espíritu! ¡Magnífica modestia! No había en él más vanidad ni presunción que la que puede albergar el alma de un escolar consagrado al juego de su arco en un campo de deportes. Era fiel a su deber, simple y firmemente, tanto en las grandes como en las pequeñas cosas.

Ésta es la característica de las grandes almas. Nada para ellas es pequeño o fútil.

—¿Quién, según usted, ha cometido el crimen? —vocifera el señor Honeythunder, volviéndose bruscamente hacia el canónigo.

—¡Dios no lo permita! —dice el señor Crisparkle—. ¡Y me guarde de la pretensión de juzgar a un semejante o de incriminar a otro! Yo no acuso a nadie.

—¡Bah! —exclama el señor Honeythunder con disgusto, ya que no son ésos los principios que rigen a los filántropos de su cofradía—. Vea, señor, usted no es un testimonio desinteresado en este caso. Tengámoslo presente.

—¿Y cómo podría ser un testimonio interesado? —pregunta el señor Crisparkle sonriendo candorosamente.

—Existe cierta cantidad de dinero que percibe usted por la educación que imparte a su pupilo, y bien pudiera ella haber obscurecido su juicio —replica groseramente el señor Honeythunder.

—Y yo trato de conservar esa cantidad —responde el señor Crisparkle, que comienza a comprender—. ¿No es esto exactamente lo que quiere usted decir?

—Bueno, señor —contesta el filántropo de profesión, levantándose y metiendo sus dos manos en los bolsillos del pantalón—, yo no voy por ahí midiendo las cabezas de la gente para ver si les va bien el sombrero; si encuentran lo que les conviene, que se lo pongan.

El señor Crisparkle lo mira indignado.

—Señor Honeythunder —dice—. Yo no pensaba, al venir aquí, que tendría que soportar actitudes y maneras teatrales. Olvida usted las formas de tolerancia que deben regir una conversación privada. Me ha dado usted una hermosa muestra de su filantropía, y sería ponerme a tono con ella si guardara silencio. En cuanto a esas formas, permítame decirle que son detestables.

—Me imagino, más bien, que no le convienen.

—Son detestables —repite el señor Crisparkle, sin tener en cuenta la interrupción—. Ellas van contra el sentimiento de justicia que debe ordenar la vida del cristiano y la reserva y temperamento que deben existir entre caballeros. Usted tiene la audacia de declarar, neta y abiertamente, que habiéndose cometido un crimen yo conozco al autor y estoy al corriente de todas las circunstancias de este hecho. Tengo numerosas y fuertes razones para creer que el señor Neville es ¡nocente. Y bien: como no comparto su opinión sobre este punto esencial, ¿cuál es, entonces, la fuente oratoria a la que usted recurre? Se vuelve contra mí; me acusa poco menos que de no sentir ni apreciar la enormidad del crimen cometido y de ser su defensor y su cómplice. Me considera usted como tomando la parte de su adversario. Éstos son los artificios comunes en sus reuniones públicas y eso que se llama «juego de cátedra». Tiene usted la costumbre de hacer profesiones de fe apoyadas en perniciosas mentiras. Y no es ésta la primera vez que usted me ataca. En sus reuniones ha proclamado a viva voz que yo no creo en nada, y como yo no he doblado la rodilla ante el falso dios de su hechura, ha pretendido usted que carezco de fe

y que niego al verdadero Dios. Es verdad que usted no sabe lo que dice. Le he oído sostener que la guerra es una calamidad, y proponer su abolición mediante un encadenamiento de embrollados razonamientos que agitaba usted en el aire como la cola de una cometa. Yo me he asombrado de que aquel día, fiel a sus hábitos de cátedra, no me haya mostrado usted como un demonio encarnado regocijándome del horror de los campos de batalla. En otra de sus fogosas disertaciones pretendía usted castigar a los sobrios por culpa de los ebrios, y yo reclamo consideración y justicia para los sobrios. Y hasta hace un momento pretendía que mi depravación llegaba al extremo de convertir criaturas angelicales en salvajes y pervertidas. Conozco su escuela y la de sus prosélitos, desencadenados contra el prójimo como una horda de malayos salvajes, atribuyéndole las más bajas e indignas intenciones con la más vil inconsciencia. Ha dicho usted cosas hace un instante de las que debiera sonrojarse. Ha hablado de hechos que sabe que son falsos, y de argumentos y cifras mentidas. Es por todo esto, señor Honeythunder, que considero su cátedra como la peor escuela de mal ejemplo para el bien público, y tenga por cierto que si se aplicaran sus máximas oratorias a su vida privada, sus resultados serían abominables.

—Éstas son palabras muy fuertes…, señor Crisparkle.

—Así lo creo yo también, señor —contesta Crisparkle ¡Buenos días!

Y sale del Instituto de la Filantropía apresuradamente. Pero pronto toma su paso habitual, y una sonrisa reaparece en sus labios, pensando en lo que diría la pastora de porcelana de China si hubiera visto la manera como él había tratado al señor Honeythunder en esta escaramuza. Porque el señor Crisparkle creía, con inocente vanidad, que había infligido un severo castigo y le había ajustado bien las cuentas al filántropo.

Se dirige hacia Staple Inn, pero no a la casa señalada con las iniciales P. J. T., donde vivía el señor Grewgious. Entra en

otra, donde tiene que ascender numerosos escalones que crujen bajo su peso, hasta llegar a un pequeño departamento en la bohardilla.

Llama a la puerta, y se encuentra con el señor Neville, que trabaja frente a un escritorio. Un aire de recogimiento y soledad se advierte en esta habitación y en la expresión de la fisonomía de su ocupante. Neville parece tan fatigado y consumido como su propia habitación. Los techos resquebrajados, los herrajes de las puertas y ventanas carcomidos, las gruesas vigas blanquecinas por el polvo depositado en ellas dan a aquel sitio un aspecto de prisión. Y su ocupante tiene también el rostro huraño de un prisionero.

A veces entra el sol en esta pequeña bohardilla por la ventana que llega hasta el medio del techo, y en el estrecho canal de negro hollín que forma sobre el lecho de tejas saltan penosamente algunos gorriones, como inválidos pajarillos que hubieran dejado sus muletas en el nido. Escúchase muy cerca un rumor de hojas que recuerda vagamente una música campestre.

Los muebles son más que modestos, pero se ve una hermosa colección de libros; se adivina la morada de un estudiante pobre. Son libros prestados, elegidos o donados por el señor Crisparkle, que los reconoce al primer golpe de vista.

—¿Cómo estás, Neville?

—Tengo buen ánimo, señor Crisparkle, y trabajo.

—No quisiera ver ese brillo en tus ojos —dice el canónigo, dejando lentamente la mano que había tomado entre las suyas.

—Brillan por el gusto de verlo, señor; cuando haya partido volverán a estar opacos.

—Recóbrate, Neville; olvida el pasado —dice el canónigo —. Trabaja y llegarás.

—Si yo estuviera muriéndome, creo que una palabra suya me devolvería a la vida, señor. Si mi pulso se detuviera, volvería a latir apenas lo tocara usted. Me he recobrado y estoy bien —dice Neville. El señor Crisparkle hace un gesto imperceptible.

—¡Mira! —dice, mostrando sus propias mejillas rosadas y brillante de salud—. Yo quisiera verte este color. Tienes necesidad de un poco más de sol.

Súbito abatimiento embarga a Neville, que dice bajando la voz:

—No me he atrevido a salir mucho aún. Ya saldré. Todavía no tengo la fuerza necesaria. Si usted hubiera atravesado como yo las calles de Cloisterham y hubiera visto lo que yo he visto… miradas que se volvían hacia otro lugar… personas respetables que se apartaban, dejándome sobrado espacio para pasar… en silencio…, usted comprendería por qué no me atrevo a salir por las calles a la luz del día.

—¡Mi pobre muchacho! —dice el canónigo, con tan conmovedor acento, que el joven le toma una mano—. Yo no he dicho jamás que no tengas razón en esos reparos, pero quisiera verte más animoso.

—Su deseo de verme más animoso es una poderosa razón para mí, pero todavía no puedo. No puedo asegurarme de que los ojos de los mismos forasteros que circulan por las calles de esta gran ciudad no me miren con aire sospechoso. Me siento como marcado con el sello de la reprobación general. De modo que si salgo es sólo por la noche. La obscuridad me envuelve, y me siento más fuerte.

El señor Crisparkle apoya una mano sobre su hombro y lo contempla.

—Si pudiera cambiar de nombre —dice Neville—, ya lo hubiera hecho. Pero, como usted me lo observó muy acertadamente, esto sería señalarse como culpable; si me

hubiera sido posible huir a algún otro lugar lejano, hubiera podido encontrar consuelo; pero no hay ni que pensarlo, por la misma razón. Huir o esconderme tendrían el mismo significado. ¡Es duro para mí estar así sujeto siendo inocente; pero no debo lamentarme!

—¿Y no podemos esperar que un milagro venga en tu ayuda, Neville? —dice Crisparkle compasivamente.

—No, señor. Sé que no debo esperar nada del correr del tiempo ni de las circunstancias.

—El tiempo mismo traerá tu justificación, Neville.

—Lo creo, y confío en que viviré bastante para ver ese gran día.

Pero advirtiendo que el abatimiento que lo embarga ensombrece el rostro del canónigo, y sintiendo que la ancha mano que se apoya en su hombro tiembla un poco, Neville sacude su tristeza y dice:

—De todos modos, las circunstancias son excelentes para consagrarme al estudio. ¡Y sabe usted, señor Crisparkle, cómo necesito estudiar! Además, usted me ha aconsejado, como amigo y protector, dedicarme al estudio del derecho… ¡Un buen amigo y un tierno protector!

Toma la mano apoyada sobre su hombro y la besa.

El señor Crisparkle aparta su mirada y la posa en los libros. Sus ojos no tienen el brillo que trajeron al entrar.

—De su silencio, señor Crisparkle, deduzco que mi ex tutor está enconado contra mí —dice Neville.

—Tú ex tutor es un insensato, y nada interesa que a los ojos de cualquier persona sensata esté contigo o contra ti —responde el canónigo.

—Es una suerte que yo tenga con qué vivir económicamente —responde Neville, con una mezcla de

melancolía y satisfacción— hasta que mi educación se complete y llegue la hora de la justicia. De no ser así, yo hubiera podido aportar una nueva prueba a la verdad del proverbio: «Esperando que crezca la hierba, el caballo se muere de hambre».

Diciendo esto, abre un libro y se enfrasca en su lectura. Dedica su atención, sobre todo, a los pasajes anotados en páginas blancas intercaladas entre las hojas del texto.

El señor Crisparkle, sentado a su lado, lo corrige y aconseja según es necesario.

Las obligaciones que el canónigo debe cumplir en la catedral dificultan estas visitas, que se realizan con intervalos de algunas semanas, pero que son igualmente muy provechosas para Neville Landless.

Terminado el trabajo que se impusieron, se acercan a la ventana, y apoyados los codos en ella contemplan la vista de un rincón del jardín.

—La semana próxima —dice el señor Crisparkle— ya no estarás solo; tendrás una magnífica compañera.

—Sin embargo —replica Neville—, este lugar me parece poco aparente para traer a mi hermana.

—Yo no comparto esa opinión. Hay que cumplir una misión. El sentimiento cariñoso, el criterio y el coraje de una mujer son más que necesarios en esta casa.

—Yo quería decir —replica Neville— que el barrio es triste y que Helena no encontraría amigos con quienes departir.

—Te olvidas de que estás muy solo y que es Helena la que te decidirá al fin a salir y disfrutar de un poco de aire y de sol.

Ambos guardan silencio durante algunos instantes, hasta que el señor Crisparkle habla nuevamente:

—La primera vez que conversamos, Neville, me dijiste que tu hermana había sabido superar las circunstancias desfavorables de vuestra vida pasada, y hasta añadiste que ella se había mostrado tan por encima de ti como la torre de la catedral de Cloisterham con relación a las chimeneas del Rincón del Canónigo. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente, señor.

—Yo atribuí entonces esas palabras a un impulso de Entusiasmo fraternal, y no les di la importancia con que las considero ahora. Lo que quiero destacar es que, en cuanto a entereza se refiere, tu hermana puede darte un grande y admirable ejemplo.

—En cuanto a todas las virtudes que forman un hermoso carácter, ella es para mí un excelente modelo.

—Bueno. Trata de imitar su valor. Tu hermana ha sabido dominar lo que tiene de orgulloso su naturaleza. Sabe vencerse a sí misma, aun cuando se te ataca, y se siente herida en su más íntimos, sentimientos. No me cabe duda que ella ha sufrido, tanto como tú, al atravesar las mismas calles de Cloisterham; tampoco dudo de que su vida se ha ensombrecido por las mismas nubes que han velado la tuya. Pero ella ha dominado su orgullo serenándose. Está sostenida por su confianza en ti y en la verdad de los hechos; lleva su cabeza erguida, pero no por un sentimiento agresivo o altanero. Ha vuelto a recuperar la estima y la consideración general con su actitud. Cada día y cada hora de su vida, después de la desaparición de Edwin Drood, ha sabido afrontar la maledicencia y la imbecilidad desatadas contra ti como sólo lo sabe hacer una naturaleza vigorosa y bien templada, y así seguirá, estoy seguro, hasta el fin. Otra clase de orgullo menos valiente y apropiado hubiera sucumbido al dolor; pero tu hermana ha sabido no dejarse dominar y vencer.

Las mejillas del joven se tiñen de rubor.

—Yo haré lo posible por imitar a Helena —dice.

—Hazlo, y tú, que eres un hombre, muéstrate tan valiente como ella —responde enérgicamente el señor Crisparkle—. Ya está oscureciendo. ¿Quieres acompañarme al caer la tarde? Fíjate bien que no soy yo quien desea esperar la oscuridad.

Neville contesta que está pronto a acompañarlo. Pero el señor Crisparkle recuerda que debe una visita de cortesía al señor Grewgious, y promete estar unos instantes solamente con el hombre de leyes y encontrarse con Neville en la puerta de la casa.

El señor Grewgious, más tieso que habitualmente, está sentado cerca de su ventana abierta, bebiendo un vaso de vino que tiene al alcance de su mano. Con las piernas estiradas, apoyadas en el saliente de la ventana, todo su cuerpo asume la rigidez de un sacabotas.

—¿Cómo está usted, reverendo señor? —dice el señor Grewgious, ofreciendo un vaso al canónigo; ofrecimiento que éste declina tan cordialmente como le ha sido hecho—. ¿Y cómo se encuentra su pupilo en el departamento que he tenido la suerte de encontrar desalquilado y recomendarle?

El señor Crisparkle contesta convenientemente.

—Me satisface que ese lugar le haya agradado —dice el señor Grewgious— y me place tener a ese joven ante mis ojos.

Como el señor Grewgious no tiene ojos tan maravillosos como para divisar las ventanas de la casa de Neville, el canónigo piensa que la frase debe ser tomada en sentido figurado, y responde con una sonrisa.

—¿Y cómo ha dejado usted al señor Jasper, reverendo señor? —dice el señor Grewgious.

El señor Crisparkle había dejado al señor Jasper perfectamente.

—¿Y dónde se encuentra este buen señor Jasper en estos momentos?

—Está en Cloisterham.

—¿Pero cuándo se separó usted de él, reverendo?

—Esta mañana.

—¡Hum! —murmura el señor Grewgious—. Él no le dijo que vendría a Londres ¿verdad?

—¿Que vendría? ¿Para seguir adónde?

—Con un destino cualquiera, aparentemente.

—No. No me dijo nada al respecto.

—Porque él está aquí —dice el señor Grewgious, que durante toda su conversación no ha dejado de mirar a través de la ventana—. Y no tiene un aspecto muy agradable, que digamos.

El señor Crisparkle se acerca a la ventana en momentos en que el señor Grewgious le dice:

—Si es usted tan amable y se coloca detrás de mí, en la sombra de la habitación, y mira al segundo piso de la casa de enfrente, notará usted al hombre de quien le estoy hablando, su conocido y conciudadano. Verá, además, que trata de disimularse.

—¡Tiene usted razón! —exclama el señor Crisparkle.

—¡Hum! —dice de nuevo el señor Grewgious, volviéndose tan bruscamente que su rostro roza el del señor Crisparkle—. ¿Qué cree usted que estará haciendo en este lugar?

La última parte del diario de Jasper vuelve a la memoria del señor Crisparkle, que siente una viva impresión, y le pregunta ingenuamente al señor Grewgious si le parece posible que Neville esté expuesto a un odioso espionaje.

—Me imagino —opina el señor Grewgious con aire enfurruñado.

—Espionaje que no sólo sería un tormento en su vida —continúa el señor Crisparkle con calor—, sino que lo expondría a las más horribles sospechas, hiciera lo que hiciera y en cualquier lugar que se refugiara.

—¡Sí! —afirma el señor Grewgious, siempre pensativo—. ¿Pero no es el mismo señor Neville, el que está allá abajó esperándolo a usted?

—Sí. Debe ser él, sin duda.

—Entonces, tenga la bondad de disculparme si estoy impaciente porque se le reúna usted pronto. Siga el camino que pensaba tomar y finja ignorar la presencia del amigo de que hablamos. ¿Sabe usted que me tranquiliza el saber que lo tengo bajo mis miradas esta noche?

El señor Crisparkle no responde más que con un signo de cabeza muy significativo, y reuniéndose con Neville se alejan ambos de la casa.

Comen juntos y se separan en la estación del ferrocarril; el señor Crisparkle para retornar a su domicilio y Neville para dar un largo paseo por la ciudad, aprovechando la oscuridad de la noche.

Hace este saludable ejercicio hasta que lo rinde la fatiga. Es ya medianoche cuando vuelve de su solitaria expedición y asciende la escalera de su casa, cuyas ventanas están de par en par abiertas a causa de la temperatura reinante.

Al llegar a lo alto de la bohardilla, queda en suspenso ante la sorpresa de ver a un extraño sentado en el reborde de la ventana.

Audaz como podría serlo un experto, el individuo no parece sentir el más mínimo temor de romperse el cuello en una caída; la posición de su cuerpo, hacia afuera de la ventana,

hace suponer que ha llegado hasta allí trepando por los caños de desagüe, más probablemente que por la escalera.

El extraño no dice nada, hasta el momento en que Neville pone la llave en la cerradura de su puerta, v cuando está seguro de la identidad del joven se dirige a él:

—Le pido perdón, señor —dice saltando de la ventana y acercándose cordialmente de una manera que inspira confianza —. Las alverjillas…

Neville se siente desorientado.

—…trepadoras —dice el visitante-… escarlatas, que pasan junto a la puerta de atrás…

—¡Ah! —dice Neville, que comprende, al fin—. ¿Y la reseda y los alelíes?

—A ellos me refiero.

—Pase usted, le ruego.

—¡Gracias!

Neville enciende las bujías y hace sentar a su visitante, un joven bien parecido, de rostro bronceado, cuyo robusto cuerpo y anchas espaldas, le hacen aparecer como de más edad que Neville Landless. Tendrá alrededor de veintiocho a treinta años. Su rostro está tan curtido por el sol, que se destacan su frente blanca, protegida sin duda por el ala del sombrero, y la garganta, que aparece bajo su bufanda mal cruzada. Estos contrastes hubieran resultado un poco burlescos, de no armonizar el conjunto sus hermosos ojos azules, los cabellos castaños y brillantes y una blanquísima dentadura.

—Mi nombre es Tartar.

Neville hace una inclinación de cabeza.

—He notado… perdone usted… que usted vive muy retirado y que parece gustarle mi jardín aéreo. Si usted quisiera disfrutar más de él, yo podría tender unos hilos que unirían

mis ventanas a las suyas, para que treparan por ellos las guías de mis plantas. Tengo todavía algunos tiestos de reseda y alelíes que podrían desarrollarse a lo largo de las canaletas con la ayuda de un garfio, acercándolas a sus ventanas y retirándolas cuando fuera necesario regarlas, o podarlas, así no le causarían a usted ninguna molestia. No podía tomarme esa libertad sin obtener su permiso, y por eso me he permitido llegar hasta aquí. Mi nombre es Tartar; mi departamento está en su mismo piso y mi puerta queda al lado de la suya.

—Es usted muy amable.

—De ningún modo. Le debo excusas por presentarme a esta hora, pero como he observado, y de nuevo le pido me disculpe, que sale usted a pasear por las noches, pensé que le sería menos molesto, si lo esperara a su regreso. Tengo verdadero terror de incomodar a la gente ocupada, ya que yo soy un gran holgazán.

—No lo hubiera creído a juzgar por su aspecto.

—¿No? Lo acepto sólo como un cumplimiento. La verdad es que fui educado en la marina real, y tenía el grado de teniente primero cuando abandoné la carrera. Un tío mío, que había sufrido desilusiones en esa carrera, me dejó su fortuna con la condición de que dejara esos estudios. Acepté la herencia, y presenté mi dimisión.

—Presumo que eso habrá acaecido recientemente.

—Bueno. Tuve unos doce o quince años de vida aventurera. He llegado aquí unos nueve meses antes que usted. Estuve buscando, pacientemente, dónde instalarme, y elegí el sitio que habito porque, habiendo servido en una corbeta, pensé que me sentiría ubicado más familiarmente, si tenía la continua ocasión de golpearme la cabeza contra el cielo raso. Además no es conveniente para un hombre que ha estado desde su infancia a bordo de un barco, pasar violentamente a una vida de lujo, y acostumbrado durante tanto tiempo a un

reducido espacio, creo que la mejor forma de prepararme para administrar mis futuros dominios, es aprender a cultivar mis pequeños tiestos.

A pesar del tono burlón con que fueron dichas estas palabras, encerraban ellas un fondo de seriedad que las hacía originales.

—Bueno. He hablado suficientemente de mí mismo, y no acostumbro hacerlo. Si usted me permite la libertad que le he solicitado, haría una verdadera obra de caridad, porque tendría de este modo algo más de qué ocuparme. Y no crea con esto que pretendo establecer entre nosotros una amistad indiscreta, que quizá lo moleste o interrumpa en su trabajo, pues estoy muy lejos de esa intención.

Neville le responde que está muy agradecido y que acepta encantado su amable proposición.

—Me siento feliz de poder llevar sus ventanas a remolque —dice el teniente—. Por lo que he podido apreciar, mientras cuidaba de mi jardín y usted miraba por su ventana, que es usted probablemente demasiado estudioso. Tiene usted un aspecto débil. ¿Puedo preguntarle si su salud es buena?

—He debido sufrir un profundo dolor moral —dice Neville un poco confundido—, y poco ha faltado, en verdad, para que enfermara de consecuencia.

—Perdone usted —dice el señor Tartar.

Con toda delicadeza se dirige nuevamente hacia las ventanas, y pide permiso para asomarse por una de ellas. Cuando Neville le ha abierto, da un salto por encima de la barra de apoyo como si fuera a hacer un reconocimiento en el techo.

—¡Por amor de Dios! ¿Adónde va usted, señor Tartar? Se va a desnucar.

—Todo marcha bien —dice el teniente, mirando seriamente en torno suyo sobre el parapeto de la ventana—. Es fácil hacer la instalación. Las líneas ya estarán puestas mañana cuando usted se levante. Permítame tomar este camino que es el más corto para volver a mi casa… ¡Buenas noches!

—¡Señor Tartar! Le ruego… ¡Me hace usted temblar!…

Pero el señor Tartar, luego de haberse despedido con un signo amistoso de la mano, pasa por entre las plantas trepadoras, sin rozar una sola hoja, y llega a su departamento.

El señor Grewgious acaba de entreabrir el postigo de su cuarto, que se encuentra, precisamente, frente al departamento de Neville. Felizmente mira el frente de la casa y no a la parte posterior, pues esas apariciones y desapariciones tan misteriosas, le hubieran quitado el sueño durante toda la noche, ya que no hubiera podido explicarse el fenómeno que las producía. Pero no viendo ninguna luz en las ventanas de Neville, deja errar su mirada por las estrellas. Parece querer descifrar en ellas algo ignoto.

No es difícil que así sea, señor Grewgious.

Muchos quisiéramos leer en las estrellas, pero nadie conocerá el lenguaje de los astros en este mundo, y es más probable que aprendamos aún otras muchas lenguas humanas antes que descifremos magistralmente el alfabeto celeste.

CAPÍTULO XVIII

SE ESTABLECE EN CLOISTERHAM UN NUEVO HABITANTE

Para esta época un forastero aparece en Cloisterham. Es un individuo de cabellos blancos y cejas negras. Lleva un gran abrigo azul, ceñido, abotonado hasta arriba; chaleco de búfalo y pantalón gris, que le dan un aspecto marcial.

Sin embargo, se presenta en el hotel Crozier; hotel tradicional de la ciudad, donde desciende llevando una especie de maleta con el aire de un ocioso rentista, y diciendo que abriga la intención de residir un mes o dos en esa vieja y pintoresca ciudad, aunque su estada bien puede ser definitiva, si el lugar es de su agrado. Estas declaraciones son hechas en el bar del hotel a todos aquellos a quienes puede o no interesarle la resolución del desconocido, mientras él, de espaldas a la chimenea, espera que se le sirva un poco de lenguado frito, una costilla de ternera y un vaso de jerez.

Como en esa época el hotel Crozier estaba poco concurrido, el camarero es el único, interesado o no, que recoge tales informaciones.

La cabeza cana del caballero presenta un volumen poco común; su cabellera es abundante y espesa.

—Me imagino, mozo —dice, sacudiendo su enorme cabellera, como un terranova que se prepara para comer— que no será difícil encontrar en este lugar un buen alojamiento para un hombre solo.

El mozo se muestra de acuerdo con el forastero.

—Algo que tuviera un dejo de antigüedad —continúa el caballero—. Tome mi sombrero. Está colgado en la percha. No. No es necesario que me lo alcance. Mire en su interior. ¿Qué es lo que ve usted escrito?

El mozo lee: Datchery.

—Bien. Ya sabe usted mi nombre —dice—. Ricardo Datchery. Ahora cuelgue de nuevo mi sombrero. Estaba diciendo que sería muy de mi agrado encontrar para alojarme un lugar de aspecto arcaico, algo extraño y fuera de lo; común, que tuviera algo ancestral en su arquitectura y hasta incómodo. A mí me gusta todo lo que es incómodo.

—Aquí tenemos edificios incómodos como para elegir, señor —responde el mozo, con modesta seguridad, confiado en los recursos que ofrece la ciudad— y no dudo que usted encontrará lo que busca por muy difícil que sea su exigencia. ¡Pero en cuanto a alojamiento arquitectural!…

El mozo, con aire preocupado, sacude varias veces la cabeza.

—¡Vamos! Algo de aspecto monumental —sugiere el señor Datchery.

—El señor Tope —dice el mozo, cuyo rostro se ilumina mientras se frota el mentón con la mano— el señor Tope puede informarlo mucho mejor que yo.

—¿Quién es el señor Tope? —pregunta Ricardo Datchery.

El mozo le explica que se trata del pertiguero de la catedral, y que su esposa, en otra época, había alquilado u ofrecido alojamiento, pero no habiéndose presentado ningún interesado, el cartel que ya había adquirido renombre entre los viejos recuerdos de Cloisterham, había desaparecido.

—Probablemente se cayó de puro gastado y nadie se preocupó de volver a colocarlo.

—Después de cenar, iré a ver a la señora Tope —dice el señor Datchery.

En efecto, apenas termina su comida, el forastero se hace explicar el camino, y se pone en marcha. Pero como el hotel está bastante retirado y las indicaciones del mozo resultan poco precisas, Datchery se encuentra de pronto desorientado,

rondando por las vecindades de la torre de la catedral, aunque el domicilio de la señora Tope no puede estar muy lejos. Parece divertirse con el viejo juego de niños: «Caliente»… cuando veía la torre: «Frío»… cuando no la divisaba…

El señor Datchery está cada vez más «frío», cuando llega a la esquina de un cementerio abandonado donde pasta una desgraciada oveja. Y decimos desgraciada, porque un odioso muchacho la apedrea a través de la reja, pareciendo abrigar la perversa intención de quebrar las patas de la pobre bestia a fuerza de pedradas.

—¡Le pegué otra vez! —grita el muchacho, cuando el animal salta—. ¡Mi piedra le marca la lana!

—¡Deja esa pobre bestia tranquila! —dice el señor Datchery—. ¿No ves que ya la has dejado renga?

—¡Mentira! —contesta el chico—. Es ella misma la que se ha herido. ¡Yo la vi! Y le he dado mi grito de advertencia para que no eche a perder más todavía el carnero de su patrón.

—¡Ven aquí!

—¡No quiero! ¡Me pescará si es capaz!

—Quédate donde estás, entonces. Pero indícame dónde vive la señora Tope.

—¿Cómo puedo quedarme donde estoy y mostrarle al mismo tiempo la casa de la señora Tope, que queda al otro lado de la catedral, si para llegar a ella hay que dar vueltas y más vueltas? ¡Estúpido! ¡Ah, ah!

—Si me indicas el camino te daré una cosa.

—¡Vamos entonces!

Terminado este pequeño diálogo el muchacho se pone en marcha y al cabo de un momento se detiene acierta distancia de una vetusta arcada.

—¡Mire allí! —dice a su compañero—. ¿Ve esas ventanas y esa puerta?

—¿Es allí donde vive la familia Tope?

—¡Mentira! No es allí. Ésa es la casa de Jasper.

—¿De veras? —interroga el señor Datchery, y mira de nuevo con manifiesto interés.

—Sí. Y no quiero acercarme más. Y yo sé lo que digo.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas de que me pesque por la garganta y me estrangule, esa especie de verdugo. ¡Ah, ah! ¡Ah! Un día de éstos una linda piedra hará blanco en su nuca. Y ahora, mire usted del otro lado de la arcada; no donde está la puerta de Jasper, sino en el otro costado.

—Ya veo.

—Un poco más adelante, existe una pequeña puerta a la que se llega bajando dos escalones. Es allí donde viven los esposos Tope; su nombre está grabado en una placa.

—Bueno. Ahora mira para acá —dice el señor Datchery, mostrándole un chelín—. Me quedas debiendo la mitad de él.

—Eso es mentira. Yo no le debo nada. Yo nunca lo he visto a usted…

—Te digo que me debes la mitad de esto, porque no tengo seis peniques de cambio en mi bolsillo. En consecuencia, la próxima vez que nos encontramos, harás alguna otra cosa en mi favor como pago de tu deuda.

—Está bien. Dámelo, viejo.

—¿Cómo te llamas y dónde vives?

—Deputy. Vivo en el Albergue de los Viajeros de a dos peniques, cruzando el parque.

El muchacho huye rápidamente con el chelín, de miedo, sin duda, que el señor Datchery se arrepienta de su generosidad; detiénese a suficiente distancia, como para quedar tranquilo, y se pone a bailar unas cabriolas a manera de danza diabólica con el fin de hacer comprender al desconocido que su negocio está consumado.

El señor Datchery se quita el sombrero revolviendo sus cabellos, con la expresión de quien considera que ha estado más generoso de lo que se había propuesto, y se dirige hacia la casa de los Tope.

La habitación oficial del señor Tope se comunica, por medio de una escalera interior, con la del señor Jasper, lo que facilita a la señora Tope el desempeño de sus funciones domésticas hacia este caballero. Su alojamiento es de modestas proporciones y tiene la apariencia de una fría prisión. Las viejas paredes son macizas y las actuales habitaciones han sido toscamente trazadas, sin ningún plan preconcebido.

La puerta principal se abre sobre una pieza de forma indescriptible, cuyo techo está sostenido por vigas. Sigue otra habitación de idéntico aspecto. Las ventanas son pequeñas y empotradas en el espesor de los muros.

Tales las habitaciones oscuras y sin aire que componen el alojamiento, que durante tanto tiempo la señora Tope había ofrecido en locación a los habitantes de la ciudad, sin haber sido debidamente apreciadas.

Pero el señor Datchery se mostró más justo y ecuánime reconocedor de sus méritos. Descubrió que dejando la puerta entreabierta, era fácil observar a los que pasaran bajo la arcada y tener, al mismo tiempo, un poco más de luz.

El señor y la señora Tope, que viven en el piso superior, usan para entrar y salir una pequeña escalera lateral que desemboca en un pequeño patio por medio de una puerta que

se abre al exterior, tomando de sorpresa a las personas que pasan por ahí.

El señor Datchery encuentra el precio del alquiler moderado y la distribución interior, tan rara e incómoda, como era su deseo.

Cierra, pues, trato; paga contante y sonante y resuelve tomar posesión de su nueva vivienda a la tarde del día siguiente, con la sola condición de poder recoger referencias del señor Jasper que ocupa la casa de la puerta del claustro. La cueva, por así decir, ocupada por los Tope, no es sino una dependencia de aquélla.

—El pobre y querido señor Jasper está bien solo y bien triste! —dice la señora Tope, pensando para sus adentros que éste hablaría con toda seguridad en favor de ellos.

—Es posible que el señor —dice la señora Tope, dirigiéndose a su nuevo inquilino— haya oído algún comentario de lo que sucedió aquí el invierno pasado.

El señor Datchery tiene una idea muy confusa sobre los acontecimientos mencionados. Recordaría tal vez, haciendo un esfuerzo, pero no tiene ningún empeño en proponérselo. Se disculpa ante la señora Tope, exponiéndole que era un simple y tranquilo ciudadano que vive de sus pequeños recursos lo más perezosamente que le es posible, relacionado con muchísima gente, lo que le hace muy dificultoso recordar todos los hechos que se le mencionen.

El señor Jasper se muestra dispuesto a dar los informes más favorables de los esposos Tope y el señor Datchery, que ha pasado su tarjeta, es invitado a subir la escalera de la poterna.

—El alcalde está con él —dice Tope—, pero no debe considerársele como una visita, pues ambos son muy amigos y casi siempre están juntos.

—Le presento mis excusas —dice el señor Datchery, presentándose con su sombrero bajo el brazo y dirigiéndose a los dos caballeros—. Vengo por un informe que es una simple caución. Soy un particular que vive de sus rentas con la intención de radicarse en algún lugar agradable y tranquilo para pasar una parte de su vida. He venido a preguntarle si la familia Tope es respetable y digna de confianza.

El señor Jasper responde por ellos, sin la más mínima duda.

—Su respuesta es suficiente, señor —dice Datchery.

—Mi amigo, el señor alcalde de la ciudad —dice Jasper, presentando a Datchery con un ademán al ilustre personaje—. La recomendación del señor Sapsea, en estas circunstancias, es mucho más valiosa e importante que las que puede facilitar un personaje oscuro como yo. El señor alcalde le dará excelentes informes sobre esta buena gente, no lo dudo.

—El honorable alcalde —dice el señor Datchery, inclinándose ceremoniosamente— me honra con su información.

—Gente muy honrada, señor, son este caballero y la señora Tope —replica con cierta condescendencia el señor Sapsea—. Gozan de buena fama, se conducen honestamente, son muy respetuosos y muy estimados por el Dean y el clero.

El honorable alcalde está extendiéndoles, en este momento, un certificado por el que esa gente debe sentirse más que orgullosa.

—Me tomo la libertad de preguntarle a Su Honorabilidad si no hay cosas dignas de interés en esta ciudad, que tengan el privilegio de estar bajo su autoridad.

—Pertenecemos, señor —responde Sapsea—, a una antigua ciudad eclesiástica. A una ciudad constitucional, y nosotros mantenemos estos gloriosos privilegios.

—Su Honorabilidad —dice el señor Datchery, saludando cortésmente— me despierta el deseo de conocer mejor esta ciudad y confirma mi intención de acabar en ella mis días.

—¿Ha servido usted en la armada, señor? —insinúa el señor Sapsea.

—El señor alcalde me hace demasiado honor —responde el señor Datchery.

—¿En el ejército, entonces?

—Demasiado honor todavía, señor alcalde.

—La diplomacia es una hermosa profesión —continúa el señor Sapsea, como haciendo un comentario general.

—Debo confesar que el señor alcalde es sobradamente inteligente para medirse conmigo y que hasta un pájaro diplomático caería al golpe certero de su fusil.

Toda esta conversación era muy halagadora. El señor Sapsea presentía que se hallaba ante un cumplido caballero, de rancia estirpe y dignidad, de grande y brillante inteligencia, capaz de dar un loable ejemplo en la manera respetuosa de tratar a un alcalde. Sobre todo, se destacaba su manera de tratar en tercera persona al señor alcalde, que éste consideraba como un delicado y justo homenaje a su posición y a sus méritos.

—Nuevamente pido humildemente perdón —dice el señor Datchery—. Su Honorabilidad, el señor alcalde, me excusará si peco de indiscreto al abusar de su tiempo. Y también yo he olvidado las humildes obligaciones que me reclaman en mi hotel.

—De ningún modo. No tiene por qué excusarse —dice Sapsea—. Regreso ahora a mi casa, y si le resulta agradable visitar la parte exterior de la catedral que se encuentra sobre nuestro camino, me sería muy grato mostrársela.

—Su Honorabilidad es más que amable, más que cortés.

Como el señor Datchery, después de haber presentado sus respetos al señor Jasper, no consiente en pasar delante del honorable alcalde, éste inicia la marcha.

El señor Datchery lo sigue siempre con su sombrero bajo el brazo, exponiendo su espesa cabellera gris al fresco de la noche.

—¿Puedo preguntar a Su Honorabilidad, si el caballero que acabamos de dejar es el mismo que, según he oído decir en la vecindad, está tan triste y afligido por la pérdida de su sobrino? Dicen también que ha consagrado su vida a vengarlo.

—Es el mismo. Es Jack Jasper, señor.

—¿Me permite preguntarle a Su Honorabilidad si existen positivas sospechas contra alguien?

—Más que sospechas, señor. Nada menos que certezas.

—¡Qué extraño! —exclama el señor Datchery.

—¡Es que la prueba, la prueba, señor, debe estar construida de piedra sobre piedra! —contesta el alcalde—. Y el fin debe coronar la obra. No basta a la justicia una certeza moral; ella precisa estar segura inmoralmente… quiero decir, legalmente.

—Su Honorabilidad —dice el señor Datchery— me recuerda la verdadera naturaleza de la ley; inmoral es la palabra adecuada. ¡Qué verdad más grande!

—Es verdad, puesto que la digo —continúa pomposamente el alcalde—. La ley tiene brazo largo y brazo fuerte. Es así como yo la defino. ¡Brazo largo y fuerte!

—¡Expresión bella y enérgica! ¡Y verdadera! ¡Verdadera! —murmura el señor Datchery.

—Sin traicionar lo que yo llamo «los secretos de la cárcel» —dice el señor Sapsea—, los secretos de la cárcel, es el término usual de la justicia.

—¿Y de qué otros términos podría servirse Su Honorabilidad, puesto que Su Honorabilidad es un representante de la ley?

—Sin traicionar, repito, los secretos de la cárcel, le puedo anticipar, conociendo la férrea voluntad del caballero que acabamos de dejar… me tomo la libertad de calificar su voluntad como de fierro… que el brazo largo atrapará al culpable y que el brazo fuerte lo castigará… He aquí nuestra catedral, señor. Las personas más cultas se complacen en su contemplación, y todos nuestros conciudadanos están orgullosos de ella. El señor Datchery continúa caminando con la cabeza descubierta y los cabellos flotantes.

—Señor, le suplico —dice el señor Sapsea—. ¡Cúbrase!

El señor Datchery lleva su mano a la cabeza, con un movimiento vago, como si creyera tocar otro sombrero además de aquel que lleva bajo el brazo.

—Le suplico; ¡cúbrase usted, señor! —insiste el alcalde con tono de superioridad—. No se me ocurriría, créame, ofenderme por eso.

—Su Honorabilidad es sumamente amable, pero me gusta gozar la frescura de la tarde.

El respetuoso Datchery se pone entonces a admirar la catedral, y el señor Sapsea se la muestra con tanto gusto, como si él hubiera sido el ingeniero que trazó los planos y el constructor que la levantó.

Había sin duda alguna detalles que no aprobaba completamente, pero los disimulaba con indulgencia, como si fueran errores cometidos por los obreros durante su ausencia.

Habiendo terminado la visita a la catedral, continúan su paseo hacia el lado del cementerio, y se detienen un momento para admirar la belleza de la tarde; quiso la casualidad que hicieran alto justamente frente al epitafio de la señora Sapsea.

—Y a propósito —dice el señor Sapsea pareciendo descender de alturas inimaginables y reclamado por un súbito recuerdo a la tierra, como Apolo cuando descendió del Olimpo para recoger su olvidada lira—, he aquí algo que es obra mía. La admiración de que soy objeto en esta ciudad lo ha expresado así y se han visto a veces forasteros tomando apuntes de mi obra. Yo no puedo ser juez de mi propia y pequeña obra, pero créame que no es cosa fácil expresarla con belleza y elegancia.

El señor Datchery queda extasiado ante la composición del señor Sapsea.

A pesar de haber resuelto quedarse permanentemente en Cloisterhan, lo que significa que le sobra tiempo para copiar tan hermoso epitafio, el señor Datchery se disponía a transcribirlo de inmediato sobre su agenda, de no mediar la intervención del señor Sapsea que en aquel momento llama a Durdles, el constructor del monumento.

No disgustaba al señor Sapsea la oportunidad de mostrar a Durdles, en la persona del señor Datchery, lo que eran las buenas maneras y el respeto que se debía a los superiores.

—¡Ah, Durdles! Es el lapidador, señor. Uno de nuestros dignos habitantes de la ciudad. Todo el mundo lo conoce aquí… El señor Datchery… Durdles, Durdles… Un caballero que viene a establecerse entre nosotros.

—Yo no lo haría si estuviera en su lugar —gruñe Durdles —. Somos gente muy fastidiosa.

—Me imagino que no hablará por usted mismo, señor Durdles, y mucho menos por Su Honorabilidad. No los encuentro nada fastidiosos.

—¿Quién es Su Honorabilidad? —pregunta Durdles.

—Su Honorabilidad, el señor alcalde.

—Durdles no se ha comparado nunca con él —dice Durdles, sin tener muy en cuenta la dignidad del alcalde—, pero no me falta oportunidad de honrarle cuando y en donde lo encuentre.

En ese instante, Deputy, precedido por el disparo de un guijarro, hace su aparición en escena, reclamando el pago de tres peniques que le adeuda Durdles, a quien ha buscado en vano por todos los rincones de la ciudad para exigirle la satisfacción de su legítima deuda.

Mientras el caballero albañil, con su paquete bajo el brazo, busca y cuenta lentamente las monedas, el señor Sapsea informa al señor Datchery sobre las costumbres del señor Durdles, su profesión, su domicilio y su fama.

—Me imagino que un forastero curioso puede en cualquier momento visitarlo y conocer sus obras, señor Durdles —dice Datchery, que parece seducido por los comentarios del alcalde.

—Cualquier caballero puede ir a ver a Durdles por la noche, siempre que lleve consigo refrescos o bebidas para dos —dice Durdles, mientras sostiene una moneda entre los dientes y hace sonar otras en sus manos—. Si gusta doblar esta ración, será doblemente bien venido.

—Iré —dice el señor Datchery, y dirigiéndose al muchacho—: Profesor Deputy, ¿qué me debes?

—Un trabajo.

—Ten en cuenta que podrás pagarme honestamente acompañándome a la casa de Durdles cuando yo desee ir allí.

Deputy lanza un agudo silbido entre sus dientes separados. De este modo expresa su conformidad para el cumplimiento de sus obligaciones. Luego desaparece.

El ilustre magistrado y su admirador continúan juntos su camino, separándose después de infinitas amabilidades y

ceremonias por una y otra parte, en la puerta de la casa del señor alcalde.

El admirador continúa hasta este momento con su sombrero bajo el brazo, exponiendo su cabellera gris a la brisa vespertina.

«Esta misma noche —se dice a sí mismo mientras contempla su cabellera casi blanca en el espejo del café, alumbrado a gas—, para un simple ciudadano de carácter apacible, que vive tranquila y ociosamente de sus rentas, ha sido, me parece, una jornada bastante exuberante».

CAPÍTULO XIX

UNA SOMBRA EN EL CUADRANTE SOLAR

Una vez más la señorita Twinkleton había pronunciado su alocución de despedida, festejada con vino generoso y pasteles, y una vez más aún las jóvenes pensionistas se habían separado para pasar las vacaciones junto a su familia.

Helena acaba de abandonar la. Casa de las Monjas para compartir la suerte de su hermano, y la bella y pequeña Rosa ha quedado sola.

Cloisterham parece tan brillante envuelto por el sol de estos hermosos días de verano, que las paredes gigantescas de la catedral y las ruinas del monasterio se tornan transparentes. La suave luz que las ilumina parece reflejarse desde el interior, y los vitrales traslucen un fulgor rojo que pueden admirar a la distancia los que transitan por la ruta polvorosa.

Los jardines de Cloisterham se colorean con la madurez de sus frutos, y los peregrinos extenuados por el cansancio se cobijan a su sombra. Son los campesinos, de vida nómada entre el tiempo de la siembra y la cosecha, que se acomodan a la sombra de los pórticos y remiendan su calzado reforzándolo con trenzas de paja. Se advierte que están hechos con el polvo de la tierra, pues están cubiertos por ella.

También en las fuentes de las plazas se ven estos grupos refrescando sus pies desnudos, bebiendo en el hueco de sus manos a grandes sorbos y haciendo sus tardías abluciones.

La policía vigila recelosamente a esos intrusos y manifiesta claramente su impaciencia por verlos salir del perímetro de la ciudad, aunque se asen bajo los ardientes rayos del sol.

En el atardecer de uno de aquellos días, habiéndose terminado el servicio religioso en la catedral, una suave penumbra comienza a invadir la calle Real, donde está situada la Casa de las Monjas. Pero aquella agradable sombra no alcanza aún al viejo jardín, donde el sol penetra a través de los árboles.

Una de las sirvientas del establecimiento viene en busca de Rosa para anunciarle una visita. La joven se estremece al saber que es Jasper el que desea verla.

Éste no ha podido elegir, en su aviesa intención, momento más penoso y adverso. Helena Landless ha partido. La señora Tisher está ausente, gozando de sus vacaciones. La señorita Twinkleton ha consentido en acudir a un picnic en los alrededores, aprovechando su tiempo libre y aportando a la vez la gracia de su presencia y la contribución de un exquisito pastel de ternera.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Por qué dijo usted que me encontraba en casa?

La sirvienta responde que el señor Jasper no se lo había preguntado y le había dicho simplemente:

—Sé que la señorita se encuentra aquí…

Y le había rogado que anunciase a Rosa su visita.

«Qué debo hacer?… ¿Qué debo hacer?» —se dice Rosa, retorciéndose las manos desesperada. Y en medio de esta crisis responde, no obstante, casi de inmediato que irá a reunirse en el jardín con el señor Jasper.

Tiembla a la sola idea de quedar encerrada en su compañía dentro de la casa, y la tranquiliza algo pensar que numerosas ventanas dan sobre el jardín, desde donde puede ser escuchada si llama o grita en caso necesario.

Estas disparatadas ideas cruzan por su mente espantada. No ha vuelto a verlo desde aquella noche fatal, hasta que fue interrogada delante del alcalde. Allí donde él había hecho ostentación de su sombría vigilancia y había hablado continuamente de vengar a su sobrino.

Rosa toma su sombrero de sol y desciende al jardín. Apenas distingue a Jasper desde el pórtico de la casa, apoyado en el cuadrante solar, experimenta el horrible sentimiento de turbación que otras veces ha ejercido sobre ella.

Hubiera querido volver sobre sus pasos, pero este sentimiento indefinido la fascina y la atrae hacia él. Avanza y toma asiento en una silla rústica, cerca del cuadrante solar, con la cabeza baja.

A pesar de no haber levantado los ojos hacia él, dado el horror que le inspira, advierte que está vestido de luto riguroso. También ella lleva luto; no lo había llevado inmediatamente, pero la ausencia prolongada de Edwin le había hecho perder la esperanza de volverlo a ver, y lo consideraba como ausente ya de este mundo…

La primera tentativa de Jasper es tomar su mano y oprimírsela, pero Rosa presiente su intención y la retira vivamente. Siente los ojos de Jasper fijos en ella, aunque los suyos permanecen clavados en el césped.

—He esperado… pero en vano… ser llamado por usted para continuar el cumplimiento de mis obligaciones junto a usted.

Rosa muerde sus labios. Sabe que la mirada de Jasper sigue fija en ella. Busca inútilmente una respuesta a sus palabras, y termina por decir:

—¿Su deber, señor?…

—El deber de un profesor. El deber de enseñarle como un fiel maestro de música.

—He renunciado a mis estudios.

—Usted no ha renunciado. Creo que más bien los ha suspendido. Su tutor me ha dicho que interrumpiría momentáneamente sus lecciones, a consecuencia del doloroso golpe sufrido. ¿Cuándo recomenzaremos esas clases?

—Nunca, señor.

—¿Nunca?… De otro modo procedería usted si en verdad hubiera amado a mi pobre sobrino.

—Lo he querido mucho —exclama Rosa en un exceso de impaciencia.

—Sí. Pero no de la manera que debió haberlo querido. Su modo de querer se parece mucho a la de nuestro querido desaparecido, que era demasiado personal y estaba demasiado engreído de sí… No quiero hacer ningún paralelo entre ustedes respecto a este asunto. Él no ha sabido amarla como debiera. Como cualquier otro en su lugar la hubiera amado…

La joven permanece sentada en la misma actitud, sólo un poco más replegada sobre sí misma.

—¿De modo que cuando usted me decía que suspendería sus lecciones buscaba una manera amable de informarme que sería definitivo su abandono? —interroga Jasper.

—Sí —dice Rosa, armándose de cierto valor súbitamente—. Pero la amabilidad fue de mi tutor y no mía. Yo sólo le dije que estaba decidida a terminarlas y a mantenerme firme en esa resolución.

—¿Y sigue usted todavía tan resuelta en su actitud?

—Sí, señor. Y le ruego no insistir sobre este punto. De momento no le daré más explicaciones. Me imagino que tendré al menos ese derecho.

El valor ha vuelto a encender las mejillas de Rosa, que están arrebatadas por la cólera; pero al observar que este mismo sentimiento de indignación provoca en él una ávida admiración, se siente de nuevo desfallecer. Y comienza de nuevo a luchar con su sentimiento de vergüenza y de terror, el mismo que había sufrido aquella tarde que ella cantaba y él estaba sentado al piano…

—No la interrogaré de nuevo, ya que veo cómo se pone usted; pero debo confesar…

—No puedo escucharlo más, señor —dice Rosa levantándose.

Esta vez Jasper la alcanza con su mano extendida; ella retrocede, pero se deja caer nuevamente sobre su silla.

—A veces nos es necesario obrar en oposición con nuestros deseos —dícele Jasper en voz baja—. Es lo que está haciendo ahora. Pero si procediera usted de otro modo, haría mal, porque podría perjudicar a alguien…

—¿Perjudicar? —dice ella—. ¿De quién habla usted?

—He aquí que me interroga usted ahora. Y esto no es propio,; ya que me niega todo derecho a interrogarla. ¡ Sin embargo, le responderé en seguida, querida Rosa!… ¡Encantadora Rosa!…

De nuevo se levanta ella.

Esta vez Jasper no la toca, pero su rostro tiene una expresión tan malvada y amenazante a la plena luz del día, que el terror se apodera nuevamente de ella.

—No olvido que pueden mirarme desde todas las ventanas —dice Jasper con una helada sonrisa—. No la tocaré a usted; no daré un solo paso para acercarme a usted. Siéntese, pues. Nadie se asombrará de verla conversar con su maestro de música. ¡Han sucedido tantas cosas que nos interesan y nos preocupan por igual!… Siéntese usted, querida.

Rosa intenta una vez más alejarse, y hace un movimiento con esa intención, pero una vez más aquel rostro sombrío y amenazador la sigue, la detiene, y helada de espanto vuelve a sentarse.

—Rosa: desde los tiempos en que mi querido muchacho estaba de novio contigo, te he amado locamente —dice él—. Hasta hace poco,

cuando yo pensaba que serías su mujer, que su felicidad era segura, te amaba locamente. Me esforzaba por inspirar en él una pasión ardiente hacia ti, y te amaba igualmente. ¿Recuerdas aquel cuadro con tu hermoso retrato que él me dio?… Lo he tenido sin cesar bajo mis ojos, y le hacía creer que lo conservaba por amistad hacia él. He adorado durante años enteros ese retrato, y he sido presa de mil torturas. Durante mis fastidiosas ocupaciones del día, o en medio de mis noches sin sueño, encerrado en espantosa realidad o vagando entre visiones del paraíso o del infierno, veía siempre esa imagen. A menudo la he tomado entre mis brazos. ¡Te amaba tanto! ¡Tanto!

Lo que producía más horror a Rosa, al escuchar estas, palabras, era el contraste entre la enérgica y vidriosa mirada de pasión de Jasper y la calma afectada de su actitud.

—Todo lo he soportado en silencio —continúa el chantre—. Mientras estabas ligada a Edwin, o supuse que le pertenecerías, supe esconder lealmente mi secreto. ¿No es acaso verdad esto, Rosa?

Esta burda mentira, pronunciada con tan insolente e impúdico tono, desborda los límites de su indignación, y contesta:

—Ha sido usted tan falso y tan mentiroso entonces como ahora. Ha traicionado a Edwin cada día y a cada momento. Le constaba a usted que me hacía desgraciada al perseguirme con sus odiosos sentimientos. Sabía que yo tenía miedo de abrir los ojos generosos de Edwin y que estaba obligada por prudencia a ocultarle la verdad. ¿Qué hubiera sucedido si yo le hubiera dicho a él qué ser miserable y perverso era usted?

Conservando la misma posición indolente, que hacía más diabólica la expresión apasionada de su fisonomía y la agitación convulsiva de sus manos, exclama:

—¡Qué bella eres! Estás más hermosa dominada por la cólera que serena. Yo no pido tu amor. ¡Entrégate a mí con tu odio, con esa encantadora cólera! ¡Entrégate a mí con ese desdén que me enloquece!

Los ojos de la trémula Rosa se llenan de lágrimas. Cuando se levanta, con un gesto de redoblada indignación para refugiarse en la casa, Jasper trata de detenerla extendiendo los brazos.

—Ya te he dicho, ¡dulce y encantadora chiquilla!, que es necesario que me escuches un poco más todavía o por tu causa acarrearás males mayores, que jamás podrás reparar. ¿Me preguntaste hace un rato qué

mal podría causar? Escúchame y lo sabrás. ¡Si huyes… sucederá sin remedio!

Una vez más Rosa se doblega ante sus amenazas y permanece inmóvil. Su respiración agitada la ahoga casi, obligándola a oprimirse el pecho con ambas manos.

—He hecho mi confesión —dice Jasper—. Reconozco que mi amor es insensato. Insensato a tal punto que si los sentimientos que me unían a mi querido sobrino hubieran sido menos fuertes, lo hubiera hecho desaparecer de tu lado.

Los ojos de la joven se nublan y siente como un desfallecimiento.

—¡A él mismo, sí! —replica Jasper—. ¡A él mismo! ¡Lo hubiera aniquilado…, Rosa! ¡Me ves y me escuchas! ¡Juzga por ti misma si otro que no hubiera sido él pudiera amarte y continuar viviendo!…

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Quiero demostrarte que el fuego de mi pasión lo arrasa todo. Se ha podido comprobar, después del último interrogatorio a que fue sometido el señor Crisparkle, que el joven Landless, según su propia declaración, era el rival de mi desventurado muchacho. Esto es a mis ojos una ofensa que no debe quedar sin expiación. El señor Crisparkle sabe, a través de unas líneas escritas por mi propia mano, que he consagrado mi vida a descubrir y destruir al asesino de Edwin, sea quien fuere. He resuelto no discutir este misterio con nadie hasta no encontrar algún indicio que me permita atrapar al asesino como en una red. He trabajado desde entonces pacientemente para tender esa red alrededor suyo, y continúa hasta este momento en que te hablo.

—El señor Crisparkle, que es un hombre digno y honrado, no comparte sus convicciones sobre la culpabilidad de Landless.

—Mis convicciones me pertenecen y me las guardo, querida. Las circunstancias pueden acumularse en tal forma «hasta contra un inocente», que, bien dirigidas, bien explotadas, pueden llevarlo a la perdición; buscando pacientemente un nuevo eslabón en la cadena de pruebas, puede dejar establecido el crimen de un hombre, por muy débiles que fueran contra él las pruebas anteriores. ¡Te aseguro que el joven Landless está corriendo un peligro mortal!

—Si supone usted en verdad —dice Rosa tornándose más pálida aún — que yo pienso con simpatía en el joven Landless, o que me haya galanteado él alguna vez, se equivoca usted.

Jasper acoge estas palabras con un gesto desdeñoso, los labios trémulos y tensos.

—Quiero demostrarte con qué locura te amo, ¡hoy más que nunca! Estoy decidido a renunciar al fin a que he consagrado mi vida y dedicártela enteramente a ti. La señorita Landless se ha convertido en tu más íntima amiga… Tú estás muy inquieta y te apenas por la angustia que ella está sufriendo.

—La quiero con toda el alma.

—Tú estás igualmente preocupada por la fama y la dignidad de su nombre.

—Ya le he dicho, señor, que la amo como a una hermana.

—Sin quererlo —dice él, siempre apoyado en el cuadrante solar y descansando el mentón en la mano, de modo tal que si esta conversación fuera observada desde las ventanas pareciera la cosa más natural, la más trivial y corriente de las charlas—, sin quererlo te estoy ofendiendo al seguir interrogándote. Me limitaré entonces a exponerte los hechos sin preguntarte más; repito que te preocupas por la reputación de tu más íntima amiga… Temes por su tranquilidad… ¡Aleja entonces de ella la sombra del cadalso!

—¿Se atreve usted a proponerme…?

—Mi querida, me atrevo a proponerte… No continúes. Si idolatrarte es ser perverso, yo soy el peor de los hombres. Si es una virtud el adorarte, soy el mejor de todos. Mi amor por ti está por encima de todo poder humano, y no existe deber o sentimiento que pueda abatirlo. ¡Déjame la sombra de una esperanza, y seré perjuro por ti!

Rosa lleva maquinalmente las manos a la frente, despejándola de los cabellos. Sus ojos desorientados, llenos de horror, se fijan en Jasper como forzándose para mejor comprender el significado de esa palabra y hasta qué punto entra ella en sus proyectos.

—No pienses en nada por el momento, ¡ángel mío! —dice sonriendo —, como no sea en el sacrificio que ofrezco y deposito ante tus adorables pies, que quisiera cubrir de besos prosternándome en el polvo. Éste es el homenaje de mi fidelidad a mi pobre muchacho después de su muerte. ¡Pisotéala!

Y aquí Jasper hace un movimiento con sus manos, como si se despojara de algo muy valioso.

—Si mi adoración por ti es una ofensa inexplicable, deséchala —dice, haciendo un gesto similar al anterior—. ¡Todo mi corazón está contigo! ¡Aplástalo! Todos mis trabajos, después de seis meses empleados penosamente para perseguir una justa venganza, ¡derrúmbalos! ¡Borra el pasado y el presente de mi vida, inútilmente perdidos! ¡Juega con mi corazón, con mi alma, mi paz y mi desesperanza! ¡Pisotea todo esto en el polvo! ¡Me basta con que me pertenezcas, aunque me digas que me odias mortalmente!

La espantosa vehemencia de este hombre enciende la cólera de Rosa, a tal punto que rompe el embotamiento en que la tiene presa. Dirígese vivamente hacia el pórtico, pero Jasper la sigue hablando al oído.

—Rosa: todavía soy dueño de mí. Mira: camino a tu lado tranquilamente. Esperaré un poco de aliento y de esperanza. No me apresuraré demasiado para atacar… Hazme una señal que me pruebe que me estás oyendo atentamente.

Rosa hace tímidamente esta señal con la mano.

—Ni una palabra de todo esto a nadie, porque provocaría el golpe que voy a dar, tan seguro como la noche sucede al día. Hazme un nuevo signo que me asegure que me estás escuchando.

Por segunda vez Rosa mueve su mano.

—¡Te amo! ¡Te amo! ¡Puedes desecharme, pero nunca te librarás de mí! ¡Nadie será jamás suficientemente fuerte para colocarse entre tú y yo! ¡Te perseguiré hasta la muerte!

Una sirvienta se adelanta para abrirle la puerta. Jasper saluda naturalmente, sin traicionar en absoluto la emoción que lo embarga, como pudiera hacerlo la efigie del padre del señor Sapsea, que se encontraba sobre el dintel de la puerta, al otro lado de la calle.

Rosa cae desmayada a mitad de la escalera. La llevan apresuradamente a su habitación y la extienden en su lecho.

—Debe ser la tormenta —comenta la sirvienta—. El calor es aplastante. No es de sorprenderse. ¡Pobre criatura!

Durante toda la tarde las mismas sirvientas se habían sentido mal por la humedad.

CAPÍTULO XX

LA HUÍDA

Apenas ha vuelto en sí Rosa de su desmayo, comienza a recordar los horribles momentos de su entrevista con Jasper.

Le parece que hasta en el estado de insensibilidad en que se encuentra ahora, lo ve todavía. Ni por un instante pierde la clara conciencia de cuanto él le ha dicho.

«¿Qué hacer?». La única idea precisa en su espíritu es la de que debe huir de este hombre terrible.

«¿Pero dónde encontrar un refugio y cómo salir de la casa?». Ella no ha dejado escapar jamás una palabra sobre el temor que Jasper le inspira, salvo en una confidencia hecha a Helena. Si ella la busca y le cuenta lo sucedido, este intento por sí solo puede provocar un mal irreparable.

Recuerda muy bien cómo Jasper le ha amenazado; sin duda que tiene el poder de hacerlo, y le consta que su voluntad es decidida.

Si la crueldad del chantre le parece espantosa, su propia responsabilidad la alarma más aún. Comprende que la más ligera imprudencia de su parte, tanto si actúa como si se abstiene de hacerlo, desencadenará el odio de Jasper contra el hermano de Helena.

Durante los últimos seis meses, el espíritu de Rosa se ha debatido en una tormentosa confusión. Una vaga sospecha agita su alma. Una idea imprecisa e inexpresable la envuelve; en ciertos momentos se perfila más nítida en su interior, y en otros se desvanece en las más profundas tinieblas. El afecto de Jasper por su sobrino, cuando éste vivía, y sus esfuerzos para descubrir cómo ha encontrado la muerte, si en verdad ha muerto, son hechos conocidos y unánimemente aceptados en la ciudad, ¿Quién hubiera podido admitir la posibilidad de que Jasper pudiera cometer un acto semejante?

Rosa se pregunta: «¿Seré tan perversa como para suponer una crueldad en los otros que ni ellos mismos son capaces de concebir?».

Y luego reflexiona: «La sospecha que me atormenta, ¿no tendrá su origen en la repulsión que me inspira Jasper? Si así fuera, ¿no sería la prueba más evidente de la falta de fundamento de tales sospechas?».

Sigue reflexionando: «¿Qué motivo lo hubiera impulsado a cometer el crimen?».

Se avergüenza de la respuesta que se da a sí misma: «¡El motivo de conquistarme!», y se cubre la cara con las manos, como si la sombra de su sospecha, basada sólo en su vanidad, fuera un crimen mayor que el que presiente.

Analiza mentalmente cuanto le ha dicho Jasper apoyado en el cuadrante solar del jardín. Ha insistido en atribuir a un crimen la desaparición de Edwin, siguiendo al decir esto la línea de conducta mantenida públicamente después del hallazgo del reloj y del alfiler de corbata. Si temiera que se descubriese el crimen, ¿no habría él, más bien, alentado la idea de una desaparición voluntaria?

Hasta había osado declararle que si los lazos que lo unían a su sobrino no hubieran sido tan fuertes, no habría titubeado en deshacerse de él. De ser él el autor del crimen, es obvio que hubiera evitado pronunciar semejante frase. Le había dicho también que pondría a sus pies su constante esfuerzo de seis meses por vengar el crimen. ¿A qué vendría esta declaración, expresada con tal violencia, si no fuera más que un falso alegato? ¿Hubiera mezclado todo esto con el ofrecimiento de su desolado corazón y su alma, su vida arruinada, su paz y su desesperación?

El primer homenaje que le había rendido era el holocausto de la fidelidad a su sobrino después de muerto. En suma: estos elementos eran lo suficientemente poderosos para oponerlos a una débil argumentación, apenas esbozada. Y sin embargo… ¡Era un hombre tan abominable! ¿Qué experiencia podría tener una desdichada joven, ignorante de lo que podría ser una naturaleza criminal, cuando los mismos expertos en la materia se equivocan a menudo juzgándola por los hechos comunes de la inteligencia humana, en lugar de considerar al criminal como una horrible y monstruosa excepción?

La pobre Rosa sólo puede llegar a la siguiente conclusión: Jasper es un hombre terrible, y yo debo huir de él cuanto antes.

Durante todo el tiempo transcurrido, ella había sido para Helena un sólido apoyo y un tierno consuelo. Le había ratificado la fe en la inocencia de su hermano y la simpatía que éste le inspiraba en medio de su desgracia. Pero no había visto a Neville después de la desaparición de Edwin Drood, y Helena no le había dicho una palabra de la confesión del joven al señor Crisparkle respecto al sentimiento que albergaba por

ella, a pesar de que este hecho era parte importantísima en el caso, y del dominio público.

Para ella Neville era el infortunado hermano de Helena, y nada más.

La seguridad que le había dado a su odiado admirador era, pues, estrictamente exacta.

«Más le hubiera valido —decíase ahora— abstenerse de hacerlo».

El terror que le inspira Jasper a esta delicada y encantadora criatura, le hace aparecer monstruoso todo lo que proviene de él. Repugna a su espíritu la sola idea de haber oído de labios de Jasper la revelación del amor que Neville sentía por ella.

«Pero ¿adónde podía ir?». No importa adonde. A cualquier parte, con tal de estar al abrigo de su persecución. Ésta es su respuesta. Es necesario pensar en algún sitio… Decide salir en busca de su tutor, y partir inmediatamente.

Las confidencias que ella ha hecho a Helena la noche de su primer encuentro la obsesionan. Le parece que los sólidos muros del viejo convento son ahora impotentes para protegerla contra los ataques de su perseguidor, y ningún razonamiento calma el terror que la invade por el solo hecho de encontrarse en Cloisterham. La repulsiva sugestión sufrida durante tanto tiempo ha llegado al colmo; siente que Jasper puede doblegarla bajo su voluntad de nuevo, dominándola con su diabólico sortilegio. Echa una mirada por la ventana en momentos en que se levanta para vestirse. La sola vista del cuadrante solar donde estuvo apoyado Jasper mientras se le declaraba, la hiela de espanto y la hace retroceder hasta un rincón de su cuarto. Escribe rápidamente una nota a la señorita Twinkleton, diciéndole que un motivo urgente surgido inesperadamente la lleva al lado de su tutor, insistiendo en que nada malo puede sucederle, para que la buena señorita no se inquiete por ella.

Pone precipitadamente algunos objetos casi inútiles en una pequeña maleta, coloca la nota en un lugar bien visible de su cuarto, sale y cierra suavemente la reja detrás de ella.

Es la primera vez que se encuentra sola en la calle Real de Cloisterham, pero conoce muy bien el camino y va derechamente hacia la parada del autocar. En ese momento parte el vehículo.

—¡Deténgase y lléveme, por favor, Joe! Debo llegar a Londres.

Un minuto después está en camino hacia la estación bajo la protección del conductor, que cuida de ella mientras desciende del carruaje, la instala en un vagón y le lleva su diminuta maleta como si fuera un inmenso baúl demasiado pesado para sus pequeñas manos.

—¿Podría usted al regreso llegar hasta la Casa de las Monjas y decir a la señorita Twinkleton que me ha visto partir sana y salva?

—Lo haré, señorita.

—Déle usted mis saludos, por favor, Joe.

—Sí, señorita; y una parte de ellos la reservo gustoso para mí. —Pero esta última frase no fue pronunciada en voz alta: Joe se contentó con pensarla.

Una vez camino de Londres, Rosa se entrega nuevamente al curso de sus pensamientos, que la precipitación de su partida ha interrumpido. Su indignación, después de la declaración de amor, está viva aún. Le parece que la ha mancillado y que no puede lavarse esa mancha impura sin recurrir al consejo de un hombre honesto y sincero. Esta seguridad la sostiene contra el terror que aún siente y la confirma en la resolución tomada con tanta premura. Pero cuando la noche se hace más oscura y la gran ciudad está más cercana, muchas dudas comienzan a atormentarla. ¿No será ésta una idea descabellada? ¿Cómo la juzgará el señor Grewgious? ¿Lo encontrará en su casa después de un día de trabajo? ¿Qué hará si se encuentra ausente? ¿Qué será de ella en esta ciudad extraña tan populosa? ¿No hubiera sido mejor esperar y haberse aconsejado antes por alguien? Es verdad que puede volver sobre sus pasos… No lo hará, no; con la ayuda de Dios. Una multitud de pensamientos encontrados la inquietan.

Al fin el tren llega a Londres. La vía férrea corre paralela al nivel de los techos de las casas. Éstas están más abajo, polvorientas; los faroles empiezan a encenderse en esta noche calurosa y brillante de verano.

«Don Hiram Grewgious, Staple Inn, Londres». Esto era todo cuanto sabía Rosa de su destino. Es lo suficiente, sin embargo, para hacerse conducir por un coche a través de las calles, donde la muchedumbre se apretuja buscando un poco de aire o arrastrando los pies en lento y monótono andar por las polvorientas y quemantes aceras.

Rosa advierte la miseria del barrio que la rodea. Los organillos y tambores no logran desvanecer los temores, ni las campanas de las

capillas que despiertan sus ecos en los muros de ladrillo de aquellas viviendas mezquinas.

El sofocante vehículo que conduce a la joven se detiene por fin delante de una puerta herméticamente cerrada. Se adivina que el dueño de aquella casa tiene el hábito de recogerse temprano y teme a los ladrones.

Después de haber despachado al coche, golpea tímidamente en aquella puerta, y es introducida por el sereno al patio interior con su pequeño equipaje.

—¿Vive aquí el señor Grewgious?

—El señor Grewgious vive aquí, señorita —contesta el hombre, señalando uno de los cuerpos del edificio que queda más adelante.

Rosa avanza en el preciso momento en que suenan las diez, y se encuentra delante de la puerta señalada con las iniciales P. J. T. Se pregunta qué pueden significar esas tres letras sobre la puerta de entrada, pero guiada por el nombre del señor Grewgious impreso en el muro sube al piso superior y llama repetidas veces suavemente. Nadie responde, y la manija de la puerta cede bajo la presión de su mano. Al entrar ve a su tutor sentado delante de una ventana abierta. Una lámpara colocada spbre la mesa arde bastante lejos del lugar donde se encuentra el dueño de casa.

Rosa se acerca en la semipenumbra de la habitación. El señor Grewgious la reconoce, exclamando:

—¡Santo Dios!

La joven se echa en sus brazos y se deshace en lágrimas.

El señor Grewgious dice, devolviéndole su abrazo:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡He creído ver a tu madre! Pero —agrega bondadosamente—, ¿qué sucede? ¿Qué te trae por aquí? Y dime: ¿Quién te acompaña?…

—Nadie. He venido sola.

—¡Bendito sea Dios! —dice el señor Grewgious—. ¿Por qué no me has escrito para que fuera a buscarte?

—No tuve tiempo. Tomé de pronto esta resolución. ¡Pobre!… ¡Pobre Eddy! ¡Ah!… ¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! Su tío me hizo una declaración de amor. No pude soportarlo —exclama Rosa,

derramando de nuevo abundantes lágrimas y golpeando el piso con su pequeño pie—. Ese hombre me hace temblar de espanto. Y he venido junto a usted para que me proteja, a mí y a «todos nosotros», contra él, si usted no se opone.

—¡Por cierto que lo deseo! —exclama el señor Grewgious en un impulso extraordinariamente enérgico—. ¡Maldito sea!

Después de este extraordinario desahogo, completamente fuera de sí, se pone a caminar a lo largo de la habitación, sin demostrar si lo anima un impulso de sincero entusiasmo o un instinto habitualmente combativo en él.

Se detiene de pronto y dice, luego de secarse el rostro:

—Te pido mil perdones, querida, pero te agradará saber que me encuentro mejor… No me cuentes nada todavía; esperemos que pase esta crisis. Tienes necesidad de entonarte y reponerte un poco. ¿Qué has tomado antes de partir? ¿Has desayunado, almorzado? ¿Tomaste merienda o cenaste? La comida que te ofreceré tendrá que ser a la vez desayuno, almuerzo, merienda y cena. ¿No te parece?

El señor Grewgious, con una rodilla en tierra, ayuda a Rosa a quitarse su sombrero y ordenar sus cabellos, y la escena tiene un encanto realmente caballeresco.

Quien no conociese al señor Grewgious más que superficialmente se hubiera asombrado de encontrar esta caballerosidad y respetuosa ternura en tan singular personaje.

—Es menester pensar en tu descanso —continúa—, y tendrás para eso la más hermosa habitación del Hotel Furnival. La camarera, que tendrá poderes ilimitados, se encargará de procurarte todo lo que te sea necesario… Y te lo digo porque no quiero que pongas reparo en los gastos… ¿Es ésta una valija de viaje?

Mira delante de sí con gran atención. Y convengamos en que era necesario, porque el fondo de la habitación, sumido en tinieblas, apenas si permitía distinguir los objetos.

—Sí, señor. La he traído conmigo.

—No es una gran valija… —observa el señor Grewgious candorosamente—. Sus reducidas dimensiones apenas si permiten llevar las provisiones para un día de un pajarillo. ¿No será que has traído contigo un pájaro?

Rosa sonríe y hace con la cabeza un signo negativo.

—Si has traído alguno, sea bien venido —dice el señor Grewgious —. Creo que le gustaría instalarse en la jaula colgada en la ventana; así podría contemplar el espectáculo que ofrecen los gorriones de Staple Inn haciendo sus ejercicios. Como son flacos, son ágiles… Pero todavía no me has dicho qué vas a tomar. ¿Qué me dirías de una ensalada que tuviese un poco de todo?

Rosa le agradece, y responde que sólo tomará una taza de té.

El señor Grewgious sale, entra, vuelve a salir y a entrar procurándose diferentes provisiones: mermeladas, huevos, pescado salado y jamón ahumado, y se dirige en cabeza al Hotel Furnival a dar órdenes.

Poco después todo está pronto y la mesa tendida.

—¡Dios santo! —exclama el señor Grewgious, poniendo la lámpara sobre la mesa y tomando asiento frente a Rosa—. ¡Qué sensación más extraña para un viejo solterón como yo!

La expresiva contracción de las cejas de Rosa le dice elocuentemente que ella no ha comprendido.

—¡Qué impresión! Verdaderamente… la presencia de una dulce y joven criatura que llena de encanto esta habitación. Todo esto tiene un encantador atractivo… —dice el señor Grewgious—. ¡Ah, pobre de mí!… ¡Pobre de mí!…

Rosa nota un dejo de tristeza en este suspiro, y se aventura a tocarlo suavemente con la punta de sus dedos.

—Hum… Gracias, querida. Ahora conversemos.

—¿Vive usted siempre aquí, señor?

—Sí, querida.

—¿Y siempre solo?

—Siempre solo, salvo durante las tardes, en que me acompaña un caballero que se llama Bazzard y que es mi escribiente.

—¿No vive con usted?

—No. Permanece aquí y se va a la hora en que termina la oficina. En estos días está con licencia, así que del estudio situado en el piso superior a éste me facilitan una persona que lo reemplaza

temporariamente. Pero sería muy difícil reemplazar definitivamente al señor Bazzard.

—Debe estar encantado con usted.

—Si así fuera disimula sus sentimientos con un empeño ejemplar —dice el señor Grewgious después de reflexionar un poco—. Pero dudo que me estime hasta ese punto. ¡No! Sabrás que el pobre muchacho no está contento con su suerte.

—¿Por qué no está contento?

—Porque no ocupa el lugar que le corresponde —continúa el señor Grewgious con aire misterioso.

Las cejas de Rosa se elevan con su expresión de perpleja interrogación.

—¡Y se merece tan poco el humilde lugar que ocupa —continúa el señor Grewgious—, que me siento constantemente inclinado a disculparme con él! El señor Bazzard opina, aunque no lo dice abiertamente, que lo que yo hago es muy justo.

El señor Grewgious se expresa en forma tan oscura y enigmática, que Rosa no sabe cómo interpretarlo.

Mientras reflexiona, sin encontrar exactamente qué decir, el señor Grewgious dice inesperadamente:

—Sigamos conversando. Hablábamos del señor Bazzard. Voy a decirte un secreto, y un secreto de Bazzard. Tu sola presencia aquí, sentada a mi mesa, me pone expansivo y me inclina a hacerte esta confidencia, que es un secreto inviolable, del que te pido la más extrema discreción. ¿Qué te imaginas que hace el señor Bazzard?

—¡Oh, mi querido tutor! —dice Rosa, acercando un poco más su silla a la del señor Grewgious, pues su pensamiento había vuelto de nuevo a Jasper—. Espero que no será nada espantoso…

—¡Ha escrito una pieza de teatro! —dice el señor Grewgious en voz baja y con tono solemne—. ¡Una tragedia!

Rosa se siente aliviada con esta declaración.

—Y nadie —prosigue el señor Grewgious con el mismo tono—, nadie ha querido oír su lectura ni hacerla representar.

Rosa inclina la cabeza pensativa como diciendo: ¡Suceden cosas tan raras en este mundo! ¡Existen oficinistas que escriben tragedias!…

—Ahora estás enterada —dice el señor Grewgious—. Yo no sería capaz de escribir una pieza de teatro.

—¿Ni siquiera una obra mediocre, señor? —pregunta Rosa.

—No lo creo. Si estuviera condenado a muerte, y próximo a ser decapitado me llegase la gracia del indulto a condición de que el reo Grewgious escribiese una pieza de teatro, yo pienso que preferiría pedir otra vez la guillotina y rogar al verdugo que terminase cuanto antes.

El señor Grewgious pásase la mano por el mentón, visiblemente emocionado, y Rosa se pone a reflexionar en lo que ella haría si se encontrara en semejantes circunstancias.

—Por esto —dice el señor Grewgious— Bazzard tiene conciencia de mi inferioridad, lo que no es de sorprender. Así que… tú comprendes… como yo soy su jefe, la situación se hace más grave y más delicada.

El señor Grewgious sacude la cabeza gravemente, como pesando sus propias palabras.

—¿Cómo llegó usted a ser su jefe, señor? —pregunta Rosa.

—Fue una consecuencia natural. Voy a explicarte —dice el señor Grewgious—. El padre de Bazzard, un granjero del condado de Norfolk, hubiera echado a su hijo a latigazos o a horquillazos, o valido de cualquier instrumento de labranza contundente, de sospechar que su hijo se dedicaba a escribir obras de teatro… Un día que este último me trajo el dinero de los arrendamientos de su padre, que yo estaba encargado de recibir, me confió su secreto, añadiendo que estaba decidido a cultivar su genio de autor, aunque se arriesgaba a morirse de hambre, consecuencia a la que, desde luego, no estaba resignado.

—¿A cultivar su genio? —pregunta Rosa.

—No, mi querida —agrega el señor Grewgious—. A morirse de hambre. No pude menos de reconocer la situación del señor Bazzard y su temor a morirse de hambre. Entonces me sugirió la conveniencia de que yo me interpusiera entre él y la fatalidad que conspiraba contra sus deseos. Y así es como el señor Bazzard se convirtió en mi escribiente, cosa que lamenta tanto.

—Me complace que sea agradecido —dice Rosa.

—No he querido significar exactamente eso, querida. He querido decir, más bien, que se siente disminuido. Se ha relacionado con otros genios que también han escrito dramas que han corrido igual suerte que

los de mi escribiente: nadie ha querido leerlos ni representarlos… Estos espíritus selectos se dedican sus obras unos a otros en los más conceptuosos términos. El señor Bazzard ha sido objeto de uno de esos panegíricos. Ahora tú sabes… ¡A mí no me dedicaron ninguna de sus obras!

Rosa lo contempla con una mirada que parece decir: «¡Cuánto me hubiera gustado verlo a usted objeto de mil dedicatorias!».

—Y yo no sé por qué el señor Bazzard está irritado conmigo y no me ha dedicado nunca nada. Es muy seco conmigo a veces; comprendo que se dirá por lo bajo: «Este imbécil es mi jefe. Un ser incapaz de escribir un drama cuando le va en ello la vida; un ser que no ha recibido jamás una obra dedicada a su nombre, con las más fervientes felicitaciones por el alto concepto que conquistaría a los ojos de la posteridad. ¡Es deplorable!». Por eso cuando tengo que darle órdenes reflexiono previamente. Y me digo: «A lo mejor esto no es de su gusto… puede desagradarle… Y merced a estas precauciones nos entendemos muy bien, mucho mejor de lo que yo esperaba».

—¿Y el nombre de su tragedia, señor? —pregunta Rosa.

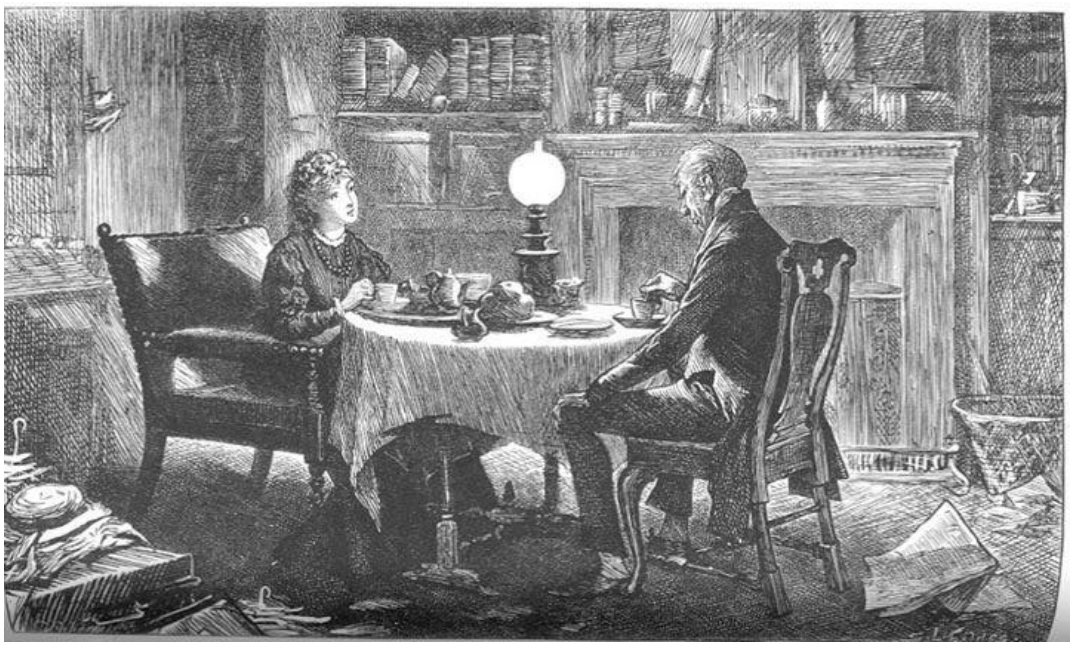
—Siempre entre nosotros —responde el señor Grewgious—, ha elegido un título espeluznante y muy apropiado: «La espina de la ansiedad». El señor Bazzard confía, y yo también, en que llegará finalmente a ser representada.

No es difícil imaginar que el señor Grewgious entró a detallar toda la historia del señor Bazzard más con el objeto de distraer el pensamiento de su pupila del asunto que la había llevado allí, que por satisfacer su tendencia natural a mostrarse sociable y comunicativo.

—Y ahora, mi querida —dice—, si no estás muy fatigada para ponerme al corriente de lo que te ha pasado hoy, estaría encantado de escucharte. Estudiaré mejor su situación pensando en ella durante la noche.

Rosa, que está más calmada, le hace un fiel relato de su entrevista con el señor Jasper.

Con frecuencia el señor Grewgious se pasa la mano por la cabeza, como para ordenar sus ideas, y le ruega a Rosa insistentemente repetir los pasajes en que hace referencia a Neville y a Helena.



—Muy claramente has hecho tu relato —dice por fin—, y espero que ahora estarás más tranquila.

Y se alisa nuevamente sus cabellos.

—Mira, hija mía —agrega, conduciéndola hacia la ventana abierta —. Allí viven ellos. ¿Ves esas ventanas sin luz, allá abajo?

—¿Podría ir mañana a ver a Helena? —pregunta Rosa.

—Yo quisiera pensar en este asunto durante esta noche —responde con aire indeciso—. Déjame ahora acompañarte para que tengas un buen descanso, del que sin duda tendrás necesidad.

Y así diciendo la ayuda a ponerse el sombrero, sostiene la pequeña valija bajo su brazo y, tomándola de la mano con cierta timidez, atraviesa con ella Holborn y entran ambos al Hotel Furnival.

En la puerta del hotel la entrega a los cuidados de la primera camarera, provista de ilimitados poderes, y le dice que, mientras ella sube a ver sus habitaciones, la esperará abajo.

El señor Grewgious piensa que bien puede ser que quiera cambiar de habitación o advertir que le falta alguna cosa. Pero el dormitorio es aireado, limpio, cómodo y alegre.

La primera camarera, con poderes ilimitados, ha puesto a disposición de la joven todo lo que ha olvidado traer en su pequeña valija.

Rosa desciende la escalera para agradecer a su tutor sus afectuosos cuidados y atenciones.

—No es nada, querida —dice el señor Grewgious, sintiéndose feliz —; soy yo el que tiene que agradecerte tu confianza y tu dulce compañía. El desayuno te será servido en un pequeño y gracioso salón, apropiado a tu encantadora persona, y yo vendré mañana por la mañana, a eso de las diez. Espero que no te sientas demasiado a disgusto en esta casa extraña.

—¡Oh, no! ¡Aquí me siento segura!

—Sí. Puedes estar segura de que las escaleras son a prueba de fuego —dice el señor Grewgious—. Si llegara a haber un incendio, al instante sería sofocado por los serenos.

—No es esto lo que quiero decir —replica Rosa—. Yo quiero decir que me siento segura contra él…

—La puerta de entrada es muy sólida —dice sonriendo el señor Grewgious—. El Hotel Furnival es seguro contra el fuego, bien guardado y bien iluminado; y yo estoy al otro lado de la calzada.

En su ardor de caballero andante, el señor Grewgious piensa que su protección es más que suficiente.

Animado por este sentimiento, dice al salir al portero:

—Si cierta persona que es huésped del hotel reclamara mi presencia durante la noche, hay una buena propina para el mensajero.

Dicho lo cual el señor Grewgious se pasea delante de la reja de entrada durante una larga hora con cierta inquietud involuntaria, examinando a ratos los gruesos barrotes de hierro, como si hubiera dejado detrás de ellos una paloma cuyo nido estuviese suspendido sobre una jaula de leones y hubiera peligro de que se cayera.

CAPÍTULO XXI

GRATITUD

Ningún acontecimiento sobreviene aquella noche que pueda turbar el reposo de la paloma, que se levanta más reconfortada.

El reloj da las diez de la mañana cuando el señor Grewgious entra seguido del señor Crisparkle, que se ha puesto en camino después de su baño en el río de Cloisterham.

—La señorita Twinkleton está tan inquieta, señorita Rosa —le dice—. Ha acudido a mi casa a buscarme con su nota en la mano, y en tal estado de estupefacción que para calmarla le prometí venir a Londres en el primer tren de la mañana… Hubiera deseado que en aquellas circunstancias fuera usted a verme; pero ahora pienso que ha hecho usted mejor en acercarse a su tutor.

—Yo pensé en usted —le dice Rosa—, pero el Rincón del Canónigo está tan cerca de él…

—Lo comprendo. Es natural.

—Le he referido al señor Crisparkle —dice el señor Grewgious— todo lo que me has dicho anoche, querida. Como es lógico suponer, le hubiera escrito en seguida, pero su llegada, como ves, ha sido más que oportuna. Es gran amabilidad de su parte el haber venido, por cuanto su visita llega tan acertadamente.

—¿Han pensado ustedes —pregunta Rosa, dirigiéndose a ambos— en lo más conveniente que debo hacer respecto de Helena y de su hermano?

—La verdad es —dice el señor Crisparkle— que me siento muy perplejo. Si el señor Grewgious, que tiene más experiencia que yo de las cosas, y que ha pasado la noche reflexionando, está todavía indeciso; ¡imagínese usted cómo estaré yo!

La camarera, con poderes ilimitados, asoma su cabeza por la puerta y anuncia, cuando está autorizada para entrar, que un caballero quiere decir una palabra a otro caballero apellidado Crisparkle, si este último está en el hotel. Si no se encuentra allí, pide le sea perdonado su error.

—El caballero a que se refiere usted está aquí —dice el señor Crisparkle—, pero en estos momentos está muy ocupado.

—¿Es un caballero de cabellos negros? —pregunta Rosa, acercándose a su tutor.

—No, señorita. Sus cabellos son más bien castaños.

—¿Está usted segura de que no son negros? —vuelve a preguntar Rosa, haciéndose de valor.

—Completamente segura, señorita. Cabellos castaños y ojos azules.

—Me parece mejor —insinúa el señor Grewgious, con su prudencia habitual— que lo vea usted, querido señor Crisparkle, si no tiene inconveniente… Cuando uno se encuentra en dificultades, no se sabe de dónde puede surgir la probabilidad de una solución. Éste es uno de mis principios en materia de negocios: no desdeñar nada, y estar muy atento a cualquier posibilidad que se presente. Podría contar a ustedes una anécdota a propósito de esto, pero no es éste el momento adecuado.

—Si la señorita Rosa no tiene inconveniente, haga pasar a ese caballero —dice el señor Crisparkle.

El recién llegado se excusa, con agradable y modesta cortesía, al ver que el señor Crisparkle no está solo, y volviéndose hacia este último le hace sonriendo esta pregunta inesperada:

—¿Quién diría usted que soy yo?

—Usted es el caballero que acabo de ver fumando bajo los árboles de Staple Inn, hace unos minutos.

—Es verdad. Es allí donde lo he visto yo a usted. Pero este hecho no le dice a usted aún quien soy yo., El señor Crisparkle observa atentamente aquel hermoso rostro tan quemado por el sol.

El lejano recuerdo de un niño, que partió hace mucho tiempo, parece concretarse ante sus ojos, como a través de una espesa niebla.

El joven advierte que aquellos recuerdos aclaran gradualmente la fisonomía del señor Crisparkle y sonriendo, añade:

«¿Qué desea almorzar usted esta mañana?… ¿Ya se ha comido los dulces?».

—¡Aguarda! —exclama el señor Crisparkle, levantando la mano derecha—. ¡Espera un momento aún!… ¡Tártar!

Ambos se estrechan la mano con efusiva cordialidad por largo rato. Es característico de los ingleses el gesto de apoyar las manos sobre los hombros del amigo, mientras se contemplan alegremente.

—¡Mi viejo alumno! —dice el señor Crisparkle.

—¡Mi viejo profesor! —dice el señor Tártar.

—Tú me sacaste del agua cuando me ahogaba —dice el señor Crisparkle.

—Después de lo cual usted me enseñó a nadar —dice Tártar—. ¿Recuerda usted?

—¡Bendito sea Dios! —exclama el señor Crisparkle.

—¡Amén! —contesta Tártar.

Y continúan abrazándose.

—¡Imagínense ustedes —exclama el señor Crisparkle, con los ojos brillantes, dirigiéndose a Rosa y al señor Grewgious— imagínense a Tártar, que era entonces el más delicado de mis alumnos, zambulléndose detrás de mí, tomándome por los cabellos, a mí, tan grueso y tan fuerte, y arrastrándome a la orilla como un gigante de las aguas.

—No quería dejarlo ir al fondo —dice el señor Tártar—. Desde entonces fui su alumno. Pero la verdad es que él ha sido mi protector y mi mejor amigo; que me ha hecho más bien que todos mis otros profesores reunidos, y que un sentimiento irreflexivo me impulsó a salvarlo o a perecer con él.

—Hum… Permítame el honor, señor… —dice el señor Grewgious avanzando hacia el joven con la mano extendida—. Me siento orgulloso de haberlo conocido. Espero que no haya tomado demasiado frío cuando estaba en el río. Y que no haya sufrido mucho del agua que debió tragar. ¿Cómo se sintió una vez pasado todo?

Es evidente que el señor Grewgious no sabe bien lo que dice, aunque se ve bien clara su intención de mostrarse amable y gran admirador de la bella acción llevada a cabo por el joven.

Rosa piensa entretanto: «Si el cielo hubiera enviado un joven tan valeroso en socorro de mi pobre madre… ¡Ella era tan débil y tan joven entonces!…».

—No es mi intención granjearme un cumplimiento por lo que ahora voy a decir —explica el señor Grewgious, después de hacer un paseíto apresurado a través de la habitación, ante la sorpresa de los demás, que dudan si está afectado por un calambre o un sofocón— y si se sienten ustedes inclinados a hacerme este cumplido, lo agradezco por anticipado; pero me ha asaltado una idea. Yo creo que tengo el placer de conocer de nombre al señor Tártar, que debe ocupar un departamento en los altos de la casa que hace esquina, vecina a ésta.

—Sí, señor —responde el señor Tártar—. Es exacto.

—Bien. Ese punto es exacto. Observad —dice el señor Grewgious, haciendo castañetear los dedos—. ¿No conoce usted el nombre de su vecino, el que vive en la parte superior de la casa, al otro lado de la pared medianera?

Entretanto el señor Grewgious se ha aproximado al señor Tártar para no perder el más mínimo gesto de su rostro.

—Landless —contesta éste.

—Observad otra cosa aún —dice el señor Grewgious.

Hace otro paseíto por la habitación, y vuelve sobre sus pasos.

—Supongo que no conocerá usted personalmente a ese joven caballero.

—Nuestro conocimiento es todavía superficial; pero hemos entrado en relación.

—¡Observad todavía más! —dice el señor Grewgious.

Tercer paseíto por el salón, y tercer retorno a su punto de partida.

—¿Qué clase de relaciones ha tenido con él, señor Tártar?

—Me ha parecido que este joven no tiene muy buena salud y le he pedido permiso para que mis flores puedan trepar hasta su habitación, de manera que pueda participar de la alegría de contemplarlas, es decir, extendiendo mi jardín hasta sus ventanas.

—¿Quieren ustedes tener la bondad de tomar asiento? —exclama el señor Grewgious—. Les repito que tengo una idea.

Todo el mundo se rinde a su deseo y el señor Tártar con más empeño que ninguno. El señor Grewgious se ubica en el centro del círculo y apoya las manos sobre sus rodillas,

después de lo cual expone su idea con su habitual modalidad, es decir, como si hubiera aprendido su relato de memoria.

—Todavía no tengo formada una opinión sobre el hecho de saber si es prudente, en las actuales circunstancias, establecer abiertamente la comunicación entre la encantadora persona que representa aquí el bello sexo y el señor Neville y la señorita Helena. Tengo mis razones para afirmar que un lejano amigo nuestro —sobre el que solicito lanzar de pasada una cordial maldición, con la venia de mi reverendo amigo— ronda por aquí y por allá como un lobo. Cuando no practica el espionaje personalmente, puede tener para reemplazarlo cualquier emisario elegido entre los serenos, porteros u otros individuos de este género que circulan habitualmente por Staple Inn. Por otra parte, la señorita Rosa desea, como es natural, ver a su amiga Helena, y me parece importante que la señorita Helena al menos, y el señor Neville por intermedio de su hermana, puedan enterarse de labios de la señorita Rosa, en una conversación íntima, de lo que ha sucedido y las amenazas de que han sido objeto. ¿Están de acuerdo conmigo los presentes en estos puntos de vista?

—Yo le doy mi total asentimiento —dice el señor Crisparkle, que ha escuchado atentamente.

—Como lo haría yo mismo, sin duda alguna —dice sonriendo el señor Tártar— si pudiera comprenderlo.

—Muy bien. Es muy amable de su parte, señor —dice el señor Grewgious—. Vamos entonces a confiar enteramente en usted, si lo permite. Ahora; si el lobo, nuestro amigo, tiene un emisario por estos lugares, es de suponer que este emisario obligado estará encargado de vigilar solamente el departamento del señor Neville. Conforme a las referencias que se le hagan de las personas que entren o salgan de la casa, nuestro amigo el lobo determinará, por sí mismo, la identidad de tales personas.

—Comienzo a comprender a dónde va usted a parar —dice el señor Crisparkle—, y apruebo por completo su prudencia.

—No tengo necesidad de repetir —dice el señor Tártar— que no sé nada de sus «cómo» y de sus «por qué». Pero comprendo su objeto, de modo que permítanme decirle de inmediato que mi departamento está a su entera disposición.

—¡Magnífico! —exclama el señor Grewgious, acariciándose la cabeza con aire satisfecho—. He aquí que todos han comprendido mi idea. ¿La has comprendido tú también, querida?

—Creo que sí —dice Rosa enrojeciendo un poco, al observar que el señor Tártar ha echado una rápida mirada sobre ella.

—Tú cruzarás Staple Inn acompañada del señor Crisparkle y del señor Tártar —aconseja el señor Grewgious—. Subirás con estos señores al departamento del señor Tártar; echarás un vistazo a las flores de su jardín; esperarás que aparezca la señorita Helena y le informarás que estás allí. Tendrás tu entrevista con ella y el espionaje será confundido.

—Yo tengo mucho miedo de ser…

—¿De ser qué, querida? —pregunta el señor Grewgious, viéndola titubear—. ¿Estás asustada?

—No. No es eso —dice Rosa, tímidamente—. Tengo miedo de causar molestias al señor Tártar. Parece que tomáramos posesión de su departamento para nuestra conveniencia.

—Le hago presente —responde el caballero— que mi casa me parecerá embellecida para siempre si tiene la fortuna de contar con su presencia, siquiera una vez.

No sabiendo qué responder a esta gentileza, Rosa baja los ojos, y volviéndose al señor Grewgious le pide respetuosamente permiso para ir a buscar su sombrero. El

señor Grewgious, que comprende naturalmente su posición, le hace una señal afirmativa.

El señor Crisparkle aprovecha la oportunidad para hacerle al señor Tártar una exposición sucinta de la penosa y difícil situación en que se encuentran Neville y su hermana.

No le falta tiempo para hacerla, por cuanto el sombrero de Rosa parece necesitar algunos retoques.

Finalmente salen los tres.

El señor Tártar ofrece su brazo a Rosa y el señor Crisparkle abre la marcha a una cierta distancia.

«¡Pobre… pobre Eddy!…» —piensa Rosa, en esos momentos.

El señor Tártar habla accionando con su mano derecha, se inclina hacia su compañera y le conversa animadamente.

«No sería tan fuerte ni tan tostado por el sol cuando lo salvó al señor Crisparkle —piensa Rosa, echándole una mirada de soslayo—; pero era ya determinado y valeroso».

El señor Tártar le refiere que ha sido marino y que ha navegado por todos los mares del mundo, durante años y años…

—¿Cuándo piensa usted hacerse a la mar? —le pregunta Rosa.

—¡Nunca!

Rosa se pregunta lo que pensarían sus compañeras de la Casa de las Monjas, si la vieran atravesar la calle del brazo de un marino.

Está emocionada, y compara los transeúntes pequeños y débiles con aquel hombre vigoroso, que hubiera podido levantarla en sus brazos y llevarla millas y millas sacándola de quién sabe qué peligros.

Piensa, también, que los ojos azules del señor Tártar parecen hechos para mirar muy lejos y prevenir el peligro, hacia el que sería capaz de correr para afrontarlo más de cerca.

Lo mira furtivamente y se dice que él también debe de pensar algo sobre sus ojos. Y todo esto la llena de confusión.

Por esta razón nunca supo exactamente cómo subió, ayudada por el señor Tártar, hasta su jardín aéreo, donde cree encontrarse en un país maravilloso, cuyas flores se abren exuberantes como en pleno campo, en la extremidad de sus tallos de hierro.

¡Si pudieran estas flores durar eternamente!

CAPÍTULO XXII

LAS COSAS SE COMPLICAN

Las habitaciones que componen el departamento del señor Tártar son las más claras, más limpias y mejor ordenadas que jamás se hayan visto bajo el sol, la luna y las estrellas.

Los pisos han sido pulidos y lustrados y los bronces están tan brillantes como un espejo de metal. Ni una mancha, ni una salpicadura en el mobiliario que deja, por su brillo y limpieza, maravillado al visitante.

Su sala se parece a la cabina de un almirante; su cuarto de baño a una lechería; su dormitorio, adornado con armarios de numerosos cajones, recuerda el despacho de un comerciante en granos, y su hamaca, suspendida en el medio de la habitación, se balancea como una nube blanca.

Cada uno de los objetos de su pertenencia tiene su lugar determinado: los mapas y cartas geográficas, sus libros y sus cepillos, sus ropas y zapatos, telescopios y otros instrumentos marinos, están alineados en orden maravilloso, accesibles al alcance de la mano.

El archivo, los anaqueles y cajones están dispuestos en forma de aprovechar hasta pulgadas de espacio.

Su pequeño y brillante servicio de platería está tan bien ordenado sobre la alacena, que se ven al primer golpe de vista las cucharillas de sal. Idéntica cosa puede decirse de sus utensilios de tocador, dispuestos sobre la mesa en forma tal que se hubiera notado en ella una minúscula pajuela; y lo mismo sucede con los exóticos objetos que ha coleccionado en sus numerosos viajes.

Embalsamados y disecados, por medio de una técnica sumamente perfeccionada y adecuada a las diferentes especies, los pájaros, peces y reptiles ocupan sus respectivos anaqueles, junto a los caracoles, dijes de coral y algas marinas.

No falta el tarro de barniz, del que el señor Tártar echaría mano para, hacer desaparecer sobre sus muebles, alguna mancha furtiva dejada allí por los dedos de algún visitante curioso.

Jamás un navío de guerra estuvo más limpio y más brillante. En este hermoso día de verano, el señor Tártar ha tenido un pequeño toldo para

proteger su jardín florecido. No hay como los marinos para aparejar tan prolijamente las lonas. Todo aquel ambiente respira atmósfera marina, y las mismas flores de su jardín podrían adornar perfectamente las ventanas de popa de un navío.

Parece un barco listo para zarpar, a la espera de la orden de levar anclas emitida por el señor Tártar por medio de una bocina: ¡Todo el mundo a su puesto! ¡Izad las velas!

El señor Tártar hace a maravilla los honores en su lindo barco. Cuando un hombre tiene una manía inofensiva, es grato contemplar el ejercicio de esta pasión bajo el aspecto humorístico. Y si este hombre es por naturaleza serio, cordial, franco y sencillo, no puede encontrarse más a gusto que practicando esta afición.

Rosa, conducida a través del navío con todos los honores propios de una primera dama del almirantazgo, o de un hada del mar, piensa que es encantador que el señor Tártar sea el primero en tomar a broma sus peregrinas y extravagantes instalaciones.

Pero cuando se muestra realmente magnífico a los ojos de la joven, es al salir discretamente de su cabina de almirante una vez terminada la inspección de su barco, y rogarle que se sienta como dueña y señora de él y de su jardín, uniendo a su palabra el movimiento de su mano vigorosa, de aquella mano en que estuvo suspendida la vida del señor Crisparkle.

—¡Helena!… ¡Helena Landless!… ¿estás ahí?

—¿Quién me llama?… ¿No eres Rosa?

Y otro rostro encantador aparece en la ventana.

—Sí. ¡Soy yo, querida!

—Pero; ¿cómo estás aquí, mi buena amiga?

—La verdad es que no lo sé —dice Rosa, enrojeciendo— ¡a menos que esté soñando!

¿Por qué aparecen rubores en esta hermosa carita más fresca que las mismas flores que la rodean? ¿Acaso el color sonrosado es prerrogativa natural en aquel país mágico?

—Pero yo no sueño —dice Helena, sonriendo—. Te ruego me digas cómo es que nos encontramos reunidas, tan cerca una de la otra y de manera tan inesperada.

Bien inesperada, realmente, en medio de las terrazas y chimeneas, en la vieja casa que lleva las famosas iniciales P. J. T. y bajo este jardín aéreo, nacido del agua salada del mar.

Recobrada Rosa de su emoción, le explica a su amiga, rápidamente, los hechos, y todos los! «cómo» y «por qué» de este encuentro.

—¡Y el señor Crisparkle está aquí! —le dice, arribando bruscamente a esta conclusión—. ¿Y lo creerás?, él le ha salvado la vida.

—Claro que puedo creer semejante cosa del señor Crisparkle —dice Helena ruborizándose.

Decididamente son frecuentes los rubores en el jardín aéreo.

—Sí; pero no es el señor Crisparkle quien lo ha salvado a él —dice Rosa corrigiéndose con empeño.

—No te comprendo, querida.

—Es el señor Crisparkle quien ha sido salvado; si lo hubieras oído hace un momento expresar la alta opinión que tiene del señor Tártar… Porque es al señor Tártar a quien le debe la vida.

Los negros ojos de Helena se fijan atentamente en el hermoso rostro que brilla en medio de las flores y le pregunta en tono más bajo y con aire pensativo:

—¿El señor Tártar está contigo en este momento, querida?

—No. El me ha cedido momentáneamente su departamento; es decir, «nos» lo ha cedido. ¡Es un lugar encantador!

—¿De verdad?

—Se parece al interior del más bello barco que jamás se haya lanzado al mar… Es como…

—¡Como un sueño! —sugiere Helena.

Rosa responde con un movimiento de cabeza, y respira hondamente el perfume de las flores. Después de un momento de silencio, y con un tono que a Rosa le parece muy triste, dice Helena:

—El pobre Neville trabaja en su cuarto. El sol, que da aquí de lleno, ha dejado su habitación en la sombra. Yo creo que es mejor que ignore que tú has estado tan cerca de él.

—¡Oh! Yo también lo creo —contesta vivamente Rosa.

—Y por otra parte —prosigue Helena, algo indecisa—, me imagino que con el tiempo tendrá que enterarse de todo lo que tú me has dicho; pero no estoy segura. Pregunta al señor Crisparkle, mi querida, si debo decirle a Neville parte de cuanto tú me has contado, o todo.

Rosa penetra en la cabina de mando y expone la situación.

El canónigo menor resuelve dejar la solución librada al criterio de Helena.

—Dile que se lo agradezco de todo corazón —dice Helena, cuando aparece Rosa para transmitirle esta respuesta—. No obstante, me gustaría que le preguntaras de nuevo si no sería mejor esperar a que las perversas intenciones dirigidas contra Neville se descubran por sí solas, en vez de advertirlo contra ese miserable. En primer término debemos asegurarnos si, en realidad, se trama algo en la sombra contra nosotros.

El canónigo menor encuentra tan arduo y dificultoso el problema, que no se atreve a dar una opinión definitiva, y después de varios ensayos y fracasos para resolverlo, propone recurrir al señor Grewgious.

Con el consentimiento de Helena, el señor Crisparkle, simulando aunque sin mayor éxito ser un transeúnte indiferente, cruza el pasaje, y entrando en la casa que lleva las iniciales P. J. T. formula su pregunta.

El señor Grewgious sostiene, como principio, que si se puede disimular la lucha dirigida contra un facineroso o una bestia feroz, nada es más conveniente. Afirmando que en Jack Jasper se combinan el bribón y la bestia feroz.

Así aconsejado, el señor Crisparkle regresa para transmitir a Rosa esa sabia respuesta, que Rosa, a su vez, comunica a Helena. Ésta parece abismarse en sus pensamientos y en efecto, reflexiona seriamente sobre lo que acaba de oír.

—¿Podríamos contar incondicionalmente con la ayuda del señor Tártar, Rosa? —inquiere Helena.

«¡Oh, sí!» —piensa Rosa, tímidamente.

Casi se animaría ella a responder afirmativamente.

—Considero que tu opinión es tan acertada como la del señor Crisparkle, y no creo necesario consultarle, mi querida.

¡Extraño parecer el de Helena!

—Piensa que Neville no conoce a nadie en esta ciudad; que no ha cambiado palabra con alma viviente, excepto con el, señor Tártar. Si éste pudiera venir a verlo seguido sin ocultarse, y consagrarle algunos minutos en estas visitas; si quisiera venir casi todos los días, tal vez consiguiéramos así algo positivo.

—¿Algo positivo, dices, querida? —repite Rosa, mirando el rostro de su amiga con aire perplejo—. ¿Qué podríamos conseguir con eso? Explícamelo.

—Si los movimientos de Neville son realmente vigilados, si el fin que se proponen es aislarlo de todos sus amigos y precipitarlo, minuto a minuto, en la desesperación, tal como parece resultar de la amenaza que te ha hecho… ¿No es lo más probable que su enemigo se pondrá en una y otra forma en contacto con el señor Tártar para prevenirlo contra Neville y alejarlo de él? En este caso estaríamos enteradas por el mismo señor Tártar, no solamente de sus maniobras, sino también de los medios que usará para llegar a él.

—¡Comprendo! —exclama Rosa.

Y desaparece en la cabina de mando.

Poco después su hermoso rostro reaparece radiante de animación. Ha puesto en conocimiento del señor Crisparkle esta decisión, quien se la ha comunicado al señor Tártar, que se pone a disposición de todos, en caso de ser solicitado.

Al decir estas palabras, Rosa vuelve la cabeza hacia la cabina mostrando su confusión y agregando que el señor Tártar está dispuesto a acudir en su ayuda, si es necesario.

—Dile, te ruego, que se lo agradezco desde lo más íntimo de mi corazón —dice Helena.

De nuevo Rosa entra en la cabina a llevar este último mensaje, y regresa con nuevas seguridades de las buenas disposiciones del señor Tártar. Es evidente, que trataba de dividirse entre éste y Helena, lo que prueba que la turbación no siempre se equivoca y puede, por el contrario, muchas veces ser sumamente sutil.

—Y ahora, mi querida, no olvidemos que nuestra primera entrevista debe ser prudente; debemos separarnos. Oigo que Neville sale de su habitación. ¿Volverás allá?

—¿Con la señorita Twinkleton? —pregunta Rosa.

—Sí.

—¡Oh, yo no podría quedarme más allá, después de aquella terrible entrevista! —dice Rosa.

—¿Adónde irás entonces, querida mía?

—Ahora que lo pienso, no sé qué haré —dice Rosa—. No he decidido nada; pero mi tutor cuidará de mí. No te inquietes, querida. Es seguro que me ubicaré en alguna parte…

—¿Y tendré noticias de mi *Capullo* de rosa por el señor Tártar? —dice Helena.

—Sí. Me imagino…

Y una vez más Rosa vuelve la cabeza, reemplazando con este gesto el pronunciar el nombre del marino.

—Dime alguna cosa antes de separarnos, querida Helena. Dime que comprendes que no estuvo en mí evitarlo…

—¿Evitar qué, mi querida?

—Evitar que él fuera tan malo y tan vengativo. ¿No crees que podría llegar a un arreglo conciliatorio con él?

—Tú sabes bien cuánto te quiero, mi querida —contesta Helena, indignada—. Y bueno. Preferiría más bien verte tendida muerta a mis pies.

—Lo que dices me ha hecho mucho bien. ¿Le dirás a tu querido hermano?… ¿Le darás mis saludos y la expresión de mi simpatía? ¿Le pedirás que no me odie?

Helena hace un signo con la cabeza, como queriendo expresar que esta última recomendación es más que superflua, y despidiéndose envía a su amiga besos con la mano, que son correspondidos por Rosa con igual afecto.

Aquí Helena ve aparecer una mano bronceada en medio de las flores, que ayuda a Rosa a entrar en el departamento.

Basta que el señor Tártar oprima un resorte de uno de sus armarios, para que aparezca una apetitosa colación: suculentos macarrones; relumbrantes licores, especias tropicales mágicamente conservadas, y jaleas de frutas tórridas se ofrecen en profusión a las miradas de Rosa.

Pero el señor Tártar no puede detener la marcha del tiempo, que transcurre inexorable. Tan rápido corre, que Rosa debe de abandonar el país de las flores para descender a la tierra y regresar al lado de su tutor.

—¿Qué haremos ahora, querida? —dice el señor Grewgious—. O mejor dicho: ¿Qué actitud tomaremos respecto a ti?

Rosa sólo puede lanzarle una mirada con la que parece solicitar perdón, por las preocupaciones y molestias que ocasiona.

La idea de vivir al abrigo de todo peligro en el Hotel Furnival, durante el resto de sus días, es la única que ocupa su espíritu.

—He pensado —dice el señor Grewgious— que como la respetable señorita Twinkleton aprovecha algunas veces la ocasión, de venir a Londres para visitar a sus amistades y a los padres de sus alumnas, podríamos, provisoriamente, invitarla para que viniera a vivir contigo durante un mes.

—¿Vivir adónde, señor?

—Pero —continúa el señor Grewgious—, ¿no podríamos alquilar un departamento amueblado en la ciudad y rogarle que te sirviera de acompañante?

—¿Y pasado ese mes, señor?

—Pasado ese mes —dice el señor Grewgious—, nuestra situación no podrá ser peor que la actual.

—Yo pienso, en efecto, que ese proyecto podría, en realidad, sacarnos de apuros por algún tiempo.

—Entonces, salgamos —dice el señor Grewgious, levantándose—, y vayamos a buscar nuestro departamento amueblado. Nada sería más agradable para mí que gozar de tu dulce presencia, como he disfrutado la tarde anterior; yo quisiera alegrar todos los días de mi vida de ese modo, pero nada de cuanto me rodea es conveniente para una joven. Lancémonos a la búsqueda de aventuras y vamos a buscar un departamento. El señor Crisparkle, que va a regresar de inmediato a su casa, será sin duda tan amable que verá a la señorita Twinkleton e invitará a esta dama para que nos preste su ayuda en la realización de nuestro plan.

El señor Crisparkle acepta la comisión, y parte apresuradamente.

En cuanto al señor Grewgious y su pupila emprenden su expedición.

El señor Grewgious considera que el mejor sistema para encontrar un departamento amueblado consiste en atravesar la calle para examinar toda casa que ostente un letrero en una de sus ventanas, luego dirigirse a la parte posterior de esta misma casa y hacer una nueva inspección por el frente, pero sin entrar para nada en ella.

La, búsqueda, en estas condiciones, promete prolongarse.

Por fin, el señor Grewgious recuerda una cierta viuda, prima del señor Bazzard, que solía alquilar alojamientos, y que en una oportunidad le había hecho una visita para pedirle la recomendara a sus relaciones.

Dicha viuda vive en Southampton Street, Bloomsbury Square. Su nombre aparece grabado con grandes letras en una placa de bronce:

BILLIKIN

Y no dice a qué sexo pertenece Billikin.

La buena señora tiene lánguido aspecto, y sus características consisten en un gran candor y una desbordante franqueza.

Aparece con su aire lánguido desde una pequeña sala, situada en la parte posterior de la casa; parece llegar después de una serie de sucesivos desvanecimientos.

—Confío en que estará usted en perfecta salud, señor —dice la señora Billikin, inclinándose ligeramente al reconocer a su visitante.

—Sí. Muchas gracias… Estoy muy bien. ¿Y usted, señora? —pregunta el señor Grewgious.

—Yo también me encuentro muy bien —responde la señora Billikin, luego de aspirar profundamente, como para combatir un nuevo ataque de debilidad. Tan bien como no lo hé estado jamás…

—Mi pupila y una dama de edad respetable —dice el señor Grewgious— desearían encontrar un departamento amueblado y agradable por uno o dos meses. ¿Tiene usted lo que nosotros buscamos, señora?

—Señor Grewgious —contesta la señora Billikin—. Yo no quiero engañarlo, lejos de mí esa idea…, tengo departamentos en esas condiciones.

Es fácil observar que la buena señora se dice mentalmente: «Que me maten, si no soy sincera».

—¿Cuáles son los departamentos que tiene usted, señora? —pregunta el señor Grewgibus amablemente, queriendo así disipar cierta rudeza y severidad que ha observado en la actitud de la viuda.

—He aquí este salón, que podríamos llamar, si le parece, la sala de recepción. Como usted ve, señorita, está al frente de la casa —dice la señora Billikin, incorporando a Rosa en la conversación—. La sala, que está a los fondos, es la que yo ocupo, y me he propuesto no dejarla nunca. Hay dos dormitorios arriba, que están iluminados a gas. Yo no les diré a ustedes que los pisos de esas habitaciones son muy sólidos, porque no lo son; pero repararlos significaría excederme en los gastos que no me puedo permitir. La cañería del agua corriente pasa debajo de esos pisos; es un detalle que es mejor que conozcan ustedes. El señor Grewgious y Rosa cambian una mirada significativa que expresa alguna contrariedad, aunque no tienen la menor idea del desastre que significa este sistema.

Al mismo tiempo, la señora Billikin se lleva la mano al pecho, como para testimoniar que se ha sacado un gran peso de encima.

—Bueno. ¡Los techos, al menos, creo que estarán en buenas condiciones! —dice el señor Grewgious, armándose de un poco de valor.

—Señor Grewgious —responde la señora Billikin—, si yo le dijera que tiene techo sobre su cabeza, correría el riesgo de engañarlo, y eso no quiero hacerlo; no, señor. Las tejas se aflojan en el invierno, cuando el viento sopla con violencia, y los desafío a que consigan mantenerlas en su puesto.

Al llegar a este punto, la señora Billikin, que ha mostrado un poco de precipitación al dirigirse al señor Grewgious, se recobra para no abusar del ascendiente moral que cree tener sobre él.

—En consecuencia —continúa, con más dulzura, pero firme en su franqueza incorruptible—, sería inútil que los condujera arriba sólo para oírles decir: «Señora Billikin, ¿qué es esta mancha, que veo en el techo?». Y verme forzada a responder:

—No lo comprendo a usted, señor. No quiero ser falsa. Me habría dado cuenta antes de que usted mismo me lo hubiera hecho notar. Es la humedad, señor; penetra o no penetra. Usted podría estar acá durante seis meses y no advertirla, y puede llegar un momento, es preferible que usted lo sepa, en que estará empapado como una sopa.

El señor Grewgious no parece muy halagado de verse utilizada como ejemplo.

—¿No tiene usted otros departamentos, señora? —pregunta.

—Señor Grewgious —contesta ella, con tono más solemne aún—. Sí los tengo. Usted me pregunta si tengo otros departamentos, y mi honesta y franca respuesta es: ¡Los tengo! Los del primero y segundo piso, están desocupados y compuestos por hermosas habitaciones.

—Vamos, vamos al grano. ¿No hay nada desagradable en esos departamentos? —pregunta el señor Grewgious, cobrando confianza nuevamente.

—Perdóneme, señor Grewgious. Hay que subir las escaleras. Si su voluntad no está dispuesta hacia esta cuestión de las escaleras, se expondrá a una inevitable decepción. Usted no podría, señorita —dice la señora Billikin, dirigiéndose a Rosa, con tono de reproche— edificar un primero, y mucho menos un segundo piso al nivel de la calle. Eso no sería posible, señorita, no podría hacerlo y en ese caso, ¿para qué ensayarlo?

La señora Billikin dice esto tan seriamente, como si Rosa hubiera manifestado la firme determinación de sostener esta absurda tesis.

—¿Podemos visitar estas habitaciones, señora? —pregunta el tutor.

—Señor Grewgious —responde la señora Billikin—. Puede usted hacerlo. No le voy a ocultar que usted lo puede hacer.

Y la señora Billikin va en busca de chal, a la salita que queda detrás de la casa. Cuando su sirvienta le ha puesto el chal sobre los hombros, abre la marcha. Es como un reglamento observado desde tiempo inmemorial, que la buena señora no puede ir a ninguna parte, si no está cubierta con aquel chal.

Se detiene varias veces mientras asciende la escalera, para retomar aliento y al llegar al salón apoya sus manos sobre el corazón como si le fuera a saltar y lo sujetara en el momento en que va a escapársele.

—¿Y el segundo piso? —dice el señor Grewgious, después de haber visitado el primero, encontrándolo en condiciones satisfactorias.

—Señor Grewgious —responde la señora Billikin, volviéndose hacia él con aire ceremonioso, considerando llegado el momento de ponerse de acuerdo sobre un punto tan delicado, ya restablecida la confianza entre ellos—, el segundo piso está encima de éste.

—¿Podemos igualmente visitarlo, señora?

—Sí, señor —dice la señora Billikin—. Es claro como el día.

Habiendo encontrado este departamento según sus deseos, el señor Grewgious se aparta con Rosa hacia el marco de la ventana.

Su consulta es breve, y pidiendo pluma y tinta, el hombre de negocios redacta en algunas líneas las condiciones de la locación.

Durante este tiempo, la señora Billikin ha tomado asiento y hace un resumen del trato.

—Cuarenta y cinco chelines por semana, si el alquiler es mensual —dice la señora Billikin— me parece un precio conveniente para ambas partes. No estamos en Bond Street ni en Saint James Palace, pero tampoco tenemos la pretensión. No nos pondremos tampoco en el caso de discutir este hecho; ¿para qué habríamos de hacerlo? En lo concerniente al servicio, hay dos sirvientas empleadas en la casa, que ganan un sueldo fijado con toda liberalidad. Ha habido dificultades con respecto a las idas y venidas de los proveedores, pues las huellas de sus botas embarradas, en los escalones limpios, es un inconveniente inevitable y no deseo recibir ninguna queja ni intervenir en ello. El carbón está junto al hogar o en la carbonera —y pone especial énfasis sobre la preposición como marcando esta sutil, pero enorme diferencia —. Los perros no son mirados con agrado —añade—: aparte de su desaseo, se inclinan al robo, y esto da lugar a sospechas y discusiones desagradables.

Entretanto el señor Grewgious ha redactado el contrato de alquiler y preparado su billetera.

—He firmado este contrato por las dos damas que lo ocuparán —dice—. ¿Es usted tan amable de firmar a su vez con su nombre y apellido, si le parece?

—No, señor. Es necesario que me excuse usted… Mientras esta casa sea conocida con el nombre indefinido de Casa Billikin, y mientras quede una duda en el espíritu de las malas personas sobre el escondite donde Billikin se puede ocultar… sea cerca de la puerta de entrada o en el subsuelo, y mientras no sospechen su talla, su peso y su fuerza, yo me sentiré segura. Pero declarar abiertamente que soy una mujer sola y sin defensas, no. ¡Mil veces no! Usted no querrá, ni por un momento —repite la señora Billikin vivamente, temerosa del perjuicio que pudiera acarrearle— y sobre este punto apelo a la comprensión de la señorita.

¿No pensaría usted señorita, ofrecer ventajas al sexo bruto oponiéndose a una persona de su mismo sexo débil? ¡No lo pensaría usted!

Rosa, ruborizándose, ruega a su tutor que se contente con la firma hecha de cualquier modo. Y en seguida la misteriosa palabra Billikin, tan breve, es estampada al pie del contrato. Es éste el modo de firmar de nuestros grandes nobles.

Todos los detalles quedan concluidos para tomar posesión del departamento a los dos días, fecha en que probablemente llegaría la señorita Twinkleton; y Rosa regresa al Hotel Furnival apoyada en el brazo de su tutor.

¡Pero he aquí que el señor Tártar está paseándose delante del Hotel Furnival! Se detiene a la vista de Rosa y su tutor, y se acerca a ellos.

—Se me ha ocurrido —dice el señor Tártar— que podríamos remontar el río; el tiempo está espléndido y la marea propicia. Tengo un bote de mi propiedad en Temple Stairs.

—La verdad es que hace mucho tiempo que no voy al río —dice el señor Grewgious, evidentemente tentado de aceptar la invitación.

—Yo nunca he paseado por el río —dice Rosa.

Media hora después todo está arreglado, y remontan el río. La marea los conduce. El día es magnífico. El bote del señor Tártar, rápido y cómodo.

El señor Tártar y Lobley, su marinero, manejan sendos pares de remos.

El señor Tártar posee, además, un yate en Greenhithe; Lobley se encarga de cuidarlo, y lo ha dejado por haber sido llamado en esta ocasión.

Es un compañero agradable, de buen humor, con cabellos y patillas cobrizas y gruesa cara colorada.

Hace pensar en la imagen del Sol, esculpida en vieja talla de madera; sus cabellos y patillas le rodean su rostro formando los rayos.

Resplandece al frente del bote con su camiseta de mariño que cubre, o descubre, su pecho —esto es cuestión de apreciación— y sus brazos marcados de tatuajes.

El señor Lobley parece maniobrar el barco fácilmente, lo mismo que el señor Tártar. El bote avanza rápidamente al impulso de los remos, que se hunden en el agua.

El señor Tártar habla como si no pensara en otra cosa, y Rosa lo escucha.

El señor Grewgious se mueve continuamente, lo que hace perder la estabilidad del bote; pero basta un golpe de remo del señor Tártar, o un simple movimiento de Lobley inclinándose hacia adelante, para restablecer el equilibrio.

La creciente los lleva hasta que se detienen para comer en un jardín adornado de verdes arbustos; después de lo cual el reflujo los conduce nuevamente hacia Londres, mientras flotan a su alrededor pequeñas ramas de mimbre. Rosa trata de coger algunas de aquellas ramas, y lo consigue ayudada por el señor Tártar.

El señor Grewgious intenta la misma cosa, pero sin ayuda ninguna; cae de espaldas. Se resuelve descansar un rato bajo los árboles… ¡Qué dulce reposo!

El señor Lobley hace sus habituales piruetas, compone los almohadones y corre de un extremo al otro de la embarcación para a justar el cordaje. Tiene los pies desnudos; para él los zapatos son una superstición y las medias una indigna esclavitud.

El regreso se efectúa en medio de los delicados perfumes de las riberas floridas y del ruido musical de las aguas.

¡Demasiado corto para sus deseos! La ciudad, grande y oscura, refleja en el río la sombra de sus puentes macizos…

…y los jardines floridos parecen haber quedado para siempre inalcanzables en la lejanía.

«¿Pero es acaso posible pasar por la vida sin encontrar tristes períodos?» —se dice Rosa al despertar al día siguiente, cuando la ciudad ha vuelto a recobrar su aspecto sombrío y todo el ambiente parece estar a la expectativa de algo inusitado.

Piensa que los días transcurridos en el internado de Cloisterham se han esfumado. Otros más áridos se presentarán, a intervalos melancólicos y tediosos.

¿Pero qué es lo que en realidad espera Rosa? ¿Quizá a la señorita Twinkleton? La señorita Twinkleton llega a su debido tiempo.

De su sala interior sale la Billikin para recibir a la señorita Twinkleton, y desde aquel preciso instante aparece una mirada de desafío en los ojos de la viuda.

La señorita Twinkleton trae consigo numeroso equipaje, que comprende también el de Rosa. A la señora Billikin le desagrada que la señorita Twinkleton, absorbida por la preocupación de su equipaje, no responda a las preguntas que le hace sobre sus datos personales con la claridad y exactitud que demanda esta clase de preguntas.

En consecuencia, la majestad ofendida deja su sello sobre la frente de la Billikin, y la situación empeora cuando, equivocadamente, la señorita Twinkleton quiere entregar a la viuda los dos chelines y seis peniques que debe dar al cochero.

—No —dice la Billikin—; le estoy muy agradecida, pero no estoy todavía en el límite de recurrir a la limosna.

Al verse tratada así, la señorita Twinkleton pregunta desorientada a quién debe pagar, ya que hay dos cocheros esperando. Lo cierto es que la señorita Twinkleton ha alquilado dos cabs, y los dos cocheros, no obstante haber recibido su paga, continúan con la mano extendida y parecen clamar al cielo y a la tierra, como si no hubieran sido pagados según lo merecen.

Atemorizada por este espectáculo alarmante, la señorita Twinkleton deposita un chelín más en cada una de aquellas manos exigentes, dejando constancia de su extralimitación y recontando su equipaje.

Después de haber mirado el chelín de suplemento, y murmurando entre dientes, los dos; cocheros bajan la escalera de la casa y montando en sus respectivos pescantes se alejan, dejando a la señorita Twinkleton, bañada en lágrimas, sentada sobre una de sus cajas de sombreros.

La Billikin observa esta muestra de debilidad sin ninguna consideración, y da orden a un sirviente de entrar el equipaje y ocuparse de él. Desaparecido este gladiador de la arena y restablecida la tranquilidad, las nuevas inquilinas se disponen a comer.

Pero la Billikin se ha enterado, quién sabe por qué conductos, que la señorita Twinkleton dirige un internado. De esta información al pensamiento de que la señorita Twinkleton se propone enseñarle alguna cosa, el salto es fácil.

«Pero es lo que usted no hará» —se dice la Billikin, hablando consigo misma—. «Yo no soy su discípula, como puede serlo ella». Esto en cuanto a Rosa se refiere. «¡Pobre pequeña!».

Por su parte, la señorita Twinkleton, después de haber cambiado su tocado y recuperado un poco la calma, está animada de las más cordiales disposiciones y del deseo de hacer todo lo posible para sacar el mejor partido de su posición.

Con su canasto de labores, la directora del internado se convierte de pronto en una dama de compañía alegre y jovial, animada por el deseo evidente de mostrarse la mujer sabia y experta que es; en ese momento, la señora Billikin entra anunciándose por sí sola.

—No quiero ocultarles, señoras —dice la Billikin, envuelta en su chal de ceremonias—, ya que no forma parte de mi carácter disimular mis actos ni mis intenciones, que me tomo la libertad de presentarme ante ustedes para expresarles mi esperanza de que hayan encontrado la comida a su gusto. Aunque mi sirvienta no es una profesional en el arte culinario, sino una simple cocinera, su sueldo es lo suficientemente como para estimularla; y por cierto que es bastante hábil para preparar un buen asado.

—Hemos comido, la verdad, muy bien —dice Rosa—. Le estoy muy agradecida.

—Como de costumbre —dice la señorita Twinkleton con amabilidad.

¡Qué raro que no haya añadido: Mi buena mujer!

—Como acostumbramos —repite la señorita Twinkleton—. Un régimen alimenticio liberal y nutrido, a pesar de ser muy simple. No tenemos motivo para extrañar nuestra ausencia de la vieja ciudad y las costumbres de la casa en la cual hemos pasado hasta ahora nuestra vida, sometidas a una regla de apacible rutina…

—He creído conveniente hacer una observación a mi cocinera —interrumpió la Billikin en un arranque de franqueza—, y espero que usted lo aprobará, señorita Twinkleton… que sería una buena medida que la señorita, que ha estado sometida a lo que consideramos aquí un régimen muy pobre, fuera llevada gradualmente a un régimen más nutritivo. Para pasar de golpe de una alimentación insuficiente a una más nutritiva y generosa, de un régimen de internado a una lista de alimentos más ampliamente considerada, es menester poseer una constitución robusta, que rara vez se encuentra en las jóvenes, y mucho más si han estado minadas por varios años de internado.

La señora Billikin se muestra de este modo abiertamente contra la señorita Twinkleton, a la que ya mira como su enemiga personal.

—Sus observaciones —replica la señorita Twinkleton con un dejo de dignidad— son hechas con buena intención, no lo dudo; pero permítame asegurarle que son completamente equivocadas sobre regímenes de internado, y sólo pueden ser nacidas de un absoluto desconocimiento de lo más elemental en la materia.

—Bueno —continúa la Billikin—, mis conocimientos, señorita Twinkleton, están basados en mi experiencia personal, que tengo el derecho de apreciar como una buena guía. Estuve cuando era joven en un internado muy de moda, y del que era directora una dama tan distinguida como usted misma y más o menos de su edad, o quizá algunos años más joven, y allí sufrí una anemia debida a la deficiente alimentación del instituto, que me ha hecho sufrir durante toda mi vida.

—Es muy triste —dice la señorita Twinkleton con igual prudencia, mezclada de ironía—. ¡Es lamentable! Rosa, ¿cómo va tu labor?

—Señorita Twinkleton —dice la Billikin con ceremoniosa dignidad —, antes de retirarme, después de esta frustrada invitación como conviene a una persona de mundo, deseo dirigirle una pregunta, como la haría a otra dama distinguida. ¿No ha puesto usted en duda mis palabras de hace un momento?

—No veo en qué puede fundar usted semejante suposición —responde la señorita Twinkleton.

La Billikin la interrumpe.

—No me atribuya, le ruego, suposiciones que no me hubiera permitido. Usted se expresa con facilidad, señorita Twinkleton; y esa facultad sin duda tiene su precio entre sus discípulas, pero yo no le pago por hablar correctamente, y vuelvo a repetirle la pregunta.

—Si hace usted alusión a la pobreza de su sangre —empieza a decir la señorita Twinkleton.

Pero la Billikin la interrumpe nuevamente.

—Yo no he usado semejante expresión.

—Si usted hace alusión a la pobreza de su sangre… —repite imperturbable la señorita Twinkleton.

—Empobrecimiento producido en mi organismo por la alimentación del internado —subraya la Billikin.

—Entonces —replica la señorita Twinkleton—, todo lo que puedo decirle es que estoy obligada a creerle su declaración, que es en verdad poco concluyente. Y no puedo evitar el agregar que esa triste circunstancia influye sobre el encanto de su conversación; la desgracia es doble, y sería de desear que su sangre fuera más rica. Rosa, querida mía, ¿cómo marcha tu labor?

—¡Hem!… Antes de retirarme, señorita —declara la Billikin a Rosa, volviendo la espalda a la señorita Twinkleton— desearía que quedara bien establecido que las comunicaciones que tengamos que hacernos en adelante tendrán lugar entre usted y yo exclusivamente. No reconozco aquí la autoridad de una dama de edad. No necesito la protección de señoras de edad avanzada.

—Ese trato es muy conveniente, mi querida Rosa —observa la señorita Twinkleton.

—¿No es verdad, señorita? —dice la Billikin con una sonrisa sarcástica—. «Me gustaría poseer el molino del cuento en el que las solteronas podrían ser trituradas desde jóvenes…». ¡Qué regalo sería para muchas de nosotras!… Pero me limitaré a interesarme solamente por usted.

—Cuando tenga necesidad de hacerle una pregunta a la dueña de casa, mi querida Rosa —dice la señorita Twinkleton con desdeñoso buen humor—, se lo haré saber, y usted se encargará amablemente de hacerla llegar a su destino.

—¡Buenas noches, señorita! —dice la Billikin con un tono digno y afectuoso a la vez—, La verdad es que ante mis ojos está usted aquí sola. Y por eso le vuelvo a desear que pase muy buenas noches, desde lo más profundo de mi corazón, y me complace, me siento feliz al decirlo, no haberme visto obligada a expresar abiertamente mi desprecio hacia ciertas gentes que, desgraciadamente para usted, están muy ligadas a su persona.

La Billikin se retira graciosamente con esta última impertinencia.

La señorita Twinkleton está indignada, y a partir de ese momento Rosa empieza a hacer el papel de volante entre dos raquetas. Nada se hace sin tremendos preámbulos. Todos los días, cuando sobreviene el problema de la comida, la señorita Twinkleton dice, estando reunidas las tres:

—Tal vez, mi querida, quisiera usted consultar con la dueña de casa y preguntarle si nos podría procurar una pierna de cordero o, en su defecto, un pollo al horno.

A lo que la Billikin replica, a pesar de no haber dicho Rosa una sola palabra:

—Si usted conociera mejor la provisión de las carnicerías, señorita, no se le ocurriría pedir un asado de cordero; primero, porque los corderos se han convertido en carneros desde hace mucho tiempo, y no todos los días se carnea. En cuanto a las aves asadas, señorita, ¡oh!… ¡encontrar una buena es rarísimo! Y no le hablo de esas gallinas viejas de patas sarnosas, como estaba usted habituada a comer antes. Ésas son baratas. Trate de tener un poco más de imaginación, señorita. Habitúese a la idea de que deberá dirigir una casa. ¡Vamos! ¡Elija otra cosa!

A este estímulo, obsequiado con desdeñosa indulgencia por una «persona sensata y de experiencia», la señorita Twinkleton responde, sonrojándose:

—Querida, podrías proponerle a la dueña de casa que preparara un pato.

—¡Bueno, señorita! —exclama la Billikin (Rosa continúa sin decir palabra)—. ¡Usted me sorprende cuando me habla de patos! No menciono que ha pasado la época y que están carísimos. Se me oprime el corazón de sólo pensar que podría servirle pato. La pechuga es la única parte exquisita, y en este caso no sería para usted. Observo siempre que su plato retorna lleno de piel y de huesos. Pruebe otra vez, señorita; piense más en usted y menos en los demás. Un plato de mollejas, por ejemplo… o un plato de carne… ¡algo que se pueda servir por partes iguales!

Algunas veces la partida se hace muy reñida y se prolonga con tal ardor que resulta realmente fatigosa para la pobre niña. Invariablemente la Billikin se las compone para llevar la ventaja, y sus golpes de raqueta son inesperados y extraordinarios cuando el juego parece volverse en su contra.

Todo esto contribuye a que la temporada que pasa Rosa en Londres no sea muy agradable. Cansada de su labor, o de conversar con la señorita Twinkleton, propone la lectura, invitación siempre bien acogida por la señorita Twinkleton, que es una eximia lectora. Pero Rosa no tarda en descubrir que la señorita Twinkleton no lee de buena fe. La virtuosa dama corta las escenas de amor, o bien intercala pasajes ponderando el celibato en la mujer y comete otros fraudes candorosos.

Tomemos como ejemplo este trozo, ardorosamente coloreado:

«¡Mi adorada! —dijo Eduardo, estrechando sobre su pecho la cabeza querida y dejando resbalar entre sus dedos acariciadores los sedosos cabellos que relucían como una cascada de oro—. ¡Adorada mía! Huyamos de este mundo egoísta y del estéril frío de esos corazones de piedra. Volemos hacia las cálidas regiones del paraíso de la confianza y del amor».

He aquí la versión fraudulenta con que la substituía la señorita Twinkleton:

«Unidos uno al otro con el consentimiento de nuestros padres y la aprobación del gobernador del distrito, de plateados cabellos —dijo Eduardo, llevando respetuosamente a sus labios los afilados dedos, hábiles en labores de encaje de bolillo y en todos los trabajos femeninos —. Permítame ver mañana a su papá y, al despuntar el día, pedirle el permiso para establecernos en una habitación suburbana, muy modesta, pero en relación con nuestros medios, donde él será bien venido, como nuestro huésped de todas las noches; donde todos nuestros arreglos

tendrán por base la economía, donde todas nuestras conversaciones tendrán por base el desarrollo de nuestro espíritu y de nuestros conocimientos, y donde estarán reunidos todos los atributos del ángel que preside la felicidad de los hogares».

Como los días se suceden y ningún acontecimiento sobreviene, los vecinos empiezan a decirse que la joven de la casa Billikin, que mira tan seguido y con tanta ansiedad por la ventana del salón, como esperando a alguien, parece próxima al descorazonamiento.

Y Rosa hubiera llegado en efecto a ese punto, si la casualidad no hubiera puesto a su alcance algunos libros de viajes y aventuras en el mar.

La señorita Twinkleton lee en alta voz, extendiéndose complacida sobre las altitudes y las longitudes, la extensión de las costas, los vientos y las corrientes.

Rosa escucha con atención, y trata de sacar todo el fruto posible de aquello que está muy cerca de su corazón.

De este modo llegaron a comprenderse mejor.

CAPÍTULO XXIII

DE NUEVO EL ALBA

Aunque el señor Crisparkle y Jack Jasper se encuentran todos los días bajo las bóvedas de la catedral, ninguna alusión directa o indirecta se ha cruzado entre ellos respecto a Edwin Drood desde aquel día en que, hace seis meses, Jasper había mostrado silenciosamente al canónigo menor sus últimas conclusiones y resoluciones escritas en su diario.

Era, por tanto, poco probable que en aquellos frecuentes encuentros los pensamientos del uno y del otro no coincidieran sobre tan triste recuerdo, y que cada cual experimentase el vivo sentimiento de guardar su mutuo secreto.

Jasper, como el denunciante y perseguidor de Neville Landless, y el señor Crisparkle, como su fiel abogado y protector, se mantenían en un antagonismo latente, reflexionando interesados en los designios que cada uno de ellos abrigaba y en los medios que pretendían poner en práctica.

Pero ninguno de los dos abordaba jamás este tema, sino que lo evitaban tácitamente. Siendo por naturaleza incapaz de simulación o engaño, el canónigo menor hubiera, sin duda, abordado abiertamente el asunto, y hasta habría deseado discutirlo; pero la obstinada reserva de Jasper le impedía encontrar la ocasión de hacerlo.

Solitario e impasible, con el espíritu obsesionado con la sola idea de perseguir el fin al que se había propuesto llegar, Jasper no está en disposición de compartir su secreto con ningún semejante. Vive al margen de la sociedad.

Consagrado al ejercicio de un arte que descansa en la armonía, es curioso destacar que el espíritu de este hombre no concuerda con nada de cuanto lo rodea. Este desacuerdo se lo había manifestado confidencialmente a su sobrino desaparecido, en otra época anterior a los acontecimientos sobrevenidos después; los mismos que han dado origen a la aparente impasibilidad actual que lo envuelve.

No cabe duda, en absoluto, de que está enterado de la precipitada partida de Rosa y de las causas que la motivaron. ¿Supondrá él que la joven habrá guardado silencio aterrorizada, o que se ha confiado a alguien?… ¿Al señor Crisparkle, por ejemplo?

El señor Crisparkle no puede formarse una opinión sobre el asunto. Animado por el espíritu de justicia que lo caracteriza, comprende que el hecho de haberse enamorado de Rosa no es un crimen en sí, como no lo es tampoco sacrificar sus propósitos de venganza a su amor. La horrible sospecha que agita el espíritu de Rosa, y que tanto la angustia, parece no ser compartida por el canónigo. En cuanto a Neville y Helena, si alguna vez han dado cabida a este pensamiento, nunca dijeron palabra a nadie sobre ello.

Grewgious, en cambio, no se molesta en disimular la aversión que le inspira Jasper. Pero tampoco ha dado a entender, ni siquiera de una manera velada, que esa aversión ha sido provocada a raíz de una sospecha semejante. Es un hombre tan reservado como excéntrico. Jamás ha hecho mención a una determinada noche en que, mientras caldeaba sus manos al calor del fuego, en la casa de la puerta del claustro, su mirada cayó sobre un montón de ropas desgarradas y cubiertas de barro abandonadas en el suelo en un rincón.

El pasajero recuerdo de aquella vieja historia, de más de seis meses, que ha dado lugar a un arresto, revocado después, despierta la somnolienta ciudad de Cloisterham, que ¡divide las opiniones entre la posibilidad de que el sobrino adorado de Jack Jasper haya sido asesinado por su malvado y apasionado rival, o que haya sucumbido en una pelea, o que, por su propia voluntad, se haya esfumado del lugar. Observa luego la obstinación del solitario Jasper, que continúa dedicando su vida al descubrimiento y a la venganza del crimen, y admira su tenacidad; pero vuelve a dormitar de nuevo por algún tiempo.

Así están las cosas en Cloisterham al llegar a este punto de nuestra historia.

Aquella noche, cuando ya se han cerrado las puertas de la catedral, el maestro de coro, gozando de una licencia de dos o tres servicios religiosos, se dispone a partir para Londres. Viaja por los mismos medios usados por Rosa, en una noche calurosa y polvorienta. Su equipaje es ligero. Se dirige a pie a un hotel híbrido, situado en una pequeña plaza detrás de Aldersgate Street, vecino de la oficina de correos. Allí el huésped puede optar libremente por el hospedaje propiamente dicho, la pensión o la posada.

El establecimiento se anuncia también en las guías de ferrocarriles como un comercio apenas iniciado. Tímidamente, casi justificándose, ese aviso informa a los pasajeros que no es de esperarse que en ese

alojamiento, implantado bajo la norma de los viejos y tradicionales hoteles de Inglaterra, ordenen un vaso de bebida negruzca que figure como cerveza y se vean luego obligados a rechazarlo. Pero añade también que pueden tener sus zapatos lustrados en lugar de sus estómagos satisfechos, y quizá cama, almuerzo, personal de servicio y portero nocturno por un precio módico.

De éstas y similares premisas sacan en consecuencia algunos auténticos británicos de espíritu apocado y pesimista que vivimos en una época donde todo tiende a una nivelación general, excepto en lo que se refiere a las grandes rutas, de las que en breve no quedará ninguna en Inglaterra.

Jasper come sin apetito y no tarda en volver a salir, dirigiéndose hacia el este, siempre hacia el este, a través de lóbregas callejuelas. Llega por fin a un miserable patio de sórdido aspecto, de los más sórdidos que es dado encontrar en el mundo. Asciende por una carcomida escalera, abre una puerta y penetra en una habitación cuyo ambiente es pesado y sofocante.

—¿Está usted sola ahí? —pregunta.

—Estoy sola, mi querido, desgraciadamente para mí y por suerte para usted —responde una voz bronca—, Adelante, quienquiera que sea. No puedo todavía verlo, pero voy a encender un fósforo. Me parece, sin embargo, reconocer el sonido de su voz… lo conozco… ¿no es verdad?

—Encienda un fósforo y trate de reconocerme.

—Es lo que voy a hacer…, pero mi mano tiembla y mi tos es tan fuerte que en cualquier lugar donde estén los fósforos no acierta mi mano a encontrarlos. Saltan y se mueven a cada acceso de tos como si tuvieran vida. ¿Llega usted de un viaje?

—No.

—¿No es usted marino?

—No.

—Está bien. Tenemos clientes que viven en tierra firme, y otros en el mar. Yo soy una madre para unos y otros. Muy distinto de lo que pasa con Jack, el chino que vive del otro lado del cortijo, y que no es un padre para nadie. No está en su naturaleza… y además no conoce el verdadero secreto de la mezcla, aunque se hace pagar el mismo precio que yo, y muchas veces más todavía. ¡Ah! Aquí hay un fósforo…

¿Dónde está ahora mi vela?… Si me vuelve la tos quemaré veinte fósforos antes de conseguir un poco de luz.

Felizmente encuentra la vela y consigue encenderla antes de que la tos se repita. En ese mismo momento la agita un nuevo acceso, pero ya ha conseguido encenderla. Se sienta, balanceándose de un lado al otro, sofocándose.

—¡Oh! ¡Mis pulmones! ¡Se me están cayendo a pedazos…!

Luego el acceso desaparece. Mientras la atacó, no ha podido casi ver, de tal modo la agita el terrible mal. Pero tan pronto como pudo servirse de sus ojos y hablar, exclama:

—¡Pero si es usted!

—¿Está tan sorprendida de verme?

—Pensaba que no volvería a verlo nunca más, querido. Creía que había muerto y partido hacia las regiones del más allá.

—¿Por qué?

—No podía suponer que estuviera usted con vida y se pasara sin venir a ver a esta pobre alma que posee el verdadero secreto de la mezcla. ¡Pero está usted de luto! ¿Cómo no ha venido usted a fumar una o dos pipas y consolarse? Seguramente los muertos han dejado dinero y no tiene usted necesidad de consuelos.

—No. No me han dejado dinero.

—¿A quién ha perdido usted, querido?

—A un pariente.

—¿De qué murió, querido?

—Probablemente de muerte.

—¡Estamos parcos esta noche! —exclama la mujer, riéndose con aire conciliador—. ¡Parcos y mordaces! Lo que nos altera es la necesidad de fumar. Hemos sufrido toda clase de inquietudes y zozobras. ¿No es así, mi querido? Éste es el lugar donde nos curamos y libramos de ellas… Éste es el lugar donde desaparecen, convertidas en humo…

—Puede usted preparar todo —replica el visitante.

Se quita los zapatos, afloja la corbata y se acuesta a los pies de la sórdida cama, su cabeza apoyada en la mano izquierda.

—Ahora empieza a ser usted mismo —dice la mujer con aire de aprobación—. Comienzo a reconocer a mi antiguo cliente. ¿No habrá tratado usted mismo de preparar la mezcla, mi querido?

—He fumado de vez en cuando, preparando las pipas a mi manera.

—¡No lo haga nunca! No le conviene al comercio, y mucho menos a usted… ¿Dónde está mi frasco de tinta? ¿Dónde está la medida y la cucharilla? Voy a hacerlos fumar artísticamente, mi querido.

Empieza sus preparativos, soplando la pequeña brasa encerrada en el hueco de su mano. Habla de vez en cuando con satisfacción, sin interrumpir su trabajo. Cuando habla Jasper, lo hace sin mirarla, con la mirada perdida en la distancia, como si su pensamiento viajara anticipadamente.

—Le he preparado más de una buena pipa, desde la primera hasta la última vez que vino aquí. ¿No es así, mi tesoro?

—Una buena cantidad…

—La primera vez que usted vino era un perfecto novicio, ¿no es cierto?

—Sí; muy pronto caí en letargo en esa oportunidad.

—Pero de entonces ahora ha ido progresando, y puede actualmente hacerle competencia a los mejores fumadores.

—¡O a los peores!…

—Aquí está su pipa, lista. ¡Qué magnífico cantor era usted en sus primeros tiempos! Llevaba el compás con su cabeza y cantaba como un pájaro. Su pipa está lista, mi querido.

Jasper la toma cuidadosamente y coloca la boquilla entre sus labios. La vieja se sienta a su lado, pronta para volver a cargar la pipa. Después de haber aspirado varias bocanadas de humo en silencio, le pregunta:

—¿Está preparada tan fuerte como antes?

—¿De qué estás hablando, tesoro?

—¿De qué voy a hablar si no de lo que tengo en la boca?

—Está igual. Idénticamente igual.

—Tiene un gusto extraño, y me parece más floja.

—Es que tú ya te has acostumbrado…

—Debe ser eso, seguramente. Oiga…

Se calla de nuevo, parece soñar y haberse olvidado de haber solicitado la atención de la mujer. Ella se inclina sobre él y le habla al oído. «Estoy escuchándote. Tú me dijiste: Oiga. Y soy toda oídos. Estaba diciendo hace un momento que tú ya estabas acostumbrado a la droga».

—Ya sé todo eso. Estaba solamente pensando… Óigame: supóngase que tuviera usted algo en su imaginación. Algo que usted fuera a realizar…

—Sí, querido. Algo que yo fuera a hacer.

—Pero que no estuviera completamente decidido a hacerlo…

—Sí, mi tesoro.

—Algo que pudiera o no pudiera hacer… ¿Comprende?

—Sí. Yo comprendo.

Con la punta de la aguja la vieja revuelve el contenido del hornillo.

—¿No lo harías ya en tu imaginación cuando estabas aquí acostado fumando?

Y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, añade:

—Una y otra vez.

—¡Eso es tan mío! Lo hice una y otra vez. Lo he repetido cientos y miles de veces en este mismo cuarto.

—Es de esperar que fuera muy grato realizarlo, tesoro.

—¡Era muy grato!

Jasper pronuncia estas palabras con aire salvaje, y como obedeciendo a una consigna, vuélvese hacia ella.

Sin inmutarse, la vieja revuelve y llena de nuevo el hornillo con su pequeña espátula. Viéndola contraída a su trabajo, él se abandona a su posición anterior.

—Era un viaje… —dice Jasper—. Un viaje difícil y peligroso. Ésta es mi obsesión. Un azaroso y arriesgado viaje sobre abismos, donde el más insignificante resbalón sería el desastre. Mire hacia abajo… ¡Mire hacia abajo! ¿Ve usted lo que hay en el fondo del abismo?

Se incorpora hacia adelante al decir esto, señalando el piso, como si un objeto imaginario estuviera allí, en lo más hondo. La mujer contempla el rostro espasmódico que se acerca al suyo, sin prestar atención al punto que señala Jasper. Parece como que ella supiera la influencia que ejerce sobre él con su inmovilidad. Y no se equivoca en su apreciación, porque el hombre vuelve a delirar.

—Bueno. Le he dicho que lo he hecho cientos y miles de veces. ¡Qué digo! Lo he hecho millones y millones de veces. Tantas veces y durante un período tan largo, que cuando realmente se cumplió parecía que no valía la pena. ¡Tan pronto sucedió todo!…

—¿Ése ha sido el viaje que te tuvo ausente? —interroga la vieja suavemente.

Él la mira con ferocidad mientras fuma; luego sus ojos se velan de nuevo y contesta:

—¡Ése es el viaje!

Sigue un silencio. Sus ojos se cierran y se entreabren. La mujer continúa sentada junto a él, vigila atentamente la pipa que permanece entre los labios de Jasper.

—Yo apostaría —observa la vieja— a que tú hiciste el viaje por muchos caminos diferentes, ya que lo hiciste tan a menudo.

Entretanto, él la ha estado observando fijamente durante un prolongado rato, con una extraña expresión en los ojos, como si la mirara desde muy lejos, aun teniéndola a su lado.

—No. Siempre por el mismo camino —dice Jasper.

—¿Siempre por el mismo camino?

—Sí.

—¿Por el mismo camino, que por fin recorriste en la realidad?

—Así es.

—¿Siempre sentiste un renovado placer al realizarlo?

—Sí…

Por momentos parece incapaz de emitir otro sonido que este monosílabo perezoso. Para asegurarse de que este asentimiento no es puramente automático, la vieja trata de inquirir, modificando la frase.

—¿Y nunca te has cansado, tesoro? ¿No has tratado de evocar otro sueño?

Jasper hace un esfuerzo para mantenerse sentado.

—¿Qué quiere usted decir? —murmura—. ¿Qué es lo que yo quería?… ¿Para qué he venido aquí?

Suavemente lo extiende sobre el lecho, y antes de devolverle la pipa, que ha dejado caer, reaviva el fuego del hornillo con su propio aliento, y le dice con tono adulón:

—¡Seguro!… ¡Seguro!… ¡Seguro!… ¡Sí!… ¡Sí!… ¡Sí!… Ahora marchamos de acuerdo. Tú viniste expresamente para emprender ese viaje, pero yo debí de haberlo sospechado al ver hasta qué punto estaba arraigado en ti…

Él responde con una estridente carcajada, y luego, apretando los dientes:

—Sí —dice—. Vine con ese propósito. Cuando ya no podía soportar el peso de mi vida, vine buscando un alivio y lo encontré. Y él… él…

Repite estas palabras con extraordinaria vehemencia, asemejándose a un gruñido de lobo.

La vieja lo observa atentamente, tanteando el camino para su próxima pregunta.

—Es que… ¿tuviste un compañero de viaje, tesoro?

—¡Ah!… ¡Ahí!… ¡Ah!…

Y Jasper rompe en una sonora carcajada, que más bien parece un aullido.

—¡Pensar! —exclama él—. ¡Cuántos viajeros lo llevan sin saberlo! ¡Cuántas veces han cumplido el viaje sin conocer el camino!

La mujer se arrodilla en el suelo, cruzando los brazos sobre el borde de la cama y apoyando su mentón en ellos. En esta actitud, agazapada, lo examina atentamente.

La pipa se le cae de la boca; ella se la coloca de nuevo, y apoyando su mano en el pecho del fumador, lo sacude suavemente. Éste contesta como si lo interrogaran.

—Yo hice ese viaje antes. Antes de que el otoño cambiara las luces brillantes y los colores del paisaje. Yo pensaba siempre. No podía

borrarlo de mi imaginación. No podía ocuparla con ninguna otra cosa.

Vuelve a caer en un profundo silencio. De nuevo la mujer posa la mano sobre su pecho y lo sacude suavemente, como un gato aviva a un ratón agonizante.

—¿Qué?… Se lo he dicho a usted —exclama él—. Cuando el sueño llegó a cumplirse, todo fue tan fugaz que por primera vez creí que no era un sueño. ¡Escuche!

—Sí, mi tesoro. Sí, mi querido; escucho.

—El tiempo y el lugar están próximos.

Jasper se pone de pie y continúa hablando en voz queda, como si estuviera en la oscuridad.

—El tiempo, el lugar y el compañero de viaje… —sugiere ella adoptando el tono de él, tomándole suavemente por el brazo.

—¿Cómo podría estar próximo el tiempo si no lo estuviera también el viajero? ¡Escuche! El viaje ha terminado… ¡Todo se acabó!

—¿Tan pronto?

—Eso es lo que yo le decía a usted. ¡Tan pronto! Espere un poco. Esto es una alucinación. Me dormiré para alejarla. Ha sido todo demasiado rápido y fácil… Tengo que tener una visión más perfecta que la que acabo de tener. Ésta es la más afortunada de todas. Sin lucha… sin conciencia del peligro… sin súplica… y sin embargo nunca se me ha presentado la visión bajo este aspecto.

En este momento se sobresalta.

—¿Qué es lo que viste, tesoro?

—¡Mire! ¡Mire qué pobre, mezquino y miserable fin! Puesto que es el fin, debe ser la realidad.

Acompaña estas palabras incoherentes con algunos gestos salvajes e involuntarios, pero la crisis está próxima. y cae sobre el lecho con la pesadez de un leño.

La vieja, no obstante, quisiera proseguir su interrogatorio repitiendo sus movimientos felinos; sacude suavemente su cuerpo de nuevo y presta atención. Murmura algo en su oído y escucha de nuevo; pero, comprendiendo que sus tentativas fracasan por el momento, se incorpora lentamente y se aparta del lecho desilusionada, rozando el rostro de Jasper con la mano.

Pero no se aleja demasiado, y se instala en una silla cerca del hogar. Se sienta en ella apoyando el codo en uno de sus brazos y el mentón en la mano, observando siempre al dormido.

—Yo te oí decir una vez —murmura la vieja en voz baja y respirando penosamente— cuando yo estaba tendida donde estás tú ahora y hacías tus observaciones sobre mí: «¡Ininteligible!». Y te oí decir refiriéndote a mí y a otros varios: ¡Ininteligible! Pero nunca estés tan seguro de ti, tesoro.

Sin pestañear, en actitud felina y vigilante, agrega de improviso:

—¿Que no es tan fuerte como antes? ¡Ah! ¡Puede que al principio! Puedes tener razón en eso. La experiencia lleva a la perfección. Puedo haber aprendido el secreto de hacerte hablar, mi tesoro.

Pero Jasper no está en condiciones de aprobar ni de negar, y si no fuera por las contracciones de su rostro y de sus miembros, parecería

petrificado.

La miserable vela se consume lentamente; la mujer agarra con sus dedos el pabilo antes que se extinga y enciende otra con él. La vela recién encendida se consume también, y Jasper continúa insensible. Por fin las primeras luces del alba aparecen cuando se apaga la última vela.

Pocos momentos después recobra el conocimiento y se sienta destemplado y tembloroso. Con la conciencia cada vez más clara del lugar donde se encuentra, se dispone a partir.

La mujer recibe su paga con estas palabras de agradecimiento:

—¡Dios lo bendiga, tesoro! ¡Dios lo bendiga!

Y parece sentirse tan cansada, que antes de salir su cliente empieza sus preparativos para irse a dormir apenas parta él. Esta actitud, que aparenta ser sincera, es en realidad falsa, pues apenas la escalera ha dejado de crujir bajo sus pies, la mujer se desliza en su seguimiento murmurando con énfasis:

—¡Esta vez no te me escaparás, como la otra!

El cortijo tiene una sola arcada, que sirve para entrar y salir. Desde allí lo observa para ver si no vuelve la cabeza. Pero Jasper continúa su camino con paso vacilante. Ella lo sigue, acechándolo siempre, sin perderlo un instante de vista.

Se acerca a la parte posterior de Aldersgate Street; llama a una puerta que se abre; la vieja se acurruca en la puerta vecina y comprende rápidamente que en aquella casa reside temporalmente el hombre. Su paciencia es perseverante, y mientras corren las horas, puede comprar el pan y la leche sin ir más allá de una centena de pasos, pues los vendedores pasan delante de ella. Jasper sale hacia el mediodía; ha cambiado de ropa y no lleva nada en sus manos. Nadie lo acompaña. Esto significa que no volverá por ahora a su provincia. La vieja lo sigue durante un momento… Duda y bruscamente retorna sobre sus pasos y penetra en la casa que él acaba de abandonar.

—¿Se encuentra aquí el caballero de Cloisterham?

—Acaba de salir.

—¡Qué mala suerte! ¿Cuándo volverá el caballero a Cloisterham?

—Esta tarde a las seis.

—¡Gracias, y que Dios lo bendiga! ¡El señor dé prosperidad a una casa donde una simple pregunta, hecha por un alma simple, ha sido amablemente contestada. «¡No te me escaparás esta segunda vez!». Se repite aquella; alma simple, en medio de la calle, y no tan amablemente como desearíamos.

«Te perdí aquella vez, porque el autocar que tomaste esa noche, al final del viaje, se desvaneció en el tramo que conduce desde la estación hasta ese lugar. Nunca estuve bien segura de que llegaras hasta ese lugar. Ahora sé que lo hiciste. ¡Mi caballero de Cloisterham! Yo estaré allí antes que tú, y esperaré tu llegada. ¡He jurado que no te me escaparás por segunda vez!». Esa misma tarde, aquella alma simple está apostada en la calle Real de Cloisterham, observando las bohardillas de la Casa de las Monjas. Se las compone para distraer su espera de la mejor manera posible hasta las nueve de la noche, hora a la que supone que la llegada del autocar de pasajeros aportará algún interés para ella.

La oscuridad de la hora la envuelve, proctectora, disimulándola mientras espera a la persona que le interesa.

He aquí que llega el viajero que ella se ha jurado dos veces no perder de vista.

«Ahora veremos qué es lo que haces. ¡Marcha!».

Esta orden, dirigida al aire, bien parecería haber sido recogida por el viajero mismo, ya que tan exactamente la cumple siguiendo por la calle Real hasta llegar a la arcada de una puerta, bajo la cual desaparece inesperadamente.

El alma simple apura el paso, y está pronta y cerca de él, mientras atraviesa aquella puerta; pero no alcanza a ver más que la escalera de una poterna, en uno de los lados de la arcada, y del otro lado una vieja habitación, en la que se destaca la cabeza gris de un anciano caballero que escribe en su mesa.

La vieja nota la extraña circunstancia de que el caballero está sentado de manera que no pierde de vista nada de lo que sucede en la entrada del patio, aunque en aquel momento el lugar esté desierto.

—¡Hola! —exclama el caballero, en voz baja, al ver que ella se detiene—. ¿A quién busca usted?

—A un señor que ha pasado por aquí hace un minuto.

—En efecto ha pasado. ¿Qué desea de él?

—Quisiera saber dónde vive, querido señor.

—¿Dónde vive? En lo alto de esta escalera.

—¡Dios lo bendiga por este informe! —murmura la vieja—. ¿Cómo se llama ese caballero, mi querido señor?

—Se apellida Jasper, y su nombre es Jack. Señor Jack Jasper.

—¿Y tiene alguna profesión, mi querido señor?

—¿Una profesión?… Sí, canta en el coro.

—¿En el coro?

—¡En el CORO!

—¿Qué es eso?

El señor Datchery deja sus papeles, y poniéndose de pie se acerca a la puerta.

—¿Sabe usted lo que es una catedral? —le pregunta, jovialmente.

La mujer hace un signo de afirmación con la cabeza, pero pregunta, en seguida:

—¿Qué es?

Parece confundida, y exprime su mente queriendo encontrar una definición; pero, felizmente, se le ocurre señalar el objeto en cuestión como más fácil solución al problema que se le propone, y muestra con un gesto la maciza mole del edificio que se destaca contra el cielo oscuro, donde comienzan a lucir las primeras estrellas.

—Ésa es la respuesta. Entre allí mañana, a las siete, y podrá ver al señor Jasper y oírle también.

—¡Gracias!… ¡Gracias!…

La exclamación de triunfo con que agradece la información, no escapa a aquel simple burgués de buen talante, que vive perezosamente de sus ventas en Cloisterham.

La mira atentamente, junta sus manos en la espalda a la manera de los buenos burgueses y marcha a su lado por la vereda sonora del claustro.

—Si usted quisiera —sugiere él, volviendo la cabeza hacia atrás— podría subir ahora mismo a las habitaciones del señor Jasper.

La mujer lo mira con ojos astutos, y sacude su cabeza.

—¡Pero! ¿No quiere usted hablar con él?

Ella repite su muda respuesta y articula con sus labios un «no» ininteligible.

—Usted puede admirarlo a distancia tres veces por día, cuando usted lo desee. Si bien me parece que ha hecho un viaje muy largo sólo para eso.

La vieja le echa una rápida ojeada.

Si el señor Datchery se figura que con esta frase suspicaz va a conseguir que ella le confíe de donde viene, es mucho más ingenuo de lo que ella supone.

Pero ella lo absuelve de este pensamiento artificioso al verlo caminar tranquilamente a su lado, como un aburrido burgués provinciano, con su cabeza descubierta, sus cabellos grises enmarañados y sus manos ociosas, que hacen tintinear las pequeñas monedas que lleva en los bolsillos del pantalón.

El ruido metálico ejerce una evidente atracción sobre los oídos concupiscentes de la mujer.

—¿No me ayudaría usted a pagar mi hospedaje en el Albergue de los Viajeros y mi viaje de regreso? Soy una pobre criatura en verdad, y estoy atormentada, además, por una espantosa tos.

—Usted conoce el Albergue de los Viajeros y se dirige directamente allí, por lo que veo —responde el señor Datchery, con aire dulzón, mientras sigue haciendo sonar sus monedas en el bolsillo—. ¿Ha estado usted aquí a menudo, mi buena mujer?

—Una sola vez en toda mi vida.

—¡Aja!

Han llegado, entretanto, hasta la entrada del viñedo de las monjas. Un recuerdo asalta inesperadamente el espíritu de la mujer y le trae un precedente que desea hacer digno de imitación. Se detiene en el portón, y dice con energía:

—Este lugar ha sido testigo, aunque usted se resista a creerlo, de la acción de un joven caballero que me dio tres chelines y seis peniques cuando yo tosía hasta quedar sin aliento sentada en este mismo césped. Sí. Yo le pedí tres chelines y seis peniques y él me los dio.

—¿No le parece que ha sido mucha frescura de su parte, señalar usted misma la cantidad que deseaba? —observa el señor Datchery, haciendo todavía ruido con sus monedas—. ¿No le parece más propio dejar a elección del donante la suma que quiera facilitar? Su pedido de una cantidad precisa, ¿no habrá tenido la apariencia —solamente la apariencia— de que lo obligaba a una contribución forzada?

—Mire, mi querido señor —replica ella, en tono persuasivo y confidencial—. Yo necesitaba el dinero para conseguir un remedio que me hace mucho bien y con el cual trafico. Así se lo dije al joven caballero, y él me dio el dinero. Entonces yo pagué hasta el último cobre. Ahora quiero entregar la misma suma y en la misma forma si usted me la da. Pagaré honestamente, ¡por mi vida! hasta el último céntimo.

—¿De qué medicina se trata?

—Quiero ser sincera con usted por adelantado. Se trata de opio.

Con un repentino cambio en su, actitud, el señor Datchery le echa una furtiva mirada.

—Es opio, mi querido señor. Ni más ni menos —repite ella—. Sucede que las personas siempre están dispuestas a escuchar lo que se dice contra el opio, pero no lo que se sabe en su favor.

El señor Datchery comienza a contar su dinero, separando la suma que se le ha pedido; siguiendo ella con ojos voraces el movimiento de sus manos, continúa hablando del gran ejemplo, que le insta a imitar.

—Fue en la víspera de la última Navidad; empezaba a oscurecer cuando yo me encontraba aquí, cerca del joven caballero que me dio los tres chelines y seis peniques. —El señor Datchery se detiene en su cuenta; advierte que ha cometido un error y repite la operación.

—Y el nombre del joven era Edwin.

El señor Datchery deja caer algunas monedas, se agacha para recogerlas y su rostro se congestiona en el esfuerzo:

—¿Cómo es que sabe usted el nombre del joven?

—Yo se lo pregunté y él me lo dijo. Sólo le hice dos preguntas: «Cuál era su nombre de pila y si tenía novia». Y él me respondió: «Edwin…, y que no tenía novia».

El señor Datchery se detiene, mirando las monedas que ha separado en su mano, como si estudiara su valor, o como si no se decidiese a separarse de ellas.

La mujer lo mira desconfiada. Parece que estuviera amontonando su cólera para desatarla en el caso de que el señor Datchery se arrepintiera de su gesto generoso. Pero se las entrega como aceptando resignado el sacrificio. Con servil agradecimiento ella sigue su camino.

La lámpara de Jack Jasper está encendida, y cuando el señor Datchery se dispone a regresar, brilla como un faro lejano.

Como los marinos aventurados en un viaje peligroso, al aproximarse a una costa inaccesible miran la luz que les anuncia a lo lejos el puerto, al que quizá no puedan arribar jamás, así la mirada atenta del señor Datchery se fija en el fanal de Jasper y más allá.

Su objeto al regresar a su habitación no es otro que el de recoger su sombrero, aunque parezca un artículo tan superfluo en su guardarropa.

El reloj de la catedral da las diez y media, cuando el señor Datchery avanza por la vereda del claustro.

Marcha lentamente y mira a su alrededor, como esperando la hora propicia en que el señor Durdles acostumbra regresar a su casa, bajo la lluvia de piedras que lo conduce hasta allí.

Lo apremia el deseo de ver al pequeño diablillo encargado de esa misión. Y no se equivoca. Ese miserable muchacho está en plena obra; a falta de seres vivos a quienes apedrear, la emprende con los muertos a través de los barrotes de las rejas del cementerio. El señor Datchery lo sorprende practicando esta acción impía. El pequeño demonio encuentra su juego picante y divertido. En primer lugar, porque la mansión de los muertos es respetada como un lugar sagrado por todo el mundo, y en segundo término, porque los santos monumentos se asemejan lo suficiente a seres vivos y al ser golpeados en la oscuridad le causan la deliciosa emoción de atacar a personas vivientes.

El señor Datchery lo saluda diciéndole:

—¡Hola! ¡Winks!

El muchacho responde a su vez:

—¡Hola Dick!

Su amistad parece consolidada en base a una gran familiaridad.

—¡Diga! —interpela el muchacho—. ¡No ande publicando mi nombre por ahí! Yo no acabo de afirmar que no tengo ningún nombre. Cuando voy a la cárcel y me preguntan mi nombre, para anotarme en el libro, yo les contesto: ¡Adivínenlo! Y si me preguntan cuál es mi religión, contesto igual: ¡Adivínela!

Y podemos hacer la acotación al margen que sería inmensamente dificultoso para el Estado verificar esos datos por muy minuciosa que quisiera hacer su estadística.

—Y además —agrega el muchacho—, no hay ninguna familia de Winkses.

—Yo creo que debe de haber.

—Usted miente. No hay. Los viajeros me pusieron ese nombre porque yo no tenía donde dormir, y me pasaba vagando toda la noche, de modo que siempre ando con un ojo abierto antes que el otro se cierre. Eso es lo que quiere decir Winks. Deputy es el nombre más cómodo para llamarme, pero tampoco me va a pescar reconociéndolo.

—Que sea entonces Deputy para siempre. Somos dos buenos amigos, ¿eh, Deputy?

—Y lo que es más, usted no es amigo de ese Jasper. ¿Con qué derecho me tenía que agarrar ése del pescuezo y tenerme con las piernas colgando?

—Francamente, en verdad. ¡Pero no nos ocupemos de él ahora! Un chelín de los míos pasará a ser tuyo esta noche. Acabas de recibir un huésped, con él he estado hablando hace un momento. Se trata de una mujer enferma que tiene mucha tos.

—Una fumadora —afirma Deputy, con un gesto de asentimiento, haciendo como que fuma una pipa imaginaria, poniendo los ojos en blanco—, una fumadora de opio.

—¿Cómo se llama?

—Su Alteza Real, la Princesa Fumadora.

—Pero debe tener algún otro nombre. ¿Dónde vive?

—Arriba, en Londres; entre los «jacks».

—¿Los marineros?

—Acabo de decirlo. ¡Los «jacks»! Los lobos de mar y otros prácticos en el cuchillo.

—Yo quisiera saber por tu intermedio dónde vive ella.

—Muy bien. Déme la moneda.

El señor Datchery le entrega su chelín. Está establecido entre ellos el espíritu de confianza que debe existir en todas las transacciones comerciales que se hacen entre gente honorable. El negocio queda cerrado.

—¡Y mire qué colmo! —exclama Deputy—. ¿Adónde cree que va a ir mañana Su Alteza Real? ¡Que el diablo me lleve si no tiene la intención de ir a la Catedral!

Y prolonga infinitamente la palabra, golpeando con el pie en el suelo y riendo estridentemente.

—¿Cómo sabes eso, Deputy?

—Porque me lo dijo ella misma, hace un momento. Me dijo que debía de levantarse y salir con ese objeto. Me dijo: «Deputy; debo lavarme temprano y arreglarme lo mejor posible, porque tengo que darme una vuelta por la Catedral».

Separa las sílabas, como la vez anterior; y no pareciéndole que su forma de expresión sea bastante cómica, se pone a ejecutar una danza lenta y grave, que seguramente se imagina que puede danzar el Dean.

El señor Datchery recibe esta información con aire satisfecho, aunque su rostro conserva una expresión meditativa cuando pone fin a la conferencia.

Vuelve a su alojamiento. Se sienta ante su cena compuesta de pan, queso, ensalada y cerveza, que la señora Tope le ha dejado preparada. Continúa sentado cuando ya ha terminado su cena. Por fin se levanta, abre la puerta de un armario esquinero y consulta ciertas marcas groseramente señaladas con tiza en la pared interior de dicha puerta.

—Me gusta —dice el señor Datchery— esta vieja manera de llevar cuentas que se acostumbra en las tabernas. Es incomprensible para todo el mundo, menos para el que lleva la contabilidad. Éste no se compromete y el consumidor queda asentado con lo que adeuda. ¡Hum!… ¡Ah!… ¡Es una suma muy pequeña la de esta noche!… ¡Una suma muy pequeña!…

Suspira, observando lo exiguo de esta nota; toma un trozo de tiza del estante del armario y se detiene con la tiza en la mano, dudando de la cantidad que debe adicionar a su cuenta.

—Se me ocurre que debería trazar una pequeña raya —se dice, después de reflexionar un rato—. Pero es todo lo que estoy autorizado a anotar.

Uniendo la acción a la palabra, cierra el armario y se va a la cama.

Una mañana brillante alegra a la vieja ciudad al día siguiente. Sus ruinas y antigüedades parecen más hermosas, cubiertas con la tupida hiedra que brilla a los rayos del sol, y los frondosos árboles se mecen suavemente en el aire embalsamado. El juego de luz que se produce con la agitación de las ramas, el canto de los pájaros, el perfume, que exhalan los jardines y maderas, o mejor dicho, de ese grande y único jardín que florece en esta época, penetra en la catedral purificándola de sus emanaciones terrestres y conquistándola con la resurrección y la vida. La frialdad de las tumbas centenarias se hace cálida; la luz golpea los mármoles en sus rincones más oscuros y juguetea sobre ellos como un aleteo de color.

Llega el señor Tope con sus grandes llaves y abre las puertas bostezando. Llega la señora Tope, con sus utensilios de limpieza. A su debido tiempo, llegan también el organista y los acólitos. Sacuden éstos el polvo de los libros y atriles y empiezan de inmediato a llenar de aire los fuelles del órgano.

De diferentes partes del espacio llegan, además, las cornejas que se cobijan revoloteando al son de las campanas. Una pequeña congregación de fieles apretujándose entra también. Casi todos pertenecen al Rincón del Canónigo Menor y sus alrededores. Entra el señor Crisparkle, fresco y luminoso. El coro apuradísimo, siempre apurado como los niños cuando van a dormir, y por último Jack Jasper, dirigiéndose a todo el grupo. Algo rezagado entra el señor Datchery, que se acomoda en uno de los bancos vacíos y mira a su alrededor buscando a Su Alteza Real, la Princesa Fumadora. El servicio toca casi a su fin sin que el señor Datchery haya podido descubrir a Su Alteza Real. Por último le advierte en la oscuridad, detrás de un pilar, ocultándose de la vista del maestro de coro, pero observándolo atentamente.

Este no sospecha su presencia y canta y dirige el coro.

—La mujer hace un gesto de desprecio cuando el cantor está más posesionado de su arte.

Sí; el señor Datchery la puede ver perfectamente cuando sacude amenazadoramente el puño detrás del pilar que la pone a cubierto de sus

miradas.

El señor Datchery continúa observándola para asegurarse de si el ademán se repite.

Horripilante y achacosa, tan arrugada como las máscaras fantásticas esculpidas en las cornisas; amenazadora como el mismo espíritu del mal, rígida como el águila que sostiene los libros sagrados con sus alas, la vieja extiende sus magros brazos y muestra claramente sus dos puños amenazantes al maestro de canto.

En este momento detrás de la reja del coro, y habiendo eludido la vigilancia del señor Tope, con su habilidad acostumbrada, Deputy atisba con sus ojos astutos, y mira con el mismo asombro, tanto a la que amenaza como el amenazado.

El servicio religioso toca a su fin y los oficiantes se dispersan para ir a tomar su desayuno. El señor Datchery aborda afuera a su nueva amiga, mientras los miembros del coro se alejan apresurados, deseosos de quitarse las albas que se han puesto una hora antes.

—¡Buenos días! Y bien, ¿lo ha visto usted?

—¡Lo he visto, mi querido señor! ¡Lo he visto!

—¿Lo reconoce usted ahora?

—¿Si lo reconozco? ¡Mejor que a todos los reverendos pastores reunidos!

La señora Tope ha extendido cuidadosamente un mantel limpio y blanco, y servido un substancioso desayuno.

Antes de sentarse para hacerle los honores, el señor Datchery abre la puerta del armario esquinero, toma el trozo de tiza del estante, subraya con una línea gruesa una cantidad y prolonga esta línea oblicuamente a todo lo largo de la hoja del armario.

Luego se sienta a la mesa, con mucho apetito.

[Aquí el Sr. Dickens dejó descansar su pluma †]

NOTA SOBRE EL MISTERIO DE EDWIN DROOD

Agregada como apéndice a la edición de El misterio de Edwin Drood de «The Oxford World's Classics».

Esta nota no tiene otro propósito que compendiar brevemente algunas de las soluciones propuestas. No intenta en absoluto dar todos los argumentos en favor de ninguna de ellas, ni decidir entre ellas en lo más mínimo.

En la mente del lector de Edwin Drood quedan dos preguntas capitales, que son:

(1) ¿Qué le ha sucedido a Edwin Drood?

(2) ¿Cómo se descubrirá la verdad?

Una importante pregunta accesoria a (2) es:

(3) ¿Quién es Datchery y qué papel desempeña en la solución?

Debe observarse, ante todo, que dos críticos y devotos de Dickens, Andrew Lang y G. K. Chesterton, se han declarado incapaces de aceptar ninguna de las soluciones propuestas y que George Gissing creía que Dickens habría estropeado su solución de este «insignificante misterio». La razón de esto es que, aunque los detalles permiten varias explicaciones más o menos satisfactorias, ninguna de ellas justifica de un modo convincente el comportamiento de los personajes complicados. Cualquiera de las soluciones podría ser la correcta; ninguna de ellas debiera serlo. Cada una de ellas implica un esfuerzo artístico que el lector no debía sentir y contra el cual se rebela instintivamente. Éste es el permanente misterio de Edwin Drood.

¿Cuál es la evidencia sobre la cual debe basarse el juicio? Es:

(1) El texto del libro (págs. 9-324 de esta edición).

(2) La portada dibujada para las entregas mensuales por Charles Collins, yerno de Dickens, bajo sus instrucciones. (Ver la portada.)

(3) Alusiones en cartas de Dickens; sus notas, manuscritos y pruebas. Éstas se conservan en el museo de Kensington Sur y son a menudo de gran valor, por las sugerencias que ofrecen para la solución, ya que sus diversas alteraciones y tachaduras indican frases que en opinión de Dickens arrojarían demasiada luz sobre los detalles del argumento.

(4) Declaraciones de aquellos a quienes Dickens habló de la obra. De éstas convendrá citar de inmediato algunas frases del estudio de Forster en la Vida de Carlos Dickens. Dickens había escrito a Forster (6 de agosto de 1869): «Tengo una idea nueva y muy curiosa para mi nueva historia. No es una idea comunicable (o el interés del libro se perdería) pero sí muy fuerte, aunque difícil de elaborar». Forster prosigue: «La historia, me enteré inmediatamente después, debía ser la del asesinato de un sobrino por su tío; su originalidad consistiría en el análisis de la carrera del asesino que éste haría al final del libro, donde se iba a referir a sus tentaciones como si el tentado no fuese él mismo, el criminal, sino otro hombre. Los últimos capítulos iban a ser escritos en la celda, a la cual su perversidad, elaboradamente deducida por él como referida a otra persona, lo habría traído. Inmediatamente después de ejecutado el crimen, el asesino debía descubrir que éste había sido totalmente inútil para sus designios; pero el descubrimiento del asesino sólo debía tener lugar al final, cuando, por medio de un anillo de oro que había resistido los efectos corrosivos de la cal, en la que había sido arrojado el cadáver, no solamente debía ser identificada la persona asesinada, sino el sitio del crimen y el hombre que lo había cometido… Rosa debía casarse con Tártar, y Crisparkle con la hermana de Landless, y éste, según creo, debía perecer ayudando a Tártar a desenmascarar y apresar finalmente al asesino».

Contando con este material de trabajo podemos volver a las preguntas del principio.

(1) ¿Qué le ha sucedido a Edwin Drood?

Todos estamos de acuerdo en que Jasper se propuso, planeó e intentó matar a su sobrino. Sin embargo, en el primer estudio del problema, publicado por R. A. Proctor con el título de Vigilados por los Muertos (1887), la solución propuesta era que Jasper fracasó en su intento al ser sorprendido en mitad del trabajo por uno de esos estados de semi-inconsciencia en que quedaba sumido a causa del opio (cf. p. 31); y que Drood, lastimado y semi-inconsciente, escapó. Turbado por el error de su tío, ansioso de descubrir su causa, temeroso de exponerse a que se repita, y no teniendo más que su palabra contra la de Jasper para probar que realmente ocurrió, permanece oculto, comunicándose solamente con Grewgious (si es que se comunicó con él) hasta que se presente una oportunidad apropiada para su reaparición. Es su imagen la que se enfrenta con Jasper en la parte inferior de la viñeta de la portada. Para apoyar esta teoría se citan dos títulos que Dickens había anotado como utilizables: La Fuga de Edwin Drood y Edwin Drood oculto. No obstante, toda la teoría está probablemente anulada por la afirmación del hijo mayor de Dickens, quién nos dice: «Durante la última caminata que hice con él en Gadshill, le pregunté: “Naturalmente, ¿Edwin Drood fue asesinado?” Ante lo cual se volvió hacia mí… y dijo: “Naturalmente. ¿Qué otra cosa supones?”».

Puede presumirse, pues, que debía ser y efectivamente fue muerto, o bien estrangulado, o bien parcialmente estrangulado y luego arrojado por la angosta escalera de la Torre de la Catedral. Que Jasper debía usar su bufanda negra parece probable por el texto (págs. 200-203) y Por Ia afirmación de sir Luke Fildes según la cual Dickens le dijo que usar tal bufanda era una necesidad para Jasper. Que la torre de la catedral debe desempeñar algún papel en el misterio es

sugerido por las referencias a ella en la página 19, y esto es apoyado por la expedición que Durdles y Jasper hacen a medianoche (sobre la cual Dickens insiste continuamente «una expedición inconcebible, ésta») y por las viñetas centrales del lado derecho de la ilustración donde ciertos personajes están subiendo los escalones. La identificación de estos personajes es motivo de discusiones: el señor Cumming Walters relaciona a ambos con la «expedición inconcebible» de Jasper; Andrew Lang pensó que eran Neville Landless, Grewgious o Tártar, y Crisparkle; el profesor Henry Jackson sostuvo que los de más abajo eran Jasper y Durdles en su expedición, el de más arriba Jasper, en Nochebuena, mirando hacia abajo a «aquello». (P—313); y casi todas las otras combinaciones posibles han sido agotadas por otros escritores.

Después del crimen, el cadáver es conducido o bien a la bóveda de Sapsea o a la cripta de la Catedral, (habiéndose provisto Jasper de una llave la noche de la «expedición inconcebible» cuando tuvo una oportunidad de narcotizar a Durdles); y todas las joyas de que Jasper tiene conocimiento son retiradas, el cuerpo es cubierto con cal viva y abandonado. Sobre esta hipótesis la figura de la parte baja de la viñeta es o bien el espíritu de Dropd que Jasper cree ver en la bóveda o si no (si la sombra de la figura u otras razones parecen concluyentes contra esto) uno de los vengadores que aguarda el regreso de Jasper.

(2) ¿Cómo se descubrirá la verdad?

Las principales claves son: (1) el anillo, según sabemos por ei relato de Forster citado más arriba, y (2) como es evidente por el texto, Datchery.

Grewgious da el anillo a Edwin, para que éste se lo dé a Rosa. Pero al romperse el compromiso, Edwin retiene el anillo (págs. 185-186). Jasper ignora que éste se halla en poder de Edwin la noche de Navidad y es, por lo tanto, la única joya que no busca para retirarla del cadáver. Oímos decir al joyero

que Jasper tiene «en su mente» un inventario de todo lo demás; y aunque se puede suponer que un asesino cuidadoso preferiría registrar el cadáver a confiarse en un inventario mental que muchas circunstancias podrían haber vuelto engañoso, sin embargo, Jasper parece no haberlo hecho. Por consiguiente, cuando el cuerpo es destruido por la cal viva, queda cierto medio de identificación, que es puesto en conocimiento de Grewgious y Bazzard. Si Jasper se entera más tarde de la existencia del anillo, debe regresar a la bóveda (o cripta, o dondequiera que haya sido escondido el cadáver) para retirarlo. Allí deberá enfrentarse con la figura de la parte inferior de la viñeta, e inmediatamente después debe producirse la catástrofe final.

Pero el anillo es ün agente pasivo. Debe de haber un agente activo en Cloisterham, y éste es Datchery. Los acontecimientos están de acuerdo en que se trata de alguien disfrazado: las alusiones a su masa de cabello blanco, con su evidente sugestión de una peluca (p. 253) lo hacen claro. Pero ¿quién es, entonces? Si la sugerencia de un disfraz es correcta, debe tratarse de alguien conocido por Jasper y probablemente por el lector. Una peluca es ciertamente el disfraz más simple posible, y no se hace alusión a más; pero para un criminal descuidado como Jasper, tal vez un cazador casual como Datchery es suficientemente bueno. El señor Walters ha recorrido la lista de personajes del libro y ha presentado razones convincentes que se oponen a la identificación de Datchery con todos ellos menos uno. Fue seguido por el profesor Jackson y por sir William Roberston Nicoll, quienes aceptaron sus conclusiones, luego de una discusión posterior. No es posible aquí discutir su teoría ni las alternativas en su totalidad; sólo las mencionaremos brevemente por turno.

(1) El señor Walters identifica a Datchery con Helena Landless. Su evidencia negativa se basa en las admirables razones que aporta contra cualquier otro nombre. Su evidencia positiva (brevemente sumida) es como sigue:

(a) El afecto entre Helena y Neville es tan fuerte que, cuando la sospecha cae sobre Neville, Helena estará inmediata y apasio nadamente interesada en defender a su hermano gemelo, y por lo tanto es verosímil que tome una parte activa en el combate.

(b) Cuando niña, dos veces se ha disfrazado con ropas de muchacho.

(c) Ella —y solamente ella— tiene la iniciativa, resolución, coraje y adaptabilidad necesarias para desempeñar ese papel. Res pecto a esto, hay que pesar frases tan premonitorias como «En ninguna circunstancia» (p. 87) o «quienquiera que sea el más interesado se ocupe de ello» (p. 92).

(d) Su retirada a Londres está arreglada para coincidir aproxi madamente con la aparición de Datchery en Cloisterham. El pro fesor Jackson opinaba que el capítulo XVIII, que describe estaaparición, había sido insertado demasiado pronto: pensaba que debía seguir al actual capítulo XXII y que Dickens había adver tido esto. Tal arreglo debía hacer clara la cronología: la entre vista de Rosa con Jasper, su fuga a Londres, la información que la «alianza de Staple Inn» extrae de ella, el arreglo de su campaña y la llegada de Helena a Cloisterham como Datchery.

Éste es el argumento a favor de Helena. Otros nombres sugeridos son:

(1) Bazzard. Se ha alegado que Bazzard parece destinado a tener en la historia un lugar más importante del que se le ha asignado hasta ahora; que Grewgious dice, en el momento en que Datchery aparece en Cloisterham: «En verdad, por el momento no está trabajando aquí; y una firma del piso bajo, con la que tengo relaciones comerciales, me facilita un reemplazante»; que su interés por el teatro indica la posibilidad de que posea un sentido dramático, que lo

capacitaría para desempeñar un papel; que como hombre de Norfolk tiene más posibilidades de conocer el «viejo método inglés de llevar las cuentas» que la cingalesa Helena. Contra estos argumentos está su somnolencia y mal genio del principio (distinto del alerta y cortés Datchery), y el problema de si su primera aparición como personaje grotesco es apropiada al tan serio e importantísimo trabajo que tendrá que hacer más tarde.

(2) Grewgious. Esta identificación descansa principalmente en el conocimiento que posee Grewgious del verdadero carácter de Jasper (213-215, 239-240), en la sugestión de vigilancia comen zada en la frase «teniéndolo bajo mis miradas» (p. 241) y en su real interés en Rosa. También es abogado y sabe qué hechos deben buscarse. Pero también en él hay tanto de grotesco, que la ideadel disfraz parece inadmisible. Ni su apariencia ni el lugar que ocupa en la dirección de la «alianza de Staple Inn» parecen ajustarse a la apariencia y la ociosidad de Datchery.

(3) Tártar. Tártar es «un hombre ocioso» y «vive de sus recursos» como Datchery. No conoce Cloisterham, tal como el texto del libro (ya sea que se ajuste a la verdad o como unatrampa para el lector) nos dice que le ocurre a Datchery. Tiene el coraje, la iniciativa, la inteligencia y la cortesía de Datchery. Sobre todo, es el único personaje masculino de la obra, que está libre para desempeñar el papel. Contra esto se afirma que a Tártar se le ha asignado (p. 288) la misión de visitar a Neville, como una treta contra Jasper, que lo retendrá en Londres. Que es demasiado honesto para ser capaz de la sutileza de Datchery; y que, puesto que nadie lo conoce en Cloisterham, aún el exiguo disfraz que debemos suponer adoptado por Datchery, es innecesario.

(4) Andrew Lang, probablemente para destacar las ventajas de la teoría de Helena Landless, sugirió que Datchery era Neville Landless, cuyo lugar en Londres fue tomado por

Helena (disfrazada suficientemente con ropas masculinas). La teoría, aunque interesante, es tan enteramente especulativa que no puede prestarse a ningún debate.

(5) Algún nuevo personaje: un detective, un pariente aun no presentado de uno de los personajes o algún abogado amigo de Grewgious.

(6) El mismo Edwin Drood. Esto ha sido propuesto por varios escritores, pero cabe sostener que ha sido eliminado por la evidencia que tenemos respecto de las intenciones de Dickens. Si Jasper fracasó, Edwin era la única persona que podía muy bien ser Datchery; tales como son las cosas, es el único que no puede serlo.

Actualmente, como lo ha decidido Sir W. Robertston Nicoll, la hipótesis de Helena Landless parece prevalecer. Sin embargo, se ha tenido la sensación de que no es satisfactoria. Lang fue llevado a decir que si Datchery no era Drood, debía ser Helena, pero también «Helena puede ser Datchery, pero no debe serlo». G. K. Chesterton expresó los sentimientos de aquellos lectores que, aunque convencidos de la identidad por la evidencia externa, se rebelan contra ella por una convicción interior, cuando escribió: «El enemigo manifiesto de Drood, sobre quien recae primero la sospecha, el moreno y huraño Landless, tiene una hermana aun más morena y, salvo por su dignidad de reina, aun más huraña que él… Cumming Walters afirma seriamente que esta princesa bárbara se ha puesto una peluca y se ha disfrazado de Datchery… Ciertamente creo que hay una objeción final a la teoría y es simplemente esto: que es cómica… Hay algo extrañamente torpe e increíble en la idea de una dama tan morena y tan majestuosa disfrazándose de viejo caballero fanfarrón de saco azul y pantalones grises. Tan absurdo sería imaginar a Edith Dombey disfrazándose de Mayor Bagstock».

Del esclarecimiento gradual del misterio de Datchery, evidentemente es imposible dar ninguna explicación. En el

momento en que el libro se corta, la situación es la siguiente:

(1) Datchery está en contacto con la «alianza de Staple Inn».

(a menos que sea un completo desconocido para nosotros, movido por motivos que ignoramos, porque provienen de una historia que no se nos ha contado).

(2) Conoce a Deputy, que ha sido maltratado por Jasper, y que puede haber visto a Jasper ocupado misteriosamente en los alrededores de la Catedral la noche del crimen.

(3) Conoce a Durdles, que puede decir si alguna sustancianueva ha sido introducida detrás de cualquier pared que golpea.

(4) Conoce a la opiómana y su enemistad contra Jasper. Nadasabemos de la causa de esta enemistad. Se han hecho diversas sugestiones: que es la madre de Jasper, o la abuelade Edwin, o la abuela de Rosa Bud, o la madre de unamuchacha a la que Jasper ha hecho algún daño.

Y estos dos últimos personajes sugieren que hay otro misterio detrás de todo. En la pág. 168, Durdles describe los «fantasmas de ruidos» que escuchó en la Nochebuena precedente, al comienzo de la historia: «El fantasma de un grito espantoso, seguido por el fantasma del aullido de un perro» y Jasper poniéndose de pie lanza una muy abrupta y, podría decirse, muy furiosa réplica. ¿Es esto premonitorio de los sonidos reales que se oirán (a) cuando Drood es asesinado o (b) cuando Neville es muerto? ¿Se cometió, entonces, algún otro crimen? ¿Se libró Jasper de alguna otra carga? ¿O fue el suicidio de la hipotética hija de la opiómana?

El agrupamiento correcto de estas personas y hechos se hace más difícil por los errores de detalle que Dickens parece haber cometido ocasionalmente. Por ejemplo, es difícil ver por qué en la pág. 21 Jasper deduce del hecho de que él no puede comprender los refunfuños de un chino y un marinero hindú,

que un oyente inglés no puede entender los suyos. O nuevamente, en la página 28, Jasper y Edwin van, de la habitación donde está el dibujo que Edwin ha hecho de Rosa, a otra, para cenar. Están sentados en esta otra habitación cuando la «cara reconcentrada de Jasper nuevamente se fija en el retrato» y Edwin lanza al retrato «miradas complacientes». Las posibilidades de una mesa de comedor arreglada de tal modo que cada uno de los dos comensales tiene en su campo visual un retrato colgado sobre la chimenea de la habitación vecina son pequeñas. Tales detalles hacen deseable no sacar muchas conclusiones de un trozo de información no apoyado por otros.

Sin embargo, será por cierto dando a conocer gradualmente a todo el grupo los hechos relativos a Jasper que actualmente son conocidos solamente por uno u otro de sus miembros —los delirios del opio, la expedición de medianoche, el anillo y probablemente otros episodios pasados que han sido ocultados aún al lector— que el argumento se aclarará. Haciendo saber a Jasper la existencia del anillo, se lo inducirá a suministrar la prueba final contra sí mismo al ir a buscarlo; llega al lugar donde ha escondido el cuerpo, es enfrentado, capturado después de una lucha en la que muere Landless y, a su debido tiempo es juzgado y ejecutado… Dickens se había propuesto, con Sir Luke Fildes, hacer una visita a la celda de los condenados en Maidstone, para que el artista pudiera hacer un dibujo. Y era en esta celda donde Jasper (tal como Dickens dijo a Forster) debía escribir los últimos capítulos. ¿Era esta historia de la mente de un criminal (cf. págs. 265-267) la «curiosa, nueva, incomunicable, fuerte y difícil idea» que Dickens había tenido? ¿O era esa idea la del disfraz de Helena como Datchery? ¿O era algo no revelado todavía por los comentaristas, pero que aun puede ser investigado en sus primeros movimientos por algún investigador futuro?

CHARLES JOHN HUFFMAN DICKENS, Portsmouth, (Inglaterra, 7 de febrero de 1812 – Gads Hill Place, Inglaterra, 9 de junio de 1870) fue un famoso novelista inglés, uno de los más conocidos de la literatura universal, y el principal de la era victoriana. Fue maestro del género narrativo, al que imprimió ciertas dosis de humor e ironía, practicando a la vez una aguda crítica social. En su obra destacan las descripciones de gente y lugares, tanto reales como imaginarios. Utilizó en ocasiones el seudónimo Boz.

Sus novelas y relatos cortos disfrutaron de gran popularidad en vida del escritor, y aún hoy se editan continuamente. Dickens escribió novelas por entregas, el formato usual en la ficción en su época, por la simple razón de que no todo el mundo poseía los recursos económicos necesarios para comprar un libro, y cada nueva entrega de sus historias era esperada con gran entusiasmo por sus lectores, nacionales e internacionales.

Las novelas de Dickens eran, entre otras cosas, trabajos de crítica social. Él era un fiero crítico de la pobreza y de la

estratificación social de la sociedad victoriana. A través de sus trabajos, Dickens mantenía una empatía por el hombre común y un escepticismo por la familia burguesa.